

Una historia
de amor rodeada
de grandes dosis
de suspense
y engaños.

se
**NO
MIRÉS
ATRÁS**

Ana R.Vivo



Diana Chase es acusada de asesinato. Seis años después, Dick, o Richard Wildman, un hombre poderoso y que la traicionó, le ofrece una nueva oportunidad. Ella solo quiere olvidar su pasado. Su silencio le ha costado muy caro y nunca volverá a confiar en nadie. Aunque eso era lo que ella pensaba hasta que llegó a Yosemite, el valle donde tendrá que aprender a convivir con sus miedos y sus sentimientos.

Allí, Diana se debatirá entre lealtades y topará con Hugh Malloy, un hombre, extremadamente sexy, que la sacará de sus casillas. Ninguno de los dos podrá resistir la atracción que surge entre ellos. Él no está dispuesto a perderla, aunque ella le encienda la sangre. Y ella no quiere volver a creer en el amor.



Ana R. Vivo

No mires atrás

ePub r1.0

Titivillus 17.07.2020

Título original: *No mires atrás*
Ana R. Vivo, 2011
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

No mires atrás

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Sobre la autora

Prólogo

Diana movió la cabeza cuando el llanto de un bebé la trajo a la realidad. Procuró respirar con cuidado, era como si un millar de abejas le zumbara en los oídos. Cuando comprendió que estaba en el suelo, estiró un brazo en la doble oscuridad: la del lugar y la de su mente. El llanto del bebé no cesaba, pensó mientras deslizaba las yemas de los dedos por una superficie húmeda y pegajosa. No sabía dónde estaba. Inspiró y reptó como un gusano hasta que un dolor agudo en el estómago la obligó a encogerse en el suelo. Tenía sed, mucha sed.

Por fin el niño dejó de llorar; logró llegar hasta una pared y se sentó con la espalda pegada al duro hormigón. ¿Por qué estaba tan oscuro? Se inclinó y gateó en las sombras. Palpó con ambas manos, concentrándose en lo que le rodeaba: las patas de una silla, una puerta, una mesa. ¡No! Era una cama y sobre ella... unos pies colgando... unas piernas delgadas, suaves, frías...

¡Unas piernas de mujer!

Ascendió con manos temblorosas por el cuerpo inerte. Algo pringoso se adhirió a sus dedos, y cuando alcanzó el mango de un cuchillo lo comprendió.

¡Estaba muerta!

El murmullo ahogado de unas voces que se acercaban llegó desde afuera. Diana retrocedió en el suelo, como si el contacto helado de aquel cuerpo sin vida le hubiera quemado las puntas de los dedos, y tapándose la boca acalló un grito de terror.

Cada vez, las voces eran menos lejanas. Se pararon ante lo que imaginó que sería una puerta de entrada y pensó en esconderse. Pero... ¿dónde? Ni siquiera tenía la certeza de saber dónde estaba.

Un haz de luz penetrante incidió en ella cuando alguien entró en aquel lugar. Se arrastró hacia atrás, chocando con los pies descalzos de la mujer sin vida, y se cubrió los ojos para protegerlos de la luz cegadora de unas linternas.

Otra vez el llanto urgente del bebé.

La zarandearon y alguien la inmovilizó. Estaba mareada y una náusea de terror amenazó con salir de su garganta cuando descubrió sus manos ensangrentadas. De repente, todo se llenó de policías, hombres uniformados que la apartaron del cadáver con violencia, y otra vez el bebé. ¡No! Todo este tiempo, los llantos del niño resultaron ser las estridentes sirenas de los coches patrulla.

Un hombre pidió un médico, una voz desagradable comenzó a recitarle palabras sin sentido: tiene derecho a un abogado... todo cuanto diga podrá ser utilizado en su contra...

—Dick —llamó Diana, tratando de liberarse del frío metal que se cerraba en sus muñecas—, Dick, ¿dónde estás? —sollozó en su mente, cuando la empujaron fuera de aquel lugar.

Capítulo 1

Seis años después. Centro Penitenciario de Mujeres de Lynwood. Sur de Los Ángeles.

En el mismo instante en el que la funcionaria abrió la puerta de la celda, Diana supo que estaba a punto de suceder algo crucial.

—Vamos, Chase, la directora quiere verte —le anunció sin preámbulos.

No tardó ni un segundo en ponerse en pie y comenzar a andar tras la mujer que ya le llevaba varias zancadas de ventaja. Mil pensamientos comenzaron a cruzar por su mente. No sabía ni esperaba nada, y aunque la incertidumbre era algo que no existía en aquel lugar, no podía evitar sentir miedo.

Recorrieron en silencio el largo corredor iluminado con fluorescentes. Solo se cruzaron con algún limpiador y cuando giraron a la izquierda, la guardiana llamó dos veces a la puerta.

Antes de que se diera cuenta ya estaba dentro.

—Pasa, Chase —le invitó con voz amable la directora—, ya conoces a Frank —dijo señalando al trabajador social del penal y le indicó que se sentara a su lado—. Te preguntarás por qué te he llamado. —Esperó unos segundos y, al no obtener respuesta, se colocó unas gafas doradas sobre la nariz y, con gesto cansado, comenzó a leer—: Diana Chase, de veintiséis años de edad, fichada por distintos delitos a los quince años: robo con fuerza, resistencia a la autoridad, intento de fuga de los calabozos. Condenada a tres años de privación de libertad en un centro de menores...

—Vamos, Margaret, ¿vas a leer todo su historial? Estaremos aquí hasta la primavera —le interrumpió Frank, dándole a Diana un animoso golpecito en la rodilla.

—Creo que es mi deber recordarle a la reclusa Chase cuáles son sus penas, aunque no figuren en sus antecedentes por ser anteriores a su mayoría de edad. —Regresó a sus informes como si nadie hubiera dicho nada y bufó sin disimulo—. Condenada a tres años en un centro de menores del cual se fugó golpeando a su cuidador y a dos agentes. Y actualmente está cumpliendo condena por homicidio de la que le quedan pendientes once años. Los tres últimos los ha pasado en el penal de mujeres de Lynwood, del cual soy directora y principal responsable de todo lo que ocurra. —Esto último lo dijo quitándose las gafas y mirando directamente al trabajador social.

El gesto de contrariedad que cruzó por los ojos de Frank no pasó desapercibido a Diana, aunque eso a ella no le importaba. Llevaba demasiados años de reclusión a sus

espaldas y había aprendido a observar, sin objetar nada.

La directora estaba incómoda, sus gafas doradas se movían de una mano a otra. Por otro lado, el bueno de Frank parecía relajado, contento como un chico bueno que hubiera hecho los deberes y esperara un buen notable.

Lo que ella pintaba en aquella manifestación de «quién tenía más noticias que dar», lo ignoraba.

—Escucha, Diana. —Frank se giró hacia ella y sus ojos grises la miraron sonrientes. Los suyos permanecieron impassibles—. Eres libre.

Por un instante, Diana estuvo tentada de levantarse y ponerse a buscar una cámara oculta como la de los programas que tanto hacían reír a Tessa, su robusta compañera de celda. Parpadeó un par de veces y se permitió hacerlo una tercera, provocando satisfacción en el rostro amable de Frank. Él supo que, aunque no lo manifestara, había sorprendido a la joven reclusa.

—¿Qué pasa, Chase? ¿No te alegra la noticia? —La directora la miró con fijeza.

Aquella interna, con aire imperturbable, siempre le alteraba los nervios. Su melena castaña estaba recogida en una espesa cola de caballo que afilaba un poco más sus exóticas facciones. No solo era incapaz de mostrar sumisión ante la única persona que podía aliviarle un poco su pobre existencia en aquel lugar, sino que sus ojos, oscuros y fríos, siempre la miraban desafiantes.

—¿Por qué soy libre? —inquirió Diana con otra pregunta.

La directora puso los ojos en blanco y comenzó a dar impacientes golpecitos con el bolígrafo en la mesa.

—Seguramente, otra reclusa en tu lugar pensaría que porque se lo merece, pero, al parecer, tú no opinas lo mismo.

—Después de seis años, ¿qué importan mis pensamientos?

Frank le tocó otra vez la rodilla en un mudo mensaje de quietud y Diana inspiró con fuerza. Aun así, procuró complacerlo y guardó silencio.

—No puedo con ella, Frank, es superior a mis fuerzas, de verdad... —La directora pulsó un botón en la mesa con insistencia. Deseosa de terminar con aquel trámite.

La puerta metálica del despacho se abrió y una funcionaria se detuvo junto a la reclusa, indicándole que la breve reunión había terminado.

—Vuelve a tu celda, están a punto de hacer el recuento —le indicó sin mirarla y pasándole unos papeles a Frank para que los firmara—. Ya que tu futuro te trae sin cuidado, no seré yo quien pierda el tiempo explicándotelo. ¡Solo te advierto una cosa! —Alzó la voz cuando Diana se puso en pie, dispuesta a abandonar el despacho. La joven se giró para mirarla de nuevo, sus ojos oscuros fijos en ella, el mentón alzado y orgulloso, y la boca prieta y dura—. Alguien poderoso se ha tomado muchas molestias para sacarte de aquí. Solo espero que tu benefactor no tenga que lamentarlo algún día.

Se hizo un silencio y Diana comprendió que los consejos de la directora habían finalizado.

—Diana, después del recuento iré a verte —le dijo Frank antes de que la guardiana cerrara la puerta tras ellas—. Margaret, ¿por qué la odias tanto? —Procuró que su tono sonara igual de dulce que cuando se había dirigido a la reclusa.

—No la odio, pero podría mostrar un poco de gratitud, ¿no? —Se atusó los impecables cabellos canos—. Jamás he conocido a una interna tan soberbia como ella. Su arrogancia no tiene sentido. Es tan orgullosa que dan ganas de abofetearla. Y no miento cuando digo que cualquier otra mujer de este penal daría saltos de alegría al saber que ha obtenido una propuesta de indulto presidencial y que este ha sido enviado por el mismísimo jefe de justicia del Tribunal Supremo de California.

—Ella no conoce los detalles —la excusó el trabajador social.

—¡Porque no le han interesado! Y no la defiendas, Frank, todo el mundo sabe en esta prisión que Diana Chase es tu ojo derecho y que hiciste todo lo posible para su traslado hace tres años.

—Ahora estás siendo grosera conmigo, Margaret. —Frank se puso en pie y recogió los documentos que la directora trataba de meter en una carpeta con brusquedad—. Puede que Diana solo sea lo que se ha hecho de ella.

—Ella es una asesina convicta y fue la misma justicia, que ahora la saca de aquí por la puerta pequeña, la que un día la condenó por su crimen. No me gusta lo que está pasando en mi penal, Frank, y tú deberías saberlo mejor que nadie. Nos conocemos desde hace muchos años, y ambos sabemos que no habrá ningún indulto por parte de la presidencia; que todo esto es un montaje burocrático para ampliar plazos sin un fin determinado. Desconozco la identidad de esa persona que tanto interés se ha tomado en liberar a la reclusa Chase, pero debe de ser muy influyente para que el jefe de justicia haya redactado una absurda petición de indulto y esta orden de custodia vigilada —replicó agitando un papel ante los ojos del hombre y lo arrojó sobre la mesa.

—Estás exagerando, Margaret, no desconoces tanto del asunto como pretendes fingir. —El hombre se dirigió hacia la puerta metálica y se dispuso a marcharse—. Pero en una cosa tienes razón: esa persona que se ha interesado por nuestra arrogante reclusa es alguien demasiado influyente para ignorarlo. Y los favores se devuelven.

Diana terminó de lavarse las manos ante el silencioso escrutinio de Tessa, su compañera de celda, y se apoyó en el fregadero de acero. Dentro de unos minutos se apagarían las luces, por última vez; se metería en su litera, por última vez; y a la mañana siguiente se levantaría con la voz de la guardiana, por última vez.

Echó una larga mirada a su celda, un cubículo de menos de cuatro metros por dos y medio. Su cuarto durante los tres últimos años y podía sentirse agradecida porque al menos era lo suficientemente espacioso como para albergar dos literas, una mesa, un

fregadero, un inodoro y una pequeña ventana que daba al patio. Imaginó lo que sería no tener que esperar a que llegara la hora para ver televisión, no más duchas compartidas, registros sorpresas, recuentos diarios, los comedores inmensos e impersonales...

—¿Te das cuenta, Chase? La próxima vez que te vistas, se te verán las piernas. ¡Dios!, lo que daría por poder ponerme una minifalda. —Tessa se levantó las perneras del uniforme naranja y fingió que caminaba con tacones—. ¡Ah!, añoro sentirme de nuevo una mujer con piernas.

Diana esbozó una sonrisa y fue a decir algo cuando la puerta se abrió.

—Un minuto, Frank, solo un minuto —advirtió la voz grave de la guardiana a su acompañante—. No es hora de visitas y no quiero problemas.

—Nadie los desea, Julia, gracias. —El hombre le hizo un gesto a Diana para que saliera de la celda y ella obedeció extrañada de que pudiera ir al corredor. Se quedó mirando por un instante a la que probablemente había sido la única persona fraternal con ella, desde hacía seis años, y supo por la forma de rascarse la coronilla que Frank también estaba nervioso—. Aquí hablaremos más tranquilos. ¿Cómo estás, Diana? —Sonrió y ella afirmó en silencio—. Bien, yo también estaría asustado, ¿sabes? Es normal que te sientas así.

—Así, ¿cómo? —Entornó los ojos oscuros y lo miró fijamente. Analizándolo.

—Pues... desconcertada. Asombrada, perdida... y en este momento enfadada.

—¿Por qué soy libre, Frank?

—Ya lo sabes.

—Dímelo tú...

—¿Conoces a Richard Wildman?

—No sé quién es.

—Estás mintiendo, Diana.

—Maldita sea, Frank, no me jodas.

Ella hizo ademán de entrar en la celda y el hombre fue a sujetarla por un brazo para impedirselo, pero solo quedó en un amago porque ni siquiera la tocó y dejó la mano en el aire.

—Lo conoces, Chase, aunque nunca hayamos hablado de él.

—No tengo muchas oportunidades de informarme del mundo exterior, te recuerdo que estoy presa por asesinato —se enfrentó a él—. Pero sí, sé quién es Richard Wildman. Últimamente, su nombre aparece constantemente en los noticiarios y en los periódicos. El prometedor candidato a senador de California. El famoso abogado del condado de Los Ángeles...

—Es un hombre brillante que está moviendo muchos hilos por tu caso. ¿Por qué crees que se solicitó tu traslado a este penal? Lleva años siguiendo tu causa, Diana, y no comprendo esa hostilidad que mantienes hacia él.

La joven se apartó unos mechones que habían caído sobre sus ojos e incompresiblemente sonrió. Aunque con tristeza.

—Sí, supongo que pensó que hacer una buena obra le daría un empujoncito a su carrera política. Seguramente mi traslado coincidió con el tiempo en que él estuvo ejerciendo como abogado supervisor de investigación para el Tribunal Superior del condado de Los Ángeles. ¿Qué pasa, Frank? —Sonrió ante la cara estupefacta del hombre—. ¿No me pedías que tuviera hechos los deberes?

—No eres justa conmigo, Chase.

—Y a mí no me hables de injusticias, por favor. No en un sitio como este.

—No pienso discutir contigo. —El hombre se pasó una mano por la incipiente calva que clareaba su cabeza y suspiró—. Mañana a primera hora pasaré a recogerte y saldremos de aquí. Estoy seguro de que una vez fuera, verás las cosas de otro modo.

La funcionaria se acercó hasta ellos y ambos supieron que la charla había terminado.

—Hasta mañana, Diana —se despidió el hombre en tono afectuoso.

El chasquido de la cerradura al cerrarse fue el último sonido que escuchó Diana antes de que las luces se apagaran. Poco después, tendida de espaldas sobre su litera, supo que la noche sería muy larga. Demasiadas noticias nuevas en pocas horas. Demasiada información para asimilar en tan poco tiempo, después de muchos años de silenciosa rutina y hastío. Y, sobre todo, el haber escuchado el nombre de Richard Wildman en algo relacionado con ella y con su repentina puesta en libertad, le impediría dormir en su última noche en el penal, lo que la haría interminable.

Hacía seis malditos años que no sabía nada de él. Igual que un día apareció de repente en su vida, desapareció cuando más lo necesitaba. Ella era casi una niña cuando lo conoció y pasaba por un mal momento de su vida, pensó con ironía. Aunque en esos tiempos no sabía que lo peor estaba por llegar. Su madre falleció poco después; se quedó sola en aquella cuadra que durante años llamó hogar y él se mostró ante ella como un atractivo príncipe azul, montado en su caballo blanco.

Aunque esta vez el caballo era un precioso deportivo de color azul metalizado.

Richard era el hijo mayor de una reconocida familia de Santa Bárbara y que, según él mismo le contó, acababa de mudarse a Los Ángeles para comenzar a trabajar como abogado en Phelps & Wildman, una prestigiosa asesoría legal que trabajaba para una clientela global desde sus oficinas en Los Ángeles, Palo Alto y Sacramento, Nueva York, Albany y Washington D. C. Así mismo, los Wildman eran propietarios de diversos negocios en la calle State, una de las principales avenidas de la ciudad, bordeada por palmeras y plantas de vivos colores al más puro estilo colonial. Aunque en esa época de su vida, Diana no prestaba atención a aquellos pequeños detalles. Lo único que le importaba era que un gentil y apuesto caballero había aparecido como por arte de magia en su vapuleada vida, sacándola de las calles; la había protegido de los innumerables líos en los que siempre terminaba metida e incluso consiguió que abandonara a sus problemáticas amistades y que se instalara en un pequeño apartamento que él mismo pagaba hasta que ella pudiera encontrar un empleo.

Y todo aquello, ¿para qué? Para acabar dejándola tirada como una colilla cuando la misma justicia, de la que él alardeaba formar parte, la recluía en un penal de California.

Ahora, seis años después, aquel abogado que se iniciaba en una de las empresas de su familia era candidato al Senado por el partido demócrata y ella una convicta.

Capítulo 2

Después de todo, la directora del penal consiguió mantener la calma y explicarle con breves palabras que, aunque desde este momento era una mujer libre, pesaba sobre ella una condena de diecisiete años de la que no podría librarse hasta que la petición de indulto presidencial fuera aceptada. También le advirtió, con cierto deje de sorna, que mientras llegaba el indulto tendría que esperar en un estado de custodia vigilada y que no podría salir del país, ni siquiera deambular por ninguna parte, sin estar controlada por la persona designada para su vigilancia. Después, la misma funcionaria que le había entregado una bolsa con sus ropas la acompañó hacia la salida. Los pantalones vaqueros le apretaban en la cintura y en los muslos, impidiéndole caminar con rapidez, y la camiseta con el logotipo de una marca anticuada se ajustaba a sus senos de forma indecorosa. Afortunadamente, la cazadora vaquera y las deportivas todavía le venían bien y podía disimular que hacía más de seis años que no vestía aquellas ropas. Su cuerpo había cambiado con el tiempo, como también lo había hecho su mente.

Después de toda una noche en vela, y de muchas conjeturas sobre cuál sería el verdadero interés del futuro senador Wildman por ella, Diana estaba preparada para cualquier cosa.

Al final del corredor la esperaba el bueno de Frank, como le había prometido. Sabía que no debía demostrarlo, pero agradecía encontrar una cara amiga antes de dar el gran paso. El hombre estaba charlando con uno de los guardias de la puerta principal y cuando sus ojos grises repararon en ella, le sonrieron.

La joven recogió un sobre con las pocas pertenencias que trajo a Lynwood en su traslado, firmó donde le indicó el guardia y por primera vez miró a Frank sin saber qué hacer.

—¡Adelante! —la animó el hombre, siempre sonriente, y le dio un breve empujoncito hacia el exterior.

Aquel momento era especial para ella y Frank lo sabía. La palidez de su cara al encontrarse frente a la puerta de entrada, sin nada que se interpusiera entre ella y la libertad, la delataba. Aquel instante tenía que saborearlo con intensidad, y él no sería quien lo evitara. Todavía no.

Diana cruzó la enorme verja que la separaba del exterior y el aire helado de noviembre la golpeó en el rostro, saludándola. Lejos del bullicio de la ciudad, que quedaba a más de ocho kilómetros, el atronador sonido de los automóviles la sorprendió sobre su cabeza. El penal había sido construido bajo una transitada

autopista, junto a las vías del ferrocarril y de un barrio industrial al sur de Los Ángeles, e irónicamente, muy cerca de donde ella se había criado. Caminó unos pasos, sintiendo el familiar aroma a gasoil y a neumático quemado que allí era mucho más fuerte que en el patio central de la cárcel. Inspiró, cerrando los ojos, y el chirrido de las vías le avisó de que un tren de mercancías cruzaría frente a ella en menos de quince segundos. Contó despacio: ... trece, catorce, quince... El agudo pitido de la locomotora pareció gritarle «¡bienvenida a casa, Diana!» y por un segundo supo que sí, que estaba de nuevo en casa. Alzó los brazos, dejando caer a sus pies la mochila, los extendió en cruz y dejó que la velocidad de los vagones de hierro al pasar la tambalearan como si de ellos dependiera su firmeza, como cuando era niña.

Frank observó desde lejos cómo aquella reclusa a la que muchos tachaban de orgullosa, y a la que había aprendido a conocer con el tiempo, disfrutaba al sentir el simple aletear de sus cabellos contra la cara. El hombre se quedó boquiabierto. Diana estaba sonriendo. Era la primera vez que veía asomar a sus labios una sonrisa y aquello le impactó más que cualquier otra reacción que ella hubiera tenido al saberse libre.

Aunque también duró poco tiempo.

El sonido de un claxon le indicó que la persona que esperaba en el aparcamiento se encontraba impaciente y Frank, bastante incómodo por tener que interrumpir a la joven, se dirigió con lentitud hacia ella.

—Ha llegado la hora de despedirnos, Diana. —Recogió la mochila que ella había dejado en el suelo y la invitó a caminar a su lado.

—¿Así de fácil? ¿Soy libre y nada más? —Permaneció sin moverse.

—Sabes que no, Diana. —Miró hacia la lujosa limusina negra que esperaba en el aparcamiento del penal y después se giró hacia ella—. Richard Wildman te está esperando.

—¡En serio! —No se molestó en disimular su disgusto.

—Él es un hombre brillante, Diana. Te aseguro que ha tenido que tocar muchas puertas para conseguir que salieras en libertad sin haber cumplido la mitad de tu condena.

—Tú no sabes nada, Frank. —Una expresión herida cruzó fugazmente sus ojos—. Haz el favor de no sermonearme sobre lo que desconoces.

—Diana... —la joven estaba temblando de furia y él, de forma absurda, se sintió como un verdugo a punto de ejecutar a un reo inocente—, escúchame, Diana. —Se colocó de espaldas a la limusina y ocultando su mano bajo la chaqueta le ofreció una tarjeta de visita—. Wildman hará todo lo que esté en su mano para que los años que te quedan de condena sean lo más llevaderos posible. Pero si en algún momento necesitas mi ayuda, no dudes en buscarme.

—No hay otra opción, ¿verdad? Mi libertad tiene un precio. —Le sostuvo la mirada de forma beligerante.

—Todo irá bien, ya lo verás —trató de animarla—. Llámame si necesitas hablar con alguien, te lo digo muy en serio. —Frank señaló la tarjeta que ella sujetaba en la mano—. Estaré un par de días fuera de la ciudad, en las montañas, visitando a mi familia. Pero el lunes sería un buen día para charlar un rato. Ya verás, Diana, después de un fin de semana fuera de este ambiente, las cosas te parecerán más fáciles.

Ella fue a decir algo cuando la limusina se paró junto a ellos. Los cristales tintados no dejaban ver a su ocupante y la puerta trasera se abrió invitándola a entrar. Diana clavó la mirada en el interior y, deliberadamente, se tomó su tiempo para sentarse y cerrar la puerta. El aroma de la loción masculina de Richard se mezclaba con el olor a cuero de la tapicería, pero ella se negó a recordar el pasado y se enfrentó a él, que la estaba mirando. Tenía el aspecto relajado del hombre habituado a estar siempre seguro de todo cuanto hacía. La elegancia que solo podía dar la crianza selecta salida de varias generaciones era muy patente en él, aunque esta vez a Diana no le impresionara como antes. Un impecable traje de varios miles de dólares, un cuerpo atlético y varonil y unas facciones atractivas no eran suficientes para olvidar seis malditos años de su vida.

—Frank tiene razón —espetó con rabia—, eres un hombre brillante.

Él alzó una mano para acariciarle la mejilla, pero ella se apartó para evitar el contacto.

—Sí, Dick, eres un hombre brillante, pero cuando te miro solo veo a un bastardo.

—No sabes el tiempo que hace que nadie me llama así.

—¿Bastardo? Supongo que ese no será el motivo por el que has solicitado un indulto presidencial.

—Tienes derecho a estar enfadada, Diana, pero no conmigo.

—¿Qué quieres, Dick? Un futuro senador del estado de California no debería ser visto en tan mala compañía.

—Intento ayudarte, cariño.

—Demasiado tarde, ¿no crees?

—Quiero protegerte.

—¡Ahora! ¡Cuando te presentas a senador! Ahora eres un pez gordo, Dick, o ¿debería llamarte señor Wildman? —Se inclinó hacia él y lo acusó con rabia—. ¿De verdad quieres ayudarme? ¿O soy yo la que puede ayudarte a ti desapareciendo de la circulación? Si alguien llegase a saber que el heredero del imperio Wildman se relacionó en el pasado con una asesina, podría ver caer su inestable castillo de naipes.

—Si hubiera tenido pruebas, Diana, habría demostrado tu inocencia.

—¿Las buscaste? ¿Debo creerte? —gritó ella encarándose con furia.

—Sí, maldita sea, las busqué... —Se llevó las manos a la cabeza y suspiró con desesperación mientras despeinaba sus perfectos cabellos castaños—. Diana, cuando te conocí eras capaz de robar cualquier cosa que no estuviera atornillada.

—¡Pero no de matar! —Sintió que lágrimas de humillación le ardían en los ojos y parpadeó para contenerlas.

—Y esa panda de chavales de mala reputación que siempre andaban contigo, tus antecedentes policiales... ¿Crees que no contraté a numerosos abogados y detectives para que dieran con alguna pista de tu inocencia?

—¿Y dónde estabas tú? Tú eras abogado, Dick, y de los mejores.

—Supongo que estamos donde lo dejamos.

—¿Lo dejamos, Dick? ¿O donde tú lo dejaste?

—Sabes más de lo que testificaste, Diana —afirmó, recobrando la serenidad—. No dijiste toda la verdad.

—Vete a la mierda, Dick. —Hizo ademán de salir del coche y él lo impidió sujetándola por un brazo—. ¿Qué más da? De todas formas la culpable soy yo. Ya he pagado seis años de mi vida por ello. ¡Seis años! En los que no he recibido ni una nota, ni una llamada, nada. —Forcejeó para liberarse de su agarre y él la sujetó más fuerte—. Te marchaste de Los Ángeles, del estado de California, de mi vida, mientras que yo me quedaba aquí encerrada. ¡Me abandonaste! ¿Y ahora pretendes que crea que quieres ayudarme?

—¡Maldita sea, Diana! Declara lo que viste y asumiré las consecuencias, pero di la verdad —solicitó zarandeándola—. ¿Qué fuiste a hacer allí?

—¡No seas hipócrita! ¡Esperaba encontrarte a ti!

Richard la liberó de golpe y ella se frotó las muñecas doloridas.

—Tuve razones para actuar como lo hice y para hacer lo que hago.

—¿De qué hablas? —Los ojos de Diana brillaron de cólera.

Richard la miró durante unos segundos y ella alzó la barbilla, amenazante.

—¿Estás valorando la posibilidad de encerrarme otra vez?

Él cabeceó, comprendiendo que jamás llegarían a un entendimiento razonable, y buscó las palabras adecuadas.

—Ya hablaremos de todo esto con más calma. De momento, y como no estoy dispuesto a alargar más esta discusión, te diré que dispones de dos opciones. Puedes venir conmigo a un lugar donde podrás tener una nueva identidad, y donde nadie conocerá tu pasado, o quedarte aquí, en Lynwood, y terminar de cumplir tu condena.

—¿Sabes? Deberías usar gel bucal, porque tu boca apesta.

Él ignoró el comentario y sonrió.

—Supongo que me lo merezco. Entonces, ¿qué me dices?

Diana observó al hombre que tenía frente a ella. Siempre le pareció fuerte, vibrante. Allá donde iba se convertía en el centro de atención y conseguía meterse a la gente en el bolsillo, como hizo con ella. Con su sonrisa amable, como la de ahora, y su voz educada y perfectamente modulada; con aquellos ojos oscuros y su semblante atractivo.

—¿Tanto me odias, Diana?

—Un día llegué a preguntarme qué era lo que me hizo confiar en ti.

—¿Y lo averiguaste? —Se acercó a ella y la sujetó por los hombros con suavidad.

—Sí, después de esperar durante mucho tiempo, descubrí que todos tus éxitos en la vida los lograbas pisoteando a la gente que estaba cerca de ti.

Richard acusó el golpe, apretó los labios, y se separó de ella.

—Por tu bien, y por tu vida, espero que sigas confiando en mí.

Como si el conductor del coche hubiera decidido por ella cuál de las dos opciones escogía, se puso en marcha y salió del aparcamiento. Durante unos segundos, Diana se dedicó a observar cómo dejaban atrás aquel enorme edificio de hormigón y, cuando se incorporaron al fluido tráfico de la autopista, se recostó en el asiento y cerró los ojos para evitar tener que hablar de nuevo con Richard. Este, como si agradeciera aquella actitud de tregua, abrió su maletín y comenzó a revisar unos documentos con inusitado interés.

Poco después, Diana comprendió que estaban rodeando la ciudad y cuando el coche tomó una carretera hacia el norte ya no tuvo ninguna duda. Sin poder fingir por más tiempo que dormía, se incorporó hacia Richard.

—Fresno —repuso él, sin alzar la cabeza de sus documentos—. Nos dirigimos hacia Fresno. Allí pararemos a comer algo y continuaremos charlando. También podemos comprarte algo de ropa y de calzado —aclaró mirando sin disimulo las viejas deportivas.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—A tu ropa no le pasa nada, eres tú la que estás más... gorda —dijo señalando sus senos con un movimiento de cabeza.

Ella fue a decir algo, pero cerró la boca y se observó a sí misma. Después cruzó los brazos sobre la cazadora, cubriéndose, y se recostó de nuevo.

Poco después, el reconfortante calorcillo del aire acondicionado del coche, el agotamiento de toda una noche en vela y el estrés causado por la novedosa situación, la sumieron en un profundo sueño.

Cuando despertó, estaban repostando en una gasolinera a la entrada de Fresno y Richard hablaba por teléfono en el exterior. Se paseaba de un lado a otro y de vez en cuando miraba hacia el interior de la limusina, aunque Diana sabía que no podría verla a través de las lunas tintadas. De lo que sí estuvo segura era de que hablaba de ella y que la persona con la que lo hacía no parecía estar muy de acuerdo en lo que Richard le explicaba. Instantes después, se sentó a su lado y el coche inició la marcha.

Se adentraron en la ciudad y Diana procuró centrar su atención en las calles concurridas y en el ajetreo de los transeúntes que caminaban deprisa para paliar el efecto del viento frío que agitaba sus abrigos. Estaba comenzando a lloviznar y el cielo plomizo amenazaba con descargar de un momento a otro sobre ellos. Observó a una mujer con su hija pequeña y cómo esta se negaba a separarse de un escaparate repleto de coloridas tartas. Cuando era niña, también solía encandilarse ante los llamativos expositores de las pastelerías, aunque nunca pudo armar una pataleta para obtener algún dulce. Su madre no solía pasear muy a menudo con ella, y mucho

menos en una mañana lluviosa ni a plena luz del día. A esas horas, solía estar durmiendo o terminando alguna fiesta con alguno de sus amigos.

—¿Te apetece comer algo? —La voz amable de Richard la sacó de sus pensamientos.

Diana comprendió que él había adivinado lo que pasaba por su cabeza y se lamentó de resultar tan transparente. Con Richard siempre había sido así y, al parecer, seguía siendo la única persona que podía predecir sus actos.

—Espero que no mantengas durante mucho tiempo esa actitud tan infantil de no dirigirme la palabra, aunque te mueras por una de esas tartas de fresas con nata. Creí que habíamos llegado a un acuerdo. ¡Bien! —añadió al silencio de ella—. Iremos directamente de compras y nos saltaremos los dulces.

Capítulo 3

Varias horas después, Diana y Richard terminaban de comer en un pequeño restaurante, en el centro de la ciudad. La mesa estaba estratégicamente situada en un rincón, junto a una pequeña ventana, de forma que la pareja permanecía aislada de posibles miradas indiscretas y les proporcionaba cierta intimidad.

No tardaron mucho con las compras. Diana se negó a dejarse deslumbrar por los preciosos vestidos que Richard insistía en que le mostraran las dependientas. No estaba dispuesta a permitir que él volviera a influir en su vida y solo comprarían lo estrictamente necesario. No podía olvidar que él tenía la llave de su libertad en las manos y, aunque no le gustara la idea, la había aceptado.

Consintió en que le comprara un chaquetón de cuero marrón, un par de pantalones vaqueros, algunas camisas y jerséis gruesos y un par de botas. Artículos útiles y necesarios en esta época del año. Más tarde, al llegar a la sección de lencería, ella agradeció a Dick que se mantuviera apartado. Diana tenía un gusto exquisito y extravagante para las prendas íntimas. Hacía tantos años que no sentía la suavidad de la seda en su piel que se permitió escoger exuberantes conjuntos de lencería sin que él fuera testigo de su debilidad. Realmente, Dick la conocía muy bien.

La comida había sido abundante y diferente. Sobre todo diferente. Se sentía extraña, allí sentada en aquel rincón acogedor, utilizando cubiertos de verdad, sin el alboroto de las demás reclusas ni la vigilancia de las funcionarias. En pocas horas, todo había cambiado tan deprisa que estaba segura de que tardaría algún tiempo en coger el ritmo de una persona libre.

—¿Adónde nos dirigimos? —Fue la primera vez que le dirigió la palabra desde que se sentaron a comer.

—De momento, nos quedaremos en San Francisco. Todavía no puedes abandonar el estado de California, pero en cuanto solucione ese detalle tengo pensado llevarte a Nuevo México.

—¡Nuevo México! ¿Por qué allí? —replicó fulminándole con la mirada.

—¿Y por qué no? Es un buen lugar para iniciar una nueva vida. —El teléfono móvil de Richard comenzó a sonar y él se disculpó, levantándose.

Nuevo México no era un buen lugar, pensó contrariada; en realidad ningún sitio al que fuera llevada a la fuerza lo sería. Terminó el café de un trago y observó el exterior desde la ventana que tenía al lado. Había dejado de llover, pero todavía estaba nublado. Por la expresión de la gente, supo que hacía mucho frío y se arrebujó en el calor del grueso jersey de cuello vuelto que acababa de estrenar. El color oscuro

de la lana acentuaba su palidez y sus cabellos castaños caían desordenados por su cara, ocultándosela.

Como siempre solía hacer cuando quería observar sin ser observada.

Richard continuaba hablando por teléfono y ella volvió a mirar por la ventana. Estaba segura de que durante mucho tiempo disfrutaría con cosas tan insignificantes como ver pasear a la gente por las calles o el bullicio de los vendedores ambulantes que trataban de salir adelante otro día más. Algo en la acera de enfrente llamó su atención y fijó la mirada. Al principio, creyó reconocer a un hombre que salía de un centro comercial y que estaba cargando algunas cosas en el maletero de un todoterreno. Llevaba un enorme anorak rojo y se cubría la cabeza con una capucha y, aunque sabía que aquello era imposible porque ella no conocía a nadie en Fresno, continuó mirándole. Pero sí, conocía al hombre que acababa de cerrar el maletero y que luchaba contra el viento huracanado para regresar al centro comercial. Aquel hombre era Frank Malloy, el trabajador social de Lynwood.

De reojo, volvió a mirar a Dick que continuaba enfrascado en una interminable conversación y sacó del bolsillo la tarjeta que Frank le había entregado. En un segundo, consideró factible la posibilidad de ser libre de verdad. Procurando no parecer nerviosa, volvió a guardar la tarjeta y observó cómo el hombre regresaba al todoterreno, guardaba unas bolsas en el asiento de atrás, y se marchaba.

Sin dudarle, Diana se levantó y con un gesto le indicó a Richard que iba al cuarto de baño. Este le sonrió y asintió, mientras continuaba hablando. Ella procuró caminar deprisa y, al entrar en un oscuro pasillo, casi aplaudió al comprobar que todavía seguían poniendo los teléfonos públicos junto a los aseos. Los dedos le temblaban cuando terminó de marcar el último número y aguantó la respiración.

—Frank Malloy, dígame.

—Frank..., me dijiste que te llamara...

—¿Diana? ¿Eres tú?

—Sí, necesito verte.

—Uff, Diana, lo siento mucho, pero tendrá que ser el lunes. Ahora mismo estoy fuera de Los Ángeles.

—Lo sé, yo también... también estoy en Fresno y acabo de verte.

—¡Vaya! Y, ¿qué haces en Fresno? ¿Te ha ocurrido algo? —preguntó en tono preocupado—. ¿Algún problema?

—Todavía no. —Dudó un poco, miró hacia la salida donde estaba aparcada la limusina y vio a Richard dando breves paseos por la acera, pegado al teléfono móvil—. Necesito pedirte algo, Frank. ¿Puedes regresar al centro comercial? Ya sabes, donde has estado de compras. Solo será un momento, te lo prometo.

—Está bien, solo estoy a un par de manzanas. ¿Te parece bien en diez minutos?

—En cinco, mejor —le pidió con nerviosismo.

—Hay un restaurante justo enfrente, espérame allí y podremos tomar un café.

—No hace falta, te espero en la esquina. —Observó que Richard había terminado la conversación y, al comprobar que se dirigía hacia el pasillo, colgó con rapidez.

Solo tuvo el tiempo suficiente para entrar corriendo en los aseos de señoras y fingir que salía en el mismo momento en el que él llegaba hasta la cabina de teléfono.

—Tardaré un segundo —le indicó él, dirigiéndose hacia la puerta de los servicios masculinos—, regresa a nuestra mesa, cariño, te he pedido otro trozo de tarta.

—¿No estoy lo suficientemente gorda? —Procuró que él no notara ninguna diferencia en su forma de actuar.

—Sabes que no, cariño. —Le sonrió y trató de acariciarle la mejilla, pero ella se apartó—. Solo estás diferente, Diana. Ya no eres la adolescente delgaducha que conocí. Saldré en un minuto y podremos continuar el viaje. Todo se arreglará, ya lo verás.

—Tómate tu tiempo, senador —replicó caminando hacia la mesa con las manos metidas en los bolsillos.

En cuanto estuvo segura de que Dick no saldría de los aseos durante un par de minutos, miró hacia la limusina. Se alegró al comprobar que el chófer estaba ocupado, limpiando el parabrisas con una bayeta. Se puso el grueso chaquetón, cargó la mochila al hombro y caminó despacio hacia la puerta. Aprovechando que un grupo de jóvenes salía en ese momento, se mezcló entre ellos y consiguió pasar desapercibida. Todo estaba saliéndole bien y no podía hacer otra cosa que alegrarse. Ya era hora de que la suerte estuviera de su lado.

Cruzó la avenida con paso decidido y justo en el momento en el que llegaba a la puerta del centro comercial, el todoterreno de Frank estacionó a su lado.

—No pares, vámonos de aquí —le ordenó nada más montarse a su lado.

—Pero ¿no íbamos a tomar un café? —El hombre la miró extrañado.

—Sí, en otro lugar. Por favor, vámonos de aquí.

El nerviosismo la delataba y no dejaba de mirar al otro lado de la calle. El chófer continuaba limpiando el coche como si tal cosa, pero Frank no se movió del sitio.

—Cuéntame qué te ocurre y por qué me da la sensación de que estamos haciendo algo ilegal.

—Arranca de una vez, Frank, por favor. —Lo miró con ojos suplicantes—. Me dijiste que si necesitaba ayuda te llamara. No me falles, por favor.

El hombre se rascó la incipiente calva, siempre lo hacía cuando estaba indeciso, carraspeó y moviendo la cabeza se incorporó a la circulación. Diana suspiró aliviada y se acomodó en el asiento cuando pasaron junto a la limusina de Richard y la dejaron atrás.

—¿Me dirás qué está pasando? —Giró a la derecha y aumentó la velocidad—. No quiero contribuir a la huida de una prófuga. ¿Dónde está el señor Wildman?

—No puedo ir con él, Frank.

—Fue una de las condiciones que puso el fiscal del Estado para que pudieras salir de prisión mientras se solucionaba lo de tu indulto. ¿Sabes lo que estás haciendo al

huir? Dentro de poco, la policía estará buscándote de nuevo y yo seré tu cómplice.

—No tiene por qué ser así, lo último que deseo es crearte problemas.

—Es que los problemas te los estás creando tú solita, Diana. ¿Qué ocurre entre Richard Wildman y tú?

—Eso pertenece al pasado.

—Pero ahora, tu futuro depende de ese pasado.

—Solo necesito algo de dinero, Frank. Ni siquiera tienes que dármelo convirtiéndote en mi cómplice. Puedes dejarlo ahí —señaló la guantera— y salir un momento del coche. En cuestión de minutos habré desaparecido y no te verás involucrado.

—¡Estás loca si me crees capaz de eso! —explotó él, airado.

—Entonces, ¿me delatarás?

—No sé lo que haré. Déjame pensar. Pero desde luego no permitiré que engroses tu ficha delictiva con otro robo y, mucho menos, te dejaré en medio de la nada a punto de oscurecer.

Diana respetó los minutos de reflexión que él le pedía y se dio cuenta de que salían de la ciudad. Poco después, el todoterreno tomaba la ruta 41 y ella le tocó en el brazo.

—Gracias.

—¿Por qué? Todavía no he decidido nada.

—Aun así, has conseguido que por fin me sienta auténticamente libre.

—Entonces, espero que empieces a contarme qué es lo que ocurre entre Wildman y tú.

—¿Eso significa que me llevarás contigo?

—Depende de lo que escuche.

Ella apretó los labios, miró al frente, y con voz ronca comenzó a hablar.

—Dick y yo nos conocimos hace más de diez años. Él era un hombre impresionante, provenía de una de las familias más importantes de Santa Bárbara y de forma inexplicable se fijó en mí. Insistió en que me marchara con él, que saliera de las calles, como solía decirme. Poco después me enjuiciaron, todavía como menor, por un pequeño hurto.

—¿Un pequeño hurto?

—Sí, un pequeño golpe sin importancia en una joyería. Al fin y al cabo, aquel collar de diamantes tenía seguro, nadie salía perjudicado, y yo podría costearme un año de mi vida sin tener que vivir con mi madre ni en albergues infantiles. ¡Odiaba los hogares infantiles!

—Y Wildman el abogado se encargó de tu defensa —afirmó Frank.

—Así es, ni siquiera sé cómo lo hizo, pero consiguió que me dejaran en libertad y convenció al fiscal de menores de que estaría mejor emancipada y vigilada, aunque fuera menor, que en uno de aquellos albergues de los que escapaba con gran facilidad. Entonces murió mi madre por una sobredosis y Dick se convirtió en una

especie de... tutor, por decirlo de alguna manera, y yo estaba feliz. Por primera vez en mi vida, alguien se ocupaba de mí.

—Os enamorasteis —volvió a afirmar Frank.

—¿Enamorarnos? —Diana lo miró como si le acabaran de salir cuernos—. Pero ¿qué dices? Él tenía más de treinta años y yo diecisiete...

—Eso no es un impedimento, tal vez él simplemente esperaba a que crecieras. Ahora ya eres toda una mujer y él continúa siendo un hombre atractivo que no ha cumplido los cuarenta.

Ella negó enérgicamente.

—No teníamos ese tipo de relación —le aseguró, contemplando cómo cambiaba el paisaje por la ventanilla.

—Y, ¿qué es lo que pasó?

Diana guardó silencio mientras se perdía en los recuerdos de cómo había cambiado su vida. Dick la sacó de las calles, le buscó un pequeño apartamento cerca de la playa y le aconsejó que se matriculara en algunos cursos para terminar su formación escolar, que iba muy atrasada. Todo funcionó de maravilla durante casi dos años. Diana terminó sus estudios primarios en un tiempo récord, consiguió un empleo en una pizzería y las cosas comenzaron a irle bien. Incluso inició una relación con Anthony, el hijo del propietario. Pero Dick insistió en que lo dejara, asegurándole que algún día conocería al hombre que de verdad la mereciera, pero que ahora debía estudiar y labrarse un porvenir.

—Diana —la llamó Frank—. ¿Qué ocurrió?

—Dick me abandonó cuando más le necesitaba —le aseguró ella con voz dura.

Evocó aquella noche fatídica, cuando llegó a su apartamento y él estaba allí, hablando por teléfono.

Parecía discutir con alguien y estaba muy enfadado. Diana nunca había visto así a Dick. Gritaba a su interlocutor y rezumaba ira al hacerlo.

—¡No voy a consentirlo!

Ella observó desde el umbral de la puerta cómo escribía algo en un papel.

—No, no estás en disposición de exigirme nada... ¡Eso ya lo veremos!

Cuando Dick colgó el teléfono, estaba furioso. Llevaba mal anudada la corbata, su impecable traje oscuro estaba arrugado, y sus ojos echaban chispas. Diana fingió que acababa de llegar y él procuró tranquilizarse. Hablaron de un par de cosas sin importancia y se marchó. Poco después, el teléfono móvil de Dick comenzó a sonar y ella comprendió que se lo había dejado olvidado.

Él jamás iba a ningún sitio sin su teléfono.

Buscó entre los papeles que había sobre la mesa y encontró la nota que había escrito momentos antes. Era una dirección que le resultaba conocida, de hecho pertenecía a su antigua casa y, cuando el teléfono volvió a sonar con insistencia, Diana decidió ir a encontrarse con él y devolvérselo. Si no lo hacía, tendría que

soportar aquel ruido estridente durante horas. Anthony la llevó en su coche y ella se despidió de él. Cruzó un oscuro callejón y sonrió al ver destacar el deportivo azul de Dick entre los cubos atestados de basura.

Hasta ahí, sus recuerdos eran claros. Como si no hubieran pasado más de seis años. Cuando Diana llegó a las desvencijadas escaleras, miró la nota para comprobar que no se equivocaba y subió hasta su antiguo piso. Estaba a punto de llamar a la puerta cuando alguien que salió a toda prisa del interior la golpeó y la empujó, lanzándola por las maltrechas escaleras. Después todo se volvió oscuridad.

—Quieres decir que te abandonó cuando te acusaron de asesinato, ¿verdad?

—Así fue —resumió ella con un hilo de voz.

—Nunca has querido hablar de lo que ocurrió aquel día, ni siquiera después de haber pasado mucho tiempo. Me consta que varios abogados del bufete Phelps & Wildman se encargaron de tu defensa, pero jamás colaboraste con ellos y asumiste tu culpabilidad como si la merecieras.

—¿Qué quieres decir? —Diana recobró su obstinado orgullo—. Dick me dejó tirada y envió a varios de sus empleados mientras que a quien yo necesitaba era a él.

—No puedo justificar a Richard Wildman —afirmó con determinación—. Pero deberías olvidar el pasado y mirar al futuro. Y él te lo está ofreciendo, Diana.

—No, Frank. —La joven le tocó en el brazo, era la segunda vez que Frank la veía tomar contacto con alguien y que ese alguien fuera él, le halagaba—. Eres tú quien me ofrece mirar al futuro.

El hombre se concentró en la conducción que cada vez era más dificultosa y guardó silencio. Desde que dejaron la ciudad de Fresno atrás, el paisaje se había ido transformando poco a poco. Llevaban casi una hora circulando por una carretera secundaria que les obligaba a marchar a poca velocidad y, según iban ascendiendo, se vislumbraban las laderas de las montañas nevadas. El coche se internó entre enormes secuoyas dando la impresión de que era engullido por ellas. Aquellos árboles manifestaban su longevidad con extravagancia. Sus troncos, gruesos como edificios y con más de cien metros de altura, se alzaban ante el camino. El contraste de las paredes graníticas, con el tamaño de la vegetación que los rodeaba, producía una sensación de grandeza que sobrecogió a Diana. Lentamente, sintió que aquella belleza salvaje y agreste la invitaba a formar parte de ella.

El sol se estaba poniendo y los picos nevados de las montañas lanzaban destellos anaranjados. Ella se giró con rapidez a su derecha, acababa de vislumbrar a lo lejos un par de ciervos que emprendieron la marcha al sentir el sonido del todoterreno. Se podría decir que aquella naturaleza que estallaba delante de sus ojos la hacía sentirse viva. Libre.

—Pronto llegaremos a casa —le anunció el hombre que durante todo el tiempo había permanecido callado y pensativo.

—Gracias, Frank. —En su garganta se formó un nudo de emoción—. Jamás olvidaré lo que estás haciendo por mí.

—Todavía no estoy seguro de que sea lo correcto —dijo él cabeceando—. Pero tienes que prometerme que el lunes regresarás conmigo a Los Ángeles.

—No puedes pedirme eso.

—Escucha, Diana, no podemos dejar que toda la policía del estado te esté buscando. Comprendo que necesites reflexionar durante un par de días y aquí podrás hacerlo. —Indicó con un gesto el valle que se abría ante ellos—. Pero el lunes te pondrás en contacto con Richard Wildman y trataremos de buscar una solución. Tú me prometes eso y yo a cambio te proporcionaré un fin de semana tranquilo y reconfortante.

—Lo pensaré —mintió ella.

—Eso espero —rezongó él y después de un momento, añadió—: Bienvenida al valle de Yosemite.

Capítulo 4

Ya había anochecido cuando tomaron un camino empedrado que los condujo a una hermosa pradera alpina. Al fondo, se divisaba un pequeño grupo de casas rústicas, iluminadas con potentes faros desde distintos ángulos.

Frank le había comentado que su familia poseía desde hacía varias generaciones un pequeño hotel familiar cerca de la ruta Paso Tioga, en el centro del valle de Yosemite, uno de los parajes más bellos del estado de California. Le dijo que en aquella época no había muchos turistas porque parte del valle estaba cerrado. Aun así, permanecía protegido por los *rangers* ya que, a pesar de las fuertes nevadas, muchos escaladores arriesgados solían quedarse atrapados en los cortados nevados del Tioga. Le habló de las numerosas cascadas de sonido atronador y de los ascensos para alpinistas expertos que solía guiar Hugh, su hermano pequeño. También le advirtió sobre su padre, un cocinero demasiado extravagante, y le sugirió que no le hiciera mucho caso cuando alardeara de sus asados de carne con salsa de arándanos para invitados honorables.

—Roxana es mi hermana. Ella y Jeff, su esposo, tienen una niña preciosa que se llama Beth, como mi madre que falleció hace unos años, y están esperando otro bebé para la primavera.

—Se te ilumina el rostro al hablar de ellos —observó Diana con un deje de tristeza—. Eres afortunado de tener una gran familia.

—La verdad es que sí —repuso él con satisfacción—. Y tú también les gustarás, no te preocupes —añadió con suavidad.

—¿Cómo justificaremos mi presencia? —Hasta aquel momento no había reparado en que tendría que convivir con personas a las que no conocía de nada y aquello comenzó a inquietarla.

—No debes preocuparte por eso. Al fin y al cabo, vivimos en un lugar turístico y no será por falta de habitaciones —dijo cálidamente—. Además, mi familia está acostumbrada a que traiga montones de amigas los fines de semana.

Ella se sintió turbada al escuchar como aquel hombre al que ella había conocido simplemente como Frank, el asistente social de Lynwood, la consideraba una amiga.

Poco después, Frank estacionó el coche frente a la casa central, que era la más grande. Estaba llena de grandes balcones de granito que miraban al frente y la solidez de las piedras que formaban su fachada le confería apariencias de grandeza. Una decena de pequeñas casitas de madera, construidas alrededor del edificio principal, daban al lugar la sensación de formar una pequeña aldea alpina.

Se estaba levantando un viento gélido y Frank le aconsejó que dejara el equipaje en el coche y que entrara directamente al hotel. Al cerrar la enorme puerta de madera, Diana se quedó parada en el centro del inmenso vestíbulo. Todo estaba lujosamente decorado, al más puro estilo rústico, pero con mucho gusto. La sensación de calidez que daban las enormes lámparas que colgaban del techo alto, revestido de madera, contrastaban con las numerosas alfombras que vestían los suelos encerados.

Algunos turistas observaban por los grandes ventanales la tormenta que se avecinaba. Al fondo, un matrimonio de edad avanzada, y que al parecer no hablaba inglés, trataba de explicarle algo a una mujer, rubia y embarazada, que tecleaba en el ordenador y se apoyaba con gesto cansado en un mostrador de piedra. Diana supo enseguida que ella era Roxana, la hermana de Frank, y cuando la joven alzó la cara y la miró, sus enormes ojos grises se lo confirmaron.

En cuanto se liberó de los turistas, corrió hacia ellos que estaban colgando los abrigos en un enorme perchero de bronce.

—Frank, papá estaba muy preocupado. Te esperábamos hace rato.

Le dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla. Él le colocó con cariño una mano en la tripa abultada y se la masajeó con cuidado.

—Lo siento, me entretuve comprando unas cosas en Fresno. —Observó curiosidad reflejada en los ojos de su hermana y acercó a Diana con el brazo que le quedaba libre. Esta se envaró con el contacto—. También me entretuve en recoger a mi amiga Diana. Ella —carraspeó— pasará el fin de semana en el valle.

Roxana abrió la boca y la cerró.

—Bien, hermanita —le alborotó los cabellos rubios, la besó en la mejilla y volvió a adoptar su típico aire paternal—, iremos a saludar a papá. ¿Dónde está la chiquitina?

—Ehhh... está con él, en la cocina. —Observó con detenimiento a la joven que luchaba por separarse de su hermano mayor—. Bienvenida al valle, Diana.

—Gracias —respondió ella alzando la barbilla de forma arrogante.

La enorme puerta de entrada se abrió, dejando entrar una fuerte racha de viento, y un agente uniformado tuvo que luchar para poder cerrarla. Era enorme y se cubría la cabeza con un grueso sombrero forrado de piel marrón, al igual que su anorak.

Diana se puso tensa, se irguió con el gesto atrapado, y Frank la sujetó por un brazo para evitar que saliera corriendo.

—Olvidé decirte que mi cuñado, Jeff, es uno de los *rangers* del valle.

—¿Lo olvidaste? —Su boca adquirió un aspecto fiero y se apartó de él—. Y ¿qué más cosas has olvidado decirme?

Hablaban en susurros, mientras el matrimonio se abrazaba calurosamente.

—Un *ranger* es una mezcla entre guardabosques y *scout*, que principalmente se dedica a proteger el valle y a cuidar de los excursionistas, no a buscar evadidos de la justicia. Y ahora, actúa con normalidad o comenzarán a pensar que te he traído secuestrada.

—¿Qué quieres decir?

—Que seas un poco más... sociable —solicitó tratando de buscar las palabras adecuadas para no herirla, mientras la conducía hacia la pareja que los observaba en silencio.

El *ranger* no le quitaba los ojos de encima, seguramente su foto había salido en los noticiarios, o tal vez la habían distribuido por todos los puestos de policía del estado. Aunque Jeff solo fuera un atractivo y fornido *scout*, que la miraba sonriente y le tendía la mano con amabilidad, Diana no podía evitar la sensación de peligro que le producía ver a aquel hombre uniformado con su mirada alerta.

En ese instante, una niña de unos cuatro años, menuda y con la cabeza rodeada de bucles rubios, se acercó corriendo hasta ellos. Un hombre de unos setenta años, alto y fornido, con una inmensa y brillante calva en su enorme cabeza, la siguió con agilidad hasta el centro del recibidor, donde se había concentrado la numerosa familia y varios de los trabajadores del hotel se unieron al grupo, quedando Diana y Frank en medio de ellos.

De repente, todos comenzaron a hablar y a saludarse. La niña correteaba alrededor de Diana y un torrente de frases amables del tipo «encantado de conocerte, hola Diana, es un placer», comenzó a dirigirse hacia ella, asfixiándola.

Procuró quedarse quieta, quizás más de lo que debiera, a pesar de las advertencias de Frank. Pero no era fácil sentir aquella marea de atenciones para alguien que había pasado los últimos seis años de su vida rodeada de desconfianza. Demasiado tiempo procurando evitar el contacto humano para no crear confusiones, ni sufrir agresiones. Comenzaron a sudarle las palmas de las manos cuando la mirada fija del señor Malloy se paró frente a ella. Eran unos ojos penetrantes, de un color gris metalizado, como los de sus hijos, pero mucho más fríos y analíticos. Casi como los de Roxana que también la observaba con atención, mientras que la niña le preguntaba que si era la novia de su tío Frank. Este, sabiendo los derroteros que tomarían los próximos minutos de conversación, rescató a la joven de preguntas indiscretas y anunció en voz alta que Diana estaba cansada del viaje y que sería mejor mostrarle su habitación.

Los Malloy tardaron varios minutos en deliberar cuál sería el mejor cuarto para la amiga de Frank. El patriarca, con su vozarrón, determinó que si era amiga de su hijo, la chica debería instalarse en la casa de la familia y no como un huésped cualquiera. Entonces comenzó otro acalorado debate en el grupo. Era realmente alucinante ver cómo todo el mundo opinaba sobre lo que le interesaba o lo que le convenía a la chica, como decía el señor Malloy, imponiéndose sobre todos. Finalmente, Frank consiguió sacar de allí a Diana.

Su habitación resultó estar justamente al lado de la de Frank, en la casa familiar. Él le explicó que una de las casitas que había junto al hotel, la más grande, era la que usaban como vivienda y también le rogó, al observar la palidez de la muchacha, que disculpara la fogosidad de su familia.

—¿Son siempre así, con todas tus amigas?

—Solo con las que les caen bien.

—Hubiera preferido instalarme en el hotel. Ahora todos creen que tú y yo...

—No te preocupes por eso, se les pasará.

—De todas formas, sería mejor que...

—Será mejor que descanses un poco. Dentro de un rato vendré a por ti para ir a cenar —le aconsejó, entregándole la mochila y saliendo del dormitorio.

Más tarde, cuando Diana comprendió que estaba verdaderamente a solas, en la intimidad de su habitación, se atrevió a moverse. Aquel cuarto era tres veces mayor que la celda que había estado compartiendo hasta ese mismo día. En vez de una pequeña ventana con rejas que diera al patio, se encontró frente a unas enormes puertas de cristal. Diana descorrió las cortinas floreadas y la vista de un jardín iluminado con farolillos le quitó el aliento. Jamás había visto algo tan bello y tan sencillo a la vez. Dio un pequeño paseo admirando los muebles de madera rústica, el coqueto tocador y el taburete tapizado con flores, al igual que las cortinas y la colcha que cubría la cama. Todavía estaba caminando en círculos cuando la sorprendieron unos golpes. Hacía mucho tiempo que nadie llamaba a su puerta pidiendo permiso para entrar.

—¿Todavía estas así? —le preguntó Frank sonriendo desde el exterior.

Diana se sintió ridícula allí parada, en el centro del dormitorio, ni siquiera sabía si habían transcurrido horas o minutos.

Frank se había duchado y sus cabellos rubios, y recién peinados, parecían más oscuros. Tampoco llevaba su habitual traje, sino que vestía pantalones de pana y un grueso suéter de color azul oscuro que lo rejuvenecía.

—No voy a bajar a cenar, lo siento, Frank.

—¿Por qué? Si es por Jeff, no debes preocuparte.

—Es por todo en general. —Diana se sentó en la cama, ocultó la cara tras su melena castaña, y comenzó a enrollar la colcha entre los dedos.

Frank le sonrió y se sentó junto a ella.

—Te comprendo, por supuesto. Solo hace unas horas que eres Diana Chase, sin el sobrenombre de reclusa delante, solo Diana. Te subiré algo de cena, ¿de acuerdo? —Le apartó el pelo de la cara y añadió—: Pero mañana quiero ver a la nueva Diana.

—No lo sé, Frank... No debí venir contigo a tu casa. A estas horas me estarán buscando. Debería marcharme.

—Ni se te ocurra pensar eso —le regañó, poniéndose serio—. Necesitas descansar, eso es todo. Dentro de un rato vendré a verte, ¿de acuerdo?

El hombre le guiñó un ojo y abandonó el dormitorio con una sonrisa. Nada más salir, su semblante se tornó serio y preocupado. Tecleó en su teléfono móvil y, cerrando la puerta de su cuarto, escuchó la voz impaciente de su interlocutor.

—¡Malloy!, ¿por qué ha tardado tanto en llamar? Estaba preocupado. Y Diana, ¿está con usted?

—Sí, claro, no pude ponerme en contacto antes.

—¿Algún problema?

—No, señor Wildman, todo salió como usted predijo. La conoce muy bien. Diana me reconoció al salir del centro comercial y después utilizó la tarjeta que le entregué. Ella cree que la policía la está buscando por todo el estado y que consiguió convencerme para que la ayudara a escapar.

—Entonces, ¿por qué noto que el que no está convencido es usted?

—Es usted muy perspicaz, señor Wildman.

—¿Diana tiene alguna sospecha?

—No, no se trata de eso —Frank carraspeó—, pero no sé cuánto tiempo podré retenerla en el valle. Ella está dispuesta a seguir su huida sin mí y no se me ocurre cómo obligarla a quedarse sin que comience a dudar.

—Lo importante es que permanezca en el valle el mayor tiempo posible, Malloy. Cuando busqué dónde esconderla y recordé el hotel de su familia, supe que era el lugar adecuado. Nadie debe conocer su verdadera identidad —le recordó con énfasis—. Conozco el valle desde hace años y sé que en esta época del año no hay mucha gente por ahí. Tengo plena confianza en usted, Malloy, y saber que Diana está con su familia me garantiza que está en buenas manos.

—Muchas gracias, señor Wildman —repuso Frank, halagado.

—Sigo percibiendo incertidumbre en su voz, Frank. ¿Es usted el que tiene dudas?

Aquel hombre era demasiado intuitivo. O demasiado listo. O ambas cosas al mismo tiempo.

—No, señor...

—¿Entonces?

—Me pregunto por qué no buscó a Diana hace seis años. ¿Por qué ahora? —inquirió con valentía.

—¿Es lo que ella piensa?

—Sí, señor. Y yo también me lo pregunto. Desde que la sacó de las calles, usted fue para ella alguien muy especial y, sin embargo, desde aquella noche... —guardó silencio.

—¿Le ha contado todo eso? Malloy, en unas pocas horas usted ha conseguido que Diana le cuente cosas que nadie más sabía —aseveró Wildman con voz grave—. ¿Qué más le dijo de aquella noche?

—Nada más.

—Bien, vamos por el buen camino. Cuide de ella, Frank, aunque no lo parezca, Diana es muy valiosa para mí. Le llamaré el domingo —cortó la comunicación.

Frank permaneció durante un rato valorando las palabras de Richard Wildman. Sabía que era un hombre íntegro y honrado. Conocía a la familia Wildman desde hacía más de quince años, cuando Robert Wildman y su esposa comenzaron a pasar

temporadas en el hotel. La mayoría de las veces los acompañó su hijo mayor, Richard, que ya comenzaba a despuntar como un prestigioso abogado, y que por su afinidad con los deportes de riesgo hizo gran amistad con su hermano Hugh. Sin embargo, Richard y él solo habían coincidido en un par de ocasiones. Frank tenía mucho trabajo en el penal de Lynwood, pero hacía ya tres años que se había puesto en contacto con él, justo cuando le anunció que trasladarían a su penal a una reclusa de la que quería que cuidase, y desde entonces solían mantener contacto telefónico.

Cuando Frank llegó al comedor, encontró a casi toda su familia sentada a la mesa y apartó los pensamientos de un plumazo. No tenía por qué preocuparse tanto. Richard Wildman le había pedido ayuda y él confiaba plenamente en los desconocidos motivos que el futuro senador tenía para hacerlo.

Una enorme fuente de asado de carne con salsa de arándanos en el centro indicaba que su padre esperaba que Diana los acompañara.

—¿Dónde la has dejado? —inquirió Roxana mirando hacia la puerta.

—No vendrá a cenar. Está demasiado cansada por el viaje. —Frank se sentó en su sitio y miró la silla vacía a su derecha—. ¿No ha llegado Hugh?

—Telefoneó para decir que se retrasaría. Pero dime, Frank, ¿de dónde la has sacado? —insistió su hermana.

—Está muy flaca —intervino el padre.

—Es guapa —opinó Jeff.

—Vamos, Frank, dinos algo...

—Y se perderá el asado —añadió su padre, partiendo unas lonchas de carne.

—Le subiré la cena a su cuarto, papá.

—No es lo mismo —le aseguró el hombre rociando con salsa la generosa ración que acababa de servir.

Todos comenzaron a cenar y como nadie decía nada más, Roxana explotó.

—¿Quién es? ¿De dónde ha salido? —insistió, alzando su tenedor.

—Por favor, Frank, respóndele o esta noche no me dejará pegar ojo —le suplicó Jeff.

—Ya os dije que es una amiga y que ha venido a pasar el fin de semana. ¿Tan raro os parece? —Refunfuñó molesto.

—¡Pues sí! —aseguró su padre.

Todos rieron ante la fuerza de su afirmación.

—¿De qué os reís? —Hugh Malloy entró en el comedor. Se sentó junto a su hermano mayor, y lo miró fijamente—. ¡Estás colorado, Frank! ¿Va todo bien?

—Y tú deberías cortarte el pelo, pareces un oso —se defendió él.

—Frank ha traído a una chica a casa —le explicó su padre, sirviéndole un enorme plato de asado con salsa—. Pero tu hermano tiene razón, deberías cortarte el pelo.

—De eso nada, Hugh, no les hagas caso. —Roxana se puso de su lado, como siempre que discutían en broma—. ¿Cómo presumiría yo de hermano guapo sin esa melena?

—Sí —añadió Frank, sonriendo—, eres el único en la familia con una larga melena, ¿verdad, Beth? —buscó ayuda en la niña que rebañaba pan en la salsa.

Todos rieron y Hugh fingió molestarse.

—Ja, ja, ja... —soltó imitando sus carcajadas sin entonación—. ¿Y qué pasa con esa mujer que has traído? ¿Dónde la has escondido? —Buscó por el comedor.

—No ha bajado a cenar —le explicó su hermana como si ella tampoco pudiera creerlo.

—¿Y se ha perdido tu asado con arándanos, papá? —Meneó la cabeza con censura y la melena oscura ondeó sobre sus hombros.

—Estaba cansada del viaje. Después le subiré la cena a la habitación. —Frank comenzaba a estar harto de justificar tantas veces lo mismo.

Hugh alzó la cara de su plato y lo miró atónito.

—¿Vuestra habitación?

Su hermano bufó y los demás rieron a carcajadas.

De repente, todos callaron menos Hugh, que estaba de espaldas a la puerta.

—Yo... no quiero molestarte, Frank, pero ¿puedes venir un momento? —Diana se asomó al comedor, sin acercarse a la mesa.

Apenas le salía la voz y estaba muy pálida.

Hugh se giró para conocer a la mujer que tanto revuelo había causado en su familia y tuvo que reconocer que él también estaba impresionado.

—Sí, claro, Diana. —El hombre se levantó de la silla y ella reparó en una cara nueva de alguien que antes no le había sido presentado.

Era completamente diferente a los demás Malloy que había conocido. Sus cabellos eran oscuros y caían en gruesos mechones por sus hombros. Llevaba barba de un par de días, confiriéndole un aspecto fiero, y sus ojos grises, acerados, destacaban con el tono bronceado de su piel.

Diana se encontró con aquella mirada que parecía mofarse de ella y, sin amilanarse, alzó la barbilla de forma desafiante. Solo se rompió el contacto cuando Frank llegó a su lado y la invitó a salir del comedor. La condujo hacia fuera, dispuesto a fusilar con la mirada a cualquiera que se atreviera a soltar algún comentario desafortunado, y desaparecieron.

—¡Vaya, Hugh! —Su cuñado le dio un codazo, cuando estuvo seguro de que se habían marchado—. No la mires así, o te aliviarás en los pantalones.

—¡Demasiado tarde! —aseveró él—. ¿De dónde la ha sacado?

—Es lo mismo que llevo preguntando toda la noche. —Roxana encogió los hombros fingiendo resignación.

—¿No es un poco joven para el bueno de Frank? —Hugh apartó el plato medio lleno de comida y su padre lo miró extrañado—. Nunca nos ha hablado de ella.

—¿No comes más? —le preguntó el hombre frunciendo el ceño.

—He perdido el apetito. —Se giró de nuevo hacia la puerta y se movió inquieto.

—Se llama Diana y es todo cuanto he podido sacarle en toda la noche. —Roxana no se daba por vencida—. Es un poco rara, la verdad.

—¡Rara! —sonrió Hugh, pensando otra forma más sugerente de describir a aquella mujer de porte altivo y largas piernas.

—Esta chica nos traerá problemas —vaticinó el padre meneando la cabeza.

En ese instante, algo cayó al suelo en la habitación de al lado, causando un gran estruendo. La voz de Frank se alzó con claridad, insistiendo en que se tranquilizara, mientras que ella gritaba que no la tocara.

—Ahí están los problemas —afirmó el hombre, rompiendo el silencio que se había instalado en el comedor.

Capítulo 5

Diana trató de abrir la puerta del despacho y Frank se interpuso para impedirlo.

—Escucha, es normal que te sientas así, Diana. Pero tienes que tranquilizarte. Por un momento había temido que ella lo hubiera descubierto todo.

—Tú no lo comprendes, no puedes comprenderlo. Este silencio es horrible, no puedo apagar las luces y escuchar algo tan doloroso. —Se alejó hacia los ventanales y miró a su alrededor. Sentía una opresión en el pecho que no le permitía respirar—. Y ese dormitorio es...

—Sé de lo que me hablas. —Frank comenzó a caminar hacia ella con lentitud.

—¡No puedes saberlo! —gritó ella con cólera.

—Claro que te entiendo, llevo doce años pasando más de diez horas diarias en Lynwood. Sé lo que es el alboroto y el griterío que se monta por las noches; los fluorescentes de los corredores siempre encendidos, los timbres de aviso y los registros. Como ves, sé lo que te ocurre y le pondremos solución. Cambiaremos tu dormitorio a otro menos silencioso y buscaré algunas lámparas para amortiguar la oscuridad los primeros días.

—No, déjame ir. Ha sido una mala idea traerme a tu casa —forcejeó con Frank y él la sujetó por los brazos.

La puerta del despacho se abrió y Hugh corrió hacia ellos. Diana se estaba apoyando en su hermano y respiraba con dificultad.

—¿Qué ocurre? —inquirió enfadado. Observó la palidez de la joven y la manera en la que tomaba aire a bocanadas—. Esta mujer está hiperventilando.

—Solo está nerviosa —le aseguró su hermano mayor, molesto por la intromisión.

—Pues será mejor que traigas una bolsa antes de que se desmaye.

Frank sabía que no solo estaba nerviosa, sino que Diana acababa de sufrir un ataque de pánico. Obedeció a Hugh, que también reconocía los síntomas, y corrió a buscar una bolsa.

—Respira despacio —le aconsejó Hugh, retirándole unos mechones de la frente sudorosa. Su voz era como un susurro, suave y aterciopelado.

—Solo tengo que salir de aquí. ¡Déjeme!

Diana se apartó del contacto de su mano y cruzó los brazos sobre el pecho en una actitud desafiante. Pero para su sorpresa empezaron a temblarle las piernas y él la sujetó por los codos.

—No voy a dejar que te desmayes, por muy pesada que te pongas.

Unos preciosos ojos oscuros, rasgados, llenos de misterio y rodeados de espesas pestañas, se clavaron en los suyos y Hugh tragó saliva con dificultad.

Diana trató de respirar por la nariz, mientras lo miraba sin parpadear. Él seguía sujetándola por los antebrazos y le clavaba en la piel los dedos fuertes y largos. Se fijó en su cabello, moreno y espeso, que le caía sobre los hombros afinando sus facciones. También en su angulosa mandíbula, que estaba cubierta por una sombra de barba, proclamando su masculinidad con la misma fuerza que la detonación de una bala.

—Así es, preciosa, piensa en otra cosa y pronto desaparecerá la crisis —le aconsejó al darse cuenta de que lo estaba estudiando.

Se acercó más a ella y le rodeó la cintura con las manos. Sus caderas eran estrechas, su cintura delgada y temblaba.

Ella apretó los dientes ante su cercanía, pero reconoció que tenía razón. Mientras se distrajera pensando en lo cautivadores que eran sus ojos grises, recuperaría el aliento. Era un hombre cálido. Alto y fuerte. Su tórax era sólido, amplio y los bíceps de sus brazos estaban tensos.

—Ya estoy aquí. —Frank llegó hasta ellos con una bolsa en la mano.

Hugh la colocó frente a su cara y le aconsejó que respirara en su interior, introduciendo la nariz y la boca. Ella obedeció, sin rechistar, y poco a poco el ritmo de sus inhalaciones fue disminuyendo.

—Ya está mejor —suspiró Frank con alivio.

—Supongo que no me contarás lo que ha ocurrido —le susurró Hugh, sin dejar de mirarla.

—Tiene algunos problemas, por eso se ha puesto nerviosa. —Frank también estaba sudando.

—Espero que los problemas no sean contigo —frunció el ceño.

—No, claro que no —negó enérgicamente.

—Bien, tráele su abrigo —le ordenó, sorprendiéndolo.

—¿El abrigo?

—Sí, y un gorro y un par de guantes. —Abrió el armario y sacó un enorme anorak de color azul.

—Pero, Hugh, está a punto de comenzar una tormenta.

—Y Diana quiere salir al exterior, ¿no es así? —Se giró hacia ella que había dejado de respirar en el interior de la bolsa y los estaba mirando.

La joven dudó al ver que todo resultaba tan fácil con el hermano de Frank.

—Sí, necesito salir —aseveró con desconfianza.

—Pues ya está, yo la acompañaré. —Se puso la enorme prenda de abrigo y comenzó a rebuscar en el armario, ignorando que Frank todavía seguía allí.

El hombre se rascó la incipiente calva y, comprendiendo que era mejor que ella saliera con Hugh a que tratara de escapar sola, se marchó del despacho.

Poco después, Diana y Hugh andaban por el camino empedrado que rodeaba las casas. Ya era bastante tarde, las temperaturas habían caído en picado y la luz de la luna trataba de abrirse paso a través de un cielo cubierto y de un rosa luminoso. Hugh sabía que era el anuncio inminente de una fuerte tormenta de nieve y aceleró el paso. El viento los golpeaba de frente, impidiéndoles caminar erguidos, y era tan gélido que resultaba doloroso. Hugh le indicó con la mano que lo siguiera y la llevó hasta un sendero que se apartaba de los focos que iluminaban los alrededores del hotel.

Diana tenía mucho frío, a pesar de todas las prendas de abrigo que llevaba. Casi no podía mover los dedos dentro de los guantes y, aunque se había puesto un enorme gorro que imaginó que sería de Hugh, le ardían las puntas de las orejas. El camino trepaba implacable, internándose como una serpiente entre la oscuridad. Algunos arbustos ralos y espinosos le arañaron la cara cuando intentó alcanzar a Hugh que caminaba varios metros por delante de ella.

—¡Espera! —le gritó cuando resbaló con el hielo que cubría unas rocas—. Espérame, maldita sea.

El joven retrocedió y se encaró de mala gana, alzándose sobre ella.

—¿Qué quieres ahora? ¿No querías salir de la casa? ¡Pues ya estás afuera!

—No tienes que guiarme a ningún sitio. Quiero marcharme de aquí, no hacer una estúpida excursión ni morirme de frío. —Tiritaba al hablar y la rabia hacía que la voz le temblara.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde irías? —le replicó gritando al hablar—. ¿Crees que a mí me apetece pasear a estas horas?

Ella le empujó, se dio la vuelta y comenzó a correr en dirección contraria, solo para fastidiarlo. Hugh maldijo la hora en la que pensó que salir al exterior terminaría por convencerla de que era una locura y corrió tras ella. Enseguida le dio alcance y agarrándola por la manga del chaquetón, tiró hacia atrás.

—¿Adónde crees que vas? ¿Quieres partirme la crisma? —Sus ojos brillaban en la oscuridad como los de un animal.

En ese momento, un trueno rompió sobre ellos y comenzó a nevar con furia.

—No puedes ir a ningún sitio, será mejor que volvamos a la casa —le sugirió Hugh tratando de hacerse oír en medio de la ventisca blanca que los envolvía.

—Regresa tú. —Le hizo un gesto con la mano para que se marchara y comenzó a caminar hacia el refugio de unos árboles.

—Por ahí no llegarás a ninguna parte —le gritó él caminando a su paso—. En menos de unos metros toparás con un inmenso cortado.

Diana se giró furiosa y tomó otro camino, aunque tampoco estaba muy segura de que debiera hacerlo. Hugh se acercó a ella y le arrancó el gorro de la cabeza.

—¿Qué haces? —Y lo empujó furiosa.

—El gorro es mío y no quiero perderlo. —Sus cabellos comenzaron a humedecerse con los copos blancos que iban cubriéndolos—. Y dame los guantes, también son míos.

—Pero me helaré...

—¡No me digas!

Diana no podía verlo, tenía las pestañas congeladas, pero podía sentir su diversión. Lanzó los guantes al suelo y, frotando una mano contra otra, comenzó a caminar por un sitio cualquiera.

—Por ahí, solo conseguirás llegar antes a la tormenta. En una hora, la nieve te cubrirá hasta las rodillas. Sentirás que se te entumecen las piernas y después será tu sangre la que comience a congelarse.

Ella bufó y se paró ante él. Creía que toda su frustración se había consumido en los años que había pasado en prisión, pero al parecer todavía le quedaba una buena ración. Y el caso era que sabía que estaba comportándose como una tonta.

—No dejarás de perseguirme, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué? —No podía creer que aquel hombre le hubiera parecido cálido y agradable al principio.

—Porque si no lo hago ahora, tendré que buscarte más tarde con un grupo de *rangers*.

Ella se quedó quieta un momento. Aquel hombre tenía razón y ella se estaba comportando como una histérica. Lo que menos le interesaba era armar un espectáculo y que una partida de rescate tuviera que salir a buscarla.

Como si adivinara sus razonamientos, Hugh se dio media vuelta y comenzó a descender por uno de los senderos que se divisaban, a pesar de la tormenta. Lo hizo con grandes zancadas, abriéndose paso entre las ramas heladas y soltándolas después, sin molestarse en mirar si alguna impactaba contra ella o si había dejado de caminar tras él. Diana procuró seguirle a poca distancia, luchando contra el viento y la nieve que los azotaba y a cada paso que ella daba, él avanzaba tres más.

En unos minutos que se le antojaron horas, alcanzaron el camino empedrado y enseguida llegaron a la casa. Hugh cerró la puerta tras ellos, le quitó el chaquetón por las mangas y, agarrándola de una mano, la llevó hacia una de las puertas que se abrían a la derecha. Entraron en un caldeado salón, un enorme fuego crepitaba en el hogar y Hugh, quitándose el gorro y los guantes, la sentó en uno de los sofás que había frente a la chimenea.

Diana extendió las manos hacia las llamas y gimió al sentir el calor. Procuró quitarse la nieve que manchaba sus cabellos y miró alrededor con curiosidad. Era una estancia agradable, iluminada con varias lamparillas de tenue luz, y la decoración, lujosa pero discreta, era muy similar a la del hotel. En ese instante, Hugh llegó a su lado y le ofreció una copa de vino. Se quedó parado, mirándola mientras ella tomaba un trago y, después, como si hubiera olvidado algo, volvió a salir.

Estar allí sentada, en un lugar tan acogedor y bebiendo una copa de vino era lo último que Diana podía haber imaginado para ella. Si alguien le hubiera dicho un día antes que aquello ocurriría, se hubiera reído. Se recostó en el sillón y cerró los ojos.

Era muy agradable sentir el calor de las llamas recorriendo su cuerpo helado y devolviéndole su vigor. Recordó la escena que había protagonizado con Frank un rato antes y en cómo había sido presa del pánico. Solo había tenido un par de crisis parecidas en su vida adulta y de eso hacía más de cinco años, cuando destrozó algunos enseres de su celda y pasó tres días y tres noches en aislamiento. De niña...

Un ruido le hizo erguirse con rapidez y abandonar aquella posición confiada. Se fijó en Hugh que había llegado a su lado con una bandeja de comida y en cómo se inclinaba para colocarla frente a ella. Se había quitado el anorak azul y había recogido su larga melena oscura con una cinta de cuero.

—Come —le ordenó sin miramientos.

Estaba visto que aquella mujer funcionaba mejor a base de órdenes que con suaves palabras, porque ella se inclinó hacia la bandeja y comenzó a partir un trozo de carne. Sin esperar a que lo invitara, Hugh se sentó a su lado, apoyó los codos en las rodillas y la estudió con intensidad mientras ella cenaba.

Diana era diferente a cualquier otra mujer que hubiera imaginado con su hermano Frank. Por más que intentaba ocultar sus bonitas facciones tras una melena castaña, él podía apreciar que su rostro no era fino ni delicado, pero poseía una belleza aristocrática que en otros tiempos la habría identificado como una dama. Aunque era una dama un tanto arisca. Y aquellos ojos oscuros parecían estar llenos de misterios.

Con aire ausente, Diana se llevó un dedo a la boca y lo lamió. Aquel gesto inconsciente y provocativo despertó un calor inmediato en el interior de Hugh. Ella alzó la cabeza; lo miró de frente, con desafío en los ojos, y cuando iba a llevar otro dedo a la boca, paró a medio camino.

—No tienes que quedarte ahí vigilándome. Esta noche no iré a ningún sitio, así que puedes ir a ponerte cachondo a otro sitio. —Dejó el trozo de carne en el plato y se limpió los dedos en una delicada servilleta de hilo—. ¿Qué miras? —inquirió con brusquedad, al comprobar con satisfacción que él parecía sorprendido.

—Miro que no eres la mujercita que creía, desde luego que no. Eres mucho peor. —Hugh sonrió, disfrutando con la irritación que vio en sus ojos—. Tengo que reconocer que me has impresionado —adivinó lo que ella pensaba—. Veo que contigo no tendré que molestarme en fingir diplomacia.

—Soy sincera. Digo lo que pienso. —A continuación, cogió un trozo de pan y rebañó el plato.

—Eso puede ser una virtud o un defecto —le advirtió con suavidad. Ella se encogió de hombros y Hugh añadió, estirando las piernas—. Pues, ya que vamos a hablar con el corazón en la mano, te aclararé que necesito algo más sugerente para excitarme que el simple hecho de ver a una mujer antipática comiendo como una cerda.

Diana levantó la cabeza y entornó los ojos, tratando de dar a su rostro un aspecto fiero.

—Yo no te gusto, ni tú a mí tampoco. ¡Así de claro! —replicó altanera.

—Tan claro como que podemos empezar a pegarnos puñetazos ahora mismo. — Había suficiente insolencia en sus ojos para crisparla y él lo sabía.

—No hará falta, mañana me iré de aquí. —Se levantó dispuesta a marcharse.

—Si tanto te urge marcharte del valle, ¿por qué has venido con Frank? —Se arrellanó en el sofá mientras la observaba irse.

—Solo estoy de paso.

—Más bien creo que estás huyendo.

Diana se quedó parada a medio camino de la puerta y se giró hacia él.

—¿Qué quieres decir? —Estaba segura de que Frank no le habría contado nada, pero aun así, se acercó cautelosa.

—¡No te hagas la tonta! Si entre Frank y tú hay algún problema, deberíais haberlo solucionado en Los Ángeles. Te aseguro que aquí, con toda la familia alrededor, no es el mejor lugar para hacerlo. Y si por el contrario el problema no es con Frank y es con otra persona, mi familia no tiene la culpa y tú deberías ser un poco más considerada. Y ahora dime, ¿se trata de Frank o estás huyendo del problema? —añadió sonriendo de una forma lenta, seguro de sí mismo.

—Sea lo que fuere, no es asunto tuyo —repuso con cuidado. Hugh se estaba acercando a la verdad demasiado, aunque no lo supiera.

Se apartó un mechón de la cara y, por primera vez, él advirtió el cansancio que acusaban sus bonitas facciones.

Sí, Diana era una mujer extraña, rara como había dicho Roxana, pero había algo en ella que incitaba a querer conocerla más. Sus ojos se encontraron y cada uno de ellos se descubrió en la mente del otro.

—De todas formas, nadie podrá salir del valle. —Había cruzado los brazos sobre el pecho y parecía muy cómodo, disfrutando de las malas noticias—. Con suerte, solo serán un par de días. ¡Claro! Siempre que la tormenta cese esta noche porque, si no es así, podrían ser semanas.

—Nadie podrá salir del valle —repitió ella sin moverse—, ni entrar...

—Veo que has pillado muy bien el concepto —se burló de nuevo—. Somos presos del valle y por lo tanto estamos obligados a convivir, lo queramos o no.

Capítulo 6

Dos días después, Diana estaba observando el paisaje desde los ventanales de su dormitorio. No había dejado de nevar desde el viernes por la noche y el pronóstico para los próximos días no era muy favorable. Una fina niebla impedía ver más allá del camino empedrado y, aunque ahora nevaba con poca fuerza, ella sabía que en cuanto oscureciera, no podría divisar los enormes focos que iluminaban el paisaje.

Los pocos huéspedes del hotel estaban encantados con la noticia; la mayoría eran matrimonios que habían ido precisamente en busca de aquello. Un hotelito aislado en la sierra nevada de Yosemite, donde podían pasar días agradables al calor del fuego y hacer pequeñas excursiones guiadas por los alrededores. Nada parecido a las arriesgadas escaladas a las que se dedicaba Hugh en otras estaciones del año y de las que le había hablado Frank.

Desde la noche del viernes, no había vuelto a coincidir con el montañero. En realidad, Diana no había coincidido con nadie porque no había salido de su cuarto en todo el fin de semana. Cuando Hugh le advirtió aquella noche, en tono jocosos, que tendría que soportarle a él y a toda su familia durante unos días, quisiera o no, ella guardó silencio y se marchó. Tener la seguridad de que Richard tampoco podría mandar allí a nadie para buscarla la animó, aunque tuvo que hacerse a la idea de que había cambiado una cárcel por otra.

Frank le llevó un pequeño televisor y gracias a la tenue luz de la pantalla, y al sonido de las aburridas tertulias televisivas, pudo dormir profundamente la segunda noche.

Era más de mediodía y desde los ventanales que daban al jardín se entretuvo en observar el trajín de varios de los huéspedes. Tres de los hombres habían sacado unas raquetas y trataban de fijarlas a sus pies, mientras que algunas de las mujeres se reían y procuraban no resbalar en la nieve helada. Durante un rato permanecieron gastándose bromas y ella estuvo a punto de soltar una carcajada cuando uno de ellos, el más anciano, se escurrió y fue deslizándose sobre su trasero hasta la verja.

En ese momento, varias cabezas se alzaron hacia el cielo. Diana no comprendió qué era lo que llamaba la atención de los huéspedes hasta que percibió el ruido inconfundible de unas aspas y divisó un helicóptero rojo un poco más allá de la verja del jardín.

Al oír el estridente sonido del helicóptero, Frank supo que había llegado el momento más difícil de aquel fin de semana. Desde el incidente del viernes por la noche, casi todo había transcurrido con una relativa normalidad. Su familia, a pesar de no comprender muy bien la actitud de su invitada, respetó su deseo de no ser molestada y continuaron con sus labores cotidianas como si ella no existiera.

Frank sabía que su padre merodeaba por los alrededores de la habitación de Diana, haciendo terribles conjeturas sobre qué era lo que le ocurría a la chica para no querer salir de allí, pero no hizo ningún comentario y procuró que su curiosidad pasara desapercibida. En cuanto a Roxana, imaginaba el suplicio que le estaría haciendo pasar a su cuñado, Jeff, en privado; pero tampoco dijo nada a Frank. Solo Hugh se atrevió a buscarlo al día siguiente del incidente. Se presentó muy temprano en su habitación y le dijo bastante enfadado que la próxima vez que quisiera complicarse la vida, no lo hiciera en un mes de noviembre y en el valle de Yosemite.

Sabía que Diana se había adaptado a su nueva celda, como ella le decía cuando él la visitaba para llevarle las comidas y se quedaba un rato para charlar. Pero en ningún momento accedió a salir con él al exterior, a pesar de que lo intentó de diversas maneras. Pronto comprendió que así era mejor, dado que su familia no estaba muy satisfecha con la situación, y dejó de intentarlo. Pero ahora, había llegado el momento de la verdad. Él debía regresar a Los Ángeles, como estaba previsto, y ella tenía que quedarse allí. Así lo dispuso Richard Wildman en cuanto supo que el valle se había quedado incomunicado y que Diana se sentía prisionera y libre a la vez.

En un principio, el plan era que ella se habría sentido bien y segura en Yosemite y que Frank tendría que fingir que debía llevarla a Los Ángeles y que no estaba de acuerdo en que se quedara; pero esta vez Wildman no tuvo en cuenta la intratable personalidad de Diana y su afán por huir. Por eso, le indicó a Frank que debía marcharse sin que ella lo supiera y sin otra alternativa que quedarse en Yosemite mientras duraran las nevadas, que podía ser durante semanas.

Tenía que actuar con rapidez. Imaginaba que Diana habría visto el helicóptero desde su cuarto y que no tardaría en descubrir que el valle no estaba incomunicado por aire. Mientras llegaba a la explanada en la que acababa de posarse el aparato, barajó la opción de contarle a Hugh toda la verdad, pero sabía que Wildman no estaría de acuerdo y optó por inventar alguna excusa creíble. Aunque dejar allí a Diana y marcharse sin ella precisaba más de un argumento.

Encontró a su hermano descargando algunas provisiones con dos de los empleados del hotel. Era algo muy normal, en los meses que el valle estaba cerrado al público y siempre que las condiciones meteorológicas lo permitieran, que el hotel se abasteciera por aire. Varios de los huéspedes estaban colaborando en la distribución de paquetes y Frank aprovechó para acercarse y llamar a Hugh.

—Deberíais marcharos ya, Frank. —Llegó sorteando los pequeños montones de nieve que habían acumulado con palas aquella mañana, y sacudió los pies en el

camino empedrado—. Pronto nevará con fuerza y el piloto tiene prisa por salir del valle.

—Lo sé, pero antes necesito hablar contigo.

—Tú dirás. —Se apartó los cabellos oscuros de la cara y le miró sonriente.

Frank sintió un escalofrío al mirarle. Jamás comprendería por qué él se estremecía de frío y se le helaba hasta el aliento, a pesar de las numerosas prendas de abrigo que llevaba, mientras que su hermano se paseaba tan tranquilo con un jersey y unos simples pantalones de algodón. Solo sus enormes botas manchadas de nieve hacían recordar que estaban a temperaturas glaciales.

—Se trata de Diana. —Frank le miró con atención antes de continuar.

—¿Sí? Por cierto, ¿dónde está la damisela? —Buscó a su alrededor, fingiendo interés—. Debe de estar contentísima de poder salir de este agujero de inmundicia.

De repente, Frank tuvo enormes dudas de si estaba haciendo bien en contar con Hugh para sus propósitos.

—De eso se trata, verás... Diana se quedará en Yosemite. Ya estaba dicho. Hugh le miró como si estuviera loco y después sonrió como solo él sabía hacerlo cuando pretendía ser socarrón. A Frank nunca le había salido aquella sonrisa ladeada.

—¿Bromeas? No. No bromeas —rectificó al observar el semblante serio de su hermano—. ¿Lo saben los demás? No creo que ahora les haga mucha gracia saber que tu simpática amiga ha decidido quedarse en el valle.

—El caso es que ella no lo ha decidido, he sido yo. —Hugh abrió la boca para replicar y Frank se apresuró a explicarle las circunstancias—. Ya te dije que Diana tuvo un problema en la ciudad y que por eso la invité a venir a Yosemite. ¡Bien!, pues en realidad no la invité, la traje sin más y ahora no puede regresar... todavía no.

Vio relajarse a Hugh, como si por fin comprendiera la situación y comenzara a hacerse cargo, y Frank se sintió aliviado. Aunque lo que Hugh empezaba a comprender no fuera la misma realidad y estuviera haciendo un juicio erróneo de sus palabras.

—Un problema con un hombre —aseguró Hugh más que preguntó.

Su hermano afirmó, sintiendo cómo se hundía en sus propias mentiras. Aunque algo de cierto había en lo que le estaba contando.

—Diana quería librarse de él y pensé que aquí estaría bien.

—La has traído al lugar adecuado —aseveró, preocupado.

—Sí, pero no puede regresar a Los Ángeles hasta que yo vea cómo se desenvuelven las cosas por allí. Sin embargo, ella no estará dispuesta a quedarse.

—Podías haberlo dicho antes. —Hugh movió la cabeza con censura, como si comprendiera muchas cosas—. ¿Quieres que le diga un par de cosas a ese cabrón?

En realidad, pese a su aspecto fanfarrón, siempre había sido un caballero.

—No, no hace falta —se apresuró a rechazar su oferta.

Sería horrible que Hugh descubriera que aquel hombre, del que estaba pensando lo más bajo, era su amigo de la infancia, el futuro senador Richard Wildman al que

tanto admiraba.

—No era mi intención complicaros a todos el fin de semana, ni imaginaba que Diana reaccionaría de esta manera. No sé cómo se lo tomará cuando sepa que tiene que quedarse y que yo me marchó.

—No será fácil —vaticinó Hugh, recordando las malas pulgas que aquella mujer se gastaba. De hecho, había pensado en ella más de lo que debiera.

—Por eso quería hablar contigo. Después de mí, tú eres la única persona que parece entenderla.

Hugh pensó que no estaba tan seguro.

—Y ¿qué es lo que pretendes?

—Pues, había pensado que tú podrías hacerle comprender que aquí estará bien y que en unos días, cuando las cosas se solucionen, regresaré a por ella.

—Y ¿crees que yo podré conseguir todo eso sin salir malherido?

—No conozco a nadie mejor.

Cuando Diana llegó al exterior, se cruzó con varios de los trabajadores del hotel que estaban sacando algunas cajas y llevándolas hacia el camino empedrado. Por la forma en que caminaban sobre la nieve, supo que sería dificultoso para ella abandonar el sendero limpio y, protegiéndose del frío con las solapas del chaquetón, buscó a alguien conocido entre los hombres que se acercaban. Solo un hombre llamó su atención. Uno que cargaba con un saco de grandes proporciones como si llevara una caja de bombones, y que la observaba desde la distancia con sus ojos grises y analíticos.

Su cabeza morena destacaba entre las demás, tanto por su melena oscura al viento como por su altura. Y Diana tuvo que reconocer que aquel hombre se movía con tal agilidad por la nieve que nadie dudaría de que se encontraba en su elemento.

En ese instante, las aspas del helicóptero comenzaron a moverse con un ruido ensordecedor y el aparato comenzó a elevarse en medio de una nube de nieve blanca. Diana lo miró boquiabierta y tuvo un mal presentimiento. Trató de caminar hacia él, pero sus pies se hundieron en la nieve y miró con impotencia a Hugh que parecía demorar el paso todo cuanto podía. Cuando llegó junto a ella, se paró a su lado y, todavía con el saco cargado, se quedó mirándola.

—¿Dónde está Frank? —le interrogó furiosa.

Él se giró hacia el helicóptero que se perdía tras las montañas.

—¡Me mentiste! —Su cara estaba roja y cerró los puños al hablar.

—Ten más cuidado con lo que dices, yo jamás miento.

—Dijiste que nadie podía salir de aquí —replicó señalando hacia el lugar donde antes permanecía posado el aparato y que ahora estaba vacío.

—Y así es, nadie puede salir del valle, a no ser que venga un helicóptero. Y ahora, si me permites... —le indicó que se apartara para poder pasar.

—¡Eso no lo dijiste!

—Tú no lo preguntaste. —Cambió el saco al otro hombro y trató de rodearla para seguir caminando.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? Frank no ha podido olvidarse de mí. —Por primera vez, Diana parecía perdida.

Hugh dejó el saco en el suelo y se acercó con cautela.

—Frank creyó que estarías mejor aquí, en el valle.

—¡Eso no es verdad!

—Entonces, ¿por qué se ha marchado?

Ella guardó silencio. Alzó la cara y le mantuvo la mirada.

—No debes preocuparte por nada, Diana. Nosotros cuidaremos de ti.

—No sé de qué me hablas. —El esfuerzo que hacía para controlar las lágrimas no le pasó desapercibido a Hugh.

—¿Por qué no entramos? Está comenzando a nevar otra vez y...

Ella le dejó con la palabra en la boca y corrió en dirección a la casa.

Roxana dejó el mantel sobre la mesa y miró a su hermano.

—¿Quieres decir que ella sigue en casa? —No pudo evitar el tono de desagrado.

—Roxana —la llamó Jeff con suavidad.

—Es que no puedo creer la historia que nos has contado. Diana no parece el tipo de chica que se deja avasallar por un hombre y mucho menos de las que tengan que huir de la ciudad.

—Si la chica tiene problemas debemos ayudarla. Es amiga de Frank y con eso basta. —Su padre contó los cubiertos, sacó otro más, y con determinación comenzó a distribuirlos.

—¿Sabes si hay alguna denuncia interpuesta? Tal vez algún compañero de Los Ángeles pueda agilizar las cosas —intervino Jeff con seriedad. Algunos amigos suyos trabajaban en la policía.

—No creo que sea el caso. —Hugh se sirvió un poco de agua—. Solo tenemos que procurar que Diana se quede en el valle unos días, hasta que Frank regrese a por ella.

—¿Y por qué esa hostilidad hacia nosotros? —insistió Roxana—. Lo único que hicimos fue recibirla como a una amiga y ella ni siquiera se digna a dirigirnos la palabra.

—Démosle una oportunidad, ¿de acuerdo? —le pidió Hugh con suavidad.

Roxana se encogió de hombros y fingió desinterés.

—Bueno, supongo que ahora que se ha quedado sola, tendrá que cambiar de actitud. No estoy dispuesta a soportar a una extraña en mi casa y encima con malos modales. Tendrás que hablar con ella, Hugh, porque el responsable eres tú.

—Lo haré.

—Tenías que haber insistido en que se marchara con Frank. Ni siquiera estoy segura de que no sea una de esas delincuentes que él visita en Lynwood y que la haya traído aquí en calidad de... no sé de qué...

—Tienes demasiada imaginación, cariño —dijo su esposo abrazándola—. Frank la ha dejado aquí y Hugh tiene razón: tenemos que cuidarla.

—Eso será si se digna a presentarse alguna vez ante nosotros —rezongó Roxana.

—Al menos, lo intentaremos, ¿no es así, hermanita?

Ella afirmó sin mucho entusiasmo y su esposo le dio un suave tirón de pelo.

—¡Venga, Roxi! Te mueres por saber cosas de ella.

—Al menos no se me salen los ojos de la cara cuando la miro, ni pienso ¡qué guapa es! —replicó dándole un codazo en el estómago a su marido.

—Y es guapa, pero no tanto como tú, cariño.

—¡Eh!, vosotros, dejaos los arrumacos para otro momento —protestó Hugh.

—Sí, ya está la cena —anunció su padre entrando con una fuente de ensalada—. Dile a esa chica que venga a cenar y no se hable más.

Hugh sonrió, satisfecho por la buena disposición de su familia a intentarlo de nuevo, y salió del comedor determinado a regresar con Diana. Al llegar a la puerta cerrada de su dormitorio, acercó la cabeza y oyó un murmullo en el interior. Sin comprender con quién podría estar hablando, llamó con suavidad y esperó. Unos segundos después, volvió a llamar con algo más de energía y siguió esperando. Pero cuando transcurrieron varios minutos y pensó que debería aporrear la puerta, giró la manilla y comprobó que no estaba echado el cerrojo.

—Hola... —asomó la cabeza sin abrir la puerta del todo—. ¿Diana? —insistió al comprobar que allí no había nadie.

Terminó de entrar en la habitación y miró alrededor. Las voces que había escuchado desde afuera provenían del pequeño televisor que alguien había colocado sobre el tocador. Las luces estaban apagadas y los destellos del aparato encendido daban vida a las sombras que se movían por las paredes.

Un ruido en el cuarto de baño le indicó que Diana estaba allí y un chapoteo le garantizó que se estaba dando un baño. Seguramente, un baño de espuma, largo y soporífero, como solían darse todas las mujeres.

Aquello le daba tiempo.

No es que quisiera registrar sus cosas, claro que no, pero si quería ayudarla debía saber algo de ella, como quién era realmente, a qué se dedicaba o cualquier otra cosa. Diana era una mujer extraña y Roxana tenía razón al asegurar que no encajaba en el perfil de mujer que se dejara maltratar por un hombre. De hecho, no quiso ni imaginar cómo reaccionaría si supiera que se había colado en su habitación y que estaba abriendo su mochila.

Al parecer, aquella mujer tenía verdadera prisa por marcharse del valle, porque la poca ropa que tenía permanecía toda guardada en el bolso. Encima de la misma, había una bolsita de plástico. Estaba precintada y guardaba en su interior una cadena

con una medalla, una pulsera y algunos objetos extraños, como un viejo alfiler de corbata con unas iniciales grabadas y un billete de autobús caducado. Miró dentro de la mochila, pero no encontró ningún billetero o dinero; ni llaves, ni documentación personal que la identificara.

Regresó a la ropa y contó cuatro jerséis, seis camisas y varios pantalones. Comprobó, estupefacto, que las prendas eran nuevas y que excepto las que ella había usado esos días, todas las demás llevaban sus respectivas etiquetas con el precio. Animado por su descubrimiento, rebuscó en los bolsillos de la mochila y encontró algunas braguitas y sostenes de lo más sugerentes. A diferencia de la ropa, que era muy adecuada para el lugar en el que se encontraba, aquellas prendas íntimas le invitaban a imaginar toda clase de situaciones eróticas y la forma en cómo la seda negra se deslizaría por sus piernas mientras él clavaba los dedos en sus duras nalgas y empujaba dentro de ella.

Un gemido ahogado a su espalda le hizo girarse con brusquedad.

—No es lo que parece... —Alzó las manos a modo de rendición y al darse cuenta de que todavía llevaba una de las bragas en la mano, la sacudió en el aire como si se le hubieran pegado por casualidad.

Las braguitas cayeron a sus pies y Diana las siguió con la mirada.

—No sabía que esta noche habría un registro. —Permaneció de pie en medio de la habitación y estaba dejando un charco de agua alrededor de ella.

—Llamé a la puerta y como no contestabas... —Un músculo se le movió en la mandíbula y tragó saliva con dificultad.

El cabello le caía en gruesas ondas sobre los hombros desnudos. Estaba envuelta en una toalla, y sus largas piernas relucían con los destellos de la pantalla de la televisión. Aquella mujer era una tentación para sus sentidos.

—Y como no contesté, abriste tú.

La frialdad de su tono le afectó más que si le hubiera dado una bofetada. Pero, ¡Dios!, estaba tan atractiva. Solo mostraba los hombros y las piernas y, sin embargo, le resultaba más incitante y provocativa que si estuviera desnuda.

Demasiado hermosa para su paz mental.

—La puerta estaba abierta —se defendió con rapidez.

—No estoy acostumbrada a echar el cerrojo, pero a partir de ahora trataré de recordarlo.

Ella se pasó una mano por los cabellos mojados y al agitar la cabeza numerosas gotitas le salpicaron en la cara. Percibió su mirada abrasadora y, aunque hacía muchos años que no veía deseo en un hombre, supo reconocerlo en aquellos ojos grises.

Aquello la pilló desprevenida y en cierto modo se sintió vulnerable.

—¿Qué es lo que querías? —inquirió con brusquedad.

—Vine a buscarte para cenar.

—¿Solo para cenar? —Su mirada descendió hasta la abultada bragueta de Hugh y regresó a sus ojos con violencia—. ¡Me has espiado mientras me duchaba!

Él se irguió ante ella.

—Ten cuidado con lo que dices —replicó furioso y enfadado por aquel inesperado estallido de deseo que no había sabido ocultar.

—No voy a ir al comedor —dijo alzando la cara con aquel gesto altivo que él ya esperaba.

—¿No tienes hambre? —Su voz sonó demasiado suave. Demasiado amable.

Diana no contestó, recogió las braguitas del suelo, agarró la mochila, y se metió en el cuarto de baño. Cuando salió, se había vestido y él estaba manipulando la televisión. Intercambiaron una mirada hostil y Hugh sonrió. Al parecer, aquellos minutos en soledad le habían servido para recuperarse, aunque ella se sentía igual de frágil.

—¿Qué haces? —Observó cómo desenchufaba el aparato y enrollaba el cable en una de sus manos, dispuesto a llevárselo.

—¿No lo ves?

—¡No puedes llevártelo! —Se apartó el pelo mojado de la cara y con un gesto nervioso trató de quitárselo de las manos—. Frank me dijo que podía utilizarlo.

—Pero resulta que Frank ya no está aquí. Además, el televisor es mío y no me apetece dejártelo.

Ella cerró los ojos y por un segundo Hugh solo pudo ver a una preciosa niña, desvalida y a punto de romper a llorar. Perdiendo parte de su compostura, su mano buscó la de Diana, en un gesto que a ella no se le escapó, y se dijo que era un estúpido por maltratarla así.

—¡Está bien! Llévate el maldito televisor —le soltó sorprendiéndolo por su rápida recuperación—. Si hubiera sabido que era tuyo, jamás lo habría aceptado.

Sus miradas se cruzaron. La de ella impregnada de rabia, la de él de incredulidad. Hugh se hizo a un lado y pensó que sería buena idea estrangularla.

—El desayuno será a las siete —le dijo dirigiéndose a la puerta—. Por tu bien, espero que para entonces hayas recuperado el apetito.

—¿Me estás amenazando?

—Por supuesto que no, pero en pocas semanas podrías morir de inanición.

—Te aseguro que no estaré tanto tiempo en este sitio.

—Es lo que suelen durar los temporales por aquí y te recuerdo que Frank ya no está en el valle para andar haciéndote de sirviente. —Iba a salir cuando se giró hacia ella y añadió—: Además, a partir de hoy, tendrás que colaborar en las faenas del hotel y ganarte tu manutención. —Ella jadeó—. Las nevadas nos han pillado desprevenidos, algunos trabajadores del hotel no podrán venir mañana, y aquí, en mi casa, no quiero mujeres ociosas.

Era la primera vez que lo veía tan enfadado. Jamás imaginó que aquellos ojos grises pudieran llamear de aquella manera y que su boca pudiera endurecerse tanto al

hablar. Diana se vio obligada a tragar saliva y guardó silencio. El portazo que siguió a Hugh hizo temblar toda la habitación.

Capítulo 7

Ya era de madrugada cuando Diana supo que no podía aguantar más. Se había acostado y levantado tres veces; las mismas que se había desnudado y vestido, apagado y encendido la luz, y las mismas que había maldecido a Hugh Malloy con rabia.

Aquel hombre la sacaba de sus casillas. No solo la había humillado varias veces; sino que, no contento con eso, también había registrado sus cosas y se había erigido en el alcaide de aquella prisión que era su valle. Estaba equivocado si creía que forzándola a hacer lo que él quisiera se iba a doblegar. Ni siquiera de niña se había dejado someter por ninguna persona y, ahora que era libre, no volvería a sentirse condenada. Si a pesar de todas las medidas de seguridad con las que contaba un futuro senador, ella había conseguido escapar de las manos de Richard Wildman, no se iba a dejar amilanar por un montañero engreído y con afán de mando.

Pensar de nuevo en él le hacía aumentar la temperatura corporal. Había estado presa seis años, pero no se había quedado ciega. Tenía que reconocer que aquel hombre la inquietaba profundamente. Su proximidad era perturbadora, aunque más bien debería decir molesta, no estaba segura. Cuando Hugh recorrió su cuerpo con aquella mirada ardiente, ella sintió en la piel desnuda el calor de su deseo. Y aquel fuego despertó en ella un hambre que ya había olvidado.

Aquella sensación de sentirse deseada la enfureció y la llenó de frustración al mismo tiempo. Se pasó una mano por encima del grueso jersey, rodeando los senos con los dedos, e imaginando qué diferente sería si otra mano los rozase...

Su estómago gruñó y ella maldijo entre dientes. Aquel apetito tan diferente no entendía de placebos. Ella estaba acostumbrada a una rutina impuesta por los horarios desde hacía mucho tiempo y decidió que si la montaña no iba a Mahoma, ella iría a por la comida.

Procuró no hacer mucho ruido y salió de la habitación. La casa estaba oscura y dormida, con aquel tipo de silencio que todavía le resultaba ensordecedor, pero al que ya se estaba acostumbrando. Caminó descalza y con cuidado, no fuera a ser que Hugh el montañero o alguno de sus familiares la sorprendieran en plena expedición, y cuando encontró la cocina, se paró en seco. La puerta estaba entreabierta, una luz blanca y brillante salía de su interior, y una voz masculina canturreaba suavemente. Por un instante permaneció quieta, sin atreverse a darse la vuelta. Se inclinó hacia delante y divisó la enorme y brillante calva del señor Malloy por la rendija.

—¡Pasa, chica! —le indicó con voz grave. Diana se envaró—. ¿Piensas pasar o te vas a quedar ahí toda la noche? ¡Así me gusta! —añadió al comprobar que ella había entrado, aunque con paso titubeante—. No te quedes ahí como un pasmarote, mujer, ponte unos guantes y pásame la sal.

Diana no comprendió; estaba demasiado absorta en sus cavilaciones como para entender lo que aquel hombre quería decirle. Él le hizo un gesto, indicándole un frasco que había sobre la encimera, y ella obedeció. Sacó unos guantes estériles de una bolsita, se los puso y le dio la sal. Después se quedó en silencio, observando lo que hacía.

A su lado.

La cocina era inmensa, casi como una casa, y todo estaba blanco e impoluto. Reluciente. Supuso que en realidad se encontraban en la cocina del hotel y que por ella se debía acceder a la casa familiar. Entonces recordó que Frank le había dicho que su padre era el cocinero y ya no tuvo ninguna duda.

El señor Malloy siguió mezclando de forma mecánica una gran cantidad de masa sobre un mármol. De vez en cuando espolvoreaba un poco de harina y continuaba con aquel movimiento lento y casi metódico, canturreando, hasta que ella fue abandonando aquella rigidez que la había paralizado.

—Y ahora —le indicó él con voz solemne, como si en vez de estar amasando pan estuvieran a punto de culminar una gran obra de arte—, lo cubriremos con estos paños húmedos y a esperar.

Diana alzó la cabeza de lo que él estaba haciendo y lo observó con curiosidad. Su gran calva resplandecía bajo los focos de la cocina y su canturreo resultaba un tanto gracioso. Era un hombre grande, del tipo de envergadura que una no se imaginaba que tendría un cocinero cantarín. Sus hombros anchos y sus brazos fuertes incitaban a imaginarlo escalando montañas y haciendo arriesgados deportes, más que amasando hogazas de pan. Guardaba un gran parecido con Frank, no solo por su pelada cabeza, que en su amigo solo era un leve clareo entre sus cabellos rubios, sino por las facciones agradables y la forma de sonreír. También se parecía mucho a Roxana, a la que solo había visto en una ocasión. Las cejas claras del señor Malloy eran iguales que las de los hermanos. Solo su cuerpo fornido y la gran estatura le recordaron a Diana que Hugh era hijo suyo. También sus ojos grises. Ambos tenían la misma mirada acerada.

—Bueno, chica, hemos terminado —dijo sacándola de sus pensamientos—. ¿Habías hecho alguna vez pan? Has sido buena ayudante.

Ella fue a decirle que en realidad no le había ayudado en nada cuando él se quitó los guantes y le indicó que se sentara.

—Nos hemos ganado una taza de chocolate. —La miró con ojos sonrientes y añadió—: Y tal vez un trozo de bizcocho, ¿no es así?

Diana sintió gruñir su estómago y asintió con vigor.

Poco después, ambos estaban sentados a la enorme mesa, frente a dos humeantes tazones de chocolate y una fuente de bizcochos. Un delicioso olorcillo flotaba en el aire y Diana comenzó a dar cuenta de ellos. Comieron en un agradable silencio. Por primera vez desde que había llegado al valle se sintió en relativa paz y al alzar la cabeza de su tazón, se encontró con la mirada cálida del señor Malloy; la misma mirada afectuosa que ella creyó ver una vez en Hugh.

—Me recuerdas a mi nieta —le dijo, llenándole la taza de chocolate—, nunca está satisfecha con la comida. Come como una lima. —Sonrió al pensar en Beth.

Ella le miró como si fuera a decir algo, pero cambió de opinión, y continuó comiendo como si llevara años sin hacerlo. El señor Malloy frunció los labios.

—Mi hijo me ha dicho que a partir de mañana colaborarás en las faenas del hotel. —Diana paró de comer—. Seguramente encontraremos algo que puedas hacer. ¿A qué te dedicas en Los Ángeles?

Ella dejó el bizcocho en la mesa, apartó el tazón, y se levantó para marcharse.

—¡Un momento, chica! Todavía no hemos terminado. —El vozarrón del hombre hizo eco por la cocina.

Ella se sentó y se quedó quieta. Mirándolo con fijeza y desafío.

—Tengo muchos años para que alguien trate de amilanarme con la mirada, muchacha. Así que déjate de tonterías y téminate el chocolate. No me gusta que nadie desprecie mis comidas.

Diana obedeció y continuó comiendo.

—También sé que no eres muda. Hugh está impresionado por tu... ¿cómo lo llamó? ¡Ah, sí! Dijo que, cuando hablas, barres el infierno con la lengua —soltó una carcajada y ella frunció el ceño—. Realmente el chico está desconcertado contigo. —Volvió a sonreír—. No sabe si dejarte en medio de una loma helada, o meterte un trompazo, y mira que Hugh siempre se ha caracterizado por ser bastante paciente.

—No necesitaría paciencia si se dedicara a sus cosas.

—¡Vaya! Tienes una voz preciosa, Diana, deberías usarla más a menudo. —Vacío la jarra en su tazón, le ofreció el último trozo de bizcocho y meneó la cabeza asombrado de que en un estómago relativamente pequeño, entrara tanta comida—. ¿Piensas que Hugh no se ocupa de sus responsabilidades?

Ella afirmó en silencio y él movió la cabeza con censura.

—Veo que hay cierta aspereza entre vosotros. ¡En fin!, ya se solucionará.

Diana se levantó, recogió los platos vacíos y los llevó al enorme fregadero.

—Gracias por la cena, señor Malloy.

—¡Ah!, sí, tu voz suena a ron y a miel batida. —Ella lo miró extrañada y dudó entre marcharse sin más o esperar a que él le diera permiso.

—¿Puedo hacer algo más por ti, chica? —El hombre percibió su indecisión.

Diana separó las piernas; se metió las manos en los bolsillos, en actitud masculina, y se balanceó al hablar.

—Sí, me he dado cuenta de que en su familia se lo cuentan todo —afirmó—. Pero no le diga a su hijo que me ha dado comida.

—¿Por qué? Al fin y al cabo, te la has ganado, me has ayudado a hacer el pan. Y tampoco hay que tomarse las cosas tan a rajatabla, ¿no?

—Usted sabe que no he hecho nada...

—No, todavía no. Ya sabes dónde están los guantes.

El señor Malloy sacó un delantal blanco de un cajón y se lo ofreció. Después, destapó la masa y comenzó a separar trozos sobre el mármol.

—Y ahora, viene lo más importante, Diana. Hay que procurar que la masa...

Estaba amaneciendo cuando Hugh decidió que ya era hora de comenzar la jornada. Y no estaba pensando en él, que todos los días se levantaba antes de que saliera el sol, sino en una mujercita arisca que se iba a llevar una sorpresa. Lo primero que haría, sería tomar un buen desayuno en la cocina. A esas horas tan tempranas era el mejor sitio para tomar un bocado. Los fogones encendidos caldeaban el lugar y el ajetreo de los cocineros daban vida a aquellas horas intempestivas. Sí, pensó con una sonrisa en los labios, tomaría un buen desayuno mientras planificaba una dura jornada de trabajo para su nueva ayudante. Y, sobre todo, estaría listo para otro enfrentamiento.

Esta vez, estaba preparado. No volvería a sentirse humillado por una mujer deslenguada y desagradecida. No tendría que aguantar las risas burlonas de su hermana cuando apareciera sin ella y les dijera que no había conseguido aplacar a aquella fiera. Esta vez, estaba dispuesto a dejarla morir de hambre si no colaboraba. Así se lo dijo a su familia y no parecieron muy convencidos, pero él les demostraría que podía lograrlo.

El inconfundible aroma de pan recién hecho le hizo la boca agua. Normalmente solían traerlo de la panadería del valle, pero cuando había temporal su padre horneaba el mejor pan del mundo.

—Buenos días —saludó a las dos mujeres que trajinaban en la cocina.

Le dio un golpecito en el hombro a su padre que terminaba de cortar unas rebanadas de pan y se sentó a la mesa.

—Has madrugado mucho. —El hombre miró el reloj de la pared y después a él—. ¡Y te has afeitado!

—Sí, hoy tengo prisa por comenzar la faena. —Se sirvió una taza de café y comenzó a untar mantequilla en el pan.

—¿Sí? Pues nosotros ya hemos terminado por esta mañana. Ha sido una jornada muy instructiva.

Hugh miró a las cocineras que acababan de comenzar a pelar unas verduras y sin comprender el comentario, regresó a su desayuno.

—¡Ah!, ya estás aquí... —dijo su padre y él alzó la cabeza, dejando la taza a medio camino—. ¿Has dormido un poco?

—Sí, señor Malloy.

—Ya te he dicho que me llames Tomas.

Diana se acercó con prudencia y, por la forma de mirar a Hugh, él supo que tampoco esperaba encontrarlo allí. Parecía recién duchada, su orgullosa cabeza llevaba los cabellos húmedos y recogidos en una cola de caballo, y por primera vez pudo contemplar de cerca sus preciosas facciones despejadas. No llevaba ningún maquillaje, su pálida piel tenía la transparencia de la porcelana fina, y sus labios le parecieron pecaminosamente deseables.

Ella se alisó el suéter con un gesto incómodo. La suave lana se ajustaba a sus senos de manera que los hacía destacar erguidos y, al comprobar que Hughladeaba la cabeza al mismo tiempo, recordó cómo había imaginado que él los acariciaba.

—¿Por qué mueves la cabeza? —Le increpó con voz dura—. ¿Tratas de que tus dos neuronas tomen contacto o es que sigues siendo un mirón?

Él se irguió. Realmente, el encanto se había roto.

—Tienes una lengua venenosa —siseó con lentitud.

Su padre soltó una carcajada y palmoteó a la joven en la espalda mientras le indicaba que se sentara a la mesa.

—¿Qué hace ella aquí? —inquirió Hugh bruscamente.

—¿No lo ves? Está desayunando.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué está aquí?

—Porque alguien tenía que hacer el pan, ¿no? —Se sentó junto a Diana y le pasó una jarra de leche que ella aceptó en silencio.

—¿Quieres decir que ella te ha ayudado? —Entrecerró los ojos especulando y luego los abrió—. ¿Estás seguro de que este pan es comestible?

—Venga ya, Hugh, no te enfades. —El hombre movió la cabeza con incredulidad—. Al fin y al cabo, las cosas están como tú dispusiste.

Su padre sonrió orgulloso, había solucionado algo complicado y que creaba incomodidad a toda la familia, y Diana desayunaba tranquilamente, haciendo todo lo posible por ignorarle. Restregándole en la cara sus amenazas, pensó Hugh bebiendo un trago de café.

Aquello le repateaba el estómago.

—No te pongas en plan ofendido —le regañó el señor Malloy—. Teníamos un problema y ya está solucionado. En cierto modo todos nos hemos hecho un favor. Diana me echará una mano en la cocina y tú no tendrás que preocuparte más por si se muere de hambre. —Evitó reírse y Hugh se levantó enojado.

—Como quieras, padre —repuso, evitando mirarla. El que lo hubiera llamado padre ya era una señal inequívoca de su enojo—. Tú sabrás lo que haces, luego no me digas que tienes problemas.

Hugh abandonó la cocina con pasos largos y firmes mientras ella respondía con voz melosa a algo que Tomas le había preguntado. Su melena morena ondeaba furiosa sobre sus hombros a cada zancada que daba. Sabía que estaba comportándose como un estúpido y que el primero en darse cuenta había sido su padre.

En realidad, él llevaba razón. Tomas Malloy siempre tenía razón.

Aquella mujer le resultaba excesivamente molesta y enseguida conseguía sacarle de sus casillas. Cuando Frank le pidió el favor, él procuró complacerle. Trató de ponerle las cosas fáciles y ¿cómo le había pagado ella? Con insultos y burlas. Hacía bien en librarse de aquel problema, decidió poniéndose el anorak y saliendo al exterior.

Durante el resto del día trabajó sin descanso. Faltaba mano de obra y había muchos desperfectos por la nevada de la noche anterior. Después de ayudar a Freddy con los caballos, y de revisar unos cables que habían sido derribados por el viento, estuvo en el cobertizo, apilando pequeños troncos secos para las estufas. El temporal apenas había comenzado y, aunque solo llevaban tres días incomunicados en el valle, sabía que las cosas podían ponerse peor.

A pesar de que un intenso frío azotaba el valle, Hugh parecía no sentirse afectado. Al contrario, a medida que forzaba su cuerpo, su mente despertaba y la sangre le hervía.

No podía quitarse de la cabeza lo estúpido que se sentía.

Ella era diferente a cualquier otra mujer que hubiera conocido. A pesar del tono desafiante y brusco con el que siempre se dirigía a él, sabía que su voz era suave y ronca, como un susurro dulce. Y lo sabía porque lo había notado al hablar con su padre en la cocina. Tenía la certeza de que Diana estaba llena de secretos. Era la primera mujer que conocía que no se sentía halagada por una mirada de admiración. Más bien, era como si el saberse deseada la asqueara, como si se avergonzara de tener un cuerpo precioso, o una boca apetecible.

Cuanto más pensaba en ella, más se enfurecía consigo mismo.

Debería sentirse contento de haberse desembarazado del problema, como le había dicho su padre. Si era una especie de mujer fría e introvertida, llena de prejuicios y que recubría su vulnerabilidad con hostilidad, ¿a él qué le importaba?

Abrió el candado que cerraba los garajes y, lanzándolo al suelo, pasó al interior.

Sí, le importaba; regresó a sus cavilaciones. Le importaba porque aquella mezcla de violencia y pasión contra él la hacía más seductora. Casi salvaje.

Capítulo 8

No había dejado de nevar en todo el día. Un manto blanco cubría el paisaje, que apenas era visible por la ventisca helada que azotaba el valle. Después de desayunar, Tomas Malloy le presentó a las dos mujeres que trabajaban en la cocina y le dio algunas instrucciones de lo que podía hacer para colaborar. A media mañana, la pequeña Beth formó parte del grupo, dedicándose a doblar servilletas mientras lanzaba miradas furtivas e inocentes a la extraña amiga de su tío Frank. Un poco más tarde, Roxana se acercó por allí con curiosidad, como si necesitara ver con sus propios ojos que Diana estaba allí de verdad. Y cuando llegó la hora de servir las comidas, todos comenzaron a moverse de forma sincronizada.

El hotel estaba prácticamente lleno. Como todos comentaban, el temporal se había adelantado y había sorprendido a mucha gente en el valle. Diana trabajaba sin descanso. Lo mismo servía platos, que partía pan o limpiaba las cacerolas. Ni ella misma sabía cómo se había dejado embaucar por el señor Tomas. Lo que comenzó con una expedición nocturna a la cocina se había convertido en su lugar de trabajo. Aunque bien mirado, lo prefería así. Desde que había comenzado con aquella actividad, había conseguido deshacerse de todos los malos pensamientos. El nombre de Dick no había acudido ni una vez a su mente y estaba tan cansada que se sentía casi feliz.

Ya era media tarde, cuando las cocineras se marcharon del hotel. Eran madre e hija y vivían en una de las casitas, como casi todos los trabajadores de la casa, y Diana supo que de no ser así, el hotel no podría permanecer abierto en invierno y en un lugar tan abrupto. Necesitaba saber más cosas acerca de aquel lugar, sobre todo quiénes salían del valle diariamente, cómo lo hacían, y si había más formas de trasladarse que no fuera en helicóptero o en coche.

Se entretuvo en pasear por los corredores y la enorme recepción. Descubrió una tienda dentro del hotel, donde vendían desde adornos o productos de aseo a cualquier otra ocurrencia que necesitara un huésped olvidadizo. Aquello le hizo recordar que cuando fue de compras con Dick, no pensó que necesitaría cosas tan básicas como un peine o pasta de dientes, y la que tenía estaba en las últimas.

Regresó a la recepción un tanto preocupada, porque en ese momento se dio cuenta de que necesitaba dinero de forma urgente y no sabía cómo conseguirlo. Además, tarde o temprano tendría que dejar de nevar y no estaba dispuesta a esperar a Frank para que la sacara de allí. A la mínima ocasión que tuviera, saldría del valle. Y aquello costaría dinero.

Las lámparas estaban encendidas, un enorme fuego caldeaba el lugar, y muchos de los huéspedes se relajaban viendo la televisión en un pequeño bar, junto a los ventanales. Una de las cocineras, la de más edad, le hizo una señal desde la barra y ella se acercó.

—¿Por qué no te tomas una copa? —le indicó la mujer—. Para ser tu primer día, has trabajado bien.

Diana dudó y aceptó la invitación.

—No es la primera vez que estás en una cocina, eso se nota. Por cierto, me llamo Sue —le recordó al ver que la joven no decía nada.

—Lo sé.

—¿Y bien? —insistió, haciendo un gesto al camarero—. ¿Dónde has trabajado? ¿En otro hotel?

—En... un... centro. —Debería haberse marchado a su cuarto.

—Seguramente era uno de esos centros residenciales de lujo, con grandes salones y playa privada. En Los Ángeles, ¿verdad? ¡Qué nivel!

—Más o menos. —Si tenía en cuenta el nivel de peligrosidad de algunas presas...

A pesar de la negativa de Diana, Sue llamó al camarero y le pidió que sirviera a su amiga lo mismo que a ella.

—Ahora es tu tiempo libre y puedes tomarte un respiro. —Sue dio un trago y miró a la joven que parecía incómoda—. Además, yo invito —añadió con suavidad.

—Es que no puedo gastar mucho dinero —dijo sin ser del todo sincera.

—Eso puede pasarle a cualquiera, pero si tienes algún problema puedes pedirle un adelanto al señor Malloy.

El camarero llegó con las consumiciones y Sue le puso una en la mano, indicándole que bebiera. Enseguida, la mujer comenzó a hablarle del valle, de su esposo que se ocupaba de las caballerizas y de su hija, Romina, que la ayudaba en la cocina y que por las tardes trabajaba en la tienda.

La segunda ronda fue a cuenta del camarero, y Diana se vio obligada a beberla igual de rápido que la primera. No sabía muy bien qué era, pero estaba dulce y era fuerte, como hacía años que no recordaba que fuera una bebida alcohólica. Sobre todo sintió cómo sus frases se hacían algo más fluidas, más naturales, y aprovechó para indagar.

—¿Cómo puedo obtener dinero rápido? —La mujer la miró extrañada y ella añadió—: Me refiero a ganar dinero sin tener que pedir un adelanto al señor Tomas.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Del que sea...

—La tienda —le sugirió sin dudar—. No es que sea muy habitual, pero podrías dejar algo en prenda y recuperarlo luego, cuando hayas cobrado tu jornal.

—¿Como una casa de empeño?

—Algo así. Mira, en este momento está abierta, ¿quieres que te acompañe? Mi hija trabaja allí y podríamos conseguir que te den algo más. ¿Tienes algún objeto para

dejar a cuenta?

Diana recordó que sí, le pidió que esperara un momento, y salió corriendo.

Atravesó la cocina, donde el señor Malloy la miró extrañado al verla correr, y en el instante en el que ella entraba en la casa familiar tropezó con Hugh. Sus miradas se encontraron y ella se apoyó en él para no perder el equilibrio. Con sus ropas manchadas de aceite de motor y el pelo desgredado, que le caía lamentablemente sobre los hombros, tenía todo el aspecto de un forajido.

Ella emitió un gemido sofocado cuando sintió sus manos rodeándole la cintura. El asalto emocional de sentir las suyas sobre la dureza de su tórax y la fricción de los dedos masculinos contra su piel la dejó sin palabras. Sus ojos grises se estrecharon mientras la encerraba entre sus brazos y su mirada descendió hasta sus labios. Al sentirse libre de la fuerza magnética de sus pupilas, ella se zafó de sus manos en un movimiento rápido. Por un segundo tuvo la sensación de que iba a besarla y el corazón se le aceleró.

Sin decir ni una palabra, Diana siguió corriendo hacia su cuarto, pero cuando fue a entrar, se giró y él todavía la estaba observando sin moverse.

Procuró no pensar en aquel encuentro y cerró la puerta tras ella. Rebuscó entre sus cosas y encontró la bolsa precintada que le habían entregado al salir de Lynwood. Allí habían permanecido durante años las dos únicas cosas de valor que tenía, pero que en realidad no le habían servido nunca para nada, y que ahora podrían sacarla del apuro.

Guardó el alfiler de corbata con las demás cosas, sabiendo que era mucho más valioso, y regresó al pequeño bar con la otra joya en el bolsillo.

Poco después Sue le presentó como el dueño de la tienda a un anciano de aspecto pulcro y vestido con el uniforme del hotel. El hombre analizó con gesto metódico la pequeña medalla que Diana había puesto en la palma de su mano. Durante un rato la estuvo mirando entre sus delgados dedos y volvió a observarla a través de una lente de aumento.

—Es una joya bastante cara, señorita —le dijo, depositándola sobre el mostrador—, me temo que no puedo darle una cantidad tan elevada. Esto es solo un bazar y no vendemos joyas de artesanía.

Diana sintió que sus esperanzas se evaporaban.

—Pero señor Miller, es solo por unos días —intervino Sue—. En cuanto el señor Malloy le pague el jornal a Diana, ella vendrá a recuperarla.

—¿El jornal? —El hombre sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué cantidad espera recibir por la medalla, señorita?

—Lo que usted me dé... —Diana fue sincera.

El propietario le indicó que esperara y pasó a la trastienda.

—¿Algún problema? —le preguntó Roxana alzando la cara de los libros de contabilidad.

—Ahí afuera hay una chica que pretende darme esta joya a cuenta de su jornal.

Roxana salió de detrás del escritorio y llevándose una mano a su abultado vientre se asomó al exterior. Lo primero que vio fue a Sue probando un perfume en su muñeca y al asomarse un poco más descubrió a Diana, de pie a su lado.

—Debe de estar muy necesitada para arriesgarse a perder una joya así por tan poco dinero. —Miller llegó a su lado y le entregó la medalla.

—¿Qué le ocurre a la medalla? —La joven la observó con detenimiento y regresó a la trastienda.

—Si te fijas, recoge la imagen de la Virgen de Santa Bárbara, pero está labrada artesanalmente y es bastante antigua. No entiendo mucho de orfebrería pero creo que algún ilustre español la debió de encargarse hace más de cien años a los artesanos de la antigua Misión. No comprendo cómo puede querer deshacerse de una joya tan exclusiva.

—Bien —decidió, encerrando la medalla en la mano—. Dale un sueldo y un recibo. Yo guardaré la joya en la caja fuerte.

Roxana observó la cara sorprendida de Diana al recibir un sueldo entero y no tuvo duda de que no conocía el verdadero valor de la joya. Pero lo que más le extrañó era que ella hubiera creído que tenía que pagarse su manutención, o que cobraría un sueldo. Aquello era inadmisibile. Si Frank llegaba a enterarse de cómo estaban las cosas con su amiga, lo tomaría muy mal.

Cuando Hugh llegó al comedor, como la mayoría de las noches, su familia ya había comenzado a cenar. Al parecer estaban discutiendo algo relacionado con él, porque cuando se sentó a la mesa y dijo su habitual «siento llegar tarde» todos guardaron silencio.

El joven comenzó a servirse un poco de puré y, procurando que no se notara mucho su curiosidad cuando se inclinó sobre la fuente de verduras, comprobó que no solo faltaba Diana, sino que tampoco estaban su silla ni sus cubiertos.

—¿Qué pasa? —Los miró a todos extrañado.

Roxana fue a hablar y su esposo le indicó con un gesto que se callara.

—Pasa que no nos habías dicho que Diana tendría que pagar su hospedaje. —Su padre le habló con aquella calma que todos conocían antes de la tormenta.

Hugh resopló y añadió a su plato un enorme filete.

—¿A qué viene esto ahora?

—Pero ¿es cierto o no? —insistió Roxana.

—No, exactamente —se defendió molesto—. Simplemente le dije que tenía que colaborar en las faenas y que no estaba dispuesto a llevarle la comida a su habitación como si yo fuera una sirvienta. Más o menos, eso es lo que le dije.

—Pues al parecer, no es eso lo que ella ha entendido —le aclaró ella.

—Tu hermana tiene razón, Hugh.

—Pero, padre, tú mismo has reconocido que podía ayudarte en la cocina y así yo me liberaba del problema.

—¿El problema?! —saltó Roxana.

—Sí, el problema. Tú eres la primera que se quejaba de que era una desagradecida y de que...

—Pero yo no le he exigido que trabaje en la cocina, si es lo que tú crees, Hugh. —Su padre estaba molesto—. ¿Cómo voy a pedirle algo así a una invitada? Ella comenzó a ayudarme y, después, una cosa llevó a otra. En realidad, reconozco que ha hecho un buen trabajo y que su ayuda nos viene muy bien, pero nadie le ha exigido que tenga que trabajar para poder compartir la mesa con la familia. ¿Cómo se te ocurrió una cosa así?

—¿Y dónde está ella? No la veo compartiendo ninguna mesa con nosotros. —Miró directamente a su hermana.

—Ella, como tú dices, ha estado tomando unas copas en el bar con Sue y en estos momentos está cenando en el restaurante del hotel.

—Eso no es posible —le aseguró Hugh, con una sonrisa cargada de cinismo—. Ella no tiene dinero.

—Y tú, ¿cómo sabes eso? —La joven levantó las cejas ligeramente.

—Simplemente lo sé, y ya está.

Roxana prefirió omitir el asunto del préstamo de la medalla hasta que supiera algo más y le aclaró en tono burlón.

—Bien, aunque así fuera, Diana espera cobrar por su trabajo y tiene todo el derecho del mundo a un crédito.

—Un crédito que tú no le darás —le soltó apuntándola con un dedo amenazador.

—¡Ya está bien! —intervino su padre con voz rotunda—. Parecéis dos críos discutiendo por un caramelo. Diana es nuestra invitada y puesto que ya se está adaptando a este lugar, que creo que era lo único que nos preocupaba, no se hable más. Si quiere colaborar en las faenas del hotel, su ayuda será bien recibida, y si no lo hace, yo mismo le subiré la cena a su cuarto. Por lo demás, hemos terminado la discusión.

Hugh apretó el tenedor en la mano y comenzó a cenar en silencio mientras su hermana se ocupaba de partir el filete de Beth. Jeff, que se había mantenido al margen, miró a su suegro y este meneó la cabeza de forma apesadumbrada.

Diana estaba terminando de exprimir unas naranjas cuando Hugh entró en la cocina. En cuatro días, solo habían coincidido cuatro veces y siempre en el mismo lugar. Diana comprobó que él iba todas las mañanas, a primera hora, y que solía tomar allí el desayuno en compañía de su padre y de las dos mujeres que comenzaban su trabajo. El resto de las comidas, ella las tomaba con los trabajadores del hotel y no tenía ni idea de dónde comía él.

Unos días antes, el señor Malloy le aclaró que no tenía obligación de trabajar para estar allí, que todo había sido un malentendido. Pero Diana insistió en que lo prefería así y él no se negó. Respetó el deseo de la familia de que continuara usando su habitación y, a petición de Roxana, le fue adjudicado un sueldo.

Hugh saludó con su habitual buenos días, y se sentó a la mesa como todas las mañanas. Era como si entre los dos se hubieran impuesto unas reglas invisibles en las que apenas cruzaban unas palabras de cortesía, al verse o al despedirse, y poco más. Ella procuraba que su voz sonara impersonal al hablar, contestaba con monosílabos, igual que cuando tenía que decirle algo su voz resultaba tan fría como el hielo que cubría el valle.

Diana esperó a que Hugh terminara su desayuno y procuró demorarse más de la cuenta en exprimir el zumo para tener las manos ocupadas. Sabía que él seguía enfadado por haberle desafiado abiertamente ante su familia. Se lo dijo el señor Malloy, cuando se reunieron de madrugada para preparar el pan del día siguiente, y también lo adivinaba por la forma en la que él la miraba, pensando que no se daba cuenta. Podía sentir su mirada clavada en su espalda y sabía el momento exacto en el que él tragaba café y volvía a fijarse en ella, sin parpadear.

Afortunadamente, Sue y su hija solían iniciar algún tipo de conversación intrascendente y aquello hacía que el ambiente fuera menos enrarecido. Sobre todo aquella mañana, porque él ya había terminado de desayunar hacía bastante rato y seguía sin moverse de su sitio. Su presencia parecía llenar toda la estancia. Su tamaño y su virilidad abrumadora la hacían mantener todos sus sentidos alerta.

El señor Malloy, Tomas, como él insistía en que lo llamara, entraba y salía de la cocina llevando al comedor del hotel los distintos platos que ya estaban terminados.

—Diana, prepárame las jarras de zumo —le pidió con urgencia.

Ella se apresuró a obedecerlo y las llevó hasta la encimera junto a los fogones. Por el rabillo del ojo percibió cómo Hugh se giraba para mirarla y después fingía que se rascaba la cabeza de forma distraída. Lo que vio en sus ojos le resultó indescifrable y sus manos temblaron ligeramente. Sue, que estaba al lado, sujetó una de las jarras de zumo, evitando que cayera al suelo, y la miró con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué no te tomas un descanso, Diana? —La empujó hacia la mesa y le guiñó un ojo a Hugh—. Además, es tu hora de desayunar. Hoy es viernes y hay que tomarse el trabajo con calma, ¿no es así, Hugh?

El joven afirmó y permaneció sentado frente a ella, grande, silencioso.

La luz de la lámpara incidía en su pelo negro, acentuando la estructura ósea de su rostro, los impresionantes ojos grises, su mandíbula agresiva. Esa mañana vestía una camiseta de color blanco que se ajustaba a sus anchos hombros. La llevaba arremangada a la altura de los codos, marcando sus prominentes músculos como si ya estuviera próximo el verano, pensó Diana retirándose un mechón castaño de los ojos.

—No he visto tu nombre apuntado en la lista. —Sue llenó una taza de café con leche, se la puso delante y sonrió al observar la turbación de la joven.

—¿Qué lista? ¿De qué hablas?

Sue miró a Hugh, que se encogió de hombros desentendiéndose del tema, y le hizo un gesto para que hablara.

—Te decía que por qué no te has apuntado a la fiesta. —Le guiñó un ojo a Hugh para que colaborara y meneó la cabeza con impaciencia.

—¿Qué fiesta? —Diana se lamió los labios.

Sentía sus ojos clavados en la boca, como si él tuviera que leerle los labios para entenderla, y ella los frunció a modo de protección. Descendió la cabeza hacia su taza y fingió que soplabla el café. Tomaría el desayuno en cuanto pudiera beberlo, porque Sue lo había calentado a conciencia, y si él no se había marchado todavía, lo haría ella.

—Explícaselo tú, Hugh. —Sue agarró las jarras de zumo y salió con mucha prisa.

—Menos mal que se ha marchado —rezongó él suspirando.

—Sí, me estaba poniendo nerviosa con tanto guiño —añadió con exagerada prontitud—. ¿De qué fiesta hablaba?

Él enarcó las cejas, sorprendido. Tres frases seguidas sin un dardo venenoso era más de lo que hubiera imaginado.

—Bueno, en realidad, no es una fiesta. Los viernes solemos hacer una excursión a Bishop, un lugar que está muy cerca del Paso Tioga y de Mammoth Lake. Allí hay una importante comunidad de escaladores y procuramos practicar en las pistas de esquí o hacemos algún ascenso. Luego por la noche, nos reunimos en Mammoth Lake, donde se hace una fiesta con cena incluida y dormimos allí —según le iba contando, sus manos morenas y grandes se movían a modo explicativo y ella las miraba con fijeza—. Como varios de los huéspedes que se han quedado aislados por el temporal habían venido expresamente para ir a descolgarse en Bishop, han tenido la brillante idea de hacer la fiesta aquí, en el hotel.

—Y será una fiesta inolvidable —intervino Sue que había regresado a por más jarras de zumo. Como vio que ella no decía nada y que Hugh ya había terminado de hablar, puso los ojos en blanco y añadió con tono impaciente—. Entonces, ¿irás o no?

—Yo... creo que no... No suelo ir a fiestas.

Vio a Hugh levantarse de la silla, como si lo que había esperado escuchar ya hubiera sido dicho, y Diana, al verlo marcharse, añadió con celeridad:

—Bueno, tal vez...

Él se paró en el umbral de la puerta y se giró.

—Entonces, tal vez te vea —le dijo con una media sonrisa.

Capítulo 9

El resto de la mañana Diana estuvo bastante ocupada. Sue tenía razón. Aquel viernes había que tomarse la faena con tranquilidad porque aunque el valle estaba incomunicado y no habría nuevos huéspedes a los que atender, los que estaban allí parecían haberse multiplicado con la preparación de la fiesta de la nieve, como la llamaban.

Sabía que no debería haber aceptado la invitación. En cierto modo se sintió presionada por la cocinera, que no tardó ni dos segundos en apuntarla en la famosa lista. Pero la forma en la que Hugh dio por sentada su negativa, cuando se levantó para marcharse, la hizo retractarse. Ahora se arrepentía de haber dejado caer aquel «tal vez», aunque tampoco la comprometía a nada seguro. De lo único que sí estaba segura era de que la forma en la que él se giró, sonriéndole como si le agradara su respuesta, le había hecho dar un vuelco al corazón.

Sin pretender darle más importancia de la que debiera, se dedicó a ayudar a Sue en la cocina y ya era más de media mañana cuando se tomó un descanso. Había pensado en pasarse por la tienda del hotel y mirar algo de ropa. No es que tuviera claro que fuera a asistir a la fiesta pero, si por casualidad lo hacía, pensaba que unos vaqueros y un grueso jersey de lana no sería el atuendo más adecuado.

Saludó al señor Miller, que se asomó desde la trastienda, y comenzó a pasear entre los escasos vestidos que había colgados en un rincón denominado «Boutique Yosemite». Un breve vistazo a los exorbitantes precios que mostraban algunos de ellos fue suficiente argumento para convencerse de que era absurdo pretender fingir que no era lo que era: una convicta en régimen de custodia vigilada y que, por mucho que su vida estuviera cambiando, no podía permitirse soñar con una fiesta.

Enfadada por haberse dejado llevar por el entusiasmo de los demás, se marchó con rapidez. Era viernes, ya hacía una semana que había salido de Lynwood y, en lugar de estar pensando en vestidos bonitos y en sonrisas masculinas que le aceleraban el pulso, debería estar haciendo planes de cómo marcharse de California. Los pocos días que llevaba encerrada en aquel lugar estaban cambiando su forma de ser. Ella nunca había sentido la necesidad de agradar a nadie y mucho menos a un hombre que la frase más amable que le había dedicado era que comía como una cerda.

Cada vez más furiosa con ella misma, se encaminó hacia la casa familiar y procuró no cruzarse con ningún Malloy, pero no tuvo suerte. La pequeña Beth salió como una exhalación del salón y se topó con ella que entraba en ese momento.

—¡Diana! —Se alegró de verla—. ¿Has visto a mi tío Hugh?

Ella negó con la cabeza y la niña frunció el ceño.

—Tengo que buscarlo, mi tío Frank lo llama por teléfono.

—¿Está Frank al teléfono?

Diana se asomó al salón y se fijó en el receptor que reposaba sobre un aparador. En un instante llegó hasta él, ante la mirada atónita de la niña, y lo agarró con ansiedad.

—Frank, eres un maldito cabrón. ¿Cuándo pensabas dar la cara?

—¿Diana? No esperaba que contestaras tú.

—Ya lo imagino —su voz sonó dura.

—Sé que estás enfadada conmigo y tienes motivos...

—Me dejaste aquí —gritó Diana sin dejarle hablar—. ¿Cómo has podido hacerme algo así? Me has engañado, Frank.

—¿Hubieras venido conmigo a Los Ángeles? No, ¿verdad? —se contestó a sí mismo ante su silencio—. Tienes que confiar en mí, Diana. En unos días podré ir al valle a por ti y entonces hablaremos con más calma.

—Es que no lo entiendes, yo no tengo que ir a ningún sitio contigo, Frank. Solo te pedí que me sacaras de Fresno en tu coche, nada más, y tú cambiaste la prisión de Lynwood por un valle incomunicado, ¿qué diferencia hay?

—Escucha, Diana...

—No, escúchame tú, lo único que quiero es alejarme de todo: de ti, de Dick, de California... de todo. —Ahogó un sollozo de impotencia.

—Eso no va a ser tan fácil —su voz sonó compungida—, en cuanto salieras del valle la policía te detendría. Es mejor para todos que continúes en Yosemite.

Diana soltó una exclamación y apretó el auricular con las dos manos.

—¿Para todos? ¡Me has traicionado! —dijo despacio—. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Confié en ti, maldita sea, Malloy. Sabía que no debía volver a confiar en nadie y he caído como una idiota.

—No digas eso, Diana. —La voz de Frank sonaba ronca. Contenida—. En cuanto pueda regresar al valle...

—¿De verdad crees que estaré aquí esperando? ¡Vete a la mierda! ¡Maldito bastardo, hijo de puta!

Lanzó el teléfono contra la pared, haciéndolo añicos, y entonces los vio. Hugh estaba parado a medio camino, sin atreverse a pasar del todo, y sujetaba a la pequeña Beth por los oídos, tapándoselos para que no pudiera escuchar la serie de improperios que acababa de gritar.

—Anda, cariño —le dijo a la niña, dándole un empujoncito hacia la puerta—. ¿Por qué no ayudas a Sue a doblar las servilletas?

—Si vas a decir algo, será mejor que te calles —le advirtió Diana al verlo caminar hacia ella—. Como ves, no es mi mejor momento.

—Sí, no hace falta que lo jures.

Hugh llegó a su lado y se quedó a una distancia prudente. Vio que Diana se retorció las manos, nerviosa, y aunque no había captado mucho de la discusión que había mantenido con su hermano, dio por hecho que el problema era bastante grande.

—Me gustaría estar a solas, si no te importa. —Ella le dio la espalda.

—¡Claro! Un animal herido necesita lamerse las heridas y no le gusta que lo vean —repuso él con voz suave.

—No me afectan tus insultos. —Sus manos temblaron ligeramente—. En realidad no me afecta nada de lo que tú digas o hagas.

—Es una pena, pero no te estoy insultando. Sin embargo, tú sí que estás herida.

—Vete con tu psicología barata a otra parte.

—Y asustada. —Se acercó más a ella, pero no la tocó—. También estás asustada y yo podría satisfacerte de algún modo...

—No sé de qué estás hablando —le desafió con la mirada.

—Escuché que le decías a mi hermano que querías alejarte de todo y no creo que la mejor manera de solucionar las cosas sea huyendo.

—No hables de lo que no conoces. Y déjame sola, por favor.

Sus ojos se empañaron y se alejó de él para ocultar la evidencia que la delataba.

—Bueno, si cambias de opinión, estaré en el garaje.

Frank colgó el teléfono y miró a Richard Wildman con aspecto consternado.

—Ha colgado.

—Es su forma de decir que está enfadada. —Richard se levantó del sillón giratorio, rodeó la imponente mesa de roble que los separaba, y se sentó en una esquina de la misma, balanceando una de sus piernas.

—Es mucho más que eso. Temo que Diana haga alguna locura.

—¿Te estás echando atrás, Malloy? —le tuteó—. Cuando te metí en esto, no te pareció tan mala idea colaborar conmigo. Creías que Diana era una injusticia del sistema y, a pesar de que sabías que no sería fácil, aceptaste el reto.

—Así es, siempre he creído que Diana sabe mucho más de lo que ha dicho, pero que ha callado por alguna circunstancia que se nos escapa.

—Para eso la trasladé a Lynwood, para que pudieras averiguarlo.

—Pero las cosas han cambiado, señor Wildman. Al principio, cuando me buscó hace más de tres años y me encargó que cuidara de una reclusa que estaba a punto de ingresar en Lynwood, lo vi, más bien, como una buena acción por su parte. Pero después, he estado revisando sus declaraciones...

—Y dudas de si realmente es inocente, ¿no es así?

—Usted y yo nos conocemos desde hace muchos años, desde que éramos niños...

—Sí, aunque nuestro trato nunca ha pasado de formal.

—En realidad nunca hemos sido amigos. —Frank se aflojó el nudo de la corbata.

—Comprendo lo que está ocurriendo. —Richard se levantó y caminó hacia el minibar del rincón—. Diana habla de traición y tú te cuestionas si es eso lo que realmente estás haciéndole porque ella sí que te consideraba su amigo.

—¿Y qué otra cosa puedo pensar? He estado revisando su historial, todo está lleno de interrogantes y de incongruencias. Durante muchos años, Diana ha pasado por más encierros de los que caben en su ficha de registro. De hecho, cuando la directora de Lynwood la llamó a su despacho se regodeó enumerando todas las condenas impuestas cuando era menor, las cuales no deberían de aparecer en su ficha policial. Sí, supongo que lo hizo para recordarle que no estaba allí por casualidad, pero no era lo adecuado. Cuando finalmente un abogado famoso e importante, descendiente de una de las familias más influyentes de Santa Bárbara, se fija en ella y la traslada a Lynwood, parece que su vida da un vuelco inesperado. Pero luego resulta que ese abogado la conoce desde sus años de fechorías, que siempre ha permanecido en la sombra ordenando esos traslados, y que casualmente también es amigo de mi familia.

—Ve al grano, Malloy.

Frank se pasó una mano por la frente sudorosa y rechazó la bebida que Richard le ofrecía.

—Si Diana no asesinó a aquella mujer, alguien debió hacerlo, y quiero saber por qué Diana Chase no dijo la verdad. Quiero saber el verdadero motivo por el que un hombre tan poderoso como Richard Wildman trata de proteger a una asesina convicta que le teme. Quiero saber por qué se inventó esa historia de un indulto presidencial cuando lo que realmente ha hecho ha sido borrar a Diana Chase de la faz de la tierra. Diana Chase ya no existe. Y lo peor es que ella confió en mí y siento que le estoy fallando.

Richard Wildman le miró durante un instante, como si meditara las palabras que iba a decir. Después, se sentó en el sillón giratorio, interponiendo entre los dos la gran mesa de roble, como si a partir de ese momento fuera la única barrera que iba a existir entre ellos.

—Yo no conocí a Diana por casualidad —comenzó a hablar en un tono pausado—. Ella era una pequeña raterilla que se había criado en los suburbios, siempre rodeada de malas compañías y de una madre que se pasaba la vida prostituyéndose para conseguir su dosis de droga. Conseguí apartarla de aquel lugar, aunque no fue nada fácil convencerla de que se marchara de aquel piso que estaba a punto de derrumbarse. Afortunadamente, se quedó sola. Su madre murió de una sobredosis y Diana, por fin, confió en mí. Se instaló en un barrio cerca de la playa, en un apartamento que yo mismo le ayudé a decorar; se matriculó en un instituto y terminó sus estudios. Incluso comenzó a trabajar por las tardes en un restaurante y tonteó con un muchacho al que tuve que explicarle que Diana no era precisamente para él.

—Y todo eso, ¿para qué? —inquirió Frank sin comprender—. Diana me contó que cuando la arrestó la policía por asesinato, estuvo esperando a que usted

apareciera y la ayudara, pero nunca lo hizo. Me consta que varios abogados de su bufete trataron de defenderla, pero ella nunca quiso hablar con nadie, ni siquiera despegó los labios en un juicio rápido y demoledor. Ella solo confiaba en Dick, pero él nunca apareció.

—No lo entiendes, Frank. Diana no debió estar allí, en aquel lugar donde asesinaron a aquella mujer. Mis abogados no pudieron hacer nada para luchar por su defensa. Durante meses fue interrogada y ella se negó a hablar, como ya sabes. El silencio era su única respuesta y de aquella manera reafirmaba su acusación. No había forma física de justificar por qué ella estaba allí; qué hacía en un cuartucho de mala muerte junto al cuerpo de una mujer asesinada, y con las ropas y las manos ensangrentadas.

—Y, sin embargo, ella siempre dice que usted le falló. Parece que es lo único que le importa.

—Lo sé, pero de nada hubiera servido que yo personalmente acudiera a su lado, cuando Diana no se defendía de ninguna acusación. Al contrario. De hecho, ella nunca habló de mí, ni de mi protección. Jamás dijo nada que hiciera suponer que había alguna relación entre nosotros, y mi presencia solo habría despertado nuevos interrogantes. —Frank le miró sin comprender—. La mujer asesinada llevaba varios meses chantajeándome —le aclaró, desvelando su gran secreto y dejándolo en manos de aquel hombre.

No llevaba ni diez minutos en su dormitorio, cuando Diana comenzó a sentir que se ahogaba. Había sido una ilusa al creer que estaba dominando aquella fobia, como la llamó el señor Malloy cuando ella le explicó los motivos que le impedían dormir por las noches. Él creyó que solo era debido a la oscuridad y al silencio y ella no le aclaró que había muchos más motivos que la aterraban. En cierto modo, era mejor no contarle que se había acostumbrado a permanecer encerrada en la seguridad de su celda, en Lynwood. Los sonidos conocidos, las discusiones de las demás reclusas y las voces autoritarias de las funcionarias le habían proporcionado la confianza que un día había perdido. Mientras duró su confinamiento, ella supo que no volvería a despertar en un cuarto oscuro y silencioso, donde el único sonido que podía escuchar era su respiración agitada y nada más. Aquel silencio que solo fue roto por las sirenas de la policía era tan doloroso como el que ahora la asfixiaba en aquel dormitorio inmenso y lujoso.

Con temor a sufrir un nuevo ataque de pánico, como Hugh lo llamó una vez, descorrió las cortinas para dejar entrar la máxima luz posible. El cielo estaba de un gris plomizo y triste y apenas iluminó la habitación. Corrió de un lado para otro, enchufando las lamparillas que Tomas le había llevado al conocer su problema, y encendió el aparato de radio que le había prestado para llenar el silencio al que ella

tanto temía. Algo más satisfecha y con una adormecedora balada romántica de fondo, se asomó a los ventanales.

Había dejado de nevar y el paisaje de un dominante color gris y blanco plasmaba su esplendor invernal de forma casi dolorosa. Al fondo, más allá de la verja del jardín, cerca de donde se bifurcaba el camino empedrado, divisó una figura masculina que caminaba hacia una borrosa edificación de ladrillo rojizo. Supo que era Hugh al reconocer el anorak azulado y se entretuvo en observar lo que hacía. Aunque no nevaba, el viento alzaba la nieve del suelo como si fueran grandes olas de polvo y él se internaba entre ellas como si no le afectaran. En ese instante, la melódica balada se interrumpió para dar paso a la voz de un locutor dando los enunciados de un noticiario:

... y esta mañana a primera hora, el jefe de justicia del Tribunal Supremo de California ha calificado a Richard Wildman como un verdadero abogado, defensor de la justicia. Añadió que el producto de su meticuloso trabajo ha establecido un estándar muy alto para los futuros candidatos a senadores...

Diana atravesó la habitación y apagó la radio con rapidez. Escuchar el nombre de Richard junto a la palabra justicia le revolvía el estómago. Si alguien sabía lo que ocultaba el verdadero Richard Wildman bajo aquella fachada de moralidad, era ella. Hubo un tiempo en el que también estuvo engañada, como toda aquella gente que alababa su trabajo y su ascendente carrera política, pero...

Unas voces en el jardín la hicieron regresar a los ventanales. Tomas Malloy y dos hombres estaban retirando la nieve que taponaba la entrada y la transportaban en carretillas. Más allá, fuera de la verja, la silueta de Hugh volvió a llamar su atención. Se veía como una mancha azulada que se movía de un lado para otro, pero aun así había algo en aquella figura que emanaba fuerza. Potencia.

En los días que llevaba en el valle, no había tenido muchas oportunidades de observarle con detenimiento. Solo habían coincidido en los desayunos, porque así lo procuraba ella, y en esos momentos era muy difícil mirarle sin que él se diera cuenta. Hugh tenía algo que ella no sabía definir, pero que la atraía de alguna inexplicable manera. No era un hombre que pasara desapercibido, precisamente. Su tamaño, su virilidad y su sexualidad lo hacían diferente del resto de los habitantes del valle. Aunque también podía ser la forma en la que la miraba cuando estaba cerca y pensaba que nadie lo veía. Unas veces parecía que la medía, y sus ojos grises se entornaban de forma comprensiva y amistosa; pero otras parecía querer provocarla, haciéndole sacar lo peor de ella.

En realidad, después de Tomas, Hugh era el único de la familia con el que tenía algún contacto, aunque fuera frío y controlado. Se apartó los cabellos de la cara, en un gesto de frustración, y se dijo que podría ser una buena idea dejar de luchar contra

él. Aquella batalla que libraba en realidad era con ella misma. Aunque él siempre parecía acertar con sus frases hirientes, como si supiera exactamente dónde escocían sus pullas.

Decidida a no permanecer más tiempo encerrada en su habitación se puso el grueso chaquetón, un gorro de lana y los guantes, y corrió hacia el exterior deseando que él todavía estuviera esperándola en el garaje, como le había dicho. Pasó junto a Tomas y le saludó con la mano sin detenerse, a lo que el hombre alzó la cabeza dejando lo que estaba haciendo y se quedó mirándola mientras ella se acercaba a su hijo.

Hugh estaba inclinado sobre la cerradura del candado y forcejeaba con él. Se había quitado los guantes, a pesar del frío que hacía, y trataba de abrirlo sin éxito.

—¿Qué haces? —Diana se inclinó sobre su hombro para mirar.

—Jeff se ha llevado las llaves y no hay manera de poder entrar en el garaje.

—¿No tienes otras llaves? —Ella examinó el candado desde la distancia.

—No. Y lo peor de todo es que Jeff me está esperando en el mirador.

—Déjame a mí. —Lo empujó con el brazo; él se apartó.

—No se puede, ya te lo he dicho... —trató de convencerla mientras ella hurgaba con algo en su interior.

Hugh percibió un clic y el candado apareció abierto en la mano de Diana.

—¿Cómo lo has hecho? —No podía creerlo.

—¡Vamos! Yo te lo digo y tú me sacas de aquí. —No esperó a que él entrara y se dirigió hacia uno de los coches que había estacionados.

—Por ahí, no, Diana. No podemos ir en coche —la llamó desde un extremo del garaje.

—Has dicho que tenías que ir a un mirador —protestó ella sin moverse.

—Así es, pero lo haremos con esto —le explicó señalando un trineo y dando unos golpecitos en el asiento—. Ayúdame a sacarlo fuera —le indicó empujando desde la parte posterior.

Ella se acercó y rodeó aquel artefacto que más bien le pareció una atracción de feria. Era rojo y en su interior tenía dos asientos, uno detrás del otro.

—A causa de la nieve solo podemos desplazarnos en moto de nieve o en trineo y como el mirador está en pendiente y es una distancia corta, no tendremos problema. —Ella lo miró con el ceño fruncido mientras se acercaba a la puerta del garaje—. Empuja un poco más —le pidió él mirándola por el rabillo del ojo—. Tenemos que llegar hasta aquella pequeña elevación del terreno.

—¡Estás loco si piensas que voy a meterme ahí dentro!

Hugh la miró de arriba abajo y movió la cabeza. Ella se resguardó del frío alzando las solapas de su abrigo.

—Bueno, si no quieres venir... —Se encogió de hombros y se dispuso a montarse—. Nunca lo hubiera imaginado —chasqueó la lengua—. Una mujer tan tenaz como tú, capaz de abrir un candado sin llave y que teme deslizarse por un poco de nieve.

—No es un poco de nieve —replicó ella agarrándose al trineo e impidiendo que él se alejara.

—Y entonces, ¿qué? ¿Te atreves o no? —la desafió sonriéndole.

Capítulo 10

En un instante tuvo que decidir si subía o no y al segundo se vio enlatada como una sardina en aquel cacharro rojo, con las piernas estiradas y las de Hugh rodeándola desde la espalda. Apenas había espacio para los dos en aquel cacharro y, sin embargo, él parecía sentirse cómodo e incluso divertido. Con un brazo la sujetaba por los hombros, pegándola a él, y mientras la avisaba para que se agarrara a las barreras de metal, con la otra mano accionó una palanca que los empujó como si tuviera un resorte.

Diana sintió como si la tierra se abriera bajo ellos, aunque en realidad fueron ellos los que salieron a toda velocidad ladera abajo. Ella gritó al sentir el viento helado contra la cara y su gorro salió despedido hacia atrás por el impulso. No podía dejar de reír y, liberándose del abrazo de Hugh, extendió los brazos en cruz como si pudiera abarcar toda aquella inmensidad. El paisaje blanco corría veloz; se deslizaban por la superficie compacta con suavidad, a pesar de que ella no dejaba de moverse y Hugh trataba de enderezar el trineo con las palancas. Pasaron junto a un pequeño lago helado y se colaron entre los troncos de unos árboles desnudos y cubiertos de carámbanos.

El trineo viró un poco a la derecha y al fondo se divisó una hondonada rodeada de pinos y con una barandilla que indicaba el final de trayecto. Con destreza, Hugh aminoró la marcha del trineo y en unos segundos estaban parados.

—¡Oh, Dios! Es mucho mejor que ver pasar los trenes —le dijo ella saliendo con dificultad del trineo y sin dejar de reír. Estaba pletórica y él la miraba atónito—. ¡Mira esto! —dijo señalando el paisaje—. ¿No te parece grandioso? ¡Es una belleza!

Correteó por la nieve dando un traspié y cayó no muy lejos sin dejar de reír.

—Sí, lo es...

No podía dejar de mirar embobado a aquella mujer en la que Diana se había transformado delante de sus narices. Estaba excitada, no paraba de reír y de llamarlo a su lado. Seguramente se debería a una gran subida de adrenalina, por la emoción del riesgo y la velocidad. Pero había merecido la pena y Hugh sabía que volvería a repetirlo, aunque solo fuera para volverla a ver tan desinhibida.

Era algo que le resultaba muy gratificante.

Caminó hacia ella tirando con desgana del trineo y lo dejó junto a un árbol. Después, se detuvo a su lado, se apoyó en la barandilla de madera y observaron juntos la inmensidad que les ofrecía el mirador.

En ese momento, Diana se había quedado muy seria. Quieta y callada. Tenía los cabellos alborotados y la cara manchada de nieve. Se aferraba con ambas manos a la madera del mirador y alzó la cabeza para contemplar el gran promontorio rocoso que se divisaba al fondo. La vista panorámica era impresionante y la sensación de plenitud que aquella visión le ofrecía la obligó a tomar aire y suspirar ruidosamente.

—Gracias —exclamó volviéndose hacia él, que estaba a su lado observándola—, lo necesitaba.

—¿El qué? —No podía dejar de mirarla.

Estaban muy cerca el uno del otro y de repente él sintió que era demasiado consciente de su presencia. Solo tenía que estirar una mano y podría tocarla.

—Necesitaba sentirme viva. —La estaba mirando de aquella manera que la hacía sentir vulnerable. Había deseo en sus ojos. Ardor.

Ella miró hacia otro lado con el corazón acelerado y él también desvió la mirada. Por un segundo se sintió tentado de cogerla en sus brazos y...

—La próxima vez conduzco yo. —Diana procuró que su voz sonara tranquila.

—Ni hablar. —Se rio más tranquilo al ver que la conversación fluía sin problemas. Aquel lapsus había pasado.

—Mira, ¿aquel no es Jeff? —Ella señaló a lo lejos, junto a una pequeña cabaña. Él le dijo que sí y, ofreciéndole una mano, la ayudó a caminar hacia la pequeña hondonada donde se había quedado el trineo.

Jeff los saludó cuando llegaron a su lado y si le extrañó ver a Diana en compañía de su cuñado no dijo nada. Le explicó mientras entraban en la cabaña que aquel lugar era uno de los refugios para escaladores que había diseminados por el valle y que de vez en cuando solían pasar por allí, para comprobar que todo estuviera en condiciones por si algún montañero tenía que guarecerse de un temporal y pernoctar allí durante un tiempo.

Comprobaron que había troncos secos y mantas suficientes, y Hugh estuvo colocando algunos víveres que había traído en el trineo, mientras ella preparaba café en una vieja estufa de leña. Afuera, Jeff limpiaba de nieve la entrada de la cabaña para poder permitir el acceso sin problemas.

—¿Significa esto que el temporal ya ha pasado? —le preguntó Diana colocando la cafetera sobre el hierro incandescente.

Hugh terminó de apilar unos botes de sopa y miró hacia la ventana. Su cuñado estaba casi oculto por la gran montaña de nieve que había formado a un lado.

—En realidad, acaba de comenzar. Hasta el mes de marzo no dejaremos de tener nevadas. Esto solo es una pequeña tregua y debemos aprovechar los momentos en los que el cielo está algo más despejado para facilitarnos las cosas.

—¡Hasta el mes de marzo! No puedo quedarme aquí tanto tiempo. —De repente sintió calor y se quitó el chaquetón.

—¿Por qué? ¿Te están esperando?

Ella le miró con aquella expresión en la cara que solía poner cuando quería que la gente la dejara en paz. Y él levantó las manos.

—¡Tranquila! No liberes tus impulsos asesinos.

—No me espera nadie —repuso después de pensarlo.

—¿Ni siquiera tu familia?

Hugh se acercó hacia la estufa, extendió las manos para calentarlas y el burbujeo del café rompió el silencio.

—Diana, puedes hablar conmigo. —La observaba mientras ella disponía tres tazas sobre la mesa. Él colocó unos bocadillos al lado—. Sé que no hemos tenido el mejor de los comienzos, pero puedes confiar en mí.

—Pero no tengo que hacerlo.

Él valoró su respuesta y se acercó a ella que terminaba de servir el café.

—No. Puedes guardártelo todo dentro y reventar como un sapo.

Ella le miró con los ojos muy abiertos y casi sonrió.

—Estoy intentando ser tu amigo. —Le quitó la cafetera de las manos y sujetándola por los hombros la giró para que quedara frente a él.

Hacía tanto tiempo que nadie la miraba así...

Ella le miró a los ojos, lo que la obligó a echar la cabeza hacia atrás y alzar la vista. Sentía el cuerpo extraño y el pecho oprimido.

—No quiero saber nada que tú no desees contarme, pero sé lo frustrante que puede llegar a ser no tener a alguien con quien hablar —su voz era suave, reposada.

Enmarcó su cara entre las manos y ella se quedó quieta. En su garganta se formó un nudo de emoción muy poco familiar. El contacto de sus dedos, la proximidad de su cuerpo y su mirada, la turbaron.

—Diana... —la llamó con voz aterciopelada.

Ella desconocía que su nombre pudiera sonar tan exótico y cálido y se fue acercando gradualmente hacia él, hasta sentir su cuerpo contra el suyo. Sus dedos fuertes le acariciaron la nuca y el cuello, poblando su mente de imágenes de todo lo que podrían hacer aquellas manos sobre su cuerpo y, mientras pensaba en ello, suspiró con anhelo.

Hugh sabía que si la besaba en ese momento tendría un sabor suave e intenso. Se sintió perdido en ese pensamiento y le acarició la cara, el pelo, deseando tocarla por completo.

La súbita ternura que mostró, hizo que Diana se sintiera mareada. No solo era el anhelo de un contacto humano, era la necesidad de sentir los fuertes brazos de un hombre rodeándola.

Él sabía que ella mantenía una lucha interior, la forma de apretar los puños mientras batallaba con sus emociones resultaba demasiado evidente, y sintió un latido agudo y hambriento por ella. La tomó en sus brazos y...

—¿Ya está el café? —Jeff entró acompañado de una ráfaga de nieve y de viento helado. Sacudió las botas en el suelo y los miró extrañado—. ¿Interrumpo algo?

Diana escapó de los brazos de Hugh y se ocultó tras la estufa, mientras este procuraba controlar su enojo. Le entregó una taza a su cuñado y, cogiendo otra para él, se sentó en una vieja silla. Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada y ambos, como de mutuo acuerdo, evitaron mirarse.

Jeff, al que no se le escapaba que allí ocurría algo, sugirió que debían comer los bocadillos y regresar al hotel antes de que comenzara a nevar con más fuerza.

Los dos estuvieron totalmente de acuerdo.

El regreso al hotel lo hicieron en un tractor pala con el que Jeff iba retirando la nieve y descubriendo la carretera. Diana y Hugh iban sentados en la cabina, junto al *ranger*, y el trineo se balanceaba en la parte trasera. El trayecto fue mucho más largo y trabajoso que por la mañana. El tractor llevaba una velocidad lenta pero, a pesar del frío que hacía, el interior de la cabina se mantenía caliente por la calefacción.

Cuando llegaron al hotel, estaba anocheciendo. El cielo se había teñido de mil tonalidades distintas de azul y todas las chimeneas despedían grandes columnas de humo que se alzaban orgullosas entre las montañas. Diana admiró en silencio la belleza de aquel lugar que, iluminado por los potentes focos, se le antojaba una postal navideña. Como si en ese momento hubiera reparado en que no estaba sola, giró la cabeza y se encontró con los indescriptibles ojos grises de Hugh mirándola.

En cuanto llegó frente a la puerta del hotel, se despidió con rapidez y corrió al interior. Necesitaba estar a solas y reencontrarse con ella misma. Aquella sensación extraña e incómoda que se había instalado en su interior, cuando Hugh la acarició, se negaba a marcharse. No sabía si prefería al hombre tierno que había conocido en el mirador o al ogro en el que se convertía cuando se metía con ella. Y la verdad, dudar entre esas dos cosas, tampoco le hacía mucha gracia. Ella no tenía que sentirse a gusto con ninguno de los dos tipos de hombre que era Hugh Malloy. No le gustaba que alguien tuviera tanto poder sobre ella, ni sobre sus emociones.

Pasó por la cocina para saber si alguno de los cocineros de la tarde necesitaba su ayuda y, al comprobar que no, decidió marcharse a su cuarto. Al pasar por la tienda, Romina, la hija de Sue, la llamó desde el interior. Sacó una caja forrada con papel de colores de debajo del mostrador y se la entregó.

—Esta mañana dejaron esto para ti, Diana. El señor Miller me encargó que te lo entregara, pero cuando fui a tu cuarto ya te habías marchado con Hugh. —Y sus ojos brillaron divertidos.

Diana le dio las gracias con brevedad y se dispuso a marcharse.

—¿No lo vas a abrir? —Se moría de ganas por saber qué contenía el paquete.

Ella no estaba muy segura de querer saberlo, pero aun así comenzó a rasgar el papel.

—¡Oh! Es uno de los trajes de fiesta —exclamó la joven con admiración—. Y uno de los más caros —añadió en un susurro.

Diana reconoció uno de los preciosos vestidos que había estado mirando por la mañana. En especial, este era el que más le había gustado y no se explicaba cómo,

quienquiera que fuera la persona que lo había encargado había sabido cuál era. La seda de color negro resbaló por sus dedos al sostenerlo en el aire y una tarjeta cayó al suelo.

Ella volvió a dejar el vestido en la caja y la muchacha le entregó la tarjeta.

¿Bailarás conmigo?

Hugh Malloy

—¡Guau!, Diana, no se puede negar que le gustas a Hugh. ¡Le gustas mucho! —añadió acariciando el vestido.

En ese instante, Jeff y Hugh atravesaban el vestíbulo mientras reían por algo que Roxana les había dicho desde la recepción. Tomas, que también llegó en ese instante, palmoteó a su hijo en la espalda y caminó con ellos.

Diana sintió que la sangre le hervía. Una punzada de furia la asaltó y, tratando de recuperar el dominio de sus nervios, cogió el vestido y se dirigió hacia el pequeño grupo que se había formado en el centro del vestíbulo.

—¿Quién diablos te crees que eres? —le tiró el vestido a los pies.

Un silencio opresivo flotó en la atmósfera.

—¿Piensas que con un vestido y unas pocas palabras azucaradas puedes comprarme?

Él la fulminó con una gélida mirada.

El señor Malloy y Roxana se miraron extrañados y Jeff trató de que ninguno de los dos interviniera, aunque nadie se movió.

—Estás haciendo un drama de algo que...

—No te pongas condescendiente, Hugh, ahora no —su voz fluyó llena de coraje.

—Solo pretendía ser amable, Diana, no acostarme contigo. —Apretó los dientes al hablar y un músculo en su mejilla empezó a temblarle. Estaba ofendido—. Miller me dijo que estuviste mirando los vestidos y pensé que sería buena idea ayudarte a escoger uno, pero ya veo que no ha sido así.

Ella no pestañeó.

—No necesito tu amabilidad, ni tu amistad tampoco. ¿Cómo tengo que decirte que no quiero ser tu amiga?

—¿Sabes una cosa? ¡Eres patética! —Su padre trató de hacerle callar, tocándole en un brazo, y él lo esquivó—. Oficialmente, creo que estás loca.

—¡Ya basta, Hugh! —lo interrumpió su padre—. No voy a consentir que un hijo mío le hable así a una mujer y menos en mi presencia.

Un murmullo de aprobación reverberó por el vestíbulo. Muchos de los huéspedes del hotel habían formado un corrillo alrededor de ellos y los miraban con expectación.

Diana fue consciente de que todos esperaban que dijera algo para continuar la discusión y solo, mediante un gran esfuerzo de voluntad, pudo afrontar su

atemorizante mirada. Hugh estaba quieto frente a ella, con las manos crispadas, y como si también esperara una nueva réplica para abalanzarse sobre ella.

—Bueno, ya está bien —medió el señor Malloy disgustado—. Hugh, ve a terminar de hacer tus cosas. ¿Me has oído? —insistió al ver que su hijo no se movía—. En cuanto a ti, jovencita... te espero en la cocina donde tendremos una breve, pero intensa, conversación. —La señaló con un dedo y lo blandió ante ella—. No estoy dispuesto a consentir más disputas de esta clase en mi casa.

Hugh miró a su padre, que le indicó la salida con un severo gesto, y abandonó el vestíbulo del hotel con grandes zancadas. Ella, sintiéndose el foco de todas las miradas de los presentes, huyó en dirección a su cuarto.

Capítulo 11

El señor Malloy estaba muy disgustado con lo que había ocurrido en el vestíbulo de su hotel y no se molestó en fingir lo contrario. Desde que vio aparecer a su hijo mayor con Diana, hacía ya una semana, supo que habría problemas, aunque nunca imaginó que estos se centraran especialmente entre su hijo Hugh y la joven. Desde el primer momento que tuvo oportunidad, Tomas trató de acercarse a ella y en cierto modo lo consiguió. Los pequeños momentos que compartían en la cocina pasaron a ser largas jornadas y, por la forma en la que ella solía hablar con él, todo indicaba que su carácter se iba suavizando. La tensión inicial que adivinó entre su hijo menor y la muchacha pareció desvanecerse poco a poco y, aunque ella no contaba nada de sí misma, ni de lo que la había traído hasta el valle, él pensó que se había ganado un poco su confianza. Incluso, cuando los vio por la mañana marcharse juntos en el trineo, estaba seguro de que la muchacha estaba haciendo un gran avance y que las cosas parecían ir mejor entre los dos. Pero el incidente del vestíbulo lo había dejado petrificado, y lo peor de todo era que sabía que su hijo se había marchado muy afectado. Afectado y dolido, por la forma en la que él le había hablado delante de todos, aun sabiendo que la culpa no era suya.

Resuelto a terminar con aquel episodio antes de la hora de cenar, se metió en su despacho y marcó el número de teléfono de su hijo mayor. Él era quien había traído a la joven a su casa y él tendría que explicar qué rayos le sucedía a una muchacha como aquella para alterar la paz de su hogar. Varios minutos después de intentarlo, desistió. Al parecer, Frank no llevaba encima el teléfono móvil y no pudo comunicarse con él. Ya estaba dispuesto a marcharse del despacho cuando su hija Roxana apareció por la puerta.

—Papá, tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? Verás, hija, en este momento iba a ver a Diana. —Se rascó la lustrosa calva con incomodidad—. ¿Y Hugh? ¿Se le ha pasado el enfado? —Ella resopló y su padre supo que no—. Hablaré con él más tarde.

—¿Has llamado a Frank?

—Sí, pero no he podido comunicarme con él. De todas formas, no tenemos que hacer de todo esto una tragedia. —Recordó las mismas palabras de su hijo un rato antes, y la forma en la que Diana lo había ridiculizado ante todo el mundo, y rectificó—. Al menos trataré de que no vuelva a suceder.

—Quiero enseñarte algo...

Roxana rodeó la mesa del despacho y, descorriendo un cuadro con una impresionante vista aérea del valle, descubrió la caja fuerte. Tecleó los números de la combinación y se giró hacia su padre con algo brillante entre sus manos.

—¿Qué es esto? —Su padre se acercó y cogió la medalla entre sus dedos para observarla mejor—. Yo he visto antes esta joya —le dijo con certeza.

—Diana Chase, como firmó ella en el recibo que le dio Miller, la entregó a cuenta de un sueldo.

—No comprendo... —Sopesó la medalla y la miró de cerca.

—Está muy claro, Diana ha robado esta joya.

—Eso es muy grave, Roxana. —Su padre la miró enfadado.

—Te aseguro, papá, que no hablo a la ligera. Cuando Diana se presentó en la tienda con esa joya, y quiso darla a cambio de un sueldo, Miller me avisó de que necesitaría bastantes jornales para pagar una cantidad justa por ella. Sin embargo, a Diana le dio igual; incluso se sorprendió al ver que recibía un sueldo entero por ella.

—Puede que signifique muy poco para ella, o que se viera muy necesitada...

Él se sentía defraudado por sí mismo y por la actitud de su hija, pero sobre todo por la de Diana.

—Yo también lo pensé, por eso investigué un poco en Internet y resulta que esa medalla es prácticamente exclusiva. Tiene varios cientos de años de antigüedad y solo se forjaron unas cuantas por el orfebre del monasterio de Santa Bárbara, a petición de un rico terrateniente español. Posiblemente haya unas cuantas en todo el mundo y todas ellas están en posesión de una familia muy ilustre de Santa Bárbara.

—Los Wildman —terminó la frase su padre—. Yo sabía que la había visto antes.

—Exacto. —Roxana se alegró de que alguien opinara como ella—. Jeff dice que...

—Jeff, ¿también ha estado investigando? —Tomas la reprendió con la mirada.

—Solo le pedí que investigara el nombre de Diana Chase. Él telefoneó a algunos compañeros de Los Ángeles y no te lo vas a creer.

—Sorpréndeme, hija.

—¡Diana Chase no existe!

Aquel viernes, Frank estaba agotado y el no poder viajar para visitar a su familia como la mayoría de los fines de semana le había puesto de mal humor. Llevaba todo el día enfrascado en el asunto de Diana Chase. La conversación que había mantenido con Richard Wildman por la mañana no solo no había aplacado sus nervios, sino que los había encrespado más, y en estos momentos estaba tan perdido en el tema que no sabía qué pensar.

Se sentó en su butaca favorita, en la que solía relajarse con un buen libro cuando no tenía otra cosa que hacer, solo que esta vez el objetivo era otro muy distinto. Había recopilado toda la información que tenía de la joven, la que él recibió en su día

cuando se hizo cargo de ella en Lynwood, y la que había conseguido mediante sus contactos antes de que Diana hubiera pasado a ser una persona sin identidad. Aquello no lo comprendía muy bien. No se explicaba por qué Diana Chase ya no formaba parte del sistema, ni siquiera de la población mundial. Aunque Wildman insistiera en que era por su propio bienestar y para que ella pudiera empezar una nueva vida en algún lugar de Nuevo México.

Afortunadamente, Frank solía guardar todos los archivos de sus reclusas y ahora podía estudiar el caso de una joven cuya identidad había sido anulada. Solo él poseía aquella información y estaba seguro de que algún día aquellos papeles, que no significaban nada, podrían aclarar muchas cosas.

Desde luego, en ningún documento figuraba el nombre de Richard Wildman. Sin embargo, en algunas de las declaraciones que Diana hizo a la policía cuando fue detenida, sí pedía que llamaran a Dick, como ella solía llamarle cuando se refería a él. En realidad, esas fueron las únicas palabras que le arrancaron en los numerosos interrogatorios a los que fue sometida.

No era capaz de encontrar un móvil que hubiera empujado a Diana a cometer un asesinato. Por mucho que amara a Richard y supiera que lo estaban chantajeando. Y chantajeando, ¿por qué? ¿Por una relación amorosa con una niña de los suburbios?

Por otro lado, ni siquiera creía que Diana fuera una asesina. Según las palabras de Richard, él tampoco lo creía posible, aunque, sin embargo, mostraba un interés enfermizo en que Diana contara lo que ocurrió en aquella casa... Como si de alguna manera, ella pudiera conocer al asesino y hubiera callado por... ¿fidelidad?

Aquella idea era descabellada. Si Richard estuviera implicado en lo ocurrido aquel día, seguro que habría actuado de otra manera. No lo creía capaz de dejar a la deriva a alguien por quien se había tomado tantas molestias en procurarle una vida diferente.

Cada vez más aturdido, dejó sus notas sobre la mesa y abrió un sobre azul.

En su interior había varias fotografías de una Diana mucho más joven y sonriente. No había ni rastro del semblante serio y arrogante que la caracterizaba en Lynwood; al contrario, resplandecía con una juventud lozana y exquisita.

Fue pasando las fotografías y depositándolas sobre la mesa, una al lado de la otra, como si en ellas pudiera encontrar la pieza que le faltaba a aquel rompecabezas. La imagen de la preciosa mujercita se repetía ante sus ojos y una de ellas atrajo su atención. Diana posaba ante una pizzería, en Sunset Boulevard, junto a un joven de cabellos rubios y rizados. Estaban abrazados, como una pareja de enamorados, y sus miradas embelesadas no dejaban lugar a dudas de que así era.

Frank supo que aquel era el restaurante donde ella estuvo trabajando una temporada y que aquel joven de apenas veinte años debía de ser el novio del que Richard le habló.

En otra fotografía se veía un primer plano de la joven, en el que iba vestida con un precioso traje de seda negra y de su cuello colgaba una preciosa joya que lanzaba

destellos bajo las luces del *flash*. Diana parecía realmente una princesa, nadie podía decir que aquella joven, bella y sonriente, fuera la misma convicta arisca que él había conocido; estaba sentada sobre el capó de un lujoso deportivo azul y Frank apuntó el número de la matrícula por si podía averiguar de quién era.

Después de un buen rato, recopiló toda la información que había obtenido en aquellas imágenes. Al parecer, hubo un tiempo en el que Diana fue una joven feliz, tenía un novio que la miraba amorosamente, y la forma de sentarse sobre el deportivo azul indicaba que su propietario no estaba lejos cuando fue retratada.

Aquel propietario debía de ser Richard, no cabía duda, y según él mismo le había contado, se ocupó de romper aquella relación amorosa entre Diana y el guaperas de rizos rubios. Dio unos golpecitos sobre las fotos, algo que tenía delante de sus narices se le estaba escapando. Miró de nuevo al muchacho y buscó su nombre entre las notas que había tomado unos días antes. Allí estaba: Anthony Elliot, con domicilio en Santa Mónica y que en la actualidad debería de rondar los treinta años.

Frank miró el reloj y pensó que podría pasarse por Sunset Boulevard, cenar una *pizza*, y de paso ver si alguien se acordaba de Anthony o de Diana.

Diana parecía una leona enjaulada. No dejaba de repetirse una y otra vez lo estúpida que había sido al no poder controlar su ira. Cuando se imaginó con aquel lujoso vestido de seda negra y bailando en brazos de Hugh, la rabia la cegó. No podía quitarse de la cabeza la forma en la que él la miró al gritarle delante de todos que no deseaba su amistad. No sabía qué le pasaba con Hugh, pero cada vez que él trataba de mostrarse amable con ella, deseaba hacerle daño; cada vez que le ofrecía la oportunidad de desahogarse, ella le insultaba. Cada vez que él procuraba un acercamiento, ella le echaba con cajas destempladas.

Pero no podía sacárselo de la cabeza.

Diana se tiró sobre la cama y comenzó a golpear la almohada con todas sus fuerzas, como si así pudiera descargar la rabia que contenía en su interior. Era frustrante tener que reconocer que sí, que deseaba ponerse aquel traje; que sí quería que él la mirara como a una mujer bonita y no como a una indeseable. ¡Oh, Dios! Y, sí, deseaba que él la tomara entre sus brazos, como había ocurrido durante la tarde cuando Jeff los sorprendió.

Toda ella era una contradicción. Hugh Malloy estaba comenzando a tener tanto poder sobre ella como un día lo tuvo Dick, y ella no quería volver a ser traicionada. Aunque tampoco podía decirse que las cosas fueran igual. Dick le demostró su amor y esperó lo máximo de ella a la hora de la verdad. Y Hugh...

Esta vez, Diana no sabía cuánto estaría dispuesta a dar por un hombre.

Resuelta a saber qué es lo que le pediría él a cambio, se levantó de la cama y se limpió las lágrimas. Se arregló la ropa, pasó los dedos por sus cabellos peinándolos en un gesto nervioso, y se dirigió hacia el dormitorio de Hugh Malloy.

Todavía estaba a tiempo de aclarar las cosas con él, pensó mientras caminaba por el pasillo. Sabía que estaría muy enfadado, pero algo en su interior también le recordaba que la comprensión que él le había ofrecido en numerosas ocasiones era verdadera. Él comprendería.

Sin detenerse a meditarlo más, se plantó ante la puerta y llamó con dos golpes secos y fuertes.

—¡No estoy! —Se oyó su voz desde el interior. Y a juzgar por el tono brusco de la respuesta, seguía enfadado.

Ella insistió con dos nuevos golpes. Si algo había aprendido en la vida era a perseverar hasta conseguir sus propósitos.

—Abre, Hugh, soy Diana. Quiero hablar contigo.

—Pues yo no quiero. ¡Lárgate!

Diana escuchó una maldición por lo bajo y el ruido de otra puerta al cerrarse. Esperó a que recapacitara y abriera, pero cuando le llegó el sonido de agua cayendo, supo que no lo haría.

—Tengo algo que decirte. —Trató de girar el pomo, pero este no cedió—. ¿No vas a escucharlo? Creí que cuando me hablabas de comprensión eras sincero.

Sin dudar, rebuscó en sus bolsillos, sacó algo parecido a una horquilla y con un par de hábiles movimientos de mano el pestillo se abrió. Asomó la cabeza, la habitación estaba vacía y pasó al interior. Las luces estaban encendidas y, por el aspecto de los armarios abiertos y la ropa que había desperdigada sobre la cama, todo indicaba que Hugh estaba a medio cambiarse de ropa. El sonido de agua cayendo tras otra puerta cerrada le indicó que antes estaba en la ducha.

—Hugh, abre, por favor...

—¡Qué diablos! —Su voz sonó mucho más enfadada que antes y el grifo se cerró de golpe—. ¿Qué parte de lárgate no has entendido?

Ella pensó que ahora sí abriría, pero un chapoteo seguido de silencio le demostró que aquello no sucedería.

—Solo quería pedirte disculpas. —Se acercó a la puerta para esperar su respuesta. Trató de abrir y como la cerradura se resistió, hurgó de nuevo con la horquilla y el cerrojo cedió—. ¿Me has oído? —Asomó la cabeza y él se encogió en la bañera al verla entrar.

—¿Siempre fuerzas las puertas cuando no se te invita?

Estaba zambullido hasta el cuello en la bañera, que curiosamente recogía todo su cuerpo sin resultar incómoda. Su melena oscura caía sobre sus hombros formando regueros de agua jabonosa a ambos lados de la cara y sujetaba de forma extraña una esponja entre sus muslos, como si quisiera evitar que esta se escapara.

—Yo... te dije que quería pedirte disculpas. —Era muy difícil mirarle sin que se le cortara la respiración.

—Bien, disculpas aceptadas. —Esperó a que se marchara pero ella no se movió—. ¿Algo más? —Apretó los dientes al hablarle.

—Sí, quería explicarte que sigo sin querer ser tu amiga, pero reconozco que me he pasado un poco abajo, en la recepción, y que... bueno... aceptaré el vestido.

—¡Qué bien! ¿Algo más? —Parecía imposible que pudiera aguantar sin saltar sobre ella. Aunque estrangularla estaría mucho mejor.

Diana observó sus muslos musculosos y tensos sobresaliendo del agua y cómo el vello oscuro de su pecho brillaba bajo la luz del cuarto de baño. Tragó saliva y procuró quitar los ojos del centro de la bañera, donde él insistía en mantener la esponja y donde cada vez había menos espuma con la que ocultar su gloriosa desnudez.

—¡Oye! No estarás desnudo ahí abajo, ¿verdad? —Dirigió la mirada a sus ojos al preguntarle y él la fulminó observándola.

—¿Tú qué crees? —le preguntó con suavidad.

—¿Hugh? —La voz de su padre entrando en la habitación lo hizo encogerse mucho más en la bañera—. ¿Estás aquí?

—Pues claro que está, papá. No ves la puerta del cuarto de baño abierta —le indicó la voz de Roxana.

Hugh cerró los ojos cuando supo que ambos ya estaban ras la silueta de Diana, que por primera vez desde que había entrado, pareció comprender lo que significaba que alguien tomara un baño y que estuviera desnudo.

—¿Qué pasa aquí? —Tomas pareció atragantarse con la pregunta.

—Pues es muy evidente, papá —le regañó su hija plantándose en el centro del cuarto de baño.

—Yo he venido para hablar con Hugh de lo que ha ocurrido en el vestíbulo. —Diana pareció azorada.

—Pues precisamente mi padre y yo queríamos hablar contigo sobre eso. —Roxana se interpuso entre ella y la impúdica visión del hombre en la bañera.

—¡Qué bien! —Hugh alzó los brazos y procuró dar un tono cómico a su voz—. ¿Alguien tiene una baraja?

Ella negó vigorosamente. Él cerró las piernas chapoteando en el agua.

—Déjalo, Roxana, no es el momento —la interrumpió Tomas notando la incomodidad de su hijo—. Será mejor que todos nos marchemos. Ya hablaremos más tarde... —Empujó a su hija fuera del cuarto del baño y también a Diana.

Capítulo 12

Diana respiró hondo y se miró en el espejo. Al principio tuvo que parpadear para comprender que la imagen que estaba viendo ante ella no era la de otra mujer. La cuestión era que aquel vestido llamaba mucho la atención, y ella con él también. La seda se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel y tuvo que admitir que Richard tenía razón cuando le dijo que había engordado. Sus senos parecían más generosos, encerrados en aquel escote de vértigo. Sus caderas se habían ensanchado hasta el punto de resultar sensuales y su trasero era más redondo y llamativo, observó al mirarse de perfil. Y todo eso había pasado desapercibido para ella, bajo aquel uniforme naranja de Lynwood. En ese mismo momento comprendió el concepto que Dick tenía de la palabra «gorda».

Trató de estirar la tela por sus piernas, pero no llegó ni a medio muslo. Afortunadamente, las medias negras y los zapatos de tacón que le había traído Sue eran los complementos perfectos para poder bajar a la fiesta y todavía no estaba muy segura de hacer lo correcto, pero la expectación por hacerlo podía más que la renuencia. Se puso la única joya que poseía, una delgada pulsera de oro que un día compró con su primer sueldo, se colocó tras la oreja un mechón castaño que había escapado de su moño y sabiendo que ya no había vuelta atrás, abrió la puerta y se dirigió hacia el comedor del hotel.

Allí todo estaba dispuesto para la fiesta. Una música suave amenizaba el lugar. Las chimeneas estaban a rebosar de leños incandescentes y un aroma a café y licores flotaba en el ambiente. Casi todos los huéspedes del hotel habían terminado de cenar y el ambiente era cálido y acogedor. Las mesas se habían apartado formando un corro, las luces se habían bajado de intensidad y se había improvisado una barra al fondo, donde algunos invitados tomaban una copa. Diana trató de entrar con ligereza, pasando desapercibida. Le sudaban las palmas de las manos y no sabía dónde colocarlas. Además, los tacones eran muy altos y ella había olvidado cómo caminar con ellos sin parecer un pato.

Enseguida reconoció la embarazada silueta de Roxana. Llevaba un amplio vestido de fiesta en tonos verdes que contrastaban con su rubia cabellera. A su lado, su esposo Jeff charlaba con ella de algo que la mantenía muy atenta, y un poco más allá, Tomas, grande y con su calva reluciente bajo la luz de las lámparas, charlaba animosamente con una de las camareras.

Un coro de risas femeninas llamó su atención. La hija de Sue, con un moderno y minúsculo traje rojo, bromeaba con varias jóvenes que Diana había visto alguna vez

por el comedor y Hugh estaba junto a ellas. Y por Dios que él estaba imponente. No le extrañaba que algunas de las chicas le miraran como si desearan absorberlo. Cada vez que él decía algo, ellas se reían nerviosas y le tocaban como si quisieran asegurarse de que un hombre como aquel existía de verdad.

Llevaba su recia melena negra recogida con una cinta de cuero y por primera vez lo veía bien vestido. Por encima del traje gris se notaban sus espaldas anchas y los músculos de sus piernas se intuían firmes. Ella sabía lo fuertes que eran sus muslos porque los había visto desnudos y al reproducirlos en su mente intentó controlar la acalorada reacción ante su poderosa masculinidad. De repente, sintió su mirada gris clavada en su cuerpo, como si él tampoco la reconociera.

Hugh se giró y tuvo que volver a mirarla otra vez, como si no creyera que aquella mujer que caminaba hacia él fuera Diana. Sus bellas facciones estaban ligeramente maquilladas, consiguiendo que sus ojos parecieran más misteriosos. Se había pintado los labios de un rosa casi imperceptible y su boca brillaba seductora. Su melena castaña estaba recogida en la nuca, afilando más sus rasgos aristocráticos y despejando una nuca blanca y un cuello largo y sensual. Sin duda, aquel vestido llamaba mucho la atención. Demasiado, pensó al observar cómo los demás invitados la miraban con admiración y se abrían alrededor de ella como el mar Rojo ante Moisés.

Estaba seguro de que más de un hombre en aquel lugar se preguntaría si era de la Tierra o de Venus. En realidad, él mismo se lo estaba preguntando.

Hugh tenía la mirada perdida en el escote de su vestido cuando Diana se detuvo frente a él, a menos de un metro de distancia, y agradeció que sus piernas temblorosas la sostuvieran, orgullosa, sobre los tacones. Levantó la cara con la soberbia que la caracterizaba y, ante el silencio que se había formado en el comedor, él frunció el ceño.

—Hola —dijo mientras se le dibujaba una sonrisa.

Era una de las sonrisas más hermosas que hubiera visto.

—Hola, estás... estás... —titubeó inseguro.

—¿Guapísima? —le sugirió alzando las cejas.

—Preciosa —la corrigió, y ella le premió con otra sonrisa. Era la primera vez que la veía sonreír varias veces seguidas y se preguntó dónde estaría la trampa.

Diana se giró sobre sí misma, para enseñarle que llevaba el vestido que él le había regalado, y una espalda desnuda y provocativa le hizo parpadear.

—Esta es nuestra canción. —Una de las jóvenes que estaban a su lado lo agarró por la manga y tiró de él, llevándole al centro de la pista de baile.

—Nos vemos —se despidió Hugh, mezclándose entre la gente.

—Sí, claro, ya nos veremos. No te preocupes... —Agitó una mano en el aire para demostrarle que no esperaba más de aquel encuentro.

Diana miró a su alrededor y no supo qué hacer a continuación. Comenzó a caminar entre los bailarines, simulando que ella no pretendía bailar pero que seguía el

ritmo como los demás. De vez en cuando, buscaba a Hugh con la mirada y realmente no tenía problemas para encontrar su morena cabeza sobresaliendo del resto de las parejas. La joven, que se aferraba a él como si temiera perderle en alguno de los giros que hacían, lo miraba embelesada mientras él le contaba algo que parecía importante. Resultaba patético ver cómo una mujer podía mostrarse tan manejable y dispuesta ante un hombre por una de sus deslumbrantes sonrisas. Realmente ridículo.

Se acercó a la barra y el camarero le ofreció un licor que ella aceptó y bebió sin apenas mirarlo. El hombre le sirvió otro y ella regresó la mirada a la pista.

—Siento el miedo en ti, Diana, pero el miedo no te ayudará.

—¿Ahora eres filósofo, Joe? —Terminó de un trago la bebida y un mechón de sus cabellos cayó sobre sus ojos.

—No, solo digo lo evidente. —Le llenó de nuevo el vaso.

—¿Y qué es lo evidente para ti? —Entrecerró los ojos y se tambaleó sobre los tacones.

—Lo evidente es lo que todos saben. Una chica tan bonita como tú no debe estar sola, sobre todo si se ha puesto tan bella para complacer a un hombre que la ignora y que baila con otras.

—¿Eso piensa todo el mundo?

—Estamos aislados en el valle. Aquí todo se sabe. Vuestra extraña relación ha despertado la curiosidad entre los huéspedes. Algunos, como aquel grupo de escaladores que se dirigía hacia el Paso Tioga cuando comenzó el temporal, han llegado a hacer apuestas sobre vosotros. El más alto, el del cabello rojizo, apostó por Hugh.

—Joder... —Diana silbó como un estibador—. ¿Y qué más dicen?

—No está bien que yo hable de estas cosas. —El hombre se mostró reacio.

—Venga, Joe, todos sabemos cosas de todos, y tu fama de chismoso te precede.

—Bueno —el camarero se sonrojó—, hay quien dice que has abandonado a tu pareja y que has buscado refugio en el valle. Otros comentan que después de un desengaño con un hombre, viniste en busca de aventuras.

—¿Y qué dice el pelirrojo? —Ella calibró con la mirada al hombre grande que tonteaba con la hija de Sue y que insistía en que bailara con él.

—Bueno, él dijo que Hugh Malloy endulzaría esa mala leche que guardas en tu interior hacia todos los hombres; en realidad lo que quiso decir...

—Sé lo que ha querido decir, Joe —lo interrumpió con brusquedad.

El camarero se sintió aliviado al ver que un nuevo cliente se acercaba a la barra y se despidió con rapidez. Diana volvió a mirar a la pista y observó durante unos segundos a Hugh que bailaba con otra joven. Más allá, el grupo de excursionistas del que estuvo hablando con Joe comenzó a caminar hacia el pequeño bar y ella procuró sostenerse erguida sobre los tacones que cada vez parecían más altos.

—¿No bailas? —le preguntó el pelirrojo acomodándose a su lado.

—No —le contestó ella con indiferencia.

—¿Y qué haces? —Le guiñó un ojo a uno de sus amigos y el grupo prestó atención a lo que ambos hablaban.

—Observo —le miró directamente a los ojos, con una amenaza explícita en ellos, y él se apartó un poco—, pero dime, Ronald, porque tu nombre es Ronald. —El hombre afirmó con una sonrisa y ella se acercó a él—. ¿Ya se te ha curado la gonorrea?

—¿De qué coño hablas? —Su voz fue un siseo casi inaudible.

Varias de las jóvenes que estaban con él se apartaron con disimulo y sus amigos le miraron extrañados.

—Eso tú sabrás...

—No es cierto —se justificó, rojo como la grana.

—No pude evitar escuchar cierta conversación que mantuviste ayer con un doctor de San Francisco. No me extraña que la tengas en carne viva, dicen que ese tipo de enfermedades venéreas pican mucho.

—Eso es totalmente falso. —La sujetó por un brazo y ella se irguió alzando la barbilla.

—¿Sí? ¿Y cómo lo demostrarás? —le desafió liberándose de su agarre con un tirón—. A lo mejor, preguntándole a tu mujer que por qué te envió a pasar unos días al valle mientras ella se aseguraba de que no la habías infectado.

—¿Estás casado? —le preguntó la joven que había estado bailando con él.

—Pero... si yo no estoy casado —se defendió él dando un paso hacia delante y furioso.

—¿Bailamos? —Hugh apareció de repente, la sujetó por la cintura, y la sacó con rapidez del corrillo—. ¿Qué? ¿Haciendo nuevos amigos?

—Solo dándole un poco de su propia medicina. —Se vio girando en los fuertes brazos de Hugh y, algo mareada, alzó la cara para mirarle. Sus manos estaban calientes y le quemaban la piel a través de la fina seda.

Ella se agarró a sus hombros para no perder el equilibrio y él la acercó más a su cuerpo, ascendiendo lentamente las manos por la espalda desnuda. Era increíble comprobar que su cuerpo tenía las proporciones exactas para ajustarse al suyo. La estatura, su cintura...

La música sonaba a su alrededor, todos bailaban y reían divertidos y ella se sentía ligera, casi etérea. Era como si su cuerpo comenzara a despertar después de tantos años dormido. Hugh se movía contra ella de una forma sugerente, casi sexual. Bailaban muy juntos, pegados el uno al otro, y sus pasos eran muy cortos. Hubo un momento en el que Diana pensó que sus pies estaban fijos en el suelo, que solo se movían sus cinturas y sus caderas, unidas por sus sexos, acunándose en círculos, adelante y atrás.

Sus pechos se aplastaban contra su duro torso. Cuando le rozó la espalda con los dedos, una oleada de calor la recorrió de los pies a la cabeza y sus piernas se aflojaron. Él la apretó con fuerza, meciéndola rítmicamente contra la ardiente

palpitación de su entrepierna, sin importarle que ella se diera cuenta de lo excitado que estaba.

—Será mejor que salgamos a tomar un poco el fresco —le sugirió la voz grave de Hugh y sus labios le rozaron el oído.

—Bailo muy mal, no deberías haberme invitado.

—¿Y perderme la expectación que hemos creado?

La condujo a través del comedor y salieron al exterior. Allí el aire era más respirable y Diana suspiró cuando cruzaron la cocina y él le indicó que pasara a la casa familiar.

—De eso se trataba tu pequeña venganza con el escalador, ¿no? —Le indicó que entrara en el despacho de su padre y cerró la puerta tras ellos—. Te has ensañado con el pobre Ronald.

—¿Tú sabías que especulan y hacen apuestas sobre nosotros?

—Estamos aislados, Diana. La gente cuando está encerrada tiende a inmiscuirse en la intimidad de los demás y a creerse en el derecho de conocer hasta sus más íntimos secretos.

—Eso no es cierto.

La invitó a sentarse en un cómodo sofá, frente a la chimenea, y quitándose la chaqueta la dejó en el respaldo. Después se dirigió hacia un mueble y sacó un par de copas.

—¿Por qué dices eso? —La miró con una botella en la mano.

—Porque cuando alguien está encerrado, lo que hace es protegerse y cuidarse las espaldas. No te importa la vida de los demás, solo la tuya.

Hugh llegó hasta ella y le ofreció una copa.

—Como haces tú —le aseguró sentándose a su lado.

—Prefiero hablar de otra cosa. —Bebió un trago y miró el licor dorado que acababa de ingerir—. ¿Qué es? Cada vez que alguien me sirve un trago, bebo el mismo brebaje.

Hugh sonrió de aquella manera lenta que removía su interior y todos sus nervios se dispararon cuando se acercó hacia ella. Pasó un brazo por el respaldo del sofá y se acomodó, guardando una prudente distancia entre los dos.

Por un absurdo segundo, ella creyó que se inclinaría y la besaría en los labios.

—Espero, por tu bien, que mi padre no te oiga llamar brebaje a su licor especial. Es una receta muy antigua y secreta —le explicó con entonación misteriosa—. Le han ofrecido mucho dinero por su fórmula, pero él nunca se deja engatusar. Lo único que ha hecho público es que algunos de sus ingredientes son ron y miel.

—Tu padre es un hombre especial —le sorprendió con aquella declaración.

—Sí, lo es. —Le sonrió de nuevo y ella se mordió el labio inferior—. ¿Y él tuyo?

—¿Mi padre? —Se descalzó, pisó el suelo, y cambió de tema—. Estos zapatos me están matando. ¡Ah! ¡Está helado! —Dio un respingo y flexionó las piernas sobre el sofá.

—Pon los pies aquí. —La agarró por los tobillos y le puso las piernas sobre su regazo—. Vas a tener una experiencia inolvidable —soltó y comenzó a masajearle los dedos.

—Mmmm...

—¿Mejor?

—No puedo creer que estemos haciendo esto.

—¿Por qué? Yo se lo hago muy a menudo a Roxana.

—Sí, pero me refiero a ti y a mí.

—Porque tú y yo no podemos ser amigos, ¿por eso? —Frotó sus dedos contra el arco de uno de los pies de Diana y ella gimió—. La amistad no se impone, solo surge.

Hizo lo mismo con el otro pie y ella suspiró. ¡Oh!, era una sensación tan maravillosamente placentera que su estómago se tensó.

—No confío en los amigos.

—Por eso no los tienes.

—Exactamente. —Se recostó en el sofá, abandonándose al placer que le proporcionaban sus dedos, y le sonrió.

Hugh volvió a maravillarse del efecto que ejercía una simple sonrisa en aquel rostro. Observó que al hacerlo se le formaban unos graciosos hoyuelos en las mejillas y que sus ojos se entrecerraban dándole un aspecto engañosamente angelical.

—Cuando sonríes eres preciosa. —Ni siquiera se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Qué? —Diana dejó de reír y trató de retirar los pies de sus manos.

—A pesar de que eres un incordio —añadió precipitado y reteniéndola por los tobillos. Ella le miró de reojo y él siguió hablando en un tono neutro y sin mirarla. Diana tenía los huesos finos y sus piernas eran largas, muy largas—. Sí, he llegado a la conclusión de que eres tan molesta como un grano en el culo.

—Eso mismo es lo que yo pienso de ti, no te soporto.

—Es un alivio poder hablar con franqueza con alguien a quien no aguantas.

—¡Dios, sí! Te hace sentir tan... bien. —Diana suspiró.

—Sí, por fin una mujer a la que no hay que hacer promesas.

—Es absurdo tener amigos y esperar algo de ellos, al final siempre te decepcionarán. —Su voz sonó serena. Sospechosamente amigable—. Si deseas algo, lo tomas y ya está, sin esperar a que te lo den.

Hugh se quedó pensando en lo que implicaban aquellas palabras y la miró sorprendido. Diana estalló en carcajadas y él las encontró tan cálidas y salvajes como su fragancia. En un impulso, Hugh estiró una mano, le quitó las horquillas, y dejó que su melena castaña se desparramara libre por sus hombros. Ella se acomodó en el sofá, cerrando los ojos, y él alargó el brazo para tocarle la cara; sin embargo, lo pensó mejor y regresó a la seguridad de sus pies.

Diana estaba llena de enigmas. Misterios que recubrían su vulnerabilidad y la mostraban como una mujer antipática e introvertida. En esos momentos, Hugh

deseaba tocarla, pero sabía que si lo hacía, ella le rechazaría. De alguna manera, él estaba empezando a conocer sus puntos flacos. Aquellos en los que ella se mostraba realmente como era. Sin tapujos. Sospechaba que mientras no traspasara los límites que ella alzaba entre los dos, la cosa podría funcionar.

—Te contaré cosas sobre mí, ¿te parece? Pero no te duermas —le advirtió zarandeando una de sus piernas.

—No lo haré... —Se recostó totalmente y como una niña se dispuso a escucharle. En cierto modo, le apetecía saber cosas de él.

Con los ojos cerrados, se olvidó de su pudor. Sabía que Hugh podía tratarla con una frialdad terrible e igualarse a ella en furia. Sus personalidades eran incompatibles y aquello le gustaba. Ahora, ambos sabían que no debían pretender nada el uno del otro, ni tampoco esperarlo. Y, sin embargo, tenía que reconocer que le agradaba estar a su lado. La delicadeza con la que le acariciaba las piernas la desarmaba, pero tenía la tranquilidad de que él no esperaría nada por ello.

Había pasado tanto tiempo en la cárcel que la conversación intrascendente con alguien del sexo opuesto le resultaba algo incómodo y difícil. Sin embargo, su voz era suave y adormecedora.

Hasta entonces, Diana no sabía que un hombre era capaz de hablar con tanta dulzura. Le contó detalles de su vida en el valle, cosas sin importancia que ella supuso que estaban relegadas al olvido, y Diana se dio cuenta de lo tranquilizador que podía ser compartir un momento con alguien. Él también le habló de lo fascinante que era escalar las montañas nevadas y le relató que una vez unos alpinistas rusos y él permanecieron aislados durante seis días en la cumbre norte del Paso Tioga. Le describió lagos de un azul profundo y llanuras de prados amarillentos que se extendían hasta el horizonte, donde irremediabilmente chocaban con los macizos montañosos y uno podía oír el tronar de su sangre bombeando el corazón.

Capítulo 13

Hacía bastante tiempo que los acordes de la música habían cesado en el comedor. En realidad solo la voz de Hugh y el crepitar de los leños en la chimenea eran las únicas cosas que Diana oía desde hacía mucho rato. Ambos estaban recostados en el cómodo sofá, y la botella de licor vacía junto a las dos copas delataba la larga y pacífica velada que había transcurrido.

—La fiesta ha terminado. —Él adivinó sus pensamientos y se levantó.

Su inmaculada camisa blanca estaba arrugada, se había desabrochado varios botones, y los extremos de la corbata le colgaban por los hombros.

—Entonces, será mejor que vaya a ayudar a los chicos a recoger las cosas.

Diana se puso en pie y las piernas se le doblaron como si fueran de gelatina. Hugh la sostuvo en el aire y ella lo arrastró en su caída hacia el sofá.

—¿Cuál es el ingrediente secreto de este licor? ¿Somníferos?

Diana se aferró a su cuello, riendo, y él se elevó sobre un antebrazo para aliviarla de su peso. Ella tuvo que cerrar los ojos; el asalto emocional de sentir la fricción de sus muslos contra sus piernas la mareaba.

—Sea cual sea el ingrediente secreto, lo que ocurre es que nos hemos bebido una botella entera —le aclaró él acercándose. Mechones de cabello negro caían sobre su frente y sus ojos grises brillaban peligrosamente.

—Entonces, no hay duda: estamos borrachos. —Diana soltó una carcajada burbujeante y él se quedó muy serio. Quieto.

Hugh se inclinó y la arrinconó contra el sofá. Obtuvo un segundo de intensa satisfacción al ver que los ojos de ella se abrían mucho por la sorpresa y que sus labios ahogaban una muda protesta. Sabía que el gozo habría sido mayor de haber seguido el impulso de cubrir esa boca testaruda con la suya. Tenía la cara a pocos centímetros de la de Diana y se preguntó qué pasaría si acertara la distancia y permitiera que sus labios se encontraran.

El riesgo era algo que vivía con él. Él era riesgo continuamente.

Diana comprendió que iba a besarla y con un murmullo de asentimiento cerró los ojos. Cuando él se incorporó y la ayudó a sentarse a su lado, ella se retiró los cabellos de la cara, luchando contra la humillación que supuso que la hubiera rechazado. Lo miró a los ojos y sintió que se le tensaban los músculos del estómago; hacía mucho tiempo que no veía deseo en la mirada de un hombre.

—¿Qué sería de la vida si no hubiera riesgo? —le preguntó él con voz ronca.

—Mi nombre es Riesgo —le aseguró ella susurrando.

Él ascendió las manos por sus piernas en una delicada caricia. Sus dedos jugaron con la piel que no cubría las medias y se quedaron quietos al deslizarse hasta el triángulo que cubría la unión de sus muslos. Sus ojos parecían dos ascuas encendidas y no se apartaban de los suyos, que volvían a estar muy abiertos por la sorpresa.

Diana descubrió que si lo hacía despacio podría respirar. Él se recostó más sobre ella, empujándola con el peso de su cuerpo y Diana apoyó las palmas de las manos en su pecho. Su piel estaba muy caliente bajo la camisa, y ella cerró las manos arrugando la tela entre los dedos. Se sorprendió a sí misma al oírse gemir por la caricia de la mano fuerte y firme de Hugh recorriendo sus muslos, presionando entre sus piernas, y un dulce tormento comenzó a iniciarse en sus entrañas cuando sintió crecer la excitación.

Hugh descendió sobre ella y le rozó la boca con los labios, una, dos veces, como una caricia. Ella no se resistió. Le sonrió y él sintió una oleada de emoción demasiado fuerte para resistirla. Era deseo, se dijo a sí mismo, solo deseo. Tomó de nuevo sus labios y la besó profundamente, despertando una respuesta inmediata en su interior; encendiendo tal pasión en Diana que se aferró a él, aun sabiendo que debía parar.

El ansia que le produjo el contacto de su lengua acariciando la suya fue tan grande que no quedó espacio para la razón. Diana probó el sabor delicioso a miel y a ron de su boca; la embestida de su lengua hizo que su corazón latiera con fuerza y le ardiera la garganta. La violencia de su boca, firme y dura, saqueando la suya, aumentó de algún modo su excitación y gimió contra ella tragándose su cálido aliento.

Hugh tuvo ganas de arrancarle la ropa y dejarla desnuda, sin embargo, se conformó con acariciar su sexo por encima de las bragas, mientras ella cerraba las piernas aprisionándole la mano. Su cuerpo ardía con un deseo voraz, los dedos de Diana buscaban su piel por la camisa entreabierta mientras sus bocas permanecían unidas. Nunca pensó que besar a una mujer pudiera provocar tal ignición en su cuerpo. Jamás le había trastornado tanto un beso. Con un latido hambriento por ella, presionó más contra la carne tibia que traspasaba la seda húmeda de sus braguitas y ella se arqueó contra su mano con un gemido ronco. Se agarró a sus hombros, buscando su cercanía, clavándole los dedos en los músculos de los brazos.

—Vamos a mi habitación —le pidió Hugh tomando aire para respirar.

Él jadeaba y ella también. La pasión todavía chisporroteaba entre ellos y sus miradas habían quedado atrapadas. Pero, al oír aquella petición, Diana se quedó quieta, apartó las manos de él, y por la expresión pálida de su cara Hugh comprendió que no irían a ninguna parte juntos. Él también se separó de ella y recuperó la mano de entre sus piernas.

—Creo que no es buena idea, Hugh. —Se levantó y esta vez, aunque perdió el equilibrio, tuvo cuidado de no caer en el sofá—. Recuerda que hemos bebido mucho.

—Sabes que no tanto como para no saber lo que hacemos. —Ella percibió la mirada penetrante de sus ojos grises—. Ambos estamos de acuerdo en que no

deseamos nuestra amistad, pero no hemos hablado de sexo.

—Tú me gustas... —le dijo sin tapujos—, me gustas mucho y estoy segura de que el sexo contigo sería algo inolvidable. —Se fijó donde sus pantalones se tensaban de forma evidente y añadió en un susurro—. Grandioso.

Él la miró con calma. Podría acercarse a ella, atrapar de nuevo su boca y hacerle el amor allí mismo, en el despacho de su padre, sobre el sofá o en la alfombra ante la chimenea, le daba igual. Y vaya si sería grandioso; todo él ardía como una antorcha. Sin embargo, la vio irse hacia la puerta y su cuerpo siguió llameando con un deseo no consumido. El recuerdo de sus ojos oscuros cuando él la besó le perseguiría durante mucho tiempo.

Cuando se quedó solo, miró la botella vacía y sabiendo que no podría conciliar el sueño, rebuscó en el mueble otra del mismo licor que le recordara el sabor de sus labios. Diana era una mujer extraña. Lo había tentado más allá de su resistencia y a pesar de que seguía creyendo que era una mujer insufrible, el pensamiento de poseerla con su cuerpo y su boca descartaba a todos los demás.

Ya era muy tarde cuando Frank decidió regresar a casa. Llevaba varias horas en aquella pizzería de Sunset Boulevard y uno de los camareros le había dicho que el señor Anthony Elliot era el copropietario del local, junto con su padre, y que a última hora solía pasar para cerrar el restaurante. Estaba a punto de levantarse de la mesa cuando un hombre de inconfundibles y rebeldes rizos rubios, que ahora aplastaba con gomina, se acercó hacia él y le tendió la mano.

—Me han dicho que me anda buscando.

Frank le indicó que se sentara y el hombre llamó a un camarero con la mano.

—Sí, aunque le parezca extraño, vengo a preguntarle por Diana Chase. —El hombre entornó los ojos y Frank continuó—. Sé que hace mucho tiempo que no la ve, pero me gustaría saber su versión.

—Mi versión, ¿sobre qué?

—Sobre la relación que mantuvieron hace años, sobre su ruptura... y sobre el hombre que se interpuso entre los dos.

Anthony lo calibró con la mirada, como si estuviera analizando cada una de sus preguntas.

—¿Es usted policía?

—No, soy un amigo de Diana y mi intención es ayudarla.

—Un poco tarde, ¿no? Si usted es su amigo sabrá que ella anda presa por asesinato en alguna cárcel del estado.

—Lo sé, pero me interesa saber de su vida antes de... bueno, antes de que tuviera ese problema.

—Ella siempre estuvo rodeada de complicaciones. Verá, señor... —miró la tarjeta que le había dado—, señor Malloy. Diana y yo éramos unos críos cuando

comenzamos a salir, aunque tengo que reconocer que ella era una muchacha especial, ya me entiende...

—No.

—Pues verás, era ese tipo de chica que crees que no es como las otras, ya sabe... Su padre era un borracho al que no trataba mucho y al que le gustaba mirar cuando su madre trabajaba. Al parecer el viejo se ponía cachondo mientras mamaíta se ganaba unos dólares. Diana me contó que más de una vez tuvo que marcharse de casa con solo cuatro años porque a papi le gustaba... ya sabe... se ponía muy cariñoso y después las molía a palos. Su madre era una puta, vivía con prostitutas y con drogadictos y su lengua parecía la de un sucio ratero de los suburbios. Pero en cuanto aquel tipo apareció en su vida, ella se limpió como la espuma. Diana Chase se pulió como una joya y resultó que también ella era un diamante en bruto, no sé si me entiende... —Le guiñó un ojo—. Una niña como aquella, tan preciosa, tan virginal, y al alcance de la mano de cualquiera.

—¿Insinúa que usted fue su primer hombre? —le preguntó Frank un poco incómodo.

—Yo tampoco pude creerlo, pero le aseguro que sí. Cuando comenzó a trabajar en la pizzería, yo solo ayudaba a mi padre los fines de semana porque estaba estudiando, y poco a poco fuimos conociéndonos. Ella me contó quién era y de dónde venía. No le importaba su pasado ni se avergonzaba de él. Y por entonces, a mí tampoco. Su padre llevaba siglos en la cárcel, su madre acababa de morir y aquel tipo con aspecto intocable, del que a veces hablaba, se había erigido en su protector. Al principio, ya se sabe, un hombre adulto, mayor que ella, y con aspecto de ricachón... Una niña bonita, sola en un mundo de hienas, porque le aseguro que el barrio donde vivía era un hervidero de delincuencia. Desde luego, al tipo le molestó que Diana y yo comenzáramos a salir, y sobre todo le molestó que yo tomara lo que parecía estar atesorando para él en un futuro. El tal Dick debía de ser bastante escrupuloso en esas cosas y seguramente esperaba a que ella fuera mayor de edad o algo así.

—¿Les obligó a romper la relación?

—Hay muchas formas de llamarlo...

—¿Qué quiere decir?

—Aquel hombre al que ella llamaba Dick era muy poderoso. Jamás lo conocí en persona, ¿puede creerlo?

—¿Nunca le vio la cara?

—Ese hombre era una sombra. Una noche me llamó por teléfono y me sugirió que dejara a Diana, o lo lamentaría el resto de mi vida. Yo era un muchacho, pero sabía sumar dos más dos y comprendí que era mejor dejarle la joya para él solo. Amaba a Diana, pero amaba más mi vida.

—¿Le amenazó de muerte?

—Mire, señor Malloy, la madre de Diana no veía con buenos ojos que su hija anduviera con aquel tipo por ahí, si no sacaba un buen beneficio, ¿me comprende? Y

qué casualidad que poco después, no solo se la llevó de allí, sino que la tuvo para él solo porque su madre murió de una sobredosis y yo me retiré como un cobarde. Nadie investigó la muerte de una puta drogadicta, como imaginará.

—Era drogadicta —le recordó Frank con un nudo en el estómago.

—Sí, pero no era tonta. ¿Verdad que su muerte fue muy favorable para el tal Dick? Además, aquel día, el deportivo azul de Dick estuvo parado toda la mañana en la puerta de su casa.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Porque Diana me lo dijo. Aquel día, ella llegó a casa y cuando vio el coche pensó que Dick la estaba esperando. Nosotros habíamos pasado la tarde juntos por ahí, ya me entiende... y ella se marchó para evitar tener que discutir con él. Cuando regresó a las pocas horas, encontró a su madre en el suelo del cuarto de baño, muerta y con una jeringuilla en el brazo. Y qué casualidad que entonces regresó Dick para ayudarla. Avisaron a emergencias y cuando llegó la ambulancia el tal Dick ya se había llevado a Diana a un nuevo barrio, a un nuevo apartamento.

—Todo eso que dice solo habla a favor de ese hombre. Que tratara de ayudar a una joven de vida complicada y que algunos factores le beneficiaran, como usted dice...

—Mire, señor Malloy —le interrumpió Anthony—, Diana y yo seguíamos viéndonos, ¿me entiende? No como amantes, pero sí como amigos y compañeros de trabajo. —Frank afirmó con la cabeza—. El día que ella fue detenida por asesinato habíamos quedado en ir juntos a la pizzería y después saldríamos a dar una vuelta. Pero ella me telefoneó y me dijo que tenía que ir a su antiguo barrio. Al parecer, Dick estaba allí y ella necesitaba encontrarle inmediatamente. Aquella fue la última vez que hablé con Diana.

—Y ¿por qué no contó todo eso a la policía?

—¿Por qué no lo contó ella? Seguramente por miedo, ¿no? Yo solo era un muchacho que estaba estudiando, que no sabría decir a la policía ni quién era el tal Dick ni qué aspecto tenía. Luego ella se declaró culpable.

—¿Y no hizo nada por verla?

—Sus abogados no permitieron ninguna visita. Luego, más adelante... las personas siguen su vida, ¿me entiende?

—Pero, Diana le consideraba su amigo, Anthony. ¿No trató de ayudarla? ¿No se preocupó por ella? —Frank imaginó lo decepcionada que Diana debió de sentirse con la amistad, en aquellos tiempos.

—Yo ya tenía otra novia, unos planes...

Frank se quedó quieto, pensativo. Las palabras de aquel hombre eran claras. El mismo Richard Wildman le confesó que estaba siendo chantajeado y realmente era una casualidad que él siempre estuviera cerca de las personas que morían en circunstancias extrañas. Cerca de Diana.

Como última probabilidad para descartar ideas descabelladas, Frank sacó un par de fotografías. Una de Richard Wildman y otra la del deportivo azul.

—¿Conoce a este hombre? —La puso ante él.

—No, no lo he visto nunca, pero me suena su cara. ¿No es un actor o algo así?

—Y este, ¿es el coche de Dick?

La fotografía de una Diana joven y bella, sobre el deportivo azul, le trajo a Anthony muy buenos recuerdos. Se quedó mirándola unos segundos, sonrió con nostalgia, y afirmó en silencio.

Capítulo 14

En los siguientes cuatro días, el temporal azotó sin piedad el valle. La mayoría del tiempo, el hotel estuvo sin luz eléctrica y cuando los generadores funcionaban a todo gas era otra la cosa que se estropeaba o que no marchaba bien.

Diana se dedicó a colaborar en las tareas de la cocina que parecían no acabarse nunca. Al no poder salir ni al jardín, a todo el mundo le dio por comer dulces y tanto ella, como Sue y Tomas no paraban de hornear tartas y bizcochos. En cierto modo, Diana agradecía que la tormenta los mantuviera ocupados a todos. Apenas se encontró con Hugh un par de veces y siempre procuró buscar una excusa para que no ocurriera a solas. Aunque su padre le había relegado a mantener las estufas y las chimeneas encendidas, y los leñeros a rebosar, no era un impedimento para que él, de vez en cuando, se pasara por la cocina. Pero ella, que parecía advertir cuándo era el momento en el que él la buscaría, solía escabullirse por el hotel y se perdía durante un buen rato. También notó que Roxana y su padre se traían algo entre manos. En alguna ocasión, Diana pensó que Tomas quería hablar con ella, pero luego él comentaba alguna nimiedad y se marchaba cabizbajo a sus quehaceres. Su hija, por el contrario, solía mirarla cuando creía que nadie se daba cuenta y, por su forma de hacerlo, ella sabía que ocultaba algo.

Diana todavía estaba desconcertada con lo que había ocurrido en el despacho del señor Malloy y procuraba no coincidir con Hugh. Había pensado en más de veinte razones para justificar la forma en que se había comportado entre sus brazos, todas lógicas y sensatas, pero ninguna de ellas le garantizaba que no volviera a hacerlo. Todo aquello interfería en sus planes y en lugar de trazar un plan para cuando pudiera salir del valle, su mente divagaba en absurdos recuerdos de una noche de baile.

Había pasado mucho tiempo desde que la habían besado. Muchos años desde su última relación sexual. Casi había olvidado lo que se sentía cuando la tocaba un hombre y sobre todo si este no era un muchacho inexperto y precipitado.

El recuerdo de Anthony haciéndole el amor la sorprendió mientras limpiaba la enorme encimera de mármol y una sensación de ahogo la obligó a pensar en otra cosa. Aun así, por su mente comenzaron a correr recuerdos dolorosos y que ya creía olvidados. Recuerdos de una vida llena de sobresaltos; de una niñez en uno de los peores barrios de Los Ángeles. El recuerdo de Janet, una madre drogadicta, y de un padre que afortunadamente ingresó en prisión cuando ella tenía cinco años. Lo único que recordaba de él eran sus miradas extrañas, los gritos y las palizas cuando llegaba borracho a casa y Janet no había ganado suficiente dinero en la calle. «Mi pequeña

Didí», como la llamaba con voz cantarina, cuando ella se escondía aterrorizada debajo de la cama, «mamá es una mujer mala, todas sois unas zorras, y por eso papá tiene que daros vuestro merecido. Ven, Didí, dame un beso, no tengas miedo de papá».

Todo en su vida había sido impuesto, incluso el amor de sus padres había sido falso. Nunca conoció la seguridad, ni la aceptación incondicional. Incluso, cuando Dick apareció en su vida y las cosas comenzaron a cambiar, su vida tenía condiciones.

Dejó la escuela muy pronto y frecuentó algunas de las peores bandas juveniles de su barrio. Era rápida, aprendió a serlo cuando tenía que huir de los golpes de su padre, corría como un gamo si la policía les perseguía y su condición de joven adolescente junto con su aspecto de niña cándida le permitía engañar a más de un comerciante en el momento en el que daban sus golpes. Cuando fue encerrada en un correccional, por quinta o sexta vez, su madre no se molestó en buscarla. Sin embargo, fue cuando Dick entró en su vida. Y lo hizo como un vendaval. Un abogado importante, prestigioso y atractivo, muy atractivo. Diana no comprendía qué es lo que aquel hombre había visto en una raterilla de apenas dieciséis años y por qué apostó tanto por ella.

Diana encontró en Dick lo que nunca había tenido: apoyo, amistad, amor, respeto. Fue la primera vez que conocía a un hombre que no pretendía pagar a su madre por su virginidad, sino que trató de convencerla para que se marchara con él de aquel lugar. Su vida cambió, todo cambió. Su madre no paraba de repetirle que podrían sacar una buena tajada si jugaban bien sus cartas. Un hombre rico e importante no se molestaba en proteger a una muchacha de su clase si no buscaba algo más. Pero, inexplicablemente, un día Janet dejó de insistir en que se acostara con él y se convirtiera en su puta. En realidad, Janet ya no habló nunca más de él.

Para entonces, Diana había retomado sus estudios, Dick se encargaba de su manutención y procuraba mantenerla alejada de su barrio el mayor tiempo posible. Ella supuso que en realidad su madre estaba obteniendo la tajada de la que tanto hablaba, por eso estaba satisfecha y ya no le aconsejaba que se acostara con él. A su modo, Janet había logrado que Dick también se ocupara de ella porque su economía cambió de forma sorprendente. Comenzaron a aparecer en la casa numerosos electrodomésticos que antes no estaban allí, vestidos, joyas, y droga, mucha droga por la que en otros tiempos debía prostituirse muchas veces para conseguirla.

Durante un tiempo las cosas fueron bien. Compaginó sus estudios con un trabajo en una pizzería, conoció a Anthony, y todo comenzó a empeorar. Dick se mostraba celoso, no quería que ningún hombre se acercara a ella y se volvió mucho más opresor. Iba a recogerla al trabajo, al colegio, a casa... Algunas veces encontraba el deportivo azul parado en la puerta de su casa y ella se escondía hasta que lo veía marcharse.

Diana sabía que la vigilaba y tenía que hacer malabarismos para poder verse con su novio a solas. Anthony era un muchacho muy apuesto, sus cabellos rubios y rizados le conferían un aspecto angelical, y sus besos eran dulces. Sus caricias eran suaves, torpes y tímidas, y la primera vez que hicieron el amor, ella lloró de emoción. Nadie, excepto Dick, le había mostrado tanta ternura. Y ahora, aunque sabía que no era lo mismo y que solo era deseo, sentía que algo crecía en su interior. Los besos de Hugh eran diferentes, sus manos despertaban en ella sensaciones que desconocía, su sabor era... Diana se mordió los labios y llegó a la conclusión de que nunca había saboreado nada igual.

Sue entró en la cocina, la observó lustrar con fiereza el mármol y, mirándola de reojo, sonrió.

—Si sigues sacándole brillo, podremos utilizarlo como espejo. ¿Estás bien?

Ella la miró desconcertada y afirmó en silencio.

—Bien. Entonces, voy a la bodega a por unas botellas. Esta noche Tomas hará uno de sus succulentos asados y no puede faltar un buen vino. ¿Por qué no das un paseo? Hoy ha salido el sol —añadió Sue antes de marcharse.

Diana volvió a afirmar, sin abandonar del todo sus pensamientos.

Cuando murió su madre, ni siquiera pensó mucho en ello. Dick la llevó a un apartamento que había comprado cerca de la playa, en Sunset Boulevard, en la otra parte de la ciudad, donde era difícil que alguien te atracara a las once del mediodía y donde todo era diferente. Él iba a visitarla a diario, procuraba que no le faltara nada y aunque Diana insistía en trabajar para mantenerse, sin su ayuda jamás hubiera podido pagar ni el alquiler de aquel precioso apartamento. Un día le regaló una medalla preciosa. Era la imagen de Santa Bárbara, la patrona de la ciudad que pertenecía a su familia desde generaciones.

Durante aquel tiempo, Diana no supo mucho de la verdadera identidad de Dick, como él insistía que lo llamara. Le prohibió que hablara con nadie de Richard Wildman, jamás debía llamarlo por su apellido, ni siquiera por el nombre de Richard. Diana, que tenía muchas cosas por las que ocultar su pasado, pensó que él debería de tener alguna mancha oscura en el suyo.

Y ella no era quién para criticar el pasado de nadie.

Fue más tarde, estando en prisión, cuando se enteró de que el apellido Wildman provenía de una de las familias de más alto nivel social de Santa Bárbara. Las empresas Wildman eran, directa o indirectamente, responsables de la prosperidad económica de aquella ciudad. Los Wildman eran el pináculo social de Santa Bárbara.

Cuando le regaló la medalla, Dick le prometió que muy pronto terminaría todo y que entonces la llevaría con él, pero ella no comprendió sus palabras. Más bien, Diana recordó las advertencias de su madre: «Tarde o temprano, ese ricachón te meterá en su cama». Meses después, cuando Dick se enteró de que Anthony y ella eran novios se puso furioso. Le prohibió que mantuvieran una relación y le recordó que todavía era menor de edad y que él tenía derechos sobre ella. Unos derechos que

había adquirido por medio de un juez. La amenazó con devolverla a un correccional si no le obedecía y Anthony decidió por los dos. Rompió su relación como exigía Dick, aunque continuó siendo su compañero de trabajo y su amigo. Amigo.

Qué mal termino para describir a quien no arriesgaba nada por ti. Alguien que te daba la espalda y huía con el rabo entre las piernas no podía llamarse amigo.

Diana escuchó las risas de algunos de los huéspedes y salió de la cocina. En el vestíbulo de recepción, un grupo de personas miraban por los ventanales y se unió a ellos.

Sue tenía razón. Por fin, aquella mañana del miércoles, el temporal pareció darles una nueva tregua. El sol hizo acto de presencia en el valle de Yosemite y aunque el frío era intenso, todo el mundo se lanzó al exterior en avalancha.

Diana se abrigó bastante y salió junto con un grupo de huéspedes que enseguida comenzaron a planear una pequeña excursión. Llevaban días encerrados y estaban ávidos de libertad. Una de las chicas comenzó a corretear por la ladera y su recién estrenado marido la perseguía lanzándole bolas de nieve. Un segundo después, se había iniciado una batalla en la que llovían proyectiles blancos desde todos los ángulos.

Varias bolas de nieve sorprendieron a Diana por la espalda y por un momento se sintió tentada de participar, pero la voz de Ronald, el escalador pelirrojo, atrajo su atención. Estaba rodeado por varios de los huéspedes más jóvenes, un grupo de ocho principiantes que habían venido para deslizarse por las pistas de Mammoth Mountain, y les explicaba los problemas que podrían encontrar si se alejaban del valle. Varias de las jóvenes que Diana recordaba, revoloteando alrededor de Hugh en la fiesta, insistían en que no podría ocurrir nada si él o algún escalador experto los acompañaba. La discusión continuó durante un buen rato hasta que otros huéspedes se fueron sumando a la idea de salir a dar una vuelta. En ese momento, alguien dijo que Hugh decidiría lo que harían y ella supo que él venía hacia el grupo. Se sintió tentada de girarse para verle llegar, pero permaneció inmóvil, como si sus pies se hubieran fundido con la nieve y prefirió fingir que escuchaba a Ronald.

Su corazón se aceleró y pensó que debía de ser a causa del frío.

—Nadie va a salir del valle —dijo Hugh con rudeza.

Su anorak azul hacía destacar su altura y su tamaño junto a los jóvenes que no tendrían más de dieciocho años. La melena oscura se agitaba sobre su rostro por el gélido viento y con una mano morena y grande, sin guantes, indicó hacia las montañas.

—Allá arriba la temperatura es de unos quince grados bajo cero y...

—Pero podríamos dar una vuelta por el valle —le interrumpió una de las chicas colgándose de su brazo—. Solo queremos respirar un poco de aire puro.

Diana no pudo por menos que sonreír cuando Hugh la fulminó con la mirada y se liberó de su mano para continuar con sus advertencias. Como si adivinara su diversión, la miró a ella también y Diana borró su sonrisa.

Desde luego, su humor no estaba en concordancia con el luminoso día.

—En realidad, si solo es por el valle... —se adelantó Ronald, resuelto a ser él quien manejara aquella situación. Y la joven le miró con adoración.

—Sabes que no es buena idea, Ronald, tal vez un paseo por los alrededores nos haga bien, pero en ningún caso permitas que se alejen más allá de los límites. —Señaló el horizonte donde un sol luminoso arrancaba destellos plateados a las cumbres nevadas de las montañas.

Nada más decir aquello, los aplausos y vítores del grupo acallaron sus palabras. Todos corrieron a sus habitaciones para prepararse para la excursión y Hugh continuó dando algunas indicaciones a Ronald y a otro de los escaladores profesionales. Continuaba estando en desacuerdo con ellos, pero había cedido y lo mejor era que los acompañara.

Poco después, se estaban formando tres grupos de siete personas cada uno cuando Hugh la miró y se dirigió hacia ella. Diana se había sentado en los escalones de la entrada al hotel y se entretenía en mirar las idas y venidas de los animados excursionistas.

—¿No vienes? —le preguntó sin rodeos.

Apoyó una bota embarrada junto a ella y se apoyó en el muslo inclinándose para mirarla. Su melena oscura le ocultó el rostro.

—Tengo cosas que hacer en la cocina. Además, has dicho que es peligroso alejarse del valle.

Él la miró durante unos segundos. Ella alzó la cara hacia él de forma altiva.

—Creí que te apetecería dar una vuelta y tomar el aire.

—¿Por eso has cambiado de opinión y sales de excursión, aunque haya riesgos? —Su tono era burlón y él sonrió.

—Podría ser... O también he decidido salir del hotel para poder verte. Últimamente, estás demasiado ocupada escondiéndote de mí.

Todo lo que había ocurrido unos días antes entre ellos regresó a su memoria y Diana se sintió incapaz de detener aquellas eróticas imágenes.

—¡Te has puesto colorada! —Su mirada se hizo más penetrante, como si quisiera sondear sus más íntimos pensamientos y su risa sonó ronca y satisfecha.

—No seas idiota. —Le dio una patada en la pierna que tenía junto a la suya y él se tambaleó, quedando de pie. Ella también se levantó—. No me he puesto colorada y no he estado huyendo de ti. He tenido mucho trabajo en la cocina y lo sabes.

—Yo no dije huyendo, solo escondiéndote.

—Bueno, de todos modos no iré de excursión, ¿de acuerdo?

—Como quieras, nos vemos.

Diana lo vio caminar hacia los grupos y se sintió decepcionada. En realidad, sí que quería dar un paseo y sobre todo le apetecía hacerlo con él. Observó cómo la mayoría de las chicas querían ir en su grupo y la forma en la que Ronald trataba de repartir a todos los excursionistas. Por un momento se sintió tentada de ceder y de

correr hacia ellos antes de que se marcharan. Había perdido la costumbre de gozar de los momentos buenos que se le ofrecían, pero también sabía que solo era cuestión de comenzar a aceptarlos.

Hugh regresó junto al grupo que le había sido adjudicado. Además de su anorak azul, se había cubierto la cabeza con un gorro de lana marrón, idéntico al que ella llevaba, y unos guantes. Cargaba una mochila a la espalda y llevaba otra en la mano. Después de hablarles durante unos segundos a los integrantes de su grupo, inició la marcha con un gesto, pero antes de comenzar a caminar, se giró hacia ella y le gritó:

—Cualquiera diría que tienes miedo.

Ella tragó saliva para evitar contestar con dureza, se puso de pie de un salto y corrió hacia él. En realidad, estaba deseando que Hugh le dijera algo para poder hacerlo.

—Ten cuidado, esas botas que llevas no son muy adecuadas para la nieve.

—No necesito que me cuides como si fuera una de esas niñas —replicó ella comenzando a caminar junto a él y mirando al grupo que caminaba delante—. No soy como ellas.

—¿Quiénes? —fingió no saber lo que decía.

—Esas otras niñas que se pelean por ir en tu grupo. Están deseando tropezar para que las llesves en brazos.

—Me alegro de que no seas como ellas, toma. —Le colgó una de las mochilas a la espalda y ella se dobló por el peso—. Aquí va parte del almuerzo que tomaremos todos en la primera parada.

—¿Qué has puesto dentro? ¿Un buey asado?

—No, solo un poco de café, queso, y algunas galletas. ¡Ah!, y algunas latas de membrillo. Olvidé meter un abrelatas, pero con tu habilidad ese problema está solucionado.

Ella gruñó y le dirigió una mirada asesina.

—Creo que no quiero saber dónde adquiriste ese talento de abrir las cosas con tus dedos. ¡Vamos! —Le palmoteó la espalda y ella tropezó—. Aprovechemos el día, Diana, no creo que tengamos otro así en un tiempo. ¡Cuidado! —Le advirtió apartándola hacia un lado—. Aunque la travesía parezca segura, hay que estar alerta.

Ella obedeció y se acercó más a él, procurando caminar a su mismo paso. Las piernas se le hundían en la nieve blanda y sus botas salían cubiertas de barro.

Los tres grupos caminaban alineados por parejas y ellos iban en el último. A medida que ascendían, las vistas eran más impresionantes. Avanzaban en silencio, escuchando sus propias respiraciones y, aunque Diana estaba segura de que aquel lugar no entrañaría peligro para ninguno de los excursionistas, no podía evitar sentir temor al ver las cumbres nevadas hacia las que se dirigían.

—Estamos dando un paseo, ¿no? —le preguntó Diana al ver que Ronald enfilaba hacia una de las cumbres y comenzaban a ascender por un cortado resbaladizo.

—Sí, pero alguien quiere lucirse un poco. Supongo que querrá que sus admiradoras le vean haciendo algún descuelgue. No temas, Ronald es un profesional y sabe cuándo frenar y dar la vuelta.

—Te repito que no tengo miedo.

Él sintió el impulso de atraerla hacia sus brazos y de darle un beso pero, conociéndola, seguramente acabaría en el fondo del cortado y decidió seguir incordiándola.

Dejaron a un lado el desnivel y tomaron media ladera que les obligó a ascender lentamente. Estaba tapizada de nieve fresca y blanda y, a cada paso que daban, sus pies se hundían hasta la mitad de las piernas. La vegetación se iba haciendo más baja y escasa y un sol deslumbrante les impedía mirar al frente, obligándoles a cubrirse con las manos a modo de visera. Diana pensó que parecía una imagen surrealista donde los testarudos árboles parecían surgir de las mismas entrañas de la montaña de roca.

—Este lugar es fantástico —le dijo admirando la belleza que pasaba ante ellos a cámara lenta.

Un enorme promontorio de granito dominaba el horizonte recortado por las cumbres nevadas. Hugh se fijó en el objeto de su mirada.

—Es la montaña Capitán y se llama así en honor a un jefe indio. Hace muchos años era un pico dificultoso, pero hoy en día se han descubierto senderos por los que se puede llegar a la cumbre caminando. Hace un par de años, Ronald consiguió batir el récord de velocidad en su ascenso por las paredes verticales de la cara norte. Lo hizo en menos de tres horas.

—¿Nuestro Ronald?

Hugh rio y le enderezó la mochila para que pudiera caminar más erguida.

—Ahí donde lo ves, es uno de los mejores escaladores de Mammoth Mountain. En verano suele venir un amigo común, Richard, y salimos de escalada con algunos profesionales que vienen desde muy lejos para cruzar el Paso Tioga. No es fácil seguir nuestro ritmo —le advirtió mirándola—. No te cae muy bien, ¿verdad?

—Es un bocazas.

Hugh soltó una carcajada y el eco respondió por los acantilados.

—Bueno, ¿me dirás por qué has estado rehuyéndome estos días?

Ella no dijo nada y fingió mirar el paisaje. A lo lejos, Ronald y el otro escalador estaban explicando algo a los excursionistas y ellos se habían quedado rezagados.

—Entiendo, somos enemigos, no me acordaba.

Ella guardó silencio. Se mordió los labios y apretó el paso. Él la siguió.

—Cuando acaben las nevadas podremos escalar el Capitán.

—¡Ni loca! —Le miró espantada.

—Puedo obligarte. Seguro que si te desafío, lo harías para llevarme la contraria.

—Esas artimañas no sirven conmigo.

—Creía que sí. ¿Y si te amenazo con besarte si no lo haces?

—Hazlo y morirás.

Hugh volvió a reír y la apartó de una grieta que se abría ante ellos. Le pasó un brazo sobre los hombros, de forma casual, y ella no se retiró. Tampoco hizo intento de matarlo. Entonces la giró y se inclinó sobre ella.

Diana dio un entrecortado suspiro cuando él la abrazó y a pesar del frío y de la carga de la mochila, se sintió envuelta en su fuerza y calidez.

La estrechó entre sus brazos, ella alzó la cara y esperó a que la besara.

Fue un beso ligero, suave. El cuerpo de Diana estaba tenso, a pesar de que él mordisqueaba su boca con delicadeza. Hugh gruñó cuando ella entreabrió los labios y su lengua frotó con timidez la suya.

Cuando se separó de ella, la meció entre sus brazos, enterrando su cara helada contra su anorak, e inhalando su fragancia en el gorro que llevaba puesto.

—No suelo hacer esto muy a menudo —le susurró Diana sin separarse.

—Lo sé. —Lo que sentía por ella era tierno y diferente. Él tampoco solía sentir estas cosas.

—¿Tanto se nota?

—Un poco, pero no importa.

—¡Eh! Tortolitos —los llamó Ronald desde lejos—. Haremos una parada para comer algo. Traednos las mochilas y perdeos por ahí si os apetece.

—Lo mataré. —Diana se separó de Hugh, dispuesta a cumplir su amenaza, y Hugh la retuvo abrazada mientras reía.

—No es mal tipo, de verdad. —La besó a pesar de que estaba furiosa y podría ser peligroso acercarse. Algunos excursionistas los miraban y reían divertidos—. Les llevaremos la comida y nos dejarán en paz —le aseguró Hugh liberándola del peso de la mochila.

—Para ti ¿qué es un buen tipo?

—Pues un hombre que resulta un tanto bocazas, tienes razón, pero que es el ayudante del fiscal de Los Ángeles. Teniendo eso en cuenta, es mejor ser su amigo.

—Hugh la vio palidecer y añadió precipitado—. Era una broma. Te aseguro que es buen tío, Diana, o no sería mi amigo.

Cuando llegaron hasta ellos, Ronald y Mark, el otro escalador profesional, habían encontrado un pequeño bosquecillo, donde las ramas de los árboles los protegían del viento helado que se estaba levantando y formaba una especie de refugio natural. Enseguida fueron sacando alimentos de las mochilas y Diana, que procuró no mirar a nadie en especial, se dedicó a partir un poco de queso.

—¿Te apetece café? —Ronald le tendió un vaso y ella le miró con desafío.

Tomó la bebida que humeaba y le mantuvo la mirada durante unos segundos que se eternizaron. El escalador percibió el odio con el que ella lo provocaba y sin decir nada más se retiró de su lado. Hugh, que estaba observando la escena, se quedó extrañado.

—Si fuera un hombre, ya le habría partido la boca. —Ronald se acercó a él y le ofreció otro vaso de café—. ¿Qué le pasa a esa mujer conmigo?

—No le gustas. —Bebió un trago y frotó las manos sobre el vaso caliente.

—¡Vaya! Al parecer, tú sí que eres su tipo.

—No bromees con eso. —El tono en que lo dijo, hizo dudar a Ronald de parte de quién era la amenaza.

—¡Qué asco de temporal! —El ayudante del fiscal cambió de conversación—. Y pensar que debería estar hace varios días en Los Ángeles. Si lo llego a saber me hubiera marchado con Frank en el helicóptero.

—Si el tiempo continúa estable, mañana vendrá otro con alimentos.

—¿De verdad? ¡No sabes lo feliz que me haces! Me muero por regresar a la civilización.

—Tú siempre te quejas de estar encerrado en la ciudad, rodeado de delincuentes, jueces, togas y pleitos...

—Sí, pero eso es cuando no estoy aislado en el valle. Veo demasiados presos en mi vida como para tener que sentirme como uno de ellos.

Hugh rio ante el comentario y, observando la cara enfurruñada de Diana, decidió acercarse a ella. Se había sentado sobre un tronco y comía queso con gesto distraído, partiéndolo en trozos muy pequeños.

—¿Piensas compartir tu comida con los pájaros? —Se sentó a su lado.

Ella dio un respingo sorprendida y le miró.

—Estabas muy lejos, ¿verdad? —Sus labios eran tan invitadores. Él levantó una mano y le acarició el rostro que estaba helado—. Sabes que puedes contármelo, si te apetece.

—No me apetece —replicó colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

A él le pareció un gesto muy sensual e, inclinándose sobre ella, enmarcó su cara entre las manos y la besó con suavidad, moviéndose lentamente sobre sus labios entreabiertos. Diana cerró los ojos y se dejó llevar por las caricias tibias de sus manos sobre su rostro; sus dedos la rozaban con ternura, con delicadeza, y le cubría los labios con pequeños besos, ligeros como suspiros, esperando que ella hiciera lo mismo.

Hugh sabía que era una mujer frustrante, pero le atraía. Toda aquella fuerza y aquel estilo beligerante hacían que él deseara meterse bajo la dura capa de su exterior. Bajo su demanda y su rudeza había un hombre que sabía ser tierno y desprendido y ella aprendería a conocerle.

—Tengo razones para ser como soy. —Diana pareció adivinar sus pensamientos.

Él atrapó sus labios de nuevo y su beso fue más hambriento. Más posesivo.

—No tengo que justificarme. —Ella se separó en medio de un jadeo para hablarle.

—Bien, pues entonces, solo bésame —le susurró con aquella voz profunda que tanto la excitaba.

Diana le rodeó el cuello con los brazos y buscó su boca con codicia. Un súbito calor recorrió su cuerpo y la hizo aferrarse a él, deleitándose con su sabor.

Sin imposiciones, sin compromisos, sin normas, sin preguntas.

Solo Hugh y sus besos. Solo ella y el placer que le proporcionaba el contacto de su lengua en la suya, de sus labios en la cara, en su cuello.

La voz de Ronald avisando que se marchaban les hizo separarse. Él le encasquetó el gorro hasta las cejas y le subió el cuello del chaquetón.

—Lo sé, no necesitas que cuide de ti como si fueras una niña —trató de hablar con la misma entonación altiva que lo haría ella—. Pero me gusta hacerlo.

—Gracias —le sorprendió Diana ajustándole a él el suyo y apartándole los cabellos de la cara.

Hugh sonrió y se puso los guantes mientras se levantaba del tronco.

—Pongámonos en marcha o Ronald se impacientará. —Le tendió una mano para ayudarla.

Capítulo 15

La excursión estaba llegando a su término cuando un ruido ensordecedor los sorprendió a todos al otro lado de la pendiente rocosa por la que caminaban. El grupo de Mark se había adelantado hacía un buen rato. Varios de los excursionistas, los menos acostumbrados a marchas sobre la nieve, estaban cansados y habían decidido regresar al hotel desde la arboleda donde habían parado para comer. Los dos grupos restantes, con Ronald y Hugh como monitores, continuaron durante un rato más y luego descendieron por una arista helada que los conduciría directamente hacia el valle. El terreno era más abrupto y dificultoso, pero ahorrarían mucho tiempo en el regreso e incluso alcanzarían al grupo que se había adelantado.

Iban caminando lentamente cuando el estruendo los sorprendió por la izquierda, a unos treinta metros.

—¡Avalancha! —gritó Ronald que iba en cabeza del primer grupo.

Durante el trayecto de vuelta se habían oído algunos deslizamientos a lo lejos, pero justo al lado de ellos, donde una gran hondonada caía en picado, comenzaron a caer peñascos enormes y una gran masa informe de nieve oscura.

Hugh agarró a Diana del brazo y la arrastró con él al suelo, cubriéndola con su cuerpo. El ruido era atronador, tanto que a pesar de que todos se tumbaron en la nieve helada, sus cuerpos temblaron como si la tierra se abriera bajo ellos. El eco de las rocas, al impactar contra otras en el fondo, restallaba como cañonazos por todo el desfiladero. Después de unos segundos interminables, el silencio volvió a rodearlos y solo eran audibles sus respiraciones asustadas y el ulular del viento filtrándose entre los pinos helados.

—¿Estás bien? —Las manos enguantadas de Hugh la tocaron por encima del chaquetón para asegurarse—. ¿Todos estáis bien? —preguntó en voz alta a los demás.

Un coro de afirmaciones comenzó a sonar mientras Diana se levantaba del suelo, ayudada por él. Los excursionistas se apoyaban unos en otros para no resbalar y algunos más osados se asomaron al cortado para ver la magnitud de lo que había ocurrido. Otros todavía estaban asustados y no se atrevían a moverse de su sitio.

—Todos están bien, ¿y vosotros? —Ronald llegó hasta ellos y se sintió aliviado al ver a su amigo sacudiéndose la nieve de las piernas y a Diana junto a él—. ¿Crees que la avalancha habrá alcanzado al grupo de Mark? —Estaba muy serio y su tono era preocupado.

—Estaba pensando lo mismo. —Hugh se pasó una mano por los cabellos sucios de nieve. Su gorro se había perdido en la caída—. Si nosotros hubiéramos seguido el

mismo camino, nos habría pillado de lleno. Mark salió mucho antes, puede que ya estén cerca del hotel y ni siquiera se hayan enterado.

—O puede que descendieran despacio y hayan quedado sepultados —auguró Ronald, moviendo la cabeza.

Diana se llevó una mano a la boca para impedir que un gemido saliera de ella y los dos hombres se dieron cuenta de su presencia.

—Seguramente, estamos exagerando —añadió Ronald, con una mirada significativa a su amigo.

—Sí, estarán bien. —Hugh la tomó por el brazo y la condujo hacia los demás.

—No estarán bien, ¿verdad? —Diana parecía muy afectada.

Se paró a medio camino y le alzó la cara para mirarla a los ojos. La punta de su nariz estaba roja y sus ojos también. Hugh no supo si era por el frío o porque había llorado, pero de todas formas un sentimiento de ternura muy fuerte le obligó a estrecharla entre sus brazos y hablarle mientras la mecía en ellos.

—No lo sé, pero no debemos alarmar a los demás. Muchos de los excursionistas del primer grupo son esposas o hijos de los que quedan aquí y tenemos que evitar que cunda el pánico. Lo primero es regresar al hotel y asegurarnos de que los demás han llegado sanos y salvos.

Diana respiró hondo y afirmó en silencio mientras él la condujo hacia el grupo. Allí, Ronald estaba explicando a los excursionistas que continuarían el camino hacia el hotel y que Hugh se separaría de ellos para evaluar los daños que había sufrido la ladera. Al mismo tiempo, Hugh comenzó a seleccionar a algunos de los muchachos más fuertes y experimentados y los apartó discretamente de los demás.

—Tenemos que asegurarnos de que todo está bien allá abajo. No queremos que otro día que salgamos de marcha nos encontremos con el camino tapiado —les advirtió Ronald con humor y procurando que su voz no delatara el temor que sentía.

Todos rieron, menos Hugh y Diana, y se dispusieron a iniciar la marcha.

—Ve con ellos, Diana. Ronald os llevará al hotel —le indicó Hugh cargando una de las mochilas más grandes a sus espaldas.

—Yo voy contigo —espetó ella sin vacilar colocándose a su lado.

—No es buen momento para discutir. Me encanta hacerlo contigo, pero ahora no. Por favor, obedece y los dos saldremos beneficiados. Tú estarás a salvo y yo no tendré que preocuparme por tu seguridad.

—Deja que sea yo quien decida eso, ¿de acuerdo? —Comenzó a caminar delante de él, junto a los cuatro muchachos que habían iniciado el descenso, y Hugh gruñó exasperado.

—Si es por Ronald... —Se puso a su lado y la agarró por un brazo.

Ella le miró y se zafó de él con rudeza.

—Es por mí, ¿entendido? Así que deja de decidir lo que me conviene o lo que no. Creía que habíamos aclarado este punto. —Aligeró el paso y se resbaló en el hielo, aunque consiguió mantener el equilibrio.

Él bufó y la retuvo de nuevo. Por la forma en que la miró, Diana se enfrentó a él con rabia, cara a cara, pero Hugh se adelantó.

—Que yo sepa, tú y yo no hemos aclarado nada —gritó con un irritante tono de superioridad—. Y te advierto que cuando yo dirijo una marcha, mis órdenes se acatan a rajatabla. O eso, o te mando con el otro grupo de un puntapié en tu precioso culo.

—Muy bien, jefe, te he oído perfectamente. —Se apartó de él de un tirón—. Y todo el valle.

Los muchachos se habían parado al oírlos discutir y ella los miró de forma retadora. Totalmente recuperada de la afectación que había mostrado minutos antes.

Sin decir nada más, reanudaron el dificultoso descenso entre las rocas, hasta donde los farallones graníticos formaban una gran V. Lentamente, en silencio y en una fila que encabezaba Hugh, seguido por Diana y los cuatro jóvenes, llegaron hasta una estrecha garganta del desfiladero. Las montañas blancas y grises comenzaron a ocultar un sol que cada vez calentaba menos y la temperatura descendía con rapidez.

Hugh procuraba buscar el paso menos arriesgado para superar los inmensos escalonamientos de las paredes lisas de granito. En algunas de ellas, el agua de los deshielos había abierto enormes grietas. Se iban encontrando con gigantescos heleros, por donde era imposible descender, y ayudándose unos a otros lograron bajar unos metros más.

—Allí —gritó uno de los jóvenes señalando más abajo, donde destacaba el anorak verde de Mark contra el hielo grisáceo.

Todos aligeraron la marcha y Mark, que los había visto, les hizo señales con los brazos levantados.

—¿Dónde están los demás? ¿Estás herido?

Hugh se abalanzó sobre él, que permanecía sentado en el suelo. Parecía exhausto y comenzó a tocarle los brazos y el cuerpo.

—Nos sorprendió la avalancha. Unos metros más y abríamos llegado a la planicie. —Se le veía cansado y temblaba a causa del viento frío.

—¿Y te han dejado aquí? —bramó furioso, tratando de incorporarlo de la piedra helada y mojada sobre la que estaba sentado.

Mark gritó de dolor y Hugh comprendió que tenía una pierna rota.

—No estoy solo. —La voz se le quebró y los otros palidieron.

Los jóvenes miraron alrededor y Diana se acercó al hombre que gimoteaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Hace media hora que dejó de hablarme —indicó con una mano llena de rasguños la grieta que había tras él.

Todos se abalanzaron hacia el corte en la roca helada y se quedaron quietos.

—Cuando comenzó la avalancha pudimos resguardarnos de las piedras y la nieve que caía, pero algunos de nosotros resbalamos y ella quedó atrapada allá abajo. Es la chica que está de luna de miel...

Diana recordó a la pareja lanzándose bolas de nieve a la entrada del hotel y sintió una opresión en el pecho. La joven estaba cansada y había decidido marcharse con el primer grupo mientras que su esposo se había quedado con el de Hugh.

—No sabes si vive... —Hugh comenzó a sacar una cuerda de la mochila.

Mark negó con la cabeza y le explicó que hasta hacía media hora la había oído quejarse, pero que ya no lo hacía. Como también estaba herido, decidió enviar a los otros excursionistas a pedir ayuda al hotel, mientras él se quedaba a su lado.

—La grieta es muy estrecha. Yo mismo intenté descender, pero es imposible.

—Lo sé, maldita sea, lo sé. Ni tú, ni yo, ni ellos... —Hugh indicó con un gesto a los muchachos que rodeaban la grieta, sin saber por dónde descender—. Esa joven tiene el tamaño de una niña y nuestros cuerpos son muy grandes. Si al menos estuviera consciente, podríamos alzarla con un arnés.

—Sí, Hugh, pero cuando salimos a dar un paseo por el valle, no pensábamos que tendríamos que escalar y no hemos traído herramientas adecuadas. Tendremos que esperar a que Ronald regrese con Jeff y el equipo.

—El problema sigue siendo el mismo. En menos de dos horas habrá anochecido y suponiendo que esa chica solo esté inconsciente, comenzará a sufrir hipotermia.

Hugh terminó de examinar una cuerda que llevaba en su mochila y, asomándose a la grieta, se quitó el anorak.

—¿Cuál crees que es su profundidad?

—Unos quince metros, tal vez veinte. —Mark le observó pasarse la cuerda por la cintura y entre las piernas y asegurarla con un cierre.

—Haremos un arnés de cintura y servirá, siempre que no tenga más de veinticinco o treinta metros. Nos quedaríamos cortos...

—Es una locura, Hugh, sabes que tú eres más grande que ninguno de nosotros.

—Sí, pero también tengo más experiencia.

—¿De qué sirve eso si te quedas atrapado?

—¿Tienes una idea mejor? Alguien tiene que bajar a por esa mujer y ni Ronald ni Jeff tienen un cuerpo tan delgado. Aunque traigan un arnés, no podríamos subirla sin ayuda. Es una grieta muy estrecha y profunda. Necesitamos un cuerpo más pequeño.

—El mío es más pequeño y delgado —los interrumpió Diana acercándose a ellos.

Hugh levantó la cabeza de lo que estaba haciendo y la miró como si acabaran de crecerle las orejas.

—Tú no vas a ningún sitio —le aseguró con una autoridad que no admitía réplica.

Ella se interpuso entre él y Mark que continuaba sentado en el suelo y se enfrentó a su mirada pétrea.

—¿Por qué no? Soy más pequeña, más delgada y puedo hacerlo.

Hugh se puso de pie y ella levantó la cara para mirarlo.

—Olvidas que no tienes experiencia —le dijo con una calma intranquilizadora—. ¿O acaso sí la tienes? ¿Cuántas veces has descendido a una grieta de más de veinte metros? ¿Cuántas veces has cargado con alguien a tus espaldas y lo has remolcado

escalando una arista helada? ¿Sigo dándote razones por las que debes dejar de decir tonterías? ¡Me estás haciendo perder tiempo! —añadió inclinándose hacia ella y mirándola de forma ominosa.

—Si es una grieta tan estrecha no tendré que cargar con ella y si tú te quedas atascado, ¿quién bajará a por los dos? ¿Mark? —Señaló al hombre lesionado—. ¿O ellos? —Señaló a los muchachos que no eran más corpulentos que Mark—. Dime cómo se pone la cosa esa y qué tengo que hacer.

—Ella tiene razón, Hugh —dijo Mark después de un breve silencio.

—Lo sé, maldita sea, lo sé...

Se pasó una mano por los cabellos y los apartó con gesto impaciente de su cara, sin dejar de mirarla. Después abrió el mosquetón de seguridad y se sacó la cuerda por las piernas.

—Tendrás que quitarte el abrigo, es demasiado grueso —le dijo con aspereza.

Diana sabía que estaba haciendo un esfuerzo muy grande por controlarse y prefirió guardar silencio, como los demás que comenzaron a ayudarla a prepararse. Ella se quitó el chaquetón y Mark le indicó que hiciera lo mismo con los guantes.

—No tenemos mucho tiempo, en un par de horas será de noche y aunque Jeff llegue con el equipo, sería mucho más complicado trabajar con linternas. —Le pasó la cuerda por la cintura y la corrió hasta agarrarla por los dos extremos—. Haremos un improvisado *top-rope*. Será como si instaláramos una polea aquí arriba, que seré yo, y tú descenderás por la grieta.

Introdujo un cabo por un cierre de seguridad y lo colocó en un anillo de descuelgue. Después lo pasó por sus caderas y lo ajustó a su cintura.

—La cuerda pasará por el mosquetón y yo haré de palanca aquí arriba. Cuando tengas que hacerlo tú, allá abajo, procura no olvidar que si la cuerda roza el anillo podría quemarse por la fricción y partirse. —La miró a los ojos y añadió muy serio—: Yo estaré aquí arriba, soltaré cuerda cada vez que tú la pidas para descender.

Ella afirmó en silencio y él se preguntó de qué material estaría hecha aquella mujer. Diana, la mujer antipática y que no quería saber nada de nadie, la que tiritaba de frío y de miedo y que arriesgaba su vida por alguien a quien apenas conocía.

Todos guardaron silencio mientras Diana se metía en la fisura. Era cierto que resultaba demasiado estrecha y tuvo alguna dificultad cuando sus pies resbalaron en la pared lisa y helada. Lentamente, se fue descolgando y Hugh dejaba escapar entre sus dedos cada centímetro de cuerda que la iba alejando de la superficie. Los segundos se iban eternizando, la luz cada vez era más tenue y el frío más intenso, pero ninguno de los seis hombres se atrevió a decir nada.

Diana procuró no rozar las paredes congeladas de la hendidura. La sensación supuso que sería la misma que sentiría si se metiera en una cámara frigorífica. La ropa se iba congelando a medida que descendía, se le pegaba al cuerpo quemándola, y el vaho de su respiración chocaba contra su cara como nieve pulverizada. Le

escocían los dedos al aferrarse a los salientes resbaladizos y, a medida que descendía un poco más, la oscuridad se iba cerniendo sobre ella.

Sabía que todo se resumía en una palabra: confianza. Hugh tensaba y aseguraba con todas sus fuerzas la cuerda de frenado y su vida dependía de él.

—Debes reclinarte hacia atrás todo lo que puedas para que no se rice la cuerda. Procura bajar en vertical —le gritó Hugh desde arriba.

Ella obedeció y sintió un dolor intenso en la espalda al rozarse con las aristas de la piedra. Su cuerpo osciló como un péndulo de forma peligrosa y Hugh interrumpió la marcha.

—¡Para! He encontrado un hueco en la roca. —Sintió que sus pies tocaban algo firme y tironeó de la cuerda.

Era un saliente de apenas unos cuarenta centímetros y que se metía en la roca como una gruta. Sacó la linterna que llevaba en el bolsillo y al encenderla se topó con una pared oscura y brillante a menos de un palmo de ella. Realmente, la grieta era muy estrecha y dirigiendo el haz de luz al exterior, comprobó que apenas había descendido unos diez metros. Pero lo peor era que la grieta tenía muchos más metros de profundidad de los que habían imaginado y que a causa del saliente, ni ella ni nadie más podría descender hasta el fondo.

Les explicó la situación a los escaladores y esperó a que le dijeran qué hacer. Supo que ellos estaban deliberando por el murmullo de sus voces y, mientras procuraba no pensar en el frío que entumecía sus piernas y sus brazos, se dedicó a inspeccionar el pequeño entrante en la roca. Dirigió la luz de la linterna a su espalda y un bulto rojo llamó su atención. Era la joven.

—¡Está aquí! —Tironeó de la cuerda y se acercó a ella.

Comprobó que tenía pulso y con un grito de júbilo se lo dijo a los demás.

Sin perder tiempo, siguió las instrucciones que Hugh y Mark le habían dado. Se quitó el improvisado arnés y lo pasó por la cintura de la joven y por sus piernas. También le quitó el anorak y lo ató a sus piernas por las mangas, le sujetó los brazos con un cinturón para inmovilizárselos, y la arrastró hacia el estrecho saliente.

En pocos segundos, el cuerpo de la muchacha comenzó a ascender con lentitud y Diana se sentó en la roca helada a esperar. Le castañeteaban los dientes por el frío y aunque se frotaba los brazos y las piernas con las manos, lo único que conseguía era que estas le escocieran más. El ruido de agua filtrándose por las rendijas de la roca era continuo, también era el único sonido que se podía percibir allí dentro, y una sensación de ahogo comenzó a atenazarla.

Cuando oyó la voz de Hugh avisándola de que le enviaban la cuerda, se sintió aliviada. La repentina oscuridad, y el saberse encerrada en aquel agujero, la estaban poniendo muy nerviosa. Se asomó al cortado con cuidado, iluminando con la linterna y extendiendo un brazo para agarrar el improvisado arnés. Se encordó la cintura y las piernas con manos temblorosas. Le dolían las puntas de los dedos y con mucha

dificultad pudo asegurar el mosquetón. Cuando lo consiguió, suspiró de alivio y gritó con todas sus fuerzas que ya estaba lista.

Enseguida sintió que comenzaban a tirar de ella y con un esfuerzo sobrehumano trató de ayudarse con los dedos, arañando y clavándolos en las paredes heladas.

Entonces pudo oír un sonoro clic, y sintió que su cuerpo caía al vacío.

Capítulo 16

Diana sintió una punzada en la espalda y un dolor agudo en las sienes. Lo que al principio le pareció un pitido ensordecedor quedó amortiguado por el silencio y comprendió que sentía aquel ruido a causa de un golpe en la cabeza. Se movió despacio; tenía las piernas entumecidas y unos dolorosos calambres la obligaron a encoger los pies. El suelo estaba helado y no podía ver nada. Entonces una sensación de pánico se apoderó de ella. El mundo pareció cerrarse a su alrededor y no podía respirar.

Estaba allí, sola, en aquel lugar que no conocía, como la otra vez...

Su respiración se hizo más agitada y ruidosa. Le temblaban las manos y trató de buscar a la mujer muerta a su lado. Era como una pesadilla. ¡No! Era una macabra alucinación, tenía que serlo.

Sabía todo lo que iba a ocurrir porque ya lo había vivido. La mujer estaba muerta, la policía acudiría enseguida y aquello no podía estar pasando otra vez.

¡No podía ser! ¡Otra vez no!

—¡Dick! —gritó con todas sus fuerzas—. Dick, sácame de aquí.

—¡Diana! ¡Gracias a Dios! —Hugh metió parte de su cuerpo en la grieta y Ronald, ayudado por Jeff, consiguió impedir por tercera vez que se descolgara en su interior.

Los dos hombres habían llegado al lugar que les indicaron los excursionistas en dos coches todoterreno y trasladaron a la joven inconsciente y a dos de los jóvenes a uno de ellos. En el cortado se encontraron con un Hugh desesperado y con medio cuerpo dentro de la grieta. Mark y dos de los muchachos estaban tratando de convencerlo de que no podía hacerse nada y Ronald consiguió sacarlo al exterior. Entonces se enteraron de lo que había ocurrido.

Diana había conseguido que el rescate de la joven fuera un éxito y, cuando era ella la que estaba siendo izada, algo falló y cayó al vacío. Ni Hugh ni Mark podían precisar si Diana había caído en el saliente o si habría corrido peor suerte que la muchacha herida. Ronald envió a Mark con los otros muchachos al vehículo para que pudieran regresar al hotel y se quedó con su amigo.

—Lo ves, Hugh, está viva. —Ronald lo zarandeó para hacerle reaccionar.

—¡Diana! ¿Estás bien? —gritó Hugh sin escuchar a su amigo e introduciendo otra vez la cabeza en la fisura.

La voz le llegaba como si proviniera del cielo y, confusa, se aferró a la pared helada. Las lágrimas rodaban descontroladas por su rostro y casi no podía moverse.

Cada vez estaba más aturdida; el dolor de cabeza se estaba agudizando, sentía náuseas, y pasado y presente se mezclaban en su mente.

El pánico no le permitía pensar con claridad.

—Dick, no me dejes, por favor —suplicó con un sollozo desgarrador. Su voz formaba ecos por los huecos de la grieta—. No he dicho nada, sabes que no he hablado. Ella está muerta... sácame de aquí... —gritó angustiada—. Nadie sabrá que la mataste.

—Diana, ¿estás herida? —Hugh procuró controlarse e infundirle tranquilidad.

Ronald y Jeff se miraban extrañados. Mientras Hugh seguía hablándole:

—Haz una señal con la linterna para que sepa dónde estás.

—Dick, sácame —gritó ella desde abajo—. Nadie sabe la verdad, Dick.

—Diana, soy Hugh. —Su voz sonó relajada, demasiado suavizada—. Confía en mí, te voy a sacar de ahí, cueste lo que cueste.

—¿Hugh? —Diana se puso de pie y, por primera vez, comprendió la verdadera situación—. ¡Hugh!, ¿eres tú?

—Sí, preciosa, soy yo. —Su voz sonó ronca.

—¡Estoy aquí! —Buscó la linterna en el suelo y comenzó a agitarla en el aire—. ¡Hugh, ayúdame, por favor!

—Sí, cariño, ya te veo. —Aliviado, se giró y sonrió a Ronald y a Jeff que permanecían callados en la oscuridad—. Está en el mismo saliente, a unos diez metros. Jeff, dame el arnés de pecho, será más fácil izarla. No quiero que vuelva a abrirse el mosquetón de seguridad. Además, está demasiado aturdida.

Su cuñado obedeció y Ronald se asomó a la grieta mientras Hugh revisaba todos los enganches.

—Hugh, Hugh..., sácame de aquí. No me dejes encerrada... Hugh.

—Enseguida estarás en mis brazos, te lo juro —murmuró mientras se pasaba un extremo de la cuerda por la cintura y le indicaba a Jeff que asegurara el otro cabo.

Ella seguía llamándole desde abajo. Afortunadamente le llamaba a él y aquello significaba que la confusión que le había provocado el golpe había desaparecido.

Jeff deslizó lentamente el extremo de la cuerda por la grieta y Ronald se dispuso a ayudar a Hugh.

—Diana, coge el arnés y mete los brazos.

—Ya está —gritó ella desde abajo y dio un tirón de aviso.

Los dos hombres comenzaron a izarla con cuidado, procurando que la cuerda no oscilara y se enganchara en alguna arista. Ella resoplaba por el esfuerzo que hacía por salir y Ronald le pidió que se dejara subir porque así sería más sencillo.

A pesar del frío glacial, Hugh sudaba intensamente. A cada centímetro que ascendía, su corazón se aceleraba una veintena de pulsaciones más. Por fin, la cabeza de Diana apareció en la superficie y él la atrapó en el aire, en cuanto la mitad de su cuerpo salió de la hendidura.

—Te tengo. —La abrazó con tanta fuerza que ella gimió de dolor.

—No me has abandonado —sollozó ella aferrándose a su cuello como si no pudiera creerlo.

Ronald los iluminó con la linterna mientras Jeff recogía las cuerdas.

—Diana... —La sentó en el suelo y alzó su cara entre las manos para que lo mirara. Tuvo que repetir su nombre varias veces para que desapareciera aquella expresión vidriosa y asustada de sus ojos oscuros—. Todo ha terminado, volvamos a casa —le susurró antes de abrazarla de nuevo.

La subió en brazos y comenzó a caminar apretándola contra él, haciéndole sentir su calor y su seguridad. Sus movimientos en la oscuridad eran precisos, como si estuvieran a plena luz del día, y ella se cobijó contra su pecho.

Poco después estaba acomodada en el todoterreno de Jeff. El cansancio del esfuerzo supremo que había hecho comenzó a apoderarse de ella, dejándola laxa y debilitada. Le escocían los ojos y la garganta de tanto gritar. Por un momento, cuando estaba en la grieta, creyó que estaba muerta. Pero su miedo se agigantó cuando sintió que el pasado regresaba a ella y que todo ocurría de la misma manera. La oscuridad, el silencio opresivo que solo dejaba notar el jadeo de su respiración asustada... Todo se había repetido en su mente. Pero esta vez, Hugh estaba allí para salvarla.

El todoterreno se abrió paso con dificultad sobre la nieve. El ronroneo del motor, el calorcillo de la calefacción y el tácito silencio que guardaban los tres hombres la sumieron en una paz desconocida. En estos momentos no tenía fuerzas para pensar y, acurrucada entre los brazos de la única persona que no le había fallado, Diana se durmió tranquila por primera vez en su vida.

Cuando llegaron al hotel, todos estaban esperándolos en la recepción. Fueron recibidos en el vestíbulo con una calurosa bienvenida, querían felicitar a Diana por su proeza. La heroína del valle, decían algunas de las mujeres que se acercaban a ellos. Hugh, que todavía llevaba a la joven adormilada en sus brazos, tuvo que sortear a los huéspedes como si fueran obstáculos móviles hasta alcanzar la puerta que comunicaba con su casa. Antes de entrar, llamó a Ronald y a Jeff y los citó en el despacho de su padre.

Afortunadamente, Anne, la muchacha que había sufrido el accidente, ya había recuperado la consciencia y descansaba en el dormitorio con su esposo. Entre los huéspedes había un médico y sus palabras fueron tranquilizadoras. El estado de la joven no parecía grave, pero aconsejó que, aprovechando que al día siguiente vendría un helicóptero con provisiones, fuera trasladada al hospital de Fresno. Cuando Hugh llegó al cuarto de Diana, encontró al médico esperándole y a varias de las trabajadoras del hotel preparándole un reconfortante baño que él había ordenado.

Hugh dejó a Diana sobre la cama. Enseguida, Roxana y Sue le invitaron a marcharse mientras la ayudaban a desvestirse para que la reconociera el doctor y pudiera tomar un baño caliente. Sin poder ni despedirse de ella, se sintió expulsado de la habitación y esperó en la puerta en un incomprensible estado de nervios.

En su vida de escalador había tenido la sangre fría de tomar muchas decisiones decisivas y arriesgadas para sus acompañantes, sabiendo que en algunas ocasiones las vidas de esas personas estaban en peligro. Aun así, sus nervios siempre habían aguantado la tensión como si fueran de acero. Sin embargo, durante el rescate de Diana se había sentido torpe y asustado. Solo de pensar en que no podría sacarla de allí, se le nubló la mente y eso le hizo actuar como un inexperto. No, peor aún, como un desquiciado.

El doctor salió de la habitación y se topó con él, que aguardaba afuera, todavía con el anorak puesto. Le explicó que la joven se encontraba bien, aunque un poco magullada, y le aconsejó que la dejara descansar.

—Mañana le echarán un vistazo en el hospital. Según tengo entendido, no perdió la consciencia pero tuvo unos segundos de confusión y me quedaría más tranquilo si descartaran cualquier complicación. También sería conveniente avisar a su familia para que acudan a recogerla a Fresno.

—Esperemos que el temporal permita que mañana pueda llegar el helicóptero. — Hugh no estaba muy seguro.

—Sería lo más conveniente para las dos muchachas.

Hugh se despidió del doctor y cuando llegó al despacho de su padre le estaban esperando su amigo Ronald, el ayudante del fiscal, y el *ranger* Jeff Donovan, su cuñado. Dos autoridades indiscutibles, pensó mientras se quitaba el anorak y tomaba el vaso que le ofrecía Ronald. Su semblante era serio, como cuando estaba subido en el estrado, y el chistoso pelirrojo quedaba en casa para dar salida al incorruptible fiscal. El rostro de Jeff tampoco era muy optimista, pensó Hugh sentándose en el cómodo sofá para ganar algo de tiempo. Los tres conocían el motivo de aquella improvisada cita en el despacho y era su turno para comenzar a hablar.

—Supongo que no tengo que explicaros por qué estamos aquí —les dijo mirándolos alternativamente.

—Diana dijo algunas cosas preocupantes que debería aclarar cuando se encuentre mejor —le advirtió Ronald con suavidad.

—Estaba asustada, desorientada y en estado de conmoción. Ronald, no saques las cosas de quicio. —Se levantó y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe.

—El que está sacando las cosas de quicio eres tú. Antes de seguir hablando deberías saber algunas cosas de tu novia...

—Diana no es mi novia. —Se plantó ante él como un oso perdiendo la compostura—. Mira, Ronald, no puedes negar que te molestó la forma en que se burló de ti en la fiesta. Todo el mundo pudo oír lo que inventó y ahora buscas cualquier pretexto para arremeter contra ella.

Jeff los estudió con interés, abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Insisto en que deberías escuchar a Jeff, antes de hablar. —Era Ronald Petterson, el ayudante del fiscal, el que hablaba con voz neutra—. Pensaré que estás alterado y trataré de no tener en cuenta tus insultos.

—Ronald tiene razón —intervino Jeff con su habitual tono calmado—. Hay cosas que desconoces de Diana y no puedes negar que habló de un crimen, incluso inculpó a un hombre de un asesinato.

—Por el amor de Dios, Jeff, Diana estaba asustada. —Hugh se paseó arriba y abajo por el despacho—. Estamos hablando de alguien que sufre ataques de pánico al verse en lugares desconocidos, acuérdate de cuando llegó al valle y quería salir a toda costa de él. Además, se trata de una mujer que en su vida había descendido por una grieta y que, a pesar de todo, corrió el peligro de no salir viva de allí por ayudar a otra persona.

—Nadie está poniendo en duda su valentía, Hugh. —Ronald no comprendía la repentina lealtad que su amigo mostraba por alguien a quien él mismo le había oído decir que era insoportable.

—También estamos hablando de una mujer que no tiene documentación que la identifique, es más, el nombre de Diana Chase no existe. —Jeff adoptó de nuevo su pose de *ranger*, cosa que no pasó desapercibida para Hugh—. Tú mismo desconfiaste de ella desde el mismo momento en el que Frank la trajo al valle y la dejó aquí.

—Supongo que todo tendrá una explicación. —Hugh comenzó a pensar con rapidez—. Si está escondiéndose de un hombre, como Frank dijo, es más que probable que no nos haya dicho su verdadero nombre.

—De eso se trata. —Ronald se paró frente a él—. Jeff me ha contado que empeñó una valiosa joya para conseguir dinero. Una medalla que, según tu padre, pertenece a una ilustre familia de Santa Bárbara y que ha sido cambiada por un mísero sueldo cuando su valor es incalculable.

Hugh lo escuchaba atentamente, tratando de procesar toda la información que estaba recibiendo desde diferentes partes. Hasta su padre se había dedicado a investigar a Diana. Y luego decían que él desconfiaba de ella.

—Entonces —era el turno de Jeff—, hablé con un amigo, policía de Los Ángeles, y me aseguró que no hay un número de la seguridad social, ni licencia de conducir ni siquiera una tarjeta de crédito, nada. Un día después le envié por correo electrónico una fotografía que consiguió hacerle Roxana y tampoco encontró nada. Esa mujer no existe.

—¡No puedo creerlo! —Hugh movió la cabeza demostrando que en verdad no daba crédito a sus oídos—. Todo este tiempo diciéndome que era demasiado duro con Diana y vosotros, incluido mi padre, habéis estado intrigando contra ella.

—No se trata de una conspiración —soltó Ronald en defensa de su cuñado—. Tu familia solo ha tratado de saber a quién tenían en casa, sobre todo al conocer que esa mujer poseía una joya muy valiosa y que de ninguna manera le pertenece. Luego, Jeff me contó que está huyendo de un hombre, que Frank la trajo a escondidas y la dejó aquí contra su voluntad... Son demasiadas cosas, Hugh. Y por si fuera poco, esa declaración de que ella no dirá nunca quién es el asesino... ¿El asesino de quién? No puedo permanecer indiferente, Hugh, lo siento.

—¿Y Frank? Él es el que debería aclarar todo esto. —Hugh se estaba quedando sin argumentos. Y tenía que admitir que compartía con su amigo todas las dudas que este planeaba, aunque jamás lo reconocería.

Desde el principio supo que Diana escondía algo, pero nunca imaginó que pudiera ser tan grave.

—Tu padre lleva varios días intentando hablar con él, pero todavía no se han restablecido las líneas telefónicas. Esperamos que si continúa el buen tiempo, mañana ya funcionen.

—Bien, entonces no nos queda más que esperar. —Hugh volvió a dominar la situación—. Hasta que Frank no nos aclare lo que está ocurriendo, nadie más hablará de este tema. —Miró directamente a Ronald—. Aunque puedas marcharte mañana en el helicóptero, este asunto se quedará aquí.

Capítulo 17

La mansión de los Wildman estaba a menos de una hora de Santa Bárbara; detrás de las montañas, en un lugar privilegiado del valle de Santa Inés, en el corazón de la región del vino de la costa central de California, y rodeada de plantaciones de flores y viñedos. De estilo español colonial, se alzaba majestuosa hacia el cielo azul, con sus tejados rojos y sus paredes encaladas, blancas y deslumbrantes bajo los rayos del sol.

Frank llegó hasta la puerta principal y se quedó quieto unos segundos, antes de llamar. Era portador de malas noticias y no estaba seguro de cómo reaccionaría Richard Wildman al conocerlas. Aquella mañana, a primera hora, su padre se puso en contacto con él, después de varios días incomunicados, y mantuvo una breve pero tensa conversación, a pesar de las interferencias. Le interrogó sobre Diana, en aquel tono que solo sus hijos identificaban como amenazador; le hizo decenas de preguntas que exigían respuestas y que él trató de responder con evasivas. Luego, le comentó el incidente del rescate y Frank se quedó sin habla. A pesar de que su padre le aseguró que Diana se encontraba bien y que había dormido durante toda la noche, porque él mismo se quedó velándola en su dormitorio, le exigió que localizara a la familia de la joven y que les comunicara lo ocurrido.

—Alguien tendrá que recoger a la chica en el hospital —gruñó antes de colgar.

Ahora, de pie ante la puerta de la mansión de los Wildman, Frank pensaba en la mejor manera de comunicar aquellas noticias al futuro senador. Si el tiempo no empeoraba, trasladarían a Diana al hospital de Fresno y estaba seguro de que entonces nadie, ni nada, le impediría huir de su posesivo benefactor. Por un segundo, se sintió tentado de marcharse y no decirle nada a Richard; era fácil darse la vuelta y fingir que no tenía noticias de nada de lo ocurrido en el valle, pero en ese momento la puerta se abrió y se encontró de frente con la señora Wildman.

—¡No puedo creerlo! —Le abrazó afectuosamente, mientras él trataba de reaccionar—. ¡Frank Malloy! ¡Pasa! —le invitó con un refinado gesto y cerró la puerta tras ellos—. Y tu padre y tus hermanos, ¿todos bien?

—Sí, señora Wildman, gracias.

A pesar de que hacía bastante tiempo que no la veía, le pareció que continuaba igual de hermosa y elegante que cuando pasaba largas temporadas con su familia en el valle. Llevaba el cabello muy corto y dorado, como él siempre recordaba, y su figura seguía pareciendo la de una jovencita a pesar de que ya debía de rozar los sesenta años.

Mientras seguía interesándose por su familia, le condujo hacia el interior de la mansión. Frank se quitó el abrigo y los guantes, se los entregó a una sirvienta y Madeleine le indicó que la siguiera.

—De modo que la pequeña Roxana está embarazada. —Su risa era cálida y ronca—. Tu padre debe de estar muy orgulloso. Tom Malloy será abuelo, ¿quién me lo iba a decir! Sin embargo, aquí nos tienes a Robert y a mí, esperando a ver si alguno de nuestros hijos se casa, pero nada. Adam continúa con sus investigaciones arqueológicas en algún lugar del Perú y Richard... bueno, ya sabes que Richard está enamorado de la política.

—No quiero molestarla, señora, al parecer iba a salir cuando llegué...

—No te preocupes, querido, mi esposo se alegrará de verte, ya lo verás. Hace mucho que no sabemos nada de los Malloy.

—En realidad, a quien busco es a su hijo Richard.

La señora Wildman abrió la puerta del comedor y le indicó que pasara. Al fondo, ante unos grandes ventanales, Robert Wildman y su hijo mayor terminaban de desayunar mientras leían la prensa. Ambos vestían elegantes trajes de corte italiano, dejando muy clara su condición de miembros de la alta sociedad.

Los dos hombres se levantaron para saludarle. Robert, contento por ver y estrechar la mano al hijo de un hombre al que estimaba desde hacía años, y Richard, con una extraña sensación de perplejidad pintada en su rostro, por su naturaleza siempre amable y sonriente.

—Pero siéntate, muchacho —le invitó Robert Wildman—. ¿Tomarás una taza de café con nosotros?

Aquel hombre señorial tampoco había cambiado mucho. Anchas hebras grises teñían sus cabellos oscuros, como los de sus hijos, y sus ojos negros le miraban vivaces. Era un poco más alto que él, como todos los Wildman, y su aspecto le confería el aire de un hombre poderoso y seguro de sí mismo. Orgulloso como solo un Wildman sabía mostrarse. Y atractivo, a pesar de que ya rondaba los setenta años.

Ante la invitación, Frank miró a Richard, que no había despegado los labios, y no supo qué responder. La señora Wildman, consciente de la incomodidad de su invitado, decidió intervenir.

—En realidad, no creo que esta sea una visita de cortesía. Frank ha venido buscando a Richard, pero no podía permitir que se marchara sin saludarte, cariño. —Madeleine se sentó junto a su esposo y él le sonrió, mientras afirmaba satisfecho.

Tomaron un café mientras Frank respondía amablemente a las preguntas que los Wildman le hacían y, cuando pasaron unos minutos, Richard recobró la serenidad que le caracterizaba. En un tono cortés, le sugirió que le acompañara a su despacho y una vez a solas lo sorprendió por la agresividad con la que le habló.

—¿Qué pretende viniendo a mi casa, Malloy? Le pedí discreción absoluta.

—Se trata de Diana...

—¿Consiguió comunicarse con ella? —inquirió clavando sus ojos negros en él.

—En realidad, con quien hablé fue con mi padre, pero con bastante dificultad. El temporal amainó durante el día de ayer y pudieron restablecer las líneas telefónicas. Aunque parece ser que hoy continúa nevando. —Se debatía entre la idea de continuar con su relato o interrumpirlo—. Todo va bien por allí, Diana se está adaptando al lugar. Pasa mucho tiempo con mi padre ayudándole en la cocina, recuerde que ella trabajó en las cocinas de Lynwood, formando parte del programa...

—Malloy, suponía que tenía alguna noticia importante que darme —le interrumpió, enarcando las cejas—. Algo lo suficientemente urgente como para presentarse en mi casa a primera hora de la mañana.

—Sí, ya...

—¿Ha ocurrido algo? —espetó, parándose frente a él. Frank dejó escapar el aire en una prolongada exhalación.

—En realidad, señor Richard, he venido a su casa para decirle que he estado estudiando el caso de Diana y no me parece adecuado el método que usted está utilizando para su reinserción.

—¿El caso de Diana? Diana no es un caso. Ya no. Y el modo en el que yo decida cómo incorporarla a la sociedad me parece que no es asunto suyo.

—Con todos mis respetos, señor Wildman, me parece que sí. —Richard le examinó con ojos críticos y él tomó aire—. Durante tres años me he encargado del caso Chase —y lo dijo enfatizando las últimas palabras— pero estos últimos días he estado pensando en lo que ha sido su vida, en lo que usted me contó de ella y en la forma en la que se inculpó del crimen de aquella prostituta. —Dudó un momento. No sabía si debía contarle su conversación con el exnovio de Diana y lo incriminatorias que fueron sus declaraciones sobre la extraña relación de Richard con Diana.

—No le contraté para que pensara, Malloy, su obligación es cuidar de ella y averiguar lo que los abogados no han conseguido sacarle en estos seis años. ¿Lo ha hecho? —inquirió con impaciencia.

—¿Por qué tiene tanto interés en saber lo que ocurrió? Diana es inocente, ¿no? Y si no lo fuera, su preocupación por ella debería ser incondicional. Si usted piensa que Diana estaba en el lugar equivocado, a la hora equivocada, ¿por qué no dijo nunca nada? Y, ¿por qué le estaban chantajeando? —Prefirió no preguntarle qué relación tenía con la madre de Diana y por qué siempre que había aparecido un cadáver, él estaba cerca—. Hay demasiados interrogantes, señor Wildman, y no estoy dispuesto a continuar, sin tener respuestas.

—Muy bien, veo que ha estado haciendo los deberes. —Richard apretó los labios y continuó, irritado—. Se acabó, Frank, su misión ha terminado.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó sin disimulo.

—Lo que ha oído. Me llevaré a Diana del valle, continuaré con mis planes sin que nadie tenga que cuestionarlos y usted queda fuera de su vida, desde este momento.

Frank procuró hablar con una tranquilidad que no sentía. De repente, dejar a Diana en manos de Richard Wildman no le parecía una buena idea.

—El valle continuará incomunicado durante un buen tiempo, esa fue la causa de que a usted le pareciera un buen lugar para esconderla.

—Eso ya no es asunto suyo. —Abrió la puerta del despacho invitándole a salir—. Me pondré en contacto con su padre y lo dispondré todo para que un helicóptero la saque del valle. Nuestros intereses en común han terminado, Malloy.

—Escuche, Richard... Diana puede seguir en el valle el tiempo que desee, que usted desee —añadió precipitado—. Lo único que pretendía con mis preguntas era protegerla... Por nada del mundo querría...

Richard cerró la puerta, interrumpiendo sus súplicas, y se inclinó hacia él.

—Si quiere ayudar a Diana, no vuelva a cuestionar mis decisiones.

—Está bien. Así lo haré. —Frank respiró, aliviado.

—¿Ya te marchas, Frank? —Robert Wildman se encontró con ellos cuando caminaban hacia el recibidor—. Saluda a tu padre de mi parte, y a tus hermanos. —Le estrechó la mano y miró a su hijo que permanecía tenso y callado.

—¿Algún problema? —le preguntó cuando el extraño visitante se hubo marchado.

—No, padre, ninguno. —Miró el reloj y fingió tener mucha prisa—. Me están esperando en el Capitolio.

—¿A qué ha venido realmente Frank Malloy? —inquirió con la brusquedad que lo caracterizaba—. Si mal no recuerdo, él trabaja en Lynwood, la prisión de mujeres, y eso no tiene nada que ver con...

—Padre, deja de conjeturar, ¿de acuerdo? —Se puso el impecable abrigo gris y agarró su maletín, deseoso de escapar del interrogatorio de su progenitor—. Durante mi ejercicio como abogado he llevado algunos casos de mujeres de Lynwood y solo ha venido para entregarme algunas sentencias. ¿Satisfecha tu curiosidad?

No esperó a que respondiera y salió de la mansión.

—¿Qué ocurre, querido? —Su esposa se acercó a él y este la abrazó por los hombros—. ¿Ya se han marchado?

—¿A qué crees que ha venido Frank Malloy?

—Para ver a Richard.

—Sí, pero verlo, ¿para qué?

—No te entiendo, querido. —Pasaron al comedor y él se sirvió otro café.

—Olvídalo —le sugirió entregándole una taza a ella y pensando de quién hablaría su hijo cuando le decía a Frank que enviaría un helicóptero al valle. Hacía años que no lo veía tan nervioso y aquello no le gustaba. Le traía malos recuerdos.

—¿No trabaja Frank en Lynwood? Habrá venido para hablar con Richard de alguna gestión judicial. Querido, recuerda que esa prisión encierra en sus celdas a verdaderas criminales y que Richard encarceló a más de una cuando ejercía la abogacía.

Su marido la miró como si aquella suposición no se le pudiera ocurrir a ella.

—Esperemos que no sea así —murmuró con arrogancia—. Muy pronto será senador y lo que menos necesita ahora es verse involucrado en alguna historia desafortunada. Sus votantes no deben distraerse cuando su elección está tan cerca.

—¡Bueno! —Madeleine se colgó graciosamente de su brazo y le hizo un mohín—. Ya se ha hecho muy tarde, Robert, ¿me acompañarás a Santa Bárbara, o no? Tengo que hacer algunas compras y también pedí cita con la esteticista, ¿crees que unas mechas me rejuvenecerían? ¿Unas mechas de color platino?

Agitó la cabeza con un gesto coqueto y él la besó en la frente, satisfecho de que ella tampoco se distrajera con otras ideas.

—Sí, te acompaño, cariño. Y por supuesto que cualquier cosa te favorecerá. Tú siempre estás hermosa.

Mientras se duchaba aquella mañana, Hugh supuso que sería la última que vería a Diana preparándole el desayuno y su humor cayó varios grados, como la temperatura en el exterior. Lo pensó mientras se afeitaba y llegó hasta el enojo. Después, se encontró con su padre y este le dijo que había pasado la noche velando el sueño de la joven. Ahí, la envidia le reconcomió por dentro. Él también hubiera estado a su lado, sin dormir, por si se despertaba en medio de una pesadilla. De hecho, no había pegado ojo en toda la noche pensando en ella. Pero lo que colmó el vaso fue cuando su padre le comentó que había conseguido hablar con Frank y que la familia de Diana la recogería en el hospital de Fresno.

Hugh estaba tan irritable que ni él mismo se soportaba.

No comprendía por qué Frank la había llevado al valle contra su voluntad, cuando había gente que se preocupaba por ella y la podía acoger en su casa. Su padre no quiso explicarle nada más, ni tampoco las respuestas que Frank había dado a sus preguntas. Todo aquello le parecía muy raro, sobre todo la conveniencia de que ahora Diana debiera desaparecer, justamente cuando se habían abierto muchas incógnitas sobre su identidad y tanto Ronald, Jeff y su padre seguían deliberando sobre ella y el motivo que la había llevado a ocultarse en el valle de Yosemite.

El sonido del helicóptero en el exterior hizo retumbar las ventanas de madera y, cogiendo el anorak, salió de su habitación como un rayo. Al llegar a la cocina, encontró a Diana frente a una taza de café, con su pelo castaño ocultando su cara y su boca con aspecto de estar buscando bronca con el primero que se cruzara por delante. Y cómo no, ese debía de ser él, que tampoco le hacía ascos a una buena jarana.

—Veo que todavía no te has fugado.

—Tranquilo, montañero, estoy en ello.

Él se sentó frente a ella y sus miradas quedaron prendidas una de otra.

La de ella beligerante. La de él a la defensiva.

Hugh se fijó en su rostro y no le gustó su aspecto. Tenía ojeras a pesar de que su padre le aseguró que había dormido plácidamente con los sedantes que le dio el

doctor. Parecía muy cansada y sus ojos, a pesar de destilar ira, estaban apagados. Toda su irritación se esfumó de un plumazo al verla tan vulnerable bajo aquella coraza de rabia con la que se revestía. No podía seguir enfadado con ella por conseguir marcharse del valle. Llevaba reclamándolo desde que llegó y nadie tenía derecho a impedírselo.

—¿Sabes una cosa? Eres mi experiencia más mística —le aseguró, sin dejar de mirarla—. Creo que aunque estuviera toda una vida a tu lado, nunca te conocería realmente.

Ella pensó que se equivocaba.

—No te hace falta saber más de mí, y mucho menos considerarme una experiencia. —Evitó mirarle y bebió un trago de café.

—En eso te equivocas, jamás me ha costado tanto entrar en contacto con una mujer y créeme, Diana, me hubiera gustado llegar hasta el fondo contigo. —Sus ojos grises se hundieron en los de ella, negros y profundos—. No sería místico, te lo aseguro, sería orgásmico —añadió con voz ronca y cubriendo una de sus manos con la suya.

—Y yo creo que llevas mucho tiempo sin echar un polvo.

Él soltó una carcajada y, reclinándose en la silla, se llevó la mano a los labios.

—Te aseguro que sí, preciosa, es lo que tiene estar mucho tiempo encerrado.

—No lo dudo... te comprendo.

—Lo sé... a ti también se te nota. —Entornó los ojos.

—¿Sabes? Me parece que tienes atrofiado el sentido común.

Su voz tembló un poco y trató de liberarse del contacto tibio de sus dedos. Él tironeó y le rodeó la muñeca con suavidad, negándose a soltarla. Aquella actitud que bien podía considerarse posesiva le molestó y protestó con un bufido.

¿Por qué tenía que reaccionar así ante él? Su presencia siempre le causaba la misma impresión: su corazón se aceleraba y la garganta se le secaba. Todo muy diferente de cómo se sentía ante Dick, que su garganta se cerraba y las manos le sudaban.

Aquella mañana, cuando se despertó, encontró a Tomas sentado junto a su cama y tuvo que parpadear varias veces para impedir que algunas lágrimas de emoción la delatasen. El hombre le dijo que un helicóptero la llevaría al hospital y que allí la recogería su familia, a la que avisaría Frank.

Ella sabía a quién avisaría Frank.

Hugh le soltó la mano al sentir cómo se crispaba.

—No era mi intención molestarte —se disculpó al ver como una chispa de tristeza había cruzado fugaz por sus ojos y el tono bromista se había evaporado.

—No es culpa tuya.

—Entonces, ¿de quién?

—Da igual... —Se frotó las manos en los pantalones vaqueros y se levantó.

—¿En quién has pensado para ponerte así? ¿En ese tipo al que detestas?

—Eso no es asunto tuyo.

Intentó rodear la mesa para marcharse y se lo encontró justo delante, mirándola con fijeza. Él se le acercó despacio, envolviéndola con su presencia, atrapándola con su mirada gris. Devorándola.

Como si entendiera lo que ella sentía en ese momento.

—Puedo ir contigo al hospital y luego traerte de vuelta al valle... conmigo.

—¿Y seguir encarcelada entre montañas y toneladas de nieve? No, gracias.

Hugh frunció el ceño, inseguro de qué pensar o decir.

—¿Por qué no aceptas mi ayuda de una vez?

—¿Quieres ayudarme? Pues bien, necesito dinero.

Diana lo fulminaba con la mirada, analizaba su reacción. A Hugh le recordó la viva imagen de un cachorro asustado, fingiendo frialdad y planeando su próximo movimiento.

—Dinero, sí, claro, no hay problema... —Apoyó las manos a cada lado de ella, sobre la mesa, y la encerró entre sus brazos—. Te daré el dinero que te haga falta.

—Bien, porque no estoy acostumbrada a pedir las cosas. Ya te dije que no confío en la respuesta que se me pueda dar.

—¡Ah, sí! Por eso tomas lo que deseas. Sin necesidad de una amistad ni una relación, ¿no es así?

—Algo así.

—Y por eso, aunque no haya nada entre nosotros, tomas mis besos y respondes a ellos. Pero son mis respuestas, no las tuyas.

—Puede que yo también recibiera algo a cambio cuando me besas.

—¿Por ejemplo? —Se inclinó sobre ella.

—Que me sacaras de aquella fiesta absurda del viernes, o que permitieras que fuera al valle con vosotros, o que dejaras de hacer preguntas impertinentes, o que...

—Deben de haberte impresionado, si recuerdas con detalle cada uno de mis besos.

Sí, la habían apasionado, pero por supuesto nunca lo admitiría.

—No sé de qué estamos hablando. Si has venido aquí a pelearte...

—He venido a ofrecerte mi ayuda, Diana. Sin pedir nada a cambio.

—Pues ya te he dicho cómo puedes hacerlo.

—Piensas huir en cuanto pongas un pie en Fresno, ¿verdad? No hay ninguna familia esperándote.

Ella guardó silencio y aquello fue todo lo que él necesitó para saber su respuesta.

—Por eso necesitas el dinero.

—No es asunto tuyo. —Alzó la barbilla desafiante, pero con un leve temblor.

—Según tú, no, pero según tu cuerpo hace días que eres asunto mío.

—Eso es una tontería. —Apretó los labios mientras lo miraba sin parpadear.

—Voy a besarte, Diana, y si no respondes a mi beso te dejaré marchar sin más, pero si me respondes... no dejaré que las cosas queden así entre nosotros.

Su voz era ronca y suave. Diana cerró los ojos y se dejó llevar por la maravillosa sensación de estar entre sus brazos. Él le rodeó las nalgas con las manos y la pegó a su cuerpo con fuerza, para que ella sintiera lo excitado que estaba y notara su rígida erección contra su vientre. La levantó y la sentó en la mesa, para colarse entre sus piernas y estar a la misma altura.

Diana dio un entrecortado jadeo cuando él la estrechó entre sus brazos y se apoderó de sus labios. Hugh gruñó cuando su lengua le salió al encuentro y de forma descarada le frotó la suya. Ella no podía dejar de besarle mientras sentía la erección de él a través de la ropa. Se sentía extraña y vulnerable, pero necesitaba aquel beso tanto como respirar. Sin aliento, enterró una mano en los cabellos de Hugh, mientras que deslizó la otra hacia su culo prieto y musculoso y lo rodeó acariciándolo por encima del pantalón vaquero. Él se metió más entre sus piernas, deslizándola en la mesa y dejándola casi en el aire, pegada a su miembro duro y arremetiendo contra su sexo.

—Esto es una respuesta, Diana, no puedes negarlo —le dijo contra sus labios, tragándose el ahogado jadeo de ella y atrapándola otra vez con su boca.

Era deseo, se dijo a sí mismo para convencerse, solo deseo.

Diana movió una mano por encima de la camisa y sintió la ondulación de los músculos de un hombre fuerte, no de un muchacho. Y aquel hombre sabía cómo besarla robándole el aliento. Sus labios se retorcían contra los suyos, poseyéndolos, como ella solía arrebatarse lo que deseaba; robándole gemidos de placer. Al separarse de ella, Hugh sonrió sin ningún atisbo de humor, la miró a los ojos y en ellos vio cautela, además de pasión.

—Ya has obtenido lo que deseabas. —Diana trató de controlar la respiración y, temiendo que las piernas le fallaran, se bajó de un salto de la mesa.

—¿Tú no?

—Yo también. Y ahora nada ni nadie impedirá que me marche. —Se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar hacia la salida, sin querer volverse a mirarle.

De alguna manera, sospechaba que a él no le gustaría saber lo que había obtenido, además del goce de sus besos, y escapó corriendo de la cocina, dejándolo allí, serio, excitado, con los puños apretados y los ojos fijos en ella.

Sabía que si se giraba para mirarle no tendría el valor suficiente para seguir huyendo. Solo tenía que pensar que dentro de un rato sería libre. Libre de su confinamiento en el valle, libre del asedio de Dick. Y libre de lo que Hugh despertaba en su interior y que la inquietaba con solo pensar en él.

Capítulo 18

Durante el vuelo, Diana no pudo dejar de pensar en lo que había ocurrido en la cocina y en lo tentada que estuvo de aceptar su ayuda. Pero no podía caer en el mismo error. No lo haría.

Miró de reojo a Tomas, que se había empeñado en acompañarla hasta Fresno para cuidar de ella hasta que la recogiera su familia y estaba sentado a su lado. Después observó a la joven pareja de recién casados que charlaban animosamente frente a ella y sintió una punzada en el corazón. Se los veía felices, uno junto al otro, y sobre todo enamorados. Con un suspiro, desvió la mirada a las montañas enormes y heladas que se alzaban hacia el helicóptero, como si pretendieran alcanzarla y aprisionarla entre sus fisuras blancas y cortantes. Afortunadamente, nadie más volvería a aprisionarla.

—¿Quieres el consejo de un anciano? —le susurró Tomas en un tono suave y muy parecido al de su hijo menor.

—Usted no es un anciano —le aseguró en el mismo tono confidencial.

—De todas formas te lo daré: Diana, agarra el toro por los cuernos.

—¿Qué quiere decir?

—Que sea cual sea el problema que te persigue, atájalo tú. Acorrálalo, enfréntate a la adversidad y no te dejes arrastrar por ella.

—Trataré de recordarlo. —Más o menos era lo que tenía pensado hacer—. Por cierto, Tomas, no le he dado las gracias por cuidar de mí esta noche.

—Es lo menos que podía hacer. Jeff y Roxana no me dejaron ir a ayudar en el rescate y eso me hizo sentir vergüenza de mí mismo. Yo era el mejor escalador de estas montañas, pero hace años sufrí un accidente, escalando el Capitán, y desde entonces tengo prohibido subir a las montañas. —Diana comprendió el motivo de que su cuerpo grande y musculoso fuera tan parecido al de su hijo menor—. Por eso, me conformé con hacer lo que hacen los padres cuando están preocupados: cuidar de su pequeña.

Diana le escuchaba con atención, los ojos comenzaron a escocerle y de un manotazo evitó que las lágrimas delataran lo que le afectaba aquella declaración.

—Sus hijos tienen al mejor padre del mundo.

Tomas se pasó una mano por la cabeza, en un gesto azorado, y se cubrió la calva con un gorro de lana.

—Supongo que tus padres habrían hecho lo mismo y yo no podía permitir que te sintieras sola. Sé el miedo que tienes a la oscuridad y al silencio.

—Mi madre no se habría molestado ni en asomarse a la grieta para ver si estaba viva y mi padre habría lanzado rocas al fondo para asegurarse de que no pudiera salir.

«Didí..., no te escondas, pequeña zorra», canturreó la voz en sus oídos.

Tomas la miró sin poder creer lo que decía y la dura expresión de la muchacha le confirmó que no mentía.

Como si supiera que había hablado demasiado, Diana se replegó en el asiento, dando a entender que la conversación había terminado, y rebuscó en el bolsillo de su pantalón. Miró a Tomas, que hablaba con el piloto dando grandes voces y, procurando que no la vieran, sacó la cartera de Hugh.

Cuando Hugh comprendió que Diana no había salido corriendo de la cocina porque le hubieran afectado sus besos, sino porque acababa de robarle la cartera, supo que cuando la pillara la asesinaría de varias formas diferentes. Ahora entendía lo que quiso decir cuando le aseguró que ella no estaba acostumbrada a pedir las cosas. ¡Claro!, ella las robaba, como también aceptaba sus besos cuando quería escapar de una situación o de sus preguntas.

Un mal bicho, eso es lo que era Diana. Y él un idiota que todavía sonreía con el sabor de sus labios en su boca y una incómoda erección que no había forma de aplacar. Y pensar que había estado seguro de que ella le buscaría por todas partes para recoger el dinero que él le iba a dar. También creía que la convencería, la acompañaría a Fresno y después, con otros besos, la traería de regreso al valle.

Furioso, se calzó las enormes botas de nieve y, mientras cerraba la cremallera de su anorak, trató de calcular a qué altura del valle estaría volando el helicóptero. Se le hacía la boca agua imaginando la cara que pondría cuando la sacara arrastrando del aparato y la obligara a devolverle su cartera. Si por él fuera la dejaría allí tirada, en medio de un páramo helado, para que la próxima vez que quisiera tomarle el pelo a alguien lo meditara mejor. Y pensar que había habido veces en las que había llegado a sentir que toda aquella altanería y sus formas hurañas solo eran un escudo para protegerse de los demás. Una arpía, eso era Diana Chase, alias la *Manos Finas*.

¡No! Por supuesto que no la dejaría en medio de un valle helado, a la intemperie y a expensas de una nueva tormenta de nieve... La metería en el helicóptero de una patada en el trasero y se aseguraría de que se la llevaba tan lejos que no tendría que volver a verla nunca más. Eso era lo que haría. Lo estaba deseando. Ya debía de estar haciéndolo.

Comenzaba a nevar otra vez y el cielo se había pintado de un color plomizo y triste. Hugh sacó la tabla de *snowboard* del garaje, se ajustó los guantes y ascendió hasta el montículo que había construido con cemento y piedras para poder tomar velocidad y descender por la ladera helada. Miró al horizonte, sopesando la idea de cruzar la arboleda inclinada que se veía al fondo y por la que luego tendría que sortear algunos árboles que encontraría en el desnivel. La nieve estaba congelada en

aquella parte del valle, pero era el único atajo que se orientaba hacia el sur, hacia Fresno, por donde volaba el helicóptero y él podría deslizarse. No quería pensar que la euforia del momento le había nublado la mente, evitándole valorar la situación real, porque si lo pensara con sensatez comprendería que era una locura remontar subidas tan congeladas y tratar de alcanzar a un helicóptero cuyo piloto no sabía que él estaría por allí.

Decidido, se puso las gafas de sol, hincó en los casi ochenta centímetros de nieve un canto de la tabla, apoyó el talón en la cola para impulsarse y flexionó las piernas alineando los hombros con las rodillas. Tomó impulso y se propulsó pendiente abajo a gran velocidad.

Tomas trataba de comprender lo que le estaba explicando su hijo Frank por la radio del helicóptero. Al parecer, Frank había tratado de localizarles en el hotel y las líneas telefónicas estaban otra vez interrumpidas. El hombre alzaba la voz, ante la atenta mirada de los demás, pidiéndole a su hijo que se tranquilizara y que comprendiera que era imposible regresar al hotel, porque una nueva tormenta estaba a punto de aislar el valle de nuevo.

Diana aprovechó que el señor Malloy estaba ocupado y rebuscó en la cartera que le había quitado a Hugh. No se sentía satisfecha por su actuación, especialmente por la de robarle mientras la besaba, porque no había sido su intención. Una cosa llevó a la otra y cuando tocó el borde del billeteiro, fue como si se le quedara pegado a los dedos. Pero el roce de sus manos abrazándola, la sensación de vértigo que sintió con sus besos... Cuando quiso darse cuenta, ya no pudo echarse atrás, se dejó llevar y aprovechó la confusión para tomar lo que necesitaba.

En la cartera había unos ochenta dólares, el permiso de conducir y varias licencias más de distintos deportes de riesgo y algunas notas de cosas pendientes, o algo así. Con aquello no llegaría muy lejos cuando escapara en Fresno. Pero debería haber imaginado que un hombre que está aislado en un valle nevado no podría pasearse todo el día con varios miles de dólares en el billeteiro, era absurdo. Con aquel dinero y lo que le quedaba a ella del empeño de la medalla, debería tener suficiente para...

—Allí, mirad, allí —dijo Anne inclinándose sobre la ventanilla—. Creo que he visto algo de color azul moviéndose sobre la nieve.

Todos se asomaron y Tomas interrumpió su complicada conversación por radio para cerciorarse bien de lo que veía.

Diana pensó que aquel hombre estaba loco. Al parecer no se daba cuenta del peligro que corría surfeando en la nieve y confundiendo los desniveles del paisaje con olas gigantescas y peligrosas. Sus brazos acompañaban el movimiento del cuerpo y se inclinaban en la misma dirección que él. En todo momento se mantenía perpendicular al sentido de la pendiente, guardando el equilibrio, con las rodillas y los brazos flexionados y abiertos.

—Pero ¡qué diablos! ¡Si es Hugh! —exclamó la voz incrédula de Tomas lo que hizo que todos pegaran la nariz al cristal helado de la ventanilla.

Se escurría con cuidado por los rincones de nieve que se habían acumulado por el viento, consciente de que con su peso podía provocar una avalancha. Evitaba a toda costa pasar por donde la nieve no estaba muy asentada y los lugares en los que podían aflorar algunos vértices de roca que no habían sido totalmente cubiertos.

Diana sintió un escalofrío cuando él alzó la cara hacia el helicóptero, mientras daba un salto y sujetaba la tabla de *snowboard* pegada a sus pies. Sabía que era absurdo que la estuviera mirando, y mucho más que pudiera verla desde tan lejos, pero aquella sensación de que sus ojos la taladraban a través de los cristales oscuros de las gafas, fue demasiado real.

Tomas le indicó al piloto que descendiera y Diana se encogió en su asiento. ¿Descender? ¿Para qué?, pensó apretando la cartera en su mano. Miró hacia abajo, donde el aparato trataba de posarse, y después observó a Tomas que se disponía a abrir la puerta.

Hugh llegó a la explanada y por la forma peligrosa de derrapar frente al aparato, Diana despegó la nariz del cristal con un sobresalto.

—¿Qué ocurre? —Tomas bajó de un salto y trató de caminar hacia él bajo las aspas del helicóptero—. ¿Ha pasado algo en el hotel? ¿En casa?

Sus salvajes ojos grises no se apartaban de ella y su melena oscura le atizaba el rostro mientras hablaba con su padre. Este le explicaba algo ayudándose con las manos para dar más énfasis a sus palabras. Hugh tenía la mandíbula prieta y todo él estaba cubierto de nieve helada. A pesar de que su padre intentó retenerlo, él introdujo la mitad de su cuerpo en la cabina, agarró a Diana por los hombros, y la sacó de un tirón del helicóptero.

—¡Estás loco, Hugh! —Su padre trató de separarla de él, quien la sacudía con brusquedad por las solapas del chaquetón.

—¡Dámela! Por las buenas o por las malas —la amenazó, ignorando los gritos de su padre que le miraba como si acabara de perder el juicio—. ¡Mi cartera!

—Necesitaba dinero... —Le castañeteaban los dientes.

Las hélices del aparato levantaban la nieve como si la tormenta ya se hubiera desatado y ellos tenían que alzar la voz para poder escucharse.

—O me la das o te desnudo aquí en medio hasta que la encuentre. —Diana no se amilanó, sino que irguió más la barbilla—. Te lo juro —añadió en un tono tan bajo que ella solo leyó sus labios.

Sin comprender lo que ocurría, Tomas regresó al aparato para continuar la conversación con su otro hijo por radio y ella retrocedió ante su mirada de oso hambriento. Con la melena cayéndole sobre la cara y cubierto de hielo parecía verdaderamente peligroso.

—Te la iba a devolver. —Se la dio y retrocedió, hundiéndose en la nieve.

—Seguro —entrecerró los ojos—, en cuanto terminaras el reconocimiento médico volverías volando en el primer helicóptero que encontraras y dirías: «Toma, Hugh, tu billetera».

—Se lo iba a dar a tu padre, total, para la ridiculez de dinero que llevas...

Él apretó la mandíbula y revisó el interior.

—¡No falta nada! —le reprochó, ofendida—. Y ahora adiós, tengo prisa. —Hizo amago de subir al helicóptero y él la retuvo.

—Todavía no he terminado contigo.

—Ya, pero resulta que está nevando, tengo frío, y me voy a Fresno.

—Hugh —le llamó su padre desde el interior—. Sube, subid los dos —ordenó sin posibilidad de réplica.

Ella sonrió de forma maliciosa y él se preguntó cómo podría haberse dejado engatusar por una bruja como aquella. Había sentido desasosiego y había estado nervioso por alguien que era capaz de robarle la cartera mientras él se entusiasmaba besándola. Sí, de acuerdo, lo sabía, era él el que se entusiasmaba, reconoció furioso mientras le miraba el trasero cuando ella intentaba subir al helicóptero. La sujetó por las nalgas, ella se puso tensa, y entonces la lanzó al interior con tanta fuerza que su sonrisa de ladrona vengativa se borró en un segundo mientras caía de bruces a los pies de los demás.

Su padre lo miró con censura y el helicóptero comenzó a elevarse con rapidez. Durante unos minutos nadie dijo nada. Diana tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no cruzar ni una mirada con él. El espacio era muy reducido, lo tenía sentado enfrente y sus enormes botas manchadas de nieve amenazaban con atrapar alguno de sus pies si se atrevía a respirar demasiado fuerte. Procuró mirar por la ventanilla y así perderse ante la vista de las cumbres nevadas bajo ellos, pero Tomas estaba sentado a su lado y su enorme cuerpo la ocultaba por completo. Trató de imaginar lo que haría cuando llegara a Fresno y tuviera que buscar la forma de escapar, pero la intensa mirada del montañero seguía clavada en ella y ni siquiera el temor a encontrarse con Dick conseguía que pudiera ignorarla.

Hugh se inclinó hacia su ventanilla y frunció el ceño, analizando el paisaje más llano y despejado.

—¿No vamos a Fresno?

—No, no daría tiempo a regresar al valle. —Su padre pareció algo ambiguo en la explicación. Con un gesto, le indicó que guardara silencio y él obedeció.

Poco después, el aparato se posó en una superficie limpia y pintada de rojo, junto a un pequeño edificio de ladrillos del mismo color y que ella reconoció como el puesto de vigilancia de los *rangers*, a la entrada del valle. Anne y su esposo fueron llevados a un vehículo que los esperaba junto a la carretera y Tomas la condujo al interior de la caseta, con Hugh y otro *ranger* pisándole los talones.

Diana se dio cuenta de que entre padre e hijo mantenían una especie de conversación silenciosa de la que ella no formaba parte, porque ninguno de los dos

dijo nada y ambos parecían entenderse a la perfección. Era como si, con solo una mirada, Tomas ya le hubiera explicado a su hijo sus planes. Planes en los que al parecer ella también entraba porque el coche se alejó camino de Fresno y ella se quedó allí, con un hombre uniformado y un oso furioso, escoltándola y cerrando la puerta de la caseta.

Diana se acercó a una estufa que había en un rincón. Y permaneció atenta a lo que pudiera escuchar, mientras buscaba por la ventana la manera de escapar. De momento, no la habían esposado. Sabía hacer el puente a un vehículo, no necesitaba llaves, y si lograba alcanzar alguno de los coches del aparcamiento... se fijó en que solo había dos vehículos oficiales de los *rangers* y quedaron inmediatamente descartados. Más allá, observó un deportivo cubierto de nieve y echando humo por el capó. Un hombre y una mujer trataban de abrirlo y, por el gesto malhumorado de él, supo que tampoco serviría para escapar.

—¿Cuál es el problema? —Hugh le habló directamente a su padre y ella dio un respingo dejando sus cavilaciones a un lado.

—¿Cómo te encuentras, Diana? —Tomas ignoró la pregunta de su hijo—. ¿Tienes dolor? ¿Podrías prescindir de ese reconocimiento médico?

—Estoy bien, no me duele nada. —Echó un vistazo al rostro sarcástico de Hugh. Claro que estaba bien la muy manilarga, él lo sabía.

—Me alegro, muchacha, porque no puedes llegar a Fresno. —Tomas se pellizcó el puente de la nariz, pensativo, como si le costara seguir hablando.

—Iba a darle la billetera al llegar a Fresno, lo prometo —lo miró suplicante. Hugh bufó ruidosamente y su padre lo fulminó con la mirada.

—¿De qué hablas, muchacha?

—No la escuches, padre, o te envolverá en sus artimañas hasta confundirte.

Sin querer saber lo que ocurría entre ellos dos, y comprendiendo que su hijo sí llevaba varios días confuso, Tomas decidió ignorarlos y les relató lo que ocurría. Frank se había puesto en contacto con Jeff, a través de la radio, y este lo había comunicado con el helicóptero. Diana estaba en peligro y no debía salir del valle.

—¿Peligro? —repitió Hugh sin comprender—. ¿Qué clase de peligro?

Ella apretó los labios y contuvo la respiración.

—No me ha dicho nada más. Había muchas interferencias y quedamos en que al llegar aquí, nos lo explicaría.

Nadie dijo nada.

El estridente sonido del teléfono rompió el silencio y el *ranger* contestó, mientras padre e hijo se adelantaron un paso.

—Es para usted, señorita. —El muchacho le entregó el auricular.

—¿Frank? —Apenas le salían las palabras.

—Diana, gracias a Dios que te localizo —su voz sonaba aliviada—. Escucha, Richard Wildman pretende ir a buscarte a Fresno y después lo hará al valle.

—Por eso me retienes aquí, para que no pueda huir —replicó pasando del miedo a la furia—. Me has vendido otra vez, maldito cabrón.

Tomas y Hugh la miraban con fijeza, sin perderse ni una palabra.

—No, no es así, pequeña. Fui a verle a su casa, dispuesto a decirle lo que te había ocurrido, pero no lo hice. Hay cosas que no comprendo en este asunto entre Richard y tú, pero no puedo seguir con esta farsa y he decidido ayudarte.

—Encerrándome no lo haces, Frank. —Su voz tembló.

—Deja que te explique, Diana. Richard desconfía de mí. Estoy seguro de que en cuanto salí de su casa, llamó al puesto de guardia del valle y se enteró del accidente y de que hoy serías trasladada a Fresno. Sabes que es un hombre de recursos.

—Y, ¿por qué tengo que creerte ahora? ¿No se supone que me entregarías a él en el hospital? Hace años que eres su sicario. ¿Por qué ahora sí, y antes no?

—No me juzgues, Diana, no lo hagas.

—¿Acaso no lo hiciste tú conmigo?

Frank guardó silencio y ella se quedó mirando a los tres hombres que escuchaban con atención.

—Solo quiero ayudarte y, hasta que pueda conseguir un lugar seguro para ti, es mejor que permanezcas en el valle. No permitiré que Richard vuelva a encontrarte, ni tampoco quiero que seas siempre una fugitiva.

—Ahora crees en mí. —Casi no se le llegó a oír de flojo que habló.

—Nunca dudé de tu inocencia, pero tú y yo sabemos que Richard oculta mucho más de lo que tú callas, ¿o no? Tienes que comenzar a hablar, Diana.

—Él no me dejará en paz nunca.

—Deja que me encargue yo de eso, ¿de acuerdo?

—No lo sé.

—Mira, Diana, Jeff me dijo que en unas horas estaréis incomunicados otra vez, que puede que este nuevo temporal dure unas semanas, y te prometo que en ese tiempo buscaré una solución. Pero necesito respuestas.

—Yo no las tengo.

—Es importante que recuerdes aquella noche y que seas sincera, como yo lo estoy siendo contigo.

—Lo... intentaré.

—Diana, aquella noche, la del asesinato, ¿pudiste verle la cara al asesino?

—No. —Lo dijo con tanta seguridad que él murmuró una maldición.

—Pero sabes quién lo hizo, ¿verdad, pequeña?

Diana guardó silencio por unos segundos interminables.

Miró a Hugh, cuyas pupilas trataban de taladrarle el cerebro para intentar colarse en sus pensamientos, y después a su padre que, con el ceño fruncido, no dejaba de cabecear.

—Sí, tengo una prueba.

Frank suspiró ruidosamente.

—Bien, pásame con Hugh, por favor. Y recuerda esto: nunca más estarás sola.

Ella no dijo nada, le entregó el auricular al montañero, y salió al exterior escoltada por Tomas y por el *ranger*.

—¿Qué ocurre, Frank? —Su tono impaciente lo delató—. ¿Qué es todo eso de que ella debe quedarse en el valle?

—Tranquilízate, hermano, necesito tu ayuda... otra vez.

—¿De qué se trata? Te noto a ti más nervioso y preocupado.

—Lo estoy —suspiró profundamente—. Tienes que llevarte a Diana a algún lugar seguro, Hugh. Y es muy importante que solo Jeff y papá sepan dónde localizarlos.

—¿No me jodas, Frank? —bramó incrédulo—. ¿Qué ha robado? Porque Diana es una ladrona, ¿lo sabías?

—Sí. —Solo fue un susurro.

—¡Vaya! De modo que lo sabías. —No pudo evitar su asombro—. Y, ¿de dónde la has sacado? ¿De Lynwood, como dice Roxana?

—Sí.

—¡Vaya! —Esta vez solo exclamó y no dijo nada, por si acaso acertaba.

—No puedo explicarte nada más.

—Se trata de ese hombre al que ella está encubriendo, ¿verdad? Ese tal Dick.

—¿Cómo sabes tú eso? —No podía creer que su hermano supiera más que él.

Hugh le relató la forma desesperada en la que Diana suplicó a alguien llamado Dick que la sacara de la grieta y cómo le acusó de haber cometido un crimen.

—¿Estás seguro de que ella lo acusó de un asesinato?

No podía ser verdad, pensó Frank, ella había declarado en un segundo lo que había callado durante seis años. Y sus sospechas, desgraciadamente, se confirmaban.

—Frank, cuando alguien está cercano a la muerte, ve las cosas desde otra perspectiva —le aseguró Hugh con vehemencia—. Ella dijo algo así como: sácame de aquí, Dick, nadie sabrá que tú la mataste.

—No puede ser... —La pequeña posibilidad que dejaba libre de cualquier sospecha a Wildman moría con aquella declaración.

—Ese hombre es el mismo del que estaba huyendo cuando tú la trajiste, ¿no es así? ¿En qué estás metido?

—Todavía no estoy seguro, pero no tardaré en averiguar la verdad. Mientras tanto, Hugh, tienes que cuidar de Diana. Prométeme que lo harás.

—Sabes que lo haré. —Su voz grave no dejaba lugar a dudas.

Sí. Si Frank confiaba en alguien para protegerla en las montañas, era en Hugh.

—Lo sé, hermano, lo sé. No debes llevarla al valle, allí será el primer lugar donde él la busque.

—Estará incomunicado.

—No lo suficiente.

—El refugio del mirador podría servir —sugirió Hugh después de pensar.

—Demasiado fácil si se conoce el valle.

—¿De quién huimos, Frank? ¿Ese tal Dick conoce el valle lo suficiente como para adentrarse en él, estando incomunicado y cerrado?

—Es solo por seguridad. —No podía decirle que estaban hablando de su mejor amigo, de Richard Wildman, el que desde hacía años escalaba aquellas montañas con él y con Ronald, conociéndolas como la palma de su señorial mano. Todavía, no.

—Bien, pues tengo el sitio —decidió por fin Hugh—. Hay un refugio en la cara norte del Paso Tioga.

—La cueva del Oso Escalador, es cierto, nunca he estado.

—Casi nadie. Por su altura y sus paredes verticales permanecerá aislada más tiempo que el resto del valle. Ni siquiera el helicóptero podrá llegar allí, tendrán que lanzarnos víveres desde lo alto. Ese refugio solo lo conocemos papá y yo.

—Servirá. —Por fin respiró tranquilo.

—Ni siquiera se llama Diana, ¿también lo sabías? —Había olvidado decírselo.

—Sí, Hugh, su nombre es Diana Chase, de eso no te quepa la menor duda.

—Algún día tendrás que contarme qué está pasando.

—Espero poder hacerlo muy pronto, de verdad.

—Claro, si después de encerrarme con ella durante semanas, sigo con vida.

—Creía que os llevabais bien. Papá me dijo que os habíais hecho bastante amigos y que incluso bailaste con ella.

—Nuestro padre está algo senil, te lo aseguro.

Colgó el teléfono y se asomó por la ventana. Se fijó en Diana, estaba frente a la caseta de los guardas con aire ausente. Miraba al frente, hacia algún punto indeterminado del horizonte y no parecía importarle que comenzara a nevar. Su padre estaba hablando con uno de los *rangers* y un hombre con gesto afligido hacía girar un gorro de piel entre sus dedos, mientras otro de los guardas trataba de abrir el humeante capó de un coche cubierto de nieve.

Sin perderla de vista, llegó hasta el grupo de hombres, donde uno de los *rangers* estaba sugiriendo a su padre que podrían alojar en el valle a aquel viajero que se había quedado atrapado a la entrada del mismo.

Hugh miró al hombre que no dejaba de maldecir por la inoportuna avería y dirigió de nuevo su mirada a Diana, que continuaba en el mismo sitio sin moverse. Se había quitado el gorro de lana, sus cabellos se estaban cubriendo de nieve y se iba a congelar como una pescadilla. En realidad, todo parecía importarle un rábano.

—Está bien —farfulló—, pero vámonos ya. Falta menos de una hora para que comience la tormenta. —Se alejó a grandes zancadas del grupo.

Capítulo 19

El helicóptero se zarandeó en el aire cuando una ráfaga helada lo golpeó en la cola. Ascendió un poco más y Diana apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos al sentir cómo se le encogía el estómago. Hugh estaba sentado a su lado y, a pesar de que no podía verlo, sentía su mirada clavada en ella. Estaba segura de que Frank se lo había contado todo. Por eso sus atractivas facciones estaban tensas, sus analíticos ojos grises la sentenciaban sin parpadear y su boca mantenía un rictus inflexible.

No es que le afectara lo que la gente pudiera pensar de ella, nunca le había importado su pasado. Al único que pareció inquietarle sus orígenes fue a Dick y eso siempre le dio ventaja sobre él. Jamás fueron vistos juntos en ninguna parte. Salvo por un par de personas, nadie supo de su extraña relación.

Seguramente, por eso le fue tan fácil olvidarse de ella.

Sin embargo, cuando llegó a Yosemite, Diana ocultó que era una presa acusada de asesinato, pero lo hizo por seguridad, para tener la certeza de que podría escapar y no levantar sospechas. En Lynwood era todo lo contrario, algunas internas solían mirarla con recelo, con la admiración que provocaba el miedo, y así aprovechaba la distancia que guardaban con ella para su propio bienestar. Cuando le quitó a Hugh la cartera, imaginó que él comprendería su necesidad de salir del valle y, aunque un robo no podía justificarse, esperó que él lo hiciera.

Una asesina no tenía justificación.

En las dos semanas que había convivido con él, lo había estudiado de lejos y había aprendido a conocer un poco a aquel hombre que podía ser agresivo como un oso y que al mismo tiempo se mostraba tierno con su familia, con sus amigos, incluso con ella. Ahora que Frank le habría contado la verdad, estaba segura de que Hugh no volvería a estrecharla entre sus brazos, ni a llamarla preciosa. Era absurdo cómo su voz suave y ronca podía amansar su ira, desarmándola y haciéndole sentir vulnerable. Sí, era absurdo que después de saber que Dick estaba tras ella, y que era cuestión de días que la encontrara, solo se preocupara de lo que podía estar pensando Hugh en estos momentos; de las cosas horribles que pensaría sobre ella.

Él se movió en su asiento y Diana se replegó hacia el otro lado, chocando con el desconocido. Abrió los ojos y se fijó en sus dedos huesudos que estrujaban de forma nerviosa un gorro de piel. Tenía los nudillos enrojecidos y un corte en una mano. Al alzar la cara se fijó en su rostro colorado por el frío y en sus ojillos azules. El hombre le sonrió y ella regresó al lado de Hugh, pegándose a él.

—¿Tienes frío? —le preguntó pasando un brazo por sus hombros.

Ella negó con la cabeza y se apretó contra él. Tal vez Hugh todavía no la estuviera juzgando. Ojalá no lo hiciera.

—Me quedé atascado en la nieve —explicó el hombre al ver la mirada fija de ella en sus manos—. Tuve que remolcar el coche y me arañé con algunas ramas hasta que conseguí sacarlo.

—Ha tenido suerte de encontrarse con nosotros —intervino Tomas.

—Sí —sonrió frotándose las manos para entrar en calor—. La opción que me dieron los *rangers* fue la de quedarme con ellos hasta que pasara la tormenta. ¿Se imaginan? Seguro que habría tenido que dormir en alguna celda entre rejas. —Soltó una carcajada y Diana suspiró, abatida.

—No hay celdas en la caseta de los guardas —repuso Hugh molesto por el desafortunado comentario.

—Bueno, ya lo imagino. ¡Por cierto, su novia es muy bonita! —procuró regresar a un tono más cordial y su sonrisa fue más larga.

Diana esperó a que Hugh se burlara o que negara categóricamente que ella fuera su novia, pero no dijo nada y el hombre continuó con su monólogo.

Hugh miró por la ventanilla y divisó entre la niebla los focos que rodeaban el hotel. Sabía que tenían que darse prisa, la tormenta ya estaba comenzando y todavía tenía que llegar al otro lado del Paso Tioga. También tenía la duda de cómo se tomaría Diana la noticia de que tendrían que estar aislados y solos durante tanto tiempo.

Uf, aquello iba a ser muy difícil.

La rabia que sintió al pensar que ella volvía a estar en peligro fue tan cegadora que anuló las diversas formas que había imaginado de darle su merecido por ladrona. Pero ahora que la tenía junto a él, cobijada bajo su brazo, no podía evitar sentir una ternura indescriptible por ella. Se la veía tan vulnerable, tan asustada. Tan ávida de protección como un cachorro que se escondiera. Solo esperaba que esta fuera la verdadera Diana y no la huraña y desagradable mujer que se había mostrado ante todos los días anteriores. Claro que podía comprender aquella coraza dura con la que se protegía ante los demás. La cárcel era dura, lo sabía por Frank, y no conocía a nadie que no sufriera las consecuencias si había estado preso.

El helicóptero comenzó a posarse frente al hotel y Hugh supo que ahora vendría la parte más espinosa. Diana era hermética y complicada, incluso parecía avergonzada de lo que Frank le hubiera contado por teléfono, y si él no recuperaba su habitual control, ambos corrían peligro.

Diana no permitiría que nadie la mirara con ojos lastimeros, ni tampoco aceptaría palabras de consuelo por su oscuro pasado. Era demasiado orgullosa como para admitir que estaba herida y él sabía el modo al que mejor respondía aquella mujer. Lo había comprobado en numerosas ocasiones desafiándola, enfrentándose a ella y sin que se sintiera amenazada ni frágil. Ella se llamaba a sí misma Riesgo, él la llamaría Provocación, porque toda ella rezumaba conflicto.

Tomas se acercó a la joven y con gesto preocupado le tendió la mano para ayudarla a bajar. Hugh se interpuso entre los dos, resoplando.

—Vamos, padre, tenemos prisa y Diana no está inválida. Deja que ocupe sus manos en algo o tendremos que revisar el helicóptero por si le falta alguna pieza.

—¡Hugh! Podías ser un poco más amable. —Su padre no entendía nada.

—¡Eres un imbécil! —le gritó ella, saltando del aparato y enfrentándose a él.

—Pues siento decirte que tendrás que aguantar a este imbécil, tú sola, y durante un largo período de tiempo.

—¿De qué hablas? —Apretó los labios, como solo él sabía que hacía cuando estaba nerviosa.

—Nos marchamos a un lugar seguro. Al parecer tu amiguito conoce Yosemite. —La volvió hacia él y afirmó dando énfasis a sus palabras—: Tú y yo.

Ella miró a Tomas, que ya no salió en su defensa, y comprendió que era cierto. Se iban ellos dos solos.

—¿Te lo ha ordenado Frank? —Temblaba de frío y apretó los dientes.

—Algo así... Tienes cinco minutos.

—¿Tengo que utilizar los cinco? —Le gritó, separándose de sus manos.

—Yo procuraré que me sobran tres. —Su calma era pasmosa.

Dios, cómo debía de estar disfrutando. Diana se alejó farfullando hacia el hotel y Tomas se frotó la barbilla, intranquilo.

—Tratándola mal solo la enfurecerás.

—No más que consolándola.

—¿Crees que podrás soportarlo, Hugh? —Tomas no estaba muy seguro.

—Me llevaré las bengalas por si tengo que pedir ayuda a los *rangers*. —Le dio una palmada a su padre en la espalda y comenzó a dar algunas instrucciones a los empleados que cargaban las provisiones.

Hasta Phil, el hombre que viajó con ellos al hotel, pareció sentir pena por ella cuando la vio subir al helicóptero acompañada del montañero. Y pensar que el pobre hombre creyó que eran novios. Ahora, mientras el aparato ascendía, estaba segura de que pensaría que la maltrataba, por la cara de disgusto que ella mostraba y la de estupefacción con la que él se quedó mirándoles.

Hugh tenía razón. La tormenta ya había comenzado y el helicóptero se zarandeaba en el aire a merced del fuerte viento helado. Cuando le entregó unas botas, cuyas suelas estaban erizadas de clavos y cuchillas, miró por la ventanilla y el pánico comenzó a agarrotarla. Hugh le dijo en tono urgente que no cargara ninguna mochila, que el piloto las lanzaría sobre el campamento y aquello la inquietó aún más.

Poco después, el helicóptero se posó en un saliente. Hugh abrió la portezuela, saltó al exterior y esta vez sí, le tendió una mano para ayudarla a descender. Más

bien, tiró de ella y la agarró en el aire, evitando que patinara en el hielo. Le enseñó cómo tenía que caminar con aquel calzado y, en pocos segundos, se sintió arrastrada de la mano, en un torbellino de hielo y nieve.

La visibilidad era nula, a pesar de que apenas era mediodía, y traspasaron una baliza naranja que indicaba el fin de algún lugar que había sido transitable. A medida que avanzaron, el terreno se fue haciendo más abrupto. Hugh tiraba de ella, buscando las zonas donde sus pisadas fueran más firmes y seguras. Ascendieron por un estrecho corredor que debido a su verticalidad terminó por convertirse en un tubo de hielo y, dado el riesgo que entrañaba continuar por allí, optó por dirigirse hacia la arista. Diana resbalaba continuamente, a pesar de que las botas se agarraban y mordían el hielo, estaba cansada por el esfuerzo, le dolían los músculos de las piernas y el frío era insoportable.

—No puedo más —vociferó, dejándose caer sobre las rodillas.

—Ya falta muy poco, lo estás haciendo muy bien.

Él tiró de ella y la animó, dándole un apretón en la mano.

En realidad, lo estaba haciendo mejor que muchos escaladores que habían presumido ante él de expertos en zonas menos escabrosas y sin un temporal complicándoles el ascenso.

—Venga, Diana, vamos. —La levantó de otro tirón—. ¿Qué eres? ¿Una mujer o una gallina?

Aquella pregunta le heló el alma. Volvió a tropezar y él la arrastró para impedir que se deslizara cañón abajo; la condujo hasta el abrigo de una roca donde con alivio se refugiaron del viento que les arañaba el rostro, y ella le gritó con lágrimas en los ojos.

—¡Soy una gallina! ¡Soy una gallina!

—¡Y una mierda! —le sujetó la cara para que lo mirara.

—Me rindo, no puedo seguir huyendo más... estoy cansada.

—La Diana que yo conozco no se rinde nunca. —Le aprisionó la cara congelada entre sus manos enguantadas, buscó la confirmación de sus palabras en sus ojos oscuros e insistió con un bramido que cortó el viento—. ¿Me oyes? La Diana que yo conozco lucha con uñas y dientes. ¿Está claro?

Ella lo miró con fijeza entre sus pestañas congeladas y afirmó con vehemencia, tragándose el miedo y el agotamiento. Las palabras de Hugh y la confianza que tenía en ella le insuflaron una nueva dosis de adrenalina. Se agarró con las dos manos a la de él, apretó los dientes, y comenzó a clavar las suelas de sus botas en la nieve cristalizada. Por fin, consiguió seguir una marcha fija que él marcaba: un pie y después otro, derecha, izquierda...

A los pocos minutos Hugh le señaló al frente, donde la roca congelada formaba un recodo y la vegetación crecía como por gracia divina, porque allí era imposible que viviera algo por sí solo. Como si surgiera de la montaña, divisó una caseta. Estaba medio sepultada por la nieve y mientras ella se apoyaba en las rodillas para

tomar aliento, él golpeó con su hombro la puerta hinchada, abriéndola de par en par. Estaba oscuro en su interior, pero al menos allí el alarido del viento se amortiguaba y la sensación de mordedura que sentía en las pocas partes de piel que llevaba descubiertas, se convirtió en una quemazón insoportable.

Afortunadamente, el lugar estaba dispuesto para su uso inmediato, aunque por su aspecto se notaba que hacía años que no se había usado. Diana comprendió lo importante que era revisar todos los refugios de la zona periódicamente y la razón del trabajo que Jeff y Hugh llevaban a cabo en invierno. No quería ni imaginar lo que sería de un escalador perdido en aquel infierno blanco y que al llegar al refugio no encontrara otra cosa que más hielo y frío.

Richard Wildman supo que había sido burlado cuando después de varias horas esperando frente al hospital, Frank no apareció y Diana tampoco. Furioso, tecleó el número de teléfono del trabajador social, por décima vez, y nadie contestó. Después, llamó a uno de los *rangers* que tenía como contacto en Yosemite y este le confirmó que la joven había sido trasladada, con Hugh Malloy, a un lugar desconocido del valle.

¿Pero qué se creían los Malloy? ¿Nadie le tomaba el pelo a un Wildman!

El elegante deportivo azul metalizado derrapó en la entrada del hospital y entre una nube de polvo blanco salió a la carretera. Debió de imaginarlo cuando Frank se presentó en su casa y olvidó contarle que Diana había sufrido un percance, como le dijo el *ranger* al que él interrogó por teléfono. «¡Un percance!», golpeó el volante enojado y tomó la carretera que lo conducía directamente hacia Los Ángeles. Quedar atrapada en una grieta congelada sería un percance para personas acostumbradas a la escalada, pero no para Diana.

Se maldijo a sí mismo por estúpido, por creer que dejando a Diana en casa de los Malloy, aunque fuera contra su voluntad, se sentiría tan arropada por la familia que obraría el milagro de que volviera a confiar en la gente y en él.

Y al parecer se había equivocado. Mejor dicho, sus planes se habían distorsionado. Diana no solo se había quedado en el valle, sino que había influido tanto en los Malloy que ahora se habían aliado a su causa. Por si fuera poco, Hugh, su mejor amigo, la había tomado bajo su protección, escondiéndola en algún remoto lugar que jamás encontraría.

Tenía que localizar a Frank, le urgía saber qué cosas les había contado Diana y hasta qué punto podría fiarse de la situación. Por otro lado, el trabajador social había estado escarbando en la vida de Diana, haciendo preguntas por todas partes. Sus contactos le aseguraron que el hombre había visitado al primer novio que tuvo Diana, y que estuvo metiendo las narices por el barrio marginal donde ella creció y enseñando fotografías a todo el mundo.

No podía consentir que Frank Malloy siguiera investigando por su cuenta. No llevaba seis años soportando la carga de un secreto para que ahora cualquier aprendiz de detective lo sacara todo a la luz. Seis años con un crimen a cuestas y sabiendo que una inocente estaba pagando por confiar en él. Y no lo iba a consentir.

Sabía que sacar a Diana de la cárcel había sido un error, que las cosas nunca podrían volver a ser como en el pasado. Sí, fue una equivocación pensar que ella confiaría en él y que, por fin, le contaría lo que durante tanto tiempo estuvo callando.

Aunque su declaración significara que todo su mundo se desmoronara como un castillo de naipes. Si ella dijera lo que vio aquella noche, él no lo negaría y aceptaría la verdad que durante tanto tiempo trataba de ignorar.

Capítulo 20

Diana terminó su humeante taza de chocolate, se arrebujó entre las mantas, y se dedicó a contemplar a Hugh mientras él apilaba más troncos junto a la chimenea. Su cabello negro estaba mojado y despeinado, se salía de su gruesa cola de caballo y caía sobre sus hombros. No dejaba de trajinar y ella seguía sus movimientos sumida en una extraña sensación de sopor, a causa del cansancio físico y el calorcillo que desde hacía un rato se había instalado en su nuevo hogar.

Desde que llegaron al refugio, él no dejó de trabajar. Se ocupó de encender varias lámparas de queroseno, avivó una enorme lumbre que ella creyó que incendiaría la caseta, y se preocupó por ella. Se sintió extraña cuando procuró que estuviera cómoda en el estrecho camastro y tapada hasta la barbilla con las mantas. Seca, abrigada y a salvo de la tormenta.

La ternura con la que la trató en todo momento le hizo olvidar los gritos y tirones con los que consiguió que llegaran al refugio, y cómo luego le ordenó que se desnudara y que se metiera en el jergón. Ella estaba casi dormida cuando lo vio salir al exterior, y casi anestesiada cuando regresó cargado como una enorme tortuga, con las mochilas y provisiones que habían lanzado desde el helicóptero, y que dejó en el centro de la cabaña.

Hugh la miró de reojo y, creyéndola totalmente dormida, rebuscó en su mochila y sacó algo de ropa más ligera y seca. Alzó los brazos, se quitó por la cabeza el grueso jersey mojado que se pegaba a su cuerpo y lo lanzó al suelo.

Ella admiró a la luz de las llamas aquellos músculos, hermosamente definidos, que se movían bajo su piel bronceada. Se giró hacia ella, de espaldas a la hoguera, recortando su esplendida silueta contra el fuego, sus brazos esbeltos, la gracia de sus caderas estrechas...

Por un momento, Diana se preguntó si él le habría puesto a su chocolate un poco del licor que fabricaba su padre, porque se sentía mareada y le faltaba el aire.

Los vaqueros, desteñidos y húmedos, colgaban con gracia de sus estrechas caderas marcando los perfectos muslos, sus largas y musculosas piernas. Levantó la vista y la mirada gris e intensa de Hugh, clavada en la suya, le hizo cerrar los ojos con fuerza.

—Creía que estabas dormida. —Comenzó a desatarse los cordones de las botas y ella meditó su respuesta.

Solo se oía el crepitar de las llamas.

—Este lugar es muy silencioso, demasiado sosegado para conciliar el sueño.

—Bueno, como no tenemos televisión, puedes seguir mirando cómo me desnudo. Seguro que te resultará más gratificante que escuchar durante horas esos programas de teletienda con los que sueles dormirte.

—La verdad es que sí.

Él pareció ligeramente divertido.

Descalzo, con los pantalones flojos y metiéndose una camiseta por los brazos, se acercó a la mesa y se sirvió una taza de chocolate. La prenda de color gris se ajustaba a su amplio pecho y resaltaba sus hombros.

—Me alegra saber que poco a poco nos vamos entendiendo. Pasaremos bastantes días juntos y además de dormir y comer no tendremos mucho más que hacer que observarnos el uno al otro. Además, así los dos estaremos desnudos y calientes en esa cama.

—No estoy desnuda, llevo ropa interior... —Y una camiseta de tirantes, pensó a la defensiva.

—No importa, podré soportarlo. Tengo curiosidad por saber cómo te sientan esas prendas tan femeninas que sueles usar.

—No pienso acostarme contigo —le advirtió Diana con voz ronca.

—¿Acostarte de acostarte, o acostarnos de acostarnos? —La miró con la taza en la mano, como si no comprendiera la diferencia entre los dos términos.

Ella se encogió de hombros y le dio la espalda, procurando taparse bien con las mantas. Por el calor que sintió en las mejillas, juraría que se había sonrojado como una quinceañera, pero jamás lo reconocería ante alguien tan vanidoso como Hugh. Lo último que necesitaba era que su ego varonil se inflara tanto que terminara explotando y salpicando testosterona por toda la cabaña.

Hugh se terminó la bebida, se quitó los pantalones, y le dio una palmada en el trasero, para que le dejara espacio en el camastro. Ella se replegó hasta la pared amarillenta y supo el momento exacto en el que él se tumbó a su lado porque el colchón se hundió bajo su enorme cuerpo. Los muelles crujieron doloridos, realmente pareció que la cama no soportaría el peso de los dos, y Diana trató de agarrarse a las mantas para no escurrirse hacia el hoyo que se formaba en el centro.

—¡Ah! ¡Esto es otra cosa! —suspiró Hugh, acomodándose—. ¡Qué calorcillo!

Con una pierna la atrajo hacia él y se sintió succionada. Con el corazón acelerado y la sangre corriendo más rápido en sus venas, contuvo la respiración y trató de estirar al máximo su camiseta que se enrollaba en sus caderas.

—No estoy acostumbrada a... a que se invada mi espacio. —Se quedó tiesa como una estaca, entre sus muslos cálidos y fuertes. Con las nalgas apoyadas en su regazo.

—Tendremos que remediarlo. —Su voz sonó en su espalda, serena y adormilada, seguramente por el efecto sedante de la bebida caliente y el esfuerzo físico de todo el día—. Abrazarse ayuda a quitarse todos esos prejuicios que tienes dentro.

Se apoyó en ella, de forma que pudiera sentir su erección contra la parte baja de su espalda, y respiró ruidosamente contra su cuello.

Diana estaba sin aliento, se giró con esfuerzo, quedando frente a frente y pensando demasiado tarde que había sido una mala idea. Él la rodeó con sus brazos y suspiró, satisfecho.

—Hablo en serio, Hugh, no me gusta que la gente me toque, ni tampoco estoy acostumbrada a dormir con nadie.

—¿Eres virgen?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—¡Claro que no!

—¿Estás casada?

—No, por supuesto que no. —Totalmente desconcertada, apoyó las manos sobre los músculos de su pecho y trató de separarse.

—Bien, entonces no tenemos nada que temer. —Y cerró los ojos.

—¿A qué te refieres? —Estaba llena de dudas y su cercanía, su aroma, su calor la aturdíán y no le permitían pensar con claridad.

Él levantó los párpados como si le costara mucho trabajo y sonrió.

—Ahora estoy muy cansado, Diana, pero te aseguro que en un par de horas me tendrás preparado y podré despejar todas tus dudas.

—Pero...

—No puedo prometerte nada —dijo poniéndole un dedo sobre los labios—. Pero lo que tenga que ocurrir, entre nosotros, ocurrirá.

—No necesito tus promesas. Y no ocurrirá nada, ¿qué te has creído?

El enojo crecía en ella mientras se miraban el uno al otro. Ella quisquillosa, salvaje y extraña. Él cansado, adormecido y pacífico.

Diana no sabía hacia dónde mirar. Si lo hacía al frente, veía su pecho y olía el aroma que desprendía. Era una fragancia a hombre, a seguridad y a fuerza que la excitaba. Mirar al techo era incómodo y doloroso. Si se acercara más, tendría la posición justa para poder colocar su mejilla contra la suya, como si fueran una pareja...

«¡Una pareja! ¿En qué estás pensando?», se recriminó apartándose de él y quedando empotrada contra la pared.

Hugh soltó un suspiro tembloroso y entrecortado. El siguiente resoplido fue apagado y contra su frente.

—¡Serás idiota! —le empujó, enfadada—. ¡Te has dormido!

No podía creer que él ignorara la situación en la que estaban y se pusiera a roncar tan tranquilo. Ella no podría hacerlo ni en un millón de años.

Las llamas del fuego dibujaban siluetas anaranjadas que danzaban sobre ellos y se movían sobre las paredes descoloridas. La respiración pausada de Hugh contra su cara le provocaba una sensación relajante y apaciguadora, aunque no ocurría lo mismo con su cuerpo cálido y fuerte que envolvía el suyo. Él estaba caliente por el esfuerzo de haber estado trabajando en la cabaña, y su aroma y la proximidad de su cuerpo la hacían sentir confusa. No era la primera vez desde que le conocía que

Diana sentía su vulnerabilidad bajo la fuerza de él. Ella se movió, su pierna rozó la piel desnuda de él y gimió como si la hubiera acariciado. Pero ¿cómo podía un hombre dormirse, tan tranquilo, mientras lo sentía cada vez más duro contra su pelvis? ¿Sería así de grande por naturaleza? Porque el hecho de que ella también estuviera medio desnuda no parecía afectarle lo más mínimo. La tentación de averiguarlo por sí misma la hizo gemir otra vez. ¡Dios! Se estaba excitando solo de pensar en cómo sería él cuando... se sintiera motivado.

Diana sacó una mano de entre las mantas y, para distraerse, recorrió con los dedos el contorno de su cara. Dormido, el rostro de Hugh perdía su habitual tensión. Un mechón de cabello oscuro caía sobre uno de sus pómulos y ella lo retiró con cuidado de no despertarlo. Una sombra de barba incipiente acentuaba las líneas de su barbilla y las siguió como si recorriera un sendero por su piel. Era muy guapo y tentador cuando estaba dormido y relajado. Aunque si lo pensaba bien, era atrayente en cualquier estado de ánimo, incluso enojado.

Levantó el borde de la manta, con cuidado de no despertarlo, y se deleitó con la visión de sus poderosos muslos abrazándola por las caderas. La rodeaba como si estuvieran haciendo el amor y el bulto de su erección le quemaba a través de las prendas íntimas. Se fijó en cómo los calzoncillos ceñidos y prietos se amoldaban a un culo perfecto y duro, y sin darse cuenta se abanicó con la mano y soltó una carcajada nerviosa. Hugh se removió y dijo algo ininteligible y ella se rio otra vez, pensando en que a él no le haría mucha gracia que se aprovechara de su indefensa desnudez.

¡Hala!, pues lo sentía.

Recorrió con los dedos el contorno de uno de sus muslos y fuertes nudos de músculos se apretaron bajo ellos. Su respiración tibia le acariciaba la frente y le hacía cosquillas. Deseaba fundirse con él y derretirse entre sus brazos.

Sin darse cuenta, Diana había pasado de la frialdad con la que lo trataba a disfrutar acariciándole. Aunque tenía que reconocer que él se lo había buscado. La había ofendido desde el primer momento en que la había conocido, también la había desconcertado con sus besos y sus caricias, y ahora era el momento de su excitante venganza. Desde luego, esto era mucho mejor que escuchar la televisión para combatir su miedo a la oscuridad. Hugh, como siempre, tenía razón.

Casi no se conocían, pero él parecía entenderla muy bien. Se anticipaba a sus necesidades, se preocupaba por ella y le daba su protección sin pedirle nada a cambio. Y, sobre todo, respetaba sus sentimientos como nadie lo había hecho, sin exigencias, sin condiciones. Sin estúpidas y falsas promesas de amor.

Con la punta de los dedos alcanzó su entrepierna, donde el vello se espesaba, y topó con el enorme promontorio de su sexo.

¡Por Dios! Aquello no podía ser natural.

Se mordió los labios y se negó a reconocer que cada vez estaba más excitada. Aunque su corazón latía frenéticamente se dijo que era la adrenalina del ascenso al Tioga, no la idea de querer sentir aquella erección entrando en ella. Decidida, con el

deseo enroscándose en su interior y con descaro, plantó su mano abierta sobre la enorme erección que se salía por el borde del calzoncillo. Era ancha, larga y latió contra la palma de su mano.

Diana supo que aquello era el colmo de la excitación y, con un gritito, apartó la mano como si se hubiera electrificado. Se tapó la boca, entre risas apagadas, y procuró controlarse. Se giró entre sus muslos, tratando de ignorar que volvía a estar en su regazo y con su miembro empotrado contra sus nalgas. Inspiró un par de veces por la nariz y trató de pensar en el frío que hacía afuera, en el aullido del viento azotando la montaña, en la nieve helada que cubría todo el valle... Aun así, el deseo seguía palpitando en cada parte de su cuerpo, pero, por primera vez en mucho tiempo, se sintió alegre y feliz.

Por fin, gracias a Dios, Diana dejó de moverse y de torturarlo.

Se había dormido.

Hugh se humedeció los labios y se sopló los mechones que caían sobre su frente sudorosa. Cuando se despertó sobresaltado y comprobó que ella estaba explorando y conociendo su cuerpo, no se lo pudo creer. Hubo un instante, en el que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no delatarse, pero consiguió que ella no se diera cuenta de que estaba disfrutando de sus caricias. Su primer impulso fue rodar sobre su precioso cuerpo desnudo, arrancarle aquella ropa interior de diseño que le volvía loco, y penetrarla hasta que ella le suplicara que parara.

Ahora, no solo tenía una dolorosa erección, sino que estaba seguro de que no podría conciliar el sueño.

No supo cuanto tiempo llevaban durmiendo, cuando un ronco jadeo le sacó del sueño. Diana se agitaba en sus brazos, forcejeando con él y tratando de escapar de su lado.

—¡No!, por favor. ¡No me dejes aquí! —gritó con todas sus fuerzas.

—Diana, solo es un sueño. —La zarandéo tratando de calmarla.

—Un sueño... —jadeó sin aliento.

—Sí, una pesadilla.

—No puedo más... —Su pecho se agitaba como si le faltara el aire—. Necesito salir de aquí. —Se escabulló de sus manos y trató de huir de su lado.

—Déjame ayudarte, solo ha sido un sueño. Regresa a mi lado. —Y estiró una mano hacia ella.

—¡No me toques!

—Pero estás temblando. Déjame...

—No. —Se apartó violentamente de él—. Lo siento, Hugh, no puedes.

Saltó de la cama tropezando y comenzó a buscar sus botas por el suelo.

—Déjame ayudarte —le rogó—. Déjame...

—No lo entiendes, maldita sea, nadie puede ayudarme.

—¿Por qué dices que no puedo ayudarte? —preguntó con suavidad—. ¿Acaso permites que me acerque lo suficiente como para intentarlo? ¿Le dejas a alguien que te ayude, alguna vez?

—No lo sé. Lo siento. —Se puso los pantalones, las botas sin acordonar y, ante la atenta mirada de él, se envolvió en una manta.

—¿Adónde vas? —La miró sin comprender. La cama crujió cuando él se levantó.

—No lo sé —repuso en medio de un sollozo.

—Vas a quedarte aquí, conmigo. Estás loca si crees que puedes cruzar el paso. —Extendió un brazo y la sujetó.

—¿Loca? —Le golpeó en el estómago—. Sí, debí de estarlo cuando accedí a venir al culo del mundo contigo. —Echó un vistazo a su magnífico cuerpo medio desnudo y se alejó, furiosa.

—Bien, pues te acompaño. —Hugh se puso una bota tropezando con la ropa que había por el suelo y trató de meterse los pantalones por la misma pierna.

Diana abrió la puerta y el viento, frío y cortante, le obligó a arrebujarse en la manta y a retroceder hacia el interior. Era media tarde y una temprana oscuridad había caído sobre el valle. La fina lluvia era arrastrada con cada ráfaga y comenzó a blanquear el suelo de madera del refugio. Comprendiendo que la idea de ir a algún sitio era absurda, cerró la puerta y buscó algo donde sentarse. Hugh, que había conseguido ponerse los pantalones y la otra bota, sacó un taburete y ella se dejó caer en él, lentamente. Después, la arropó con la manta y le frotó los hombros con las manos.

La penumbra y el silencio la habían confundido. Afuera, el aullar del viento imitaba el ensordecedor llanto de un bebé... Las sirenas de la policía...

—Solo ha sido una pesadilla —repitió en un murmullo, solo para asegurarse.

—Y estás conmigo, Diana. —Se paró a su espalda y continuó deslizándose las manos por encima de la manta, colocando sus cabellos sobre los hombros para reconfortarla.

Ella disfrutó de ese gesto que apaciguaba sus temores, al menos de momento.

—Un día confiarás en mí, Diana. Comprenderás que yo no soy como ese hombre del que estamos escondiéndonos. Mientras me necesites, nunca te abandonaré. —Hizo ademán de alejarse y ella le sujetó las manos sobre sus hombros.

—El problema no eres tú, Hugh, soy yo —reconoció en un susurro.

No quería que se sintiera molesto con ella, ni que dejara de acariciarla con aquella ternura.

—Entonces confía en mí —le pidió colocándose de nuevo tras ella—. Necesitas apoyarte en alguien y ese alguien puedo ser yo.

Deslizó una mano grande entre la manta y la camiseta de tirantes y la ahuecó en su pecho sobre el sujetador. Ella gimió con la sensación de su palma contra su piel.

Incluso con el encaje del sujetador por medio, su mano resultaba abrasadora. Hugh sintió su estremecimiento y se dio cuenta de que la lumbre estaba casi apagada.

—¿Tienes frío? Soy un estúpido... —Retiró sus manos de ella, las frotó, sabiendo que debían de estar heladas, y se metió por los brazos un jersey.

Sin perder tiempo, murmuró algo entre dientes y comenzó a avivar el fuego. Diana aprovechó aquellos minutos para poner en orden sus pensamientos. Deseaba confiar en él, necesitaba contárselo todo, pero temía su reacción. No quería que sintiera lástima; no soportaría que el deseo que había visto en algunas ocasiones en sus ojos se convirtiera en compasión. O en algo peor, como podía ser el desprecio.

Ella nunca había conocido la seguridad, jamás había conocido la aceptación incondicional, y no estaba segura de lo que estaría dispuesta a hacer, o a dar, por las caricias de Hugh. Pero no tenía duda de que deseaba confiar en él. Era la primera vez que le importaba lo que otra persona pudiera opinar o sentir por ella. Por lo que ella era.

Recordó a su madre borracha y medio desnuda en la cama, oliendo a sexo y a alcohol, y diciéndole que los mejores sueños eran los más simples. Ella nunca entendió eso, hasta este momento. Lo único que deseaba era que Hugh le dedicara alguna de aquellas sonrisas sinceras e irresistibles. Sin exigirle lealtad a cambio, ni sentimientos que había aprendido a controlar bajo llave desde su infancia.

Cuando estaba sumido en sus pensamientos, como ahora, Hugh era un hombre enigmático, arrebatador. Sí, deseaba confiar en él. Y sentir sus manos acariciándola.

—Prepararemos algo de cenar. ¿Qué te parece? —Se giró hacia ella, sacudiéndose las manos en los pantalones—. ¿Ocurre algo? —Su cara pálida y asustada lo impresionó tanto que frenó sus pasos y frunció el ceño.

Diana supo que su mirada fija y penetrante la hacían transparente ante él. Como si de nuevo tuviera dieciséis años y fuera una muchacha desaliñada, necesitada y hambrienta. De repente tuvo la necesidad de contárselo todo, aunque él no volviera a preocuparse por ella, y en vez mirarla como si fuera a besarla, lo hiciera con aprensión y desconfianza. Como la estaba mirando en estos momentos.

—Creo que por una vez, tienes razón, Diana. —Sus palabras la golpearon tan fuerte que se levantó del taburete de un salto.

—¿A qué te refieres?

—No debí hacerle caso a Frank. No debí traerte al culo del mundo, sobre todo si no es lo que tú deseas. Deberíamos haber ido a Fresno, incluso el helicóptero podría haberte llevado a otro lugar donde ese hombre que te acosa no pudiera encontrarte. Cualquier cosa menos retenerte contra tu voluntad en un valle aislado, en un lugar perdido y con un hombre al que ni siquiera le permites que sea tu amigo.

Mientras le hablaba, ella se había ido acercando lentamente.

—¿Te arrepientes de haberme traído contigo? —Su voz fue un susurro.

—Es más que eso, Diana, me parte el corazón verte tan triste. No sé cómo ayudarte y te juro que me gustaría hacerlo.

Ella quiso decirle que ya lo estaba haciendo y, sin embargo, se quedó callada.

—¿Cómo te encuentras? —Deseaba tocarla, aunque solo fuera el contacto de las yemas de los dedos con aquellos adorables hombros blancos, pero no lo hizo.

—Bien, ¿por qué? —Alzó la barbilla, totalmente repuesta de aquel segundo de vulnerabilidad.

Hugh no sabía por qué lo había preguntado. Aquella mujer podía verse envuelta en un alud y seguiría diciendo que estaba bien, solo por no mostrar su debilidad.

—Porque yo he colocado todos los víveres mientras tú holgazaneabas en la cama y ahora te toca cocinar. —Se tumbó en el camastro, apoyó la espalda en la cabecera y la miró con descaro.

Si ella no cedía, él tampoco flojearía.

Capítulo 21

Anochecía cuando Frank decidió que había llegado el momento de pasar al bando de la ilegalidad, aunque el barrio más bien invitaba a salir corriendo de allí sin volver la vista atrás. Si hace unos años alguien le hubiera dicho que forzaría la entrada de una casa y que se comportaría como un ladrón, se habría echado las manos a la cabeza. Llevaba todo el día considerándolo y después de vestirse con ropas oscuras y un ridículo gorro que cubriera sus cabellos y sus facciones, para que nadie pudiera identificarlo, subió de puntillas las escaleras y con cierta facilidad consiguió entrar en el antiguo piso de Diana.

En realidad esperaba encontrar algo peor cuando iluminó el interior con la linterna. No había mucho mobiliario, pero las pocas cosas que encontraba a su paso parecían nuevas o poco usadas. Las paredes estaban desconchadas, las puertas eran viejas y las cortinas algo raídas, pero por lo demás no dejaba de ser un piso viejo, normal y corriente. Tenía la certeza de que allí no había vivido nadie desde que murió la madre de Diana y Richard se llevó a la joven a un apartamento, cerca de la playa. Pero algo en el ambiente le indicaba que aquel lugar no estaba deshabitado. Pasó a la cocina y, sin explicarse por qué, abrió el frigorífico. Esperaba encontrarlo vacío y que olera a humedad, como sería lógico en una casa donde no vivía nadie desde hacía muchos años. Sin embargo, la nevera estaba repleta de comida. Animado por el descubrimiento, continuó fисgando. No había mucho polvo sobre los muebles, entró en uno de los dos dormitorios y rebuscando en los cajones de una cómoda encontró diversas fotografías, documentos y algunas cartas amarillentas. Echó un vistazo al otro. La cama estaba sin ropa y el cuarto prácticamente vacío. Enseguida supo que aquel era el lugar exacto en el que, supuestamente, Diana asesinó a su víctima. Pudo imaginar a la mujer degollada sobre la cama y a una muchacha en estado de conmoción a sus pies, llamando a Dick, desesperadamente.

Un ruido en el exterior le hizo apresurarse, apagó la linterna, y se dirigió hacia la salida; pero en ese momento la puerta de entrada se abrió y tuvo que esconderse en el cuarto de baño. Un escalofrío le recorrió la espalda al imaginar a la madre de Diana tendida en el suelo, muerta por una sobredosis, con una jeringuilla en un brazo, y a su hija adolescente encontrándola. Aquella joven había sufrido en su niñez más atrocidades de las que se podían soportar.

Quienquiera que fuera la persona que entró en el piso, encendió la luz y se dirigió hacia uno de los dormitorios. Frank no supo qué hacer, por un lado tenía que

permanecer escondido, pero no podía quedarse allí toda la noche. Tarde o temprano sería descubierto.

Habían conseguido recuperar aquella extraña armonía que abría un paréntesis en sus emociones. Diana calentó una lata de sopa y Hugh partió unos trozos de carne asada que su padre había añadido a las provisiones. Ambos trabajaron en silencio y perdidos en sus pensamientos, pero en un ambiente relajado y casi amistoso. En un momento dado, él sirvió dos copas de vino, añadió un par de leños al fuego y esperó a que ella sirviera la sopa para sentarse. Todo muy correcto y civilizado.

La pequeña cabaña se estremecía por el temporal, las ventanas estaban aseguradas con cerrojos y, aun así, el aullar del viento se filtraba por las rendijas. A pesar de todo, un enorme fuego ardía frente a ellos y la temperatura en el interior era lo suficientemente cálida y agradable como para que ambos vistieran ropa ligera.

—¿Cómo haremos para tener intimidad? —Le miró por encima de su copa.

Él sonrió de aquella manera que la hacía derretirse y entornó los ojos.

—Me encanta que me hagas esa pregunta.

—En serio, Hugh. —Ella procuró no responder a su sonrisa con otra—. Estamos encerrados en una caseta que tiene menos metros que mi celda en Lynwood.

Él se quedó mirándola durante un segundo, convencido de que aquella declaración se le había escapado por casualidad. Animado, volvió a llenarle la copa.

—No me mires así. —Diana se encogió de hombros y se llevó otra cucharada de sopa a la boca—. Ya sabes de dónde provengo, ¿verdad?

—Sí, Frank me contó... —buscó las palabras y ella movió la cabeza con censura.

—Sabía que ocurriría. —Apartó su plato y lo miró con fijeza—. Todo el mundo se retrae ante una convicta.

—¿Por eso guardas tu secreto? ¿Para que los demás no se sientan turbados a tu lado?

—Lo dices como si no lo creyeras. —Se sirvió una buena ración de asado y le ofreció la copa para que la llenara.

—El caso es si tú lo crees o no. Y quiero aclararte que yo no me siento incómodo ante una persona porque haya pagado sus cuentas con la justicia. Al fin y al cabo, eso forma parte del pasado. Todo el mundo puede cometer errores.

—No, todo el mundo no —aseveró convencida.

—Y ¿por qué me lo cuentas, ahora?

—Solo son miguitas, Hugh, nada más. Estaba pensando que hace un rato me advertiste de que pasaríamos mucho tiempo juntos y, además de mirarnos, el uno al otro, tendríamos poco más que hacer. —Se llevó un bocado de carne a la boca, cerró los ojos y paladeó con deleite el asado—. Tu padre es un excelente cocinero.

—¿Y?

—Tendré que pedirle que me pase esta receta.

—Sabes que esa no era mi pregunta. Creo que no estamos en la misma sintonía.

—Sí, lo estamos. Y el tema inicial es: ¿cómo pretendes que tengamos intimidad en un lugar tan pequeño? —Miró a su alrededor, observó el camastro, los estantes que había a un lado repletos de víveres y latas, un fregadero y algunos taburetes alrededor de la mesa que ocupaban—. Este refugio es ruinoso. ¡Ni siquiera hay un retrete! Al menos en mi celda tenía uno de acero inoxidable y Tessa, mi compañera, era casi tan grande como tú pero dormía en su propia litera.

—Supongo que no sería lo mismo dormir en la misma cama con Tessa que conmigo. Con ella no te divertirías explorando su cuerpo.

Diana dejó a medio camino el bocado que iba a engullir y chasqueó la lengua.

—Entonces... estabas despierto todo el tiempo.

—Al menos, el suficiente para saber que no te disgustaba lo que tanteabas bajo las mantas.

Diana meditó durante unos instantes, mientras masticaba, y repuso sin mirarle.

—No creas que hay tantas diferencias entre Tessa y tú: ella es grande y sus piernas son peludas, como las tuyas. En Lynwood le llaman Mayor.

—¿Era militar?

Diana soltó una carcajada y se atragantó al beber otro trago.

—¡Por la Osa Mayor!

Él estaba alucinado de ver lo que podía desinhibir un poco de vino a algunas personas. Diana se mostraba divertida, casi chistosa, y aunque sabía que el blanco de sus bromas sería él, no le importó, con tal de verla reír.

—Te voy a contar algo. —Hugh procuró adornar de misterio sus palabras. Ella se apoyó en los codos, sobre la mesa, y le pareció la muchacha más adorable del mundo—. Estoy cansado de que todo el mundo me compare con un oso, ¿sabes? Al final terminaré creyéndomelo. Mi padre insiste en que debo cortarme el pelo porque parezco un oso, aunque Roxana se opone porque dice que así estoy más guapo...

—Y es cierto —le interrumpió ella—, pareces un oso, pero un oso muy bello. A mí me gustas mucho.

Él carraspeó y le llenó la copa otra vez. Sabía que tenía otra botella por algún sitio, pero no recordaba dónde la había puesto.

—Continuemos: mi hermano Frank siempre se mete con mi tamaño porque me iguala con un...

—¡Oso! —le interrumpió ella otra vez, y soltó una carcajada—. ¡Y roncas igual que un oso!

—Eso no es cierto —fingió enojo y sonrió—. ¿De verdad ronco?

Ella afirmó con la cabeza sin dejar de reír.

—Sigamos, no solo es mi familia más directa la que se empeña en compararme con un oso Grizzly, porque algunos de mis amigos corrieron la voz en la universidad y allí me hice popular. Hasta mi madre decía que cuando era un bebé y tenía hambre gruñía como ellos.

—¿Fuiste a la universidad?

—Sí, en aquella época conocí a Ronald. Fueron buenos tiempos... —lo dijo con nostalgia.

—Me hubiera gustado ir a la universidad.

—Todavía puedes hacerlo —trató de animarla. Ella sonrió con tristeza y negó con la cabeza—. Bueno. —Hugh cambió de tema, apresuradamente—. Tarde o temprano tendré que decírtelo...

—¿El qué?

—El secreto de este refugio y que solo mi padre y yo conocemos. —Como imaginó, sus palabras consiguieron interesarla lo suficiente como para abandonar el desconsuelo que se había apoderado de sus ojos oscuros—. Verás, esta cabaña fue construida por mi bisabuelo cuando contrajo matrimonio. En aquellos tiempos el valle de Yosemite todavía no pertenecía al gobierno, escoceses y nativos indios poblaban las montañas. Mi bisabuelo era un rudo escocés y su esposa era la hija de un jefe indio llamado Gran Oso Trepador.

—¿De ahí vuestra afición a escalar montañas?

—Supongo que sí. El caso es que Gran Oso Trepador decidió hacer a su hija un regalo que nunca pudiera olvidar; algo de lo que solo mi padre y yo conocemos su paradero y que debe permanecer en secreto entre los escaladores Malloy, ¿me entiendes? Ni Frank ni Jeff han disfrutado jamás del regalo del Gran Jefe.

—¿Y qué es? ¡Me estás tomando el pelo como a una niña! Eres un peliculero.

—¿Eso crees? —Le ofreció una mano y ella aceptó—. Ahora tú también sabrás el secreto de los escaladores Malloy.

—Pero yo no soy... —Hugh la condujo hacia el único mueble que había frente a la chimenea y le pidió que le ayudara a empujar.

El mueble cedió sin mucho esfuerzo y ante ella se abrió una grieta ancha, del tamaño suficiente para dejarlos entrar. Hugh caminó delante, prendió un antiguo candil de aceite, y en unos segundos sus ojos se acostumbraron a la penumbra. La temperatura no era tan agradable como en la cabaña, pero tampoco tan gélida como era de esperar que ocurriera en el interior de una cueva.

—A mi bisabuela también le gustaba la intimidad, como a ti —le explicó conduciéndola al interior—. Por eso su esposo construyó su hogar justo a la entrada de una grieta profunda, en la cual corren manantiales subterráneos.

Diana rodeó lo que parecía una bañera natural, el vapor ascendía sobre su cabeza, y sin dudarle metió una mano en el interior.

—¡Está caliente!

—Pues claro, mi bisabuela no era tonta. Las aguas cálidas afloran por el fondo de la montaña, y surgen a través de las grietas con una temperatura bastante agradable. Además, como el agua siempre está en movimiento, se puede usar jabón sin problema. Podría decirse que hace muchísimos años, cuando este valle no era muy habitable, mis bisabuelos disfrutaban de los placeres de un balneario en su propia

casa. Luego llegó mi abuelo y construyó un poco más abajo un rudimentario, pero efectivo, retrete y cuando llegó mi padre... ¿Qué haces? —se quedó mirándola.

—¿Tú qué crees? —Se terminó de desnudar y quedándose en ropa interior se metió en la bañera—. ¡Ahh! Esto es fantástico —suspiró, hundiéndose en el agua caliente.

—Me alegro de que te guste. —Hugh encendió otro candil y lo colgó en la pared.

—¿A qué esperas, Gran Oso Escalador? Tu bisabuelo ya se habría desnudado.

Los minutos corrían demasiado despacio en aquel lugar. Frank estaba a punto de salir de su escondite, y enfrentarse a quienquiera que fuera la persona que trasteaba en el dormitorio de al lado, cuando el timbre de la puerta lo detuvo. Él no estaba hecho para aquellas aventuras, pensó secándose el sudor que cubría su frente.

Un murmullo femenino autorizó el acceso al visitante y la voz de un hombre llegó hasta él, clara y fuerte. Frank conocía aquella voz, se dijo asomándose por la puerta entreabierta. No podía creer lo que estaba pasando delante de sus narices.

—El trato era que nunca te pondrías en contacto conmigo —tronó la voz, después de un portazo—. ¿No has recibido tu pago mensual? ¿Qué pretendes, Janet?

—Saber lo que está ocurriendo.

—Estás muerta, ¿lo has olvidado? No tienes por qué saber nada. —Se paró de espaldas a Frank, aunque su voz, su altura y su impecable vestimenta que resaltaba sus potentes hombros no dejaban dudas sobre su identidad.

—No, no he olvidado que me obligaste a fingir que había muerto.

—¿Ahora te has vuelto melindrosa? Janet, sabes que no me engañas, nunca lo hiciste. Te pagué muy bien para que desaparecieras de este mundo.

—Y así poder quedarte con Diana... mi pequeña Didí.

—¡No seas ridícula! —Por el tono de su voz, Frank creyó que la abofetearía. Sin embargo, pudo ver como Robert Wildman la apartaba de un manotazo y se dirigía hacia el interior de la habitación, seguido por ella—. Jamás quisiste a esa niña, nunca te preocupaste por ella.

—Por lo menos, más que tú.

Frank supo que si abría la puerta sería descubierto, pero las voces se perdieron en la otra habitación y tuvo que decidir: o seguir investigando, aun a riesgo de ser descubierto, o escapar aprovechando que la entrada había quedado libre.

Decidido, salió del cuarto de baño y se acercó a la puerta del dormitorio.

—Y entonces, dímelo, Robert, ¿por qué ha desaparecido Diana?

—No lo sé. No tenía ni idea de que tu hija ya no estuviera en prisión. Eso complica las cosas.

—Sí, las complica. Hay un hombre que anda haciendo preguntas por el barrio. Un asistente social de la prisión.

—Sé quién es...

—Y luego está tu hijo. ¡Es repugnante!

—No metas a Richard en esto. —La voz se acercó peligrosamente a la puerta, tras la cual se escondía Frank.

—¿Por qué no? Sabes que él se ha llevado a Diana, debe tenerla escondida en alguna parte. Siempre la quiso para él, solo para él. Diana debería conocer toda la verdad, aunque ya sea demasiado tarde. ¡Qué asco!

—Mírate, Janet, sigues siendo la misma puta que conocí. Ni tu ropa cara, ni tu nuevo peinado ni tus joyas pueden disimular la basura que eres.

—Y tú sigues siendo el mismo energúmeno ricachón que me preñó a espaldas de su esposa, la cándida y dulce hija del alcalde Kane. Entonces, no te parecí tan inmunda. Solo reaccionaste cuando tu hijo se interesó por ella y bien que nos apartaste del mundo a las dos. A ella la metiste en prisión y a mí me obligaste a fingirme muerta. Incluso mi marido anda preso en alguna cárcel en el desierto...

—La avaricia rompe el saco, Janet, y tu marido y tú fuisteis codiciosos —le recordó él agarrando el picaporte—. De todas formas, lo de meter en la cárcel a tu hija no se me ocurrió a mí. Lo hizo ella solita.

—Diana no es una asesina. Tú y yo sabemos quién lo hizo.

—¡Mi hijo no es un criminal! —siseó amenazante.

—¡Diana también es tu hija!

—Eso será cuando hiele en el infierno.

El sonido de una puerta y alguien corriendo en las escaleras les hizo mirar hacia la entrada.

Diana estiró los brazos por encima de su cabeza y se desperezó de la forma más sensual que él había visto nunca. Llevaba más de una hora en la bañera y le estaba enloqueciendo. Su melena se había humedecido por el vapor que ascendía del agua y formaba ondas sobre sus hombros. Sus senos blancos, turgentes, brillaban bajo la luz tenue de los candiles y sus pezones prietos y rosados sobresalían del agua cuando se movía.

Estaba seguro de que ella no era consciente de lo que estaba provocando en él. Al fin y al cabo, había seguido su consejo: se había relajado y había aceptado su encierro en el refugio. Incluso, aprobó la idea de dormir juntos, aun a expensas de que él tuviera que despertar con una enorme erección. ¿No era lo que le había pedido?

Entonces, ¿por qué se sentía como un mirón?

La observó cerrar los ojos ante la agradable sensación del agua rodeando su cuerpo y procuró concentrarse en su fingida tarea. No había sido buena idea ponerse a apilar leños junto a la chimenea mientras ella se daba un baño, decidió enfadado. Cuando lo invitó a unirse a ella en la bañera, debió haber aceptado. Pero no, en vez de eso buscó cualquier excusa para salir de la cueva, y aunque el espacio seguía siendo reducido, a pesar de que ahora el refugio parecía algo más grande, se alejó

tanto como pudo. Su maldito sentido del deber, aquel del que tanto alardeaba su padre, afloró en el momento más inoportuno. Tuvo que recordarse que no estaba de vacaciones con aquella mujer. Un hombre demasiado listo, y que conocía el valle a la perfección, los estaba persiguiendo y él tenía que cuidar de ella. Además, sabía que una vez que la hiciera suya no la dejaría marchar. No podría soportarlo, para él, el dolor sería insoportable. Ya se lamentaba de haberse metido en la cama con ella, de hecho, había sido un verdadero suplicio estar a su lado sin tocarla; pero verla desnuda, enjabonada y sonrosada por el calor del agua...

Diana no paraba de hablar. Era como si de repente hubiera decidido que ya no quería seguir callada y tuviera que contar todo lo que al parecer había silenciado durante años. Hugh se pellizcó el puente de la nariz, miró a su alrededor buscando algo más que hacer y la vio acomodarse. Con aquella insolencia tan suya, se apoyó en los codos y echó la cabeza hacia atrás mientras reía. Primero una y después la otra, descansó las piernas al frente, en el borde de roca, y las flexionó al hundirse un poco más. El agua caliente y jabonosa resbaló por sus senos, por sus muslos...

Hugh se encontró de pie frente a ella, sin ocultar que le estaba volviendo loco de deseo, y mirándola como un ogro a punto de saltar sobre su presa. Trató de fijarse solamente en sus labios generosos y suaves, temblorosos en algunas ocasiones. Dulces, tentadores. Sus pómulos elegantes... Sus pensamientos no deberían descender de aquella parte de su anatomía. Al menos mientras ella solo deseara hablar, y hablar, y no fuera consciente de que él no la estaba escuchando en absoluto.

—... y Frank llegó a decirme que mi problema para relacionarme con otras personas era la consecuencia directa del abandono de mis padres y... bla, bla, bla. — Se fijó en cómo la miraba sin parpadear y se incorporó decepcionada—. No me estás prestando atención, ¿verdad?

—Deberías salir del agua. Has bebido demasiado y te arrugarás como una pasa. Llevas más de una hora en remojo —le advirtió con brusquedad y dándole la espalda.

Nada más decirlo se arrepintió de ello, pero al mismo tiempo se sintió aliviado.

—Sí, y ahora te toca a ti, ¡estás sudando como un cerdo! —repuso ella con la misma aspereza—. Y créeme, necesito beber mucho más para emborracharme. Mis padres ya me daban alcohol para que no molestara cuando era casi un bebé. No me asustan un par de vasos de vino. No eres mejor que ninguno de ellos, ni siquiera mejor que Dick.

Lo observó alejarse hacia la puerta, furioso.

¡Le odiaba por la capacidad que tenía de provocarla! Había sido una tonta al creer que las cosas entre ellos podrían ser diferentes. ¿En qué estaba pensando cuando le pidió que se bañaran juntos? Ya era bastante evidente que él disfrutaba imponiéndole sus normas, pero a la hora de la verdad, Hugh deseaba mucho menos de ella que ella de él.

¿Acaso no le estaba mostrando su pañuelo blanco? ¿No le estaba enviando pequeños mensajes de tregua? Al fin y al cabo, los prejuicios eran algo que no se

quitaban y se ponían como una máscara y, en cuanto ella comenzó a quitarse la suya, él retrocedió.

Cada vez más furiosa consigo misma, se aseguró de que él no estuviera en la cueva, salió del agua y buscó su ropa. Sí, de acuerdo, le había robado la cartera; le había insultado y humillado delante de su familia y de los huéspedes del hotel; también lo había utilizado para evadirse de la carga de sus pensamientos y de sus temores, disfrutando de sus besos y de sus caricias... pero también creyó que él lo había olvidado.

Hugh entró en la cueva con una toalla en las manos y la encontró de espaldas a él, rebuscando por el suelo. Le obsequió con la vista de su redondo y lujurioso trasero, sus largas y fuertes piernas, y su sedosa y delgada espalda... Y lo comprendió de golpe. No solo era deseo lo que sentía por ella, sino también un sentido del deber demasiado acentuado. Cuanto más fuertes se hicieran sus sentimientos, más consciente sería de que se estaba enamorando.

Entonces, ella se dio la vuelta y lo pilló mirándola estupefacto.

—Te he traído... —Le indicó la toalla y sin terminar la frase caminó hacia ella con los brazos extendidos.

—Gracias —le cortó sin más miramientos—, puedo hacerlo yo sola —replicó cuando él rodeó sus hombros y la atrajo hacia sí.

Diana no protestó mientras él la secaba entre sus brazos. Le pareció tan natural estar desnuda frente a él, que se sintió complacida de que aquello no hubiera cambiado entre los dos. Aunque vio algo en sus ojos grises que reclamaron cautela. Hugh parecía impresionado. Algo le rondaba por la cabeza y a ella se le escapaba, pensó alzando la cara para enfrentarse a él.

—Creí que querías ser mi amigo.

—Así es. Discutir contigo es agotador, nunca te cansas.

Aquello la suavizó un poco.

—Pues tienes una forma muy rara de demostrarlo.

—Lo sé, Diana. Siento mucho lo que te he dicho antes, de verdad.

—Casi me habías convencido mientras cenábamos. —Sus manos seguían secándola con fricción y ella se apoyó sobre su pecho—. Pero en cuanto comencé a contarte mi pasado...

—Estás confundiendo las cosas. —La agarró por los hombros y se separó para mirarla a los ojos—. Yo no soy así, créeme. Jamás he juzgado a las personas por lo que han hecho, o han sido, y mucho menos a ti.

—Pensé que tú eras diferente.

—Según con quién sea comparado... —Tensó las manos sobre sus hombros.

—Con todo el mundo, pero ya que lo dices y estás pensando en él, sí, diferente a Dick.

Hugh acusó las palabras como una patada en el estómago y se apartó de ella.

—Será mejor que te vistas o cogerás frío.

—¡No puedo creerlo! ¡Estás celoso! —Caminó tras él, que había ido recogiendo sus ropas desperdigadas por el suelo, y llegaron hasta la chimenea—. Estás celoso de un hombre al que ni siquiera conoces y del que me estoy escondiendo.

—Aún no, pero puedo empezar a estarlo. —Le dio la espalda, se quedó mirando las llamas, y ella le abrazó por detrás.

—No sabes lo que dices. —Apoyó la cara en su espalda y se apretó contra él.

—Yo creo que sí. —Se giró para hablarle y se miraron el uno al otro—. Debes amar mucho a un hombre para encubrir que es un asesino.

Ella negó en silencio y, alzando una mano, le retiró un mechón oscuro de la frente. Hugh cerró los ojos para sentir con más intensidad aquella breve caricia.

—Por eso cambiaste de opinión y ya no querías seguir cuidando de mí, ¿no es verdad? Porque piensas que si he callado todos estos años, me marcharé con él si me encuentra.

Diana tenía razón. La idea de que en unos días podría venir a por ella otro hombre, uno que al parecer tenía más derecho a ella que él, le aguijoneó el corazón.

—¿Y llevo razón al creer que lo harás?

—Sé que nadie cuidará de mí mejor que tú, ¿no te basta con eso?

—Demasiado odio por alguien puede ocultar otros sentimientos.

Diana le rodeó el cuello con las manos y le obligó a inclinar la cabeza hacia ella.

—Creí que ya no querías saber nada de mí —sonrió al hablarle—. Y resulta que es todo lo contrario.

Le miró a los ojos y encontró aquella mirada cálida que le aceleraba el corazón. Él se estremeció cuando sus dedos rozaron sus mejillas. Luego le acarició la mandíbula angulosa y grande que se contraía bajo la piel y supo que ella tenía el mismo poder para perturbarlo que él a ella. Su declaración de celos la había pillado por sorpresa y, de una manera extraña, se sentía feliz de importarle hasta aquel extremo. Jamás, nadie se había preocupado tanto por ella, ni siquiera Dick la había mirado de aquella manera.

Capítulo 22

La toalla cayó al suelo cuando él también enmarcó su cara con las manos. La energía sexual que vibraba entre ellos era palpable, densa. Diana estaba desnuda y vulnerable, como nunca jamás se había expuesto ante nadie, ante ningún otro hombre.

De nuevo, se sintió desinhibida. Libre y poderosa.

Lo rodeó con sus brazos y se mecía contra él, sus suaves curvas presionadas contra su cuerpo. Hugh enterró su cara entre los cabellos húmedos de ella e inhaló el aroma a jabón que tantos recuerdos le había traído de su infancia.

—No lo hagas, por favor. —La miró con suavidad y su voz sonó con aquella ternura que ella tanto necesitaba.

—¿Que no haga qué? —Sus dedos internándose bajo la camisa encendían fuego en su piel.

—Me confundes. Me enloqueces, Diana.

—Tú lo dijiste cuando estábamos en la cama: lo que tenga que pasar entre nosotros, pasará...

—Entonces, aún no sabía lo que estoy empezando a sentir por ti.

—¿Y qué es lo que sientes por mí? —Intentó disimular lo feliz que le hacía esa confidencia—. Sabes que no te convengo, Hugh.

Él la abrazó y ella no supo si se trataba de un gesto protector, de posesión, o una necesidad de cercanía. La subió en sus brazos hasta que su miembro excitado la oprimió entre las piernas, allí donde ella estaba más sensible.

—¿No lo ves? Entre nosotros está pasando algo, Diana. Muy fuerte, además. No me pienso retirar porque creas que no me convienes.

La recorrió con las manos, estrechándola contra él, y sintió que la respiración de ella se aceleraba.

—Quedó muy claro la otra noche, en el despacho de tu padre. Entonces estuvimos bailando, también bebimos como hoy, y nos besamos... —Sus frases salían entrecortadas. Las manos de él no paraban quietas.

Hacía mucho tiempo que ella no deseaba hacer el amor con un hombre. Ahora toda esa reprimida sexualidad se agitó a través de ella, deseándolo desesperadamente.

—Sí, y casi hicimos el amor. No podría olvidarlo —su voz sonó ronca—. Tampoco recuerdo que aclarásemos nada.

—Sí lo hicimos, Hugh. Te expliqué que podíamos tomar lo que deseáramos sin pedir nada a cambio. Sin ningún compromiso de por medio. Solo sexo.

—¡Vaya!, cualquier hombre se volvería loco con esa proposición. —El sarcasmo fue demasiado evidente—. Pero te olvidas de que yo no soy cualquier hombre.

Uno de los leños se partió en dos y el chisporroteo del fuego fue lo único que pudo oírse en el refugio.

—Por eso acepto tu amistad, porque eres diferente. Sin expectativas ni falsas ilusiones. Sin palabras de amor ni promesas absurdas. Sé todo lo que necesito saber acerca de ti.

—Eso no es justo y lo sabes.

Diana vio en sus ojos una expresión herida que ya conocía de otras veces.

Fue a decir algo más, pero ella no le dejó seguir. Se apoyó en sus hombros, se puso de puntillas y lo besó con pasión, provocándole con su lengua, acariciándole la espalda con las manos, pegando su cuerpo al suyo. Fundiéndose con él. Hugh la abrazó con tanta fuerza que casi la dejó sin respiración, mientras ella con dedos impacientes comenzó a desabrocharle la camisa. Él recorrió un muslo con el dedo, hasta alcanzar su entrepierna, y cuando la tocó, a Diana se le escapó un gemido de placer. Estaba húmeda, lista, y él a punto de explotar. Su cuerpo experimentó una dolorosa oleada de deseo. No había forma de razonar con la polla de un hombre. No en un momento como este. Ella lo era todo. Cuando la tenía en sus brazos no cuestionaba el poder que ejercía para vaciarle la cabeza de cualquier otro pensamiento.

Sus labios abandonaron su boca, se deslizaron lentamente por su cuello, dejando besos húmedos y blandos.

—Sueño contigo, Diana —la acarició—, o lo que sea. Incluso cuando estoy despierto, sueño contigo.

Su voz era suave, susurrante. La acariciaba con delicadeza, bajo sus demandas había un hombre que sabía ser generoso.

—Yo también he pensado mucho en ti —le confesó ella.

—Quiero que solo pienses en mí. Solo en ti y en mí...

—Tú y yo —susurró con voz aterciopelada.

Hugh era tierno hasta la locura y que le hiciera sentir aquella necesidad por él la transformaba en una mujer diferente. Pero ella tenía miedo de sentirse diferente, no quería volver a sufrir. Él la recorría con las manos y ella se arqueaba apretándose contra él. Sus respiraciones jadeantes solo eran interrumpidas por palabras sin sentido y el entrechocar de sus bocas. Todos los deseos que Diana había negado estallaron en una violenta explosión de libertad.

Impaciente, mientras él mordisqueaba sus labios y la conducía hacia la cama, comenzó a tironear de su jersey. Buscaba y encontraba, mientras su boca permanecía unida a la de él, y ambos perdían el control.

Hugh se deshizo de los pantalones, las botas ya las había pateado por el camino y gimió colocándose sobre ella. Algo salvaje crecía en su interior; parecía enloquecido, impaciente, igual que ella con aquella demanda desesperada. Recorrió su cuerpo

desnudo con las manos, tumbado sobre sus piernas abiertas, con el pecho presionando contra el centro de su cuerpo y ella lo miró fijamente mientras su ardiente boca le pasaba rozando el estómago.

Diana enredó los dedos entre sus cabellos oscuros, dejando que él la transportara lejos, muy lejos, con los remolinos de su lengua. Él alzó la morena cabeza y la miró durante unos instantes interminables, desde el momento que la había conocido no había deseado nada más que poseerla.

—Ahora, Hugh, ahora... —Con las manos aferradas a sus cabellos lo condujo hacia ella. Ardía de deseo por él, necesitaba sentirle dentro—. Hugh...

—¿Tan pronto?

—¿Te parece pronto después de seis años?

Él se arrastró sinuosamente, subiendo por su cuerpo y acariciándolo con su aliento. Ella se retorció bajo su peso, reclamándolo desesperadamente.

—Está bien, la próxima vez...

Diana gimió cuando él se deslizó dentro de ella. Cuando se hundió en su cálido interior, lo sintió estremecerse, oyó su gemido amortiguado contra su cuello y le oyó maldecir en un susurro. Se quedó quieto un momento, llenándola de él y esperando que se acostumbrara a su tamaño. Con otro suave empujón, se alzó sobre sus rodillas, gruñó agarrando sus caderas y, aunque luchó para actuar con gentileza, el instinto y la lujuria le gobernaron.

Ya no existía ningún control, respiraba fatigosamente en su oído y se movía al ritmo que ella exigía con la ondulación de sus caderas. Diana se arqueó susurrando incoherencias y se aferró a sus hombros como si quisiera que la devorara.

—¡Oh, Dios...! —gritó ella con respiración trabajosa.

Él gruñó de forma arrogante, atrapando uno de sus pezones en la boca, y siguió jadeando mientras embestía con fuerza, más y más, y más adentro. Quería gritarle que era suya, que no la compartiría con nadie, que le pertenecía. La lujuria que le invadió de solo pensar que la perdería, le enfureció tanto que siguió empujando con golpes fuertes, sin que no quedara un solo resquicio de ella que no estuviera lleno de él.

Diana apenas podía respirar por las demandas físicas de su cuerpo. Sin poder soportar tanto placer invadiéndola, supo que estaba al límite. Su cuerpo había despertado después de tanto tiempo y no podía parar. No quería parar. Jamás había experimentado sensaciones tan fuertes como las que le hacían perder la razón en ese momento. Su cuerpo comenzó a temblar y cerró los ojos con fuerza; ahogados gemidos salieron de su boca mientras toda ella se convulsionaba. Él comenzó a moverse frenéticamente, cada vez más profundo, y la espiral de sensaciones que crecía en su interior explotó con un último y certero empuje. Con un gemido, Hugh embistió totalmente fuera de control. No podía parar, no podía pensar, solo podía sentir que la estaba haciendo suya. Y entonces, ambos explotaron.

Diana sintió como la abrasaba por dentro, denso, caliente, y gritó su nombre mientras el placer se adueñaba de ella. Cada espasmo, cada ola estremecía alguna parte de su cuerpo y dejó de respirar para poder soportarlo.

Exhausto, Hugh la cogió entre sus brazos y la mantuvo contra su pecho. Sin duda había sido el mejor sexo de su vida, pensó apretándola tan fuerte que ella gimió muy flojito. Sus respiraciones todavía eran fatigosas y sus cuerpos estaban húmedos y resbaladizos.

Él procuró taparla con las mantas y ella se acurrucó contra él.

—Me hubiera gustado que durara un poco más —le dijo besándola en la frente—, pero llevaba tanto tiempo deseándolo que no he podido controlarme.

—¿Qué quieres, que me muera de un infarto? —Le dio un codazo en el costado.

—No, solo quiero hacerte feliz. —Su voz sonó tan suave que ella tembló entre sus brazos.

—Me has hecho muy feliz, Hugh. Te lo aseguro.

—Me alegra oírte decir eso. —Se sentía pletórico.

Durante un buen rato, quedaron en silencio. Permanecieron tumbados, abrazados y relajados. A Diana no le importaba si no regresaba nunca más a ninguna otra parte. Nada podría igualar lo que acababa de vivir entre los brazos de aquel hombre que la miraba fijamente. Ella trepó por su cuerpo y lo besó largamente en los labios, saboreando su boca. Él cerró los ojos y gimió con satisfacción, en un segundo lo sintió ponerse duro como una roca contra su cadera.

—¡Eh, montañero! —Ella lo miró incrédula—. No puede ser que ya estés preparado.

—Tú no sabes de lo que somos capaces los hombres de este valle. —La agarró por las caderas y la sentó a horcajadas encima de él.

—Eres un idiota. —Se rio tomando su miembro entre las manos y acariciándolo con sensualidad, como suponía que a él le enloquecería que lo hiciera.

Estaba suave, duro y ardiente, y a cada movimiento de su mano Hugh se estremecía de placer. Sabía que despertaba en él un deseo irrefrenable y que ella estaba disfrutando tanto como él. Anhelaba sentirlo dentro, que la llenara y la hiciera gritar como momentos antes. Estaba excitada, caliente, y cuando él la agarró por los senos con ambas manos, le arrancó un gemido de pasión.

—No, no hagas eso —le suplicó en un murmullo; pero ella no le escuchó y siguió acariciándolo en toda su longitud—. Bien, hazlo, pero luego no te quejes de que ha sido demasiado rápido.

—Yo no he dicho nunca eso. —Apretó su mano y lo condujo directamente a su sexo. Sin más espera.

Hugh abrió mucho los ojos, brillaban en la penumbra como dos esquivras de hielo, y subió sus manos hasta enmarcarle el rostro.

—Eres preciosa, no tienes ni idea de lo bonita que eres.

Diana suspiró cuando se llenó de él totalmente. Se aferró a sus hombros buscando equilibrio, clavándole los dedos en los músculos de sus brazos.

Era una mujer arrolladora, delicada, a pesar de la furia de sus envites al cabalgarlo como una amazona apasionada. Hugh procuró concentrarse en todo eso para no eyacular dentro de ella. Quería esperarla, saborear la sensación de sus caderas friccionándose contra él, de sus largos y apagados jadeos de placer. Diana aceleró sus movimientos y él la sostuvo por las nalgas hasta que finalmente ella gritó su nombre y él se derramó dentro de ella en un orgasmo feroz. Infinito.

Diana gimió sin aliento, inclinándose sobre su pecho y apoyándose contra él. Hugh le acarició la espalda y suspiró profundamente en el hueco de su cuello. Débil, sin poder evitar que su respiración resultara un jadeo, ella lo abrazó con fuerza y él le llenó la cara de besos suaves y delicados. Un sonido ronco, proveniente de su garganta, le hizo separarse y mirarla con gesto preocupado, pero cuando comprendió que se estaba riendo se dejó caer otra vez en la cama.

—De modo que me manipulas, me exprimes y ahora te burlas de mí —procuró sonar afligido.

—No me burlo de ti, tonto. —Ella seguía acurrucada en su pecho y eso le complacía.

—Todavía no hemos terminado, que conste. —Se movió dentro de ella, no quería salir nunca de allí.

Diana se estremeció y cuando él comenzó morder con suavidad sus endurecidos pezones ella soltó una exclamación entre carcajadas.

—¡No puede ser! Dios mío, la montaña te afecta mucho... Esto no es normal —siguió riendo entre gemidos—. ¡De acuerdo! ¡Está bien! Pero me vas a dejar dolorida para el resto de mi vida.

—Eso es lo que quiero, que cada vez que te muevas te acuerdes mí. —Comenzó a mordisquear el otro seno y a crecer dentro de ella.

—A este paso, me acordaré de ti y de todos tus antepasados Malloy.

Hugh salió de ella y la acomodó a su lado, sin dejar de besarla y torturarla con su boca. La cama crujió cuando se apoyó en un brazo y la atrajo hacia él con el otro.

—Bien, ahora que los dos estamos un poco más serenos ha llegado la hora de que hagamos el amor despacio y lentamente.

—Estás bromeando, otra vez. —Se tapó la cabeza con las mantas y él trató de apartarlas para verle la cara—. No bromeas, ¿verdad? —Lo miró, procurando no reírse.

Él, muy serio, negó con la cabeza.

—Te quiero.

Se lo dijo así, sin más. No podía guardarse aquella declaración por más tiempo. Diana se quedó muy callada, sin saber qué decir, y él la besó largamente en los labios, igual de dulce como pretendía hacerle el amor. Aunque ella se había quedado quieta. Tensa.

—¿Qué pasa? Suponía que ya lo sabías. ¿Te he asustado?

Procuró que su voz no delatara la frustración que sentía.

No esperaba que ella diera saltos de alegría pero, al menos, sí que lo aceptara.

—Yo... Hugh, nunca he sentido nada así en mi vida. Con nadie. —Buscó las palabras adecuadas para no hacerlo más difícil. Él no podía amarla.

—Claro, nena, ya te lo dije. —El tono divertido regresó a él como por arte de magia—. Y espera a que esté bañado y limpio para ti.

Salió de la cama con urgencia y, a pesar de que era muy pequeña, ella se sintió sola y desprotegida sin su cuerpo a su lado. Por un segundo, se le cruzó la idea de que estaba enfadado, pero enseguida la desechó. Hugh se mostraba desnudo y glorioso frente a ella, y la miraba de un modo herido que durante bastante tiempo no sabría definir.

—¿Vas a bañarte? —le preguntó para romper el silencio que se había instalado en la cabaña. Se levantó de la cama y se puso en pie, tan desnuda como él.

—Sí, ¿quieres acompañarme? —Entornó sus ojos grises y ella se estremeció por las promesas de su mirada.

—¿Y qué haremos?... Además de bañarnos... —La fluidez regresaba a la conversación.

—Humm.

Hugh estiró una mano hacia ella y la atrajo hacia su cuerpo.

—Podemos bañarnos y hacer el amor. —Le acarició las nalgas con una mano y deslizó la otra entre sus muslos provocándole un estremecimiento mucho mayor—. O también, podemos hacer el amor aquí, bañarnos, y después ya lo pensaremos...

—¡Estás loco! —Se arqueó entre sus brazos con un gemido cuando fueron dos los dedos que invadieron su sexo.

—Sí, sí, loco... —La empujó contra la pared y ella dio un respingo.

—¿Aquí?

Como respuesta él la giró, colocándose a su espalda, y presionó con su erección entre sus nalgas. La levantó un poco, le sujetó la cabeza contra su torso para arquearla y con la otra mano le levantó una pierna, acomodándose tras ella.

—Algún día comprenderás lo loco que estoy por ti.

En ese instante se deslizó en su interior y Diana soltó un gemido desgarrador. A punto estuvo de alcanzar un súbito orgasmo al sentirlo duro y grande, llenándola otra vez. A punto estuvo de decirle que ella también se estaba volviendo loca por él, pero sus movimientos se tornaron frenéticos, furiosos, y ella se olvidó de todo, salvo de que un nuevo orgasmo la debilitaba mientras que, esta vez, él no explotaba con ella.

Capítulo 23

En los siguientes días, Hugh y Diana compartieron muchísimas cosas de ellos mismos. Ella reconocía que no era la Diana Chase que entró por la puerta del hotel hacía varias semanas. Sabía que era necesario mantener la mente despierta y las ideas claras, pero se resistía a pensar que no tenía derecho a dejarse llevar por un momento especial. Deseaba ser sensata, pero solo lo conseguiría si no estaba con él. En cuanto lo tenía cerca, su cuerpo reaccionaba independiente de su mente y ya no pensaba con claridad.

Él le habló de su familia, de su madre y de sus estupendos asados que más tarde siguió preparando su padre en su honor. De cómo el pequeño hotel que abrieron hacía muchos años en el valle llegó a ser la maravillosa construcción que era ahora y del tesón de todos para levantarlo y mantenerse juntos. Ella le escuchaba con la atención que caracterizaba a una persona que jamás había vivido, ni sentido, la unidad y el amor fraternal de los que él hablaba. Por su parte, Diana le confesó las dificultades con las que topó en su conflictiva niñez, de los días que se acostaba sin haber comido porque su madre se olvidaba de ella. Le contó la forma en la que tenía que esconderse debajo de la cama cuando alguno de los amigos de mamá se ponía pesado y quería darle un beso de buenas noches. Le relató sin ningún temblor en la voz, y sin apenas mostrar afectación, la forma en que se vio involucrada con una banda callejera; los robos; los encierros en el correccional; el día que golpeó a un cuidador y consiguió huir con otro muchacho del centro de menores... Después, como si ya le afectara un poco más, le habló de pasada de Anthony, el muchacho que le enseñó el amor, y de Dick... De cómo la sacó de las calles y le dio una oportunidad.

Aunque al llegar a ese punto de la conversación, Hugh quiso saber todo lo que se refería a ese tal Dick, procuró guardar silencio y que ella mantuviera su ritmo lento y pausado. Que le fuera dejando miguitas de su pasado, como ella decía. Poco a poco, terminaría por contarle todo, pero sin presión.

Diana estaba contenta, nadie nunca había estado tan cerca de su corazón, ni siquiera Dick, y aquella tontería sin importancia le indicaba que Hugh era alguien muy importante para ella. Aparte de una relajada camaradería y una potente atracción sexual, ella se daba cuenta de que entre ellos estaba surgiendo algo especial.

Hugh Malloy era muy especial para ella.

Días atrás, él le había confesado que la amaba y, aunque ella se sintió extraña y diferente al comprender la magnitud de su declaración, él ya no lo repitió. Diana decidió pensar que todo había sido fruto de la lujuria con la que hicieron el amor y

que solo fueron palabras, aunque Hugh siempre hablaba con mucha coherencia. No solía decir cosas casuales ni sin importancia. De todas formas, no volvió a decirle que la quería ni nada parecido y ella trató de no pensar en ello.

En cuanto al sexo con Hugh, jamás imaginó que un hombre pudiera hacerla temblar de deseo con solo rozarle la piel con los dedos. Era exigente, lo pedía todo, y lo daba todo. Cuando le hacía el amor, porque él insistía en llamarlo así, su concentración en proporcionarle placer era infinita. Con cada caricia, con cada beso, Hugh se entregaba al límite, dejándola a ella mucho más que satisfecha. Era tierno, dulce y a la vez tan fiero que no dejaba de desconcertarla.

En las casi dos semanas que habían transcurrido desde su encierro en la cabaña, ambos se dedicaron a conocerse; a dormir juntos a través de una dulce niebla de susurros y caricias; a comer y a largas sesiones de sexo, o de hacer el amor, como él las llamaba. Solo una vez, el helicóptero pudo llegar con provisiones hasta la cara norte del Tioga. Con dificultad, se posó en un saliente de la montaña, a bastante distancia del refugio, y allí el piloto le explicó a Hugh cómo iban las cosas en el valle.

Hacía días que el temporal se había alejado, al contrario que en el Paso donde ellos se encontraban, y los huéspedes disfrutaban de una relativa tregua. El hombre le contó que las carreteras estaban bastante despejadas, de hecho algunos huéspedes ya se habían marchado a sus casas y, sin embargo, otros, como Ronald y Mark, con su pierna escayolada; o Phil, el hombre cuyo coche se había averiado a la entrada del valle, se habían quedado para pasar todo el invierno. También le dijo que un antiguo amigo de su padre, un tal Rogert, o Robert, no lo recordaba muy bien, había decidido acercarse al hotel para pasar unos días de descanso.

Hugh se alegró de que las cosas por allí fueran bien y se mostró satisfecho ante la idea de que Robert Wildman se acordara de su padre y hubiera decidido visitarle. Así, al menos, Tomas tendría con quién hablar de sus asuntos y no estaría todo el día tratando de subir a escondidas al Paso, como le dijo entre risas el piloto.

Charlaron durante unos minutos, mientras Phil, que ahora era uno de los nuevos trabajadores contratados, y el piloto le ayudaban a cargar los sacos en sus espaldas. Poco después, Hugh se despidió y le encargó a Phil que tranquilizara a su familia, que le dijera a su padre que de momento no tendría que usar las bengalas y, ante la sorprendida mirada del hombre y del piloto, comenzó a ascender la montaña con su pesada carga.

Cuando llegó al refugio, Diana le estaba esperando sentada a la mesa. Había preocupación en su rostro y en cuanto lo vio entrar, cubierto de nieve y cargado como un elefante, salió a su encuentro y se abrazó a él.

—¡Eh...! —Rio él cerrando la puerta y soltando los sacos en el suelo—. Esto sí que es un buen recibimiento.

—¡Has tardado muchísimo! No vuelvas a marcharte así, sin avisarme y sin decir que llegarás tarde. —Estaba enfadada y se apretaba contra él, dificultándole la tarea de quitarse el anorak.

—Yo también me alegro de que me echas de menos.

—No te echaba de menos, tonto. Pero si te pasara algo, ¿de qué viviré en esta montaña pelada?

Él acalló sus protestas con un beso y ella se colgó de su cuello como si fuera lo único a lo que pudiera aferrarse en su vida.

—Estoy hambriento —murmuró contra su boca.

—¿Otra vez? —Ella sonrió de forma burlona.

—De comida —le aclaró sujetándola por los hombros y separándola—. No seas mal pensada. Claro, que si estás tan necesitada...

Diana le dio un puntapié y se rio con él mientras le ayudaba a recoger las provisiones que había traído.

Al cabo de un rato, estaban sentados a la mesa, con un plato humeante de estofado y charlando animadamente. Diana le preguntó por su familia y Hugh se alegró de que se acordara de todos ellos. Él sintió que estaba relajada, que ahora nada tenía que ver con la muchacha huraña e intratable que había llegado con Frank al valle. Le contó que Tomas había recibido la visita de un viejo amigo y estaba bastante entretenido; que Roxana y Beth seguían dando sus clases en el salón del hotel cuando terminaban las tareas y que Jeff volvía a patrullar las zonas del valle que estaban abiertas porque el tiempo había mejorado.

—Todavía quedan muchos meses de invierno, pero estos descansos no vienen nada mal.

—Siento mucho que no puedas ayudar a tu padre por mi culpa. —Diana apartó su plato y comenzó a recoger la mesa.

—No lo sientas. —Él se frotó el estómago satisfecho. El estofado de su padre era el mejor—. Hacía años que necesitaba unas vacaciones. Además, algunos trabajadores se han instalado en las cabañas de verano para no tener que ir y venir, y Roxana ha contratado a algunos más que estaban de paso, como ese Philip o Phil...

—Tienes suerte con tu familia. —Comenzó a fregar los cacharros dándole la espalda—. Sobre todo con tu padre. Es un hombre maravilloso.

A Hugh le llegó el final de la frase como un susurro y se acercó a ella por detrás. Le rodeó la cintura con las manos y se abrazó a su espalda.

—¿Y tu padre? Nunca hablas de él y seguro que lo tienes.

—No lo tengo.

—Todo el mundo tiene, o ha tenido, un padre... Y no me has dicho que él haya muerto, como tu madre.

—Yo no tengo padre.

Restregaba la olla con furia y él le sujetó las manos. La apartó del fregadero y la sentó en la cama, mientras se las secaba con un paño.

—Tuvo que ser muy difícil para ti crecer sin la figura de un padre. Seguramente la vida de tu madre y la tuya hubieran sido diferentes.

Diana sintió un extraño malestar que creía haber dominado en sus años de adolescencia. No había pensado en su padre durante muchos años y decidiendo que ya era hora de enfrentarse a su recuerdo, miró a Hugh.

Se había puesto pálida, sus labios no tenían color y sus ojos se tornaron brillantes. Como si estuviera a punto de llorar.

—Da igual, preciosa, si no quieres hablar de él, no lo hagas. —La abrazó para consolarla.

—Sí, quiero hacerlo. —Se separó y, después de pensarlo mejor, volvió a abrazarse a él. Era mucho más fácil hablar sin sentir su mirada fija en ella—. Mi padre era una mala bestia, ni siquiera sé si está vivo en algún penal o si ya ha muerto...

Lentamente, se fue liberando de todos los recuerdos que encerraba en su mente desde niña. De las palizas, de cómo se escondía cuando él la llamaba Didí, pequeña zorra... De cómo un hombre podía ser un padre, un maltratador y un pedófilo al mismo tiempo. También le contó cómo un día que estaba sola en casa y él se puso pesado, consiguió llamar la atención de la vecina colgando en la puerta un precioso lazo que un día robó a su hija y de lo que siempre andaba acusándola.

—Me llevé una buena regañina por quitarle a su hija el lazo de su coleta, era azul y brillaba mucho, pero mi padre prefirió no involucrarse en un tema en el que se hablaba de guardias y denuncias y se marchó.

Hugh la escuchaba en silencio, tratando de imaginarse la infancia de una niña de cuatro años en aquellas circunstancias, pero no podía hacerlo. Diana era mucho más fuerte que cualquier otra persona. Nadie que no tuviera su fortaleza habría sobrevivido.

—¿Abusó de ti alguna vez? —Tenía que saberlo. Necesitaba saber si tenía que matarlo algún día o simplemente destrozarle la cabeza.

—No, mi madre siempre se interponía. Ella tenía otros planes para mí.

—Sí, puedo imaginarlos. —Le acarició las manos con las suyas.

—Cuando se lo llevaron preso, creo que a San Quintín, las cosas mejoraron para mi madre y para mí, aunque duró poco tiempo.

—Entonces fue cuando te mezclaste con esas bandas de muchachos.

—Sí. —Ella sonrió, se la veía más segura al abandonar el tema de su padre.

—Y después apareció Dick —lo dijo muy despacio, dándole tiempo a pensar la respuesta, o a cambiar de tema si lo deseaba.

—Sí —apenas fue un susurro—. Dick es un abogado muy importante, uno de los mejores del estado de California. Él me sacó de aquel mundo, consiguió que mi vida cambiara y aprendiera a valorarme. Él me animó a estudiar, me demostró que podía tener un futuro mejor. Siempre me decía: Diana, mira hacia delante, no mires atrás...

—Se enamoró de ti y quiso jugar a ser el héroe de *Pretty Woman*.

—No fue así. Dick nunca quiso, ni tomó, nada de mí. Él solo me ofreció lo que nadie más me había dado: mucho amor incondicional.

—Compró tu silencio. Ese hombre mató a una mujer.

Diana lo miró sin parpadear, valorando cuánto podría saber Hugh de la verdad.

—Si yo no hubiera estado allí, no tendría que haber pagado por ello. Lo comprendí después, con la fuerza de los años en prisión.

—Creí que estuviste en Lynwood por un robo. —Ahora sí que no comprendía nada.

—Fui juzgada por homicidio y al declararme culpable mi condena se redujo a diecisiete años, de los que todavía me quedan once por cumplir. —Por fin lo había dicho.

Hugh se levantó de su lado furioso y ella lo retuvo por un brazo.

—Ese cabrón te hizo pagar por algo que no hiciste y todavía hablas de él como si estuvieras agradecida.

—Déjame explicarte. —Lo sentó de nuevo a su lado—. Aquel día yo no tenía que haber ido en su busca. Cuando llegué a casa, él estaba allí, hablando por teléfono y furioso. Discutía con alguien y apuntó en un trozo de papel una dirección. Hablamos durante unos minutos y se marchó. Después, su teléfono móvil comenzó a sonar de nuevo y comprendí que si no se lo devolvía, tendría que soportar aquel ruido hasta que él viniera a buscarlo. Y podían pasar días. Como había quedado con Anthony para ir a la pizzería, le pedí que me llevara a mi antiguo barrio, que era la dirección que había escrita en el papel. A mi antigua casa. Cuando llegamos a la esquina, vi el deportivo de Dick parado en la puerta y le dije a Anthony que podía marcharse sin mí, pensando que a Dick no le haría mucha gracia verme con él.

»Cuando llegué frente a mi antigua casa y estaba a punto de llamar, alguien abrió la puerta y me agarró por los brazos, traté de escapar y sentí un dolor agudo en el cuello. Después, creo que caí rodando por las escaleras y perdí la conciencia. —Hugh fue a decir algo y ella se lo impidió, alzando una mano—. No he terminado. Cuando volví en mí, él me llevaba en sus brazos. Lo supe por el aroma inconfundible de su loción masculina, por la suavidad del tejido de su elegante traje... Estaba oscuro pero era él, no había duda.

»Debí perder el conocimiento otra vez, porque cuando desperté, Dick ya se había marchado. El ruido de las sirenas de la policía era ensordecedor, estaba muy oscuro, ella estaba muerta y mis manos manchadas de sangre. Aquella mujer tenía un cuchillo clavado en el pecho y Dick me había abandonado.

Hugh la abrazó como si así pudiera aliviarla de sus recuerdos. El dolor y el desengaño que afloraba en sus palabras era demasiado grande y, durante unos minutos, permanecieron callados y meciéndose uno en brazos del otro.

—No puedes acusar a un hombre por el aroma de su loción, ni por la textura del tejido que viste —pensó Hugh, en voz alta.

—Jamás lo acusé, nunca lo haré, aunque pueda demostrarlo. —Estiró un brazo, agarró su mochila y sacó de uno de los bolsillos algo brillante. Se lo entregó y esperó para ver su reacción.

Era un alfiler de corbata muy vistoso y con varios brillantes y diamantes alrededor de unas letras grabadas.

—R. W... —La miró sin comprender.

—Richard Wildman. —Fue la primera vez que dijo su nombre en voz alta, delante de otra persona.

—¿Te refieres a Richard Wildman? —Se levantó indignado y sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo—. ¿El mismo Richard Wildman que se presenta como senador por el estado de California?

—Sí, el mismo. —Diana se levantó también y trató de tocarle el brazo—. Sabía que no me creerías; que nadie me creería nunca.

—Hijo de puta... —Se liberó de ella y golpeó la pared con el puño cerrado.

—No debí decirte nada. —Se arrepentía de habérselo contado.

—Sí te creo, ¿me oyes? —Se giró hacia ella y la agarró por los hombros con fuerza—. Es difícil de asimilar, pero te creo.

La atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho como si así pudiera borrar lo que acababa de escuchar. Richard, el mismo Richard que era su amigo y confidente desde la infancia. El hombre al que su familia, y él mismo, tenían como ejemplo de rectitud y honestidad. Todo el estado de California confiaba en el buen hacer de Richard Wildman. Y Frank... Su hermano estaba enterado de todo. ¿Cómo se había involucrado Frank en algo así?

—Tenemos que decírselo a las autoridades. No debes preocuparte por nada, yo me ocuparé de que ese cabrón no vuelva a acercarse a ti, ¿me oyes? Mi familia y yo te protegeremos.

—No has entendido nada. —Diana se separó de sus brazos y se encaró a él—. Nadie tiene que cuidar de mí porque ya lo hago yo.

—¿Huyendo? Así no se solucionan las cosas. —Todavía estaba asimilando la noticia. Richard era un asesino—. Ya es hora de que el verdadero culpable pague por su crimen. ¿Cómo puedes seguir protegiendo a un hombre que te ha hecho tanto daño?

—Porque se lo debo. —Ella también alzó la voz.

—Pues tienes un sentido muy raro de la lealtad. —Golpeó otra vez la pared con el puño cerrado y una de las estanterías se tambaleó.

—Por mí, puedes seguir golpeando el refugio hasta que se venga abajo, pero mi decisión no es discutible. No te estoy pidiendo consejo, Hugh Malloy.

—Ya, olvidaba que tú no necesitas amigos, ni a nadie.

—Exactamente. —Lo miró desafiante y esperó otro reproche, pero él guardó silencio—. Dick envió a los mejores abogados de su bufete para que me sacaran de prisión. En realidad, fui yo quien me dejé encerrar, yo permití que me acusaran de aquel crimen y nunca dije nada de lo que ocurrió.

—Él te abandonó en aquella casa, Diana, podía haberte sacado de allí, llevarte con él y ninguno de los dos habría ingresado en prisión. ¿No puedes entenderlo? Él te

usó como lo hicieron tus padres, como lo hizo ese novio tuyo que no fue a declarar en tu defensa, como lo hizo Frank... y no me explico cómo mi hermano pudo mezclarse en algo tan mezquino.

—Entiéndelo tú, Hugh. Dick siempre trató de que yo hablara por medio de sus colegas. Si yo hubiera dicho en algún momento que el asesino era él, estoy segura de que no lo habría negado. Si no me llevó con él, debía de haber alguna razón para que no lo hiciera, y si mató a aquella mujer también debía de tener un motivo justificable.

—Un asesinato no se puede justificar. —Sus ojos brillaban de rabia.

—Todo es justificable cuando se trata de sobrevivir, te lo aseguro.

—Ya, por eso Richard es un superviviente y tú solo una asesina convicta.

—Eso es muy cruel...

—No más que tu concepto de confundir la realidad.

—La policía llegó enseguida, alguien debió de avisarles, y seguramente era más complicado sacarme de allí que dejarme.

—No me hagas reír. —Todavía se estaba frotando la mano dolorida y se alejó de ella—. Yo nunca te habría abandonado.

—Eso no lo puedes saber.

—Y entonces, si Dick es tan honorable y gentil, ¿por qué huyes de él?

—Él ha estado todo este tiempo esperando a que yo hablara. Incluso el otro día me pidió que dijera lo que ocurrió aquel día y asumiría las consecuencias. —Hugh soltó un bufido y ella lo ignoró—. Hace unas semanas consiguió un indulto presidencial y fue a buscarme a Lynwood. En ese momento no lo supe, pero Frank estaba colaborando con él. Dick me conoce muy bien, sabía que intentaría escapar, y tu hermano fingió que me ayudaba a huir.

—Otro cabrón...

—Si vuelves a dar otro puñetazo en la pared, me marchó de aquí —le amenazó muy seria.

No tenía ningún derecho a interrogarla y ella lo estaba permitiendo, solo faltaba que se rompiera una mano por su culpa.

—Sí, Frank me engañó, pero no creo que entonces supiera la verdad. Recuerda que él nos avisó de que me estaría esperando en el hospital y nos envió a este lugar.

Hugh comprendió la urgencia de su hermano al pedirle que buscara un sitio inalcanzable en el valle. Richard era casi tan buen escalador como él, o mejor.

—... por eso no quiero ir con él a Nuevo México —continuaba Diana—. Sigo su consejo: no mires atrás. Ya he pagado seis años de mi vida por un delito que no cometí; quiero empezar una nueva vida pero sin que nadie me diga dónde hacerlo, ni con un nombre falso. Ya pagué a la justicia por mi crimen y no le debo nada a Richard Wildman.

—Lo único que saco en claro de todo esto es que amas demasiado a Richard Wildman, tanto como para no traicionarle nunca.

—Ya te dije que no le amo de la forma que tú crees.

—Sí, claro. —Se puso el anorak y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —Diana corrió hacia él y se interpuso en su camino.

—¿Tú qué crees? —inquirió furioso—. Llevamos dos semanas comiendo, durmiendo y follando como locos mientras que el hombre al que amas te anda persiguiendo. —La apartó con violencia de la puerta y la abrió. Una ventisca de aire helado se coló en el interior—. Y voy a dar un paseo, si tanto te interesa.

—Llévame contigo —le pidió asomándose al exterior. Estaba oscureciendo y el viento ululaba entre los árboles y las montañas—. No me dejes tú también, Hugh.

Diana supo que su corazón se rompería si se quedaba aterida y sola. De repente, se sintió empujada por unas manos al interior del refugio y soltó un sollozo. Hugh cerró la puerta con violencia y toda la cabaña retembló. Ella gimió cuando él la apretó entre sus brazos y comenzó a besarle la cara, los párpados, la boca, mientras la llevaba hacia el calor de la chimenea.

—Sabes que no te dejaré nunca, mi amor —le dijo sin separarse de ella, como si pretendiera fundirse con su cuerpo para demostrárselo—. Te quiero demasiado para permitir que te separes de mi lado.

—Y yo... —susurró tan flojo que solo ella pudo oírse.

Capítulo 24

Tomas esperó impaciente a que el helicóptero se posara en la explanada y se dirigió a paso rápido hacia él. Ya estaba anocheciendo y los focos iluminaban el hotel como si todavía fuera de día.

—¿Están bien? —les gritó sin darles tiempo a acercarse.

—Todo en orden —gritó el piloto.

—Tranquilícese, Malloy, su hijo dice que por el momento no tendrá que usar las bengalas —le gritó el otro hombre acudiendo a su lado.

Tomas sonrió y, dándole una palmada en el hombro, ayudó a Phil a descargar las provisiones que traían para la semana.

—Le agradezco que se desplazara hasta el Tioga para entregarles a los chicos parte de los paquetes.

—Sabe que no tiene que agradecerme nada. Siempre es un placer hacerle favores.

—El piloto caminaba junto a él, cargado con dos sacos.

—Bien, pues pasa a la cocina, Roxana tiene en el horno un delicioso asado para que te lo lleves a casa.

—A mi esposa le encanta su asado, Tomas. Algún día tendrá que darle la receta.

—Es un secreto de familia —le advirtió sonriendo—. Mi abuela se la dio a mi madre, ella se la dio a mi esposa y después pasó a mí. Y yo ya sé a qué jovencita se la dará algún día. Es buena cocinera la muchacha.

Más tarde, cuando el helicóptero se alzó en el aire y el piloto se despidió con la mano, Tomas regresó al hotel. Los muchachos estaban bien, eso era lo único importante. Sabía que casi todo el valle estaba incomunicado pero allá donde estaban ellos las condiciones serían mucho más desfavorables. Si Diana o Hugh se pusieran enfermos, o tuvieran un accidente... No quería pensar en esas cosas, no debía, se riñó a sí mismo disgustado.

—¿Qué hay, Tomas? —le saludó Robert en el vestíbulo—. ¿No es muy tarde para que distribuyan las provisiones?

—Sí, al parecer tuvo un retraso y mira qué tarde se le ha hecho al pobre piloto —mintió sin darle importancia.

Caminaron hacia el bar y Tomas le indicó a Joe que les sirviera unas cervezas.

—¿Qué sabes de tu hijo Hugh? —Analizó el rostro impasible de su amigo. No mostró ningún atisbo de preocupación ni asombro.

—Nada, ya sabes, estos jóvenes... Supongo que estará por la ciudad de Los Ángeles. Con este invierno tan duro es donde mejor se pueden pasar las vacaciones.

—Sonrió y bebió un trago largo.

—Claro. —Robert también sonrió. No se creía el cuento aquel de que Hugh estuviera de vacaciones cuando más lo necesitaban en el valle—. Supongo que tu hijo Frank, el que trabaja en Lynwood, se dejará caer por aquí como todos los viernes. Alguien me dijo que la última vez vino con una muchacha. ¿Algo serio?

Tomas miró fijamente a su amigo. Hacía años que no lo veía y se alegraba de su visita. Pero las circunstancias excepcionales en las que se encontraban Hugh y Diana le hacían desconfiar de todo y de todos. Y Robert Wildman se interesaba demasiado por su familia, después de muchos años de no verse. Se preguntaba si aquella visita sería realmente una casualidad. Lo sospechó desde el primer día que llegó Robert y comenzó a hacer preguntas sobre Frank, sobre Hugh y sobre su propio hijo, Richard, del que solo tenían noticias por la radio o la televisión.

—¿Qué te voy a decir que no sepas? Robert, estos muchachos cambian de novia como de pantalones. Solo Roxana me ha hecho abuelo, pero tendrás la oportunidad de saludar a Ronald. Esta noche vendrá a cenar.

—¿El fiscal del distrito? —Aquello era muy interesante—. Hace años que no coincidido en el valle con él. Todavía lo recuerdo como un muchacho gracioso, de escandalosos cabellos rojos, y deslizándose por la nieve con nuestros hijos.

—Pues tiene fama de ser bastante temible como fiscal.

—Lo sé.

Tomas cabeceó y apuró la cerveza de un trago.

—Hugh y él siguen siendo grandes amigos, a pesar de los años.

—Me gustará saludarlo. ¿Qué hace en el valle en esta época?

—Él y otro escalador se quedaron atrapados en el valle cuando comenzó el temporal. Su compañero tuvo un accidente y ambos decidieron quedarse unas semanas más en las pistas de Mammoth Lake. —La verdad era que Ronald decidió esperar a que Hugh y Diana regresaran de su escondite, pero no pensaba decírselo. Robert estaba muy raro. Mucho.

—Por cierto, Tomas, las previsiones para mañana son magníficas, a pesar del tiempo que tenemos. ¿Crees que podremos hacer alguna escapadita por ahí?

—Mis hijos me prohibieron salir de excursión, Robert, nos hacemos viejos.

Se despidió de Wildman con la excusa de regresar a las cocinas y cuando estaba a punto de cruzar el vestíbulo, escuchó la inconfundible voz de Ronald en la entrada. Pero mucho más le sorprendió el hombre alto y bien vestido que lo acompañaba.

Ahora sí que no podía ser una casualidad.

Richard Wildman pareció tan asombrado como su padre al encontrarlo allí, tomando una cerveza en el hotel de los Malloy y en temporada baja, en el valle de Yosemite.

—¡Qué sorpresa, señor Wildman! —Ronald le estrechó la mano y padre e hijo se saludaron con una leve inclinación de cabeza.

Miró a Tomas Malloy, que todavía estaba en la puerta de la cocina, y disculpándose se encaminó hacia el hombre.

—Tenemos otro problema, Tomas. ¿Qué hace aquí el padre de Richard? —le susurró apenas entraron en la cocina.

—Eso iba a preguntarte yo a ti. Robert llegó hace unos días, pero ¿qué haces tú con su hijo?

—Se presentó esta mañana en Mammoth Mountain con su propio helicóptero; me hizo algunas preguntas, anuló su reserva en Mammoth Lake, y después insistió en acompañarme hasta aquí. Me trajo en su aparato en menos de una hora.

—¿Qué tipo de preguntas? —Tomas estaba intranquilo y no dejaba de mirar al exterior.

—Cosas como que dónde está Hugh y que si conozco a la chica que está con él.

—¿Y cómo sabe Richard Wildman que mi Hugh está con una muchacha?

—Eso es lo mismo que yo le dije.

—¿Y qué te respondió?

—Que eso se lo pregunte a tu hijo Frank.

Diana echó otro leño al fuego y regresó corriendo a la cama.

—Ufff, que frío hace esta noche. —Se apretó contra Hugh y estiró las mantas.

—Eso es porque nos hemos despistado y las llamas se han consumido.

Ella procuró fingir que no sabía cómo podía haberse olvidado de aumentar el fuego que ardía en la chimenea. A no ser que hubiera sido mientras avivaban otro más intenso y ardiente.

—Mañana estará despejado y podremos salir a dar un pequeño paseo.

—¿Lo dices en serio? —Buscó sus ojos en la penumbra.

—Claro, aprovecharemos las horas de sol y te abrigaré tanto que no podrás caminar si no es apoyada en mí.

Ella rio por la ocurrencia y se sintió feliz. Le encantaba aquella sensación nueva que la invadía. El pensamiento fugaz de que algún día podría enamorarse de él acudió a su mente, pero lo desechó con rapidez.

—¿En qué piensas? —Hugh le retiró un mechón de los ojos.

—En ti.

—Eso ya lo sé —repuso en tono engreído.

—¿Y tú? No vale decir que en mí.

—No lo iba a decir. —Se apoyó en un brazo para mirarla—. Pienso en nosotros dos, juntos.

Diana suspiró y apretó la mejilla contra su musculoso torso. Él le mordisqueó un hombro.

—En cuanto llegue la primavera te llevaré a ver las cascadas. Te van a encantar. Para entonces, el pequeño Tomas ya habrá nacido. —La besó en los labios con

suavidad—. Mi padre está deseando que llenemos la casa de niños.

—Háblame de las cascadas —le pidió ella cambiando de tema.

No sabía por qué, pero que Hugh relacionara la primavera con ellos dos juntos, y después hablara de niños, no le daba buena espina. Sobre todo porque ya empezaba a conocerle y sabía a qué otro tema derivaría la conversación.

—Iremos de excursión a Mirror Lake, un pequeño lago desde el que podremos contemplar el Half Dome, el segundo gran promontorio rocoso después del Capitán. —Ella le escuchaba con atención—. Volveremos al mirador Tunnel View, al que fuimos en trineo. —Ella se rio al recordar la experiencia—. ¡Dios! Diana, aquel día me di cuenta de que me estaba enamorando de ti.

—Cuéntame más cosas del valle —le pidió acomodándose a su lado.

—Bien, pues visitaremos la cascada Yosemite. En el mes de mayo ofrece un caudal espectacular a causa de las nevadas y los deshielos. Se desploma dramáticamente y su sonido es estruendoso. Para entonces el bebé de Roxana tendrá un par de meses y Jeff podría acompañarnos con Beth.

—Estás volviendo a hacerlo, Hugh. —Diana salió de la cama y buscó entre las ropas algo para ponerse encima.

—¿Que estoy haciendo qué? —Sabía a lo que se refería.

—Estás hablando de nosotros, como si realmente tuviéramos un futuro en común, y no me gusta. —Se puso un jersey de él aunque le estaba enorme y se subió las mangas.

—No hay nada de malo en hacer planes. Todo el mundo planifica su vida.

Ella prefirió no contestar y tendió las manos hacia el fuego para calentarse. La cama crujió cuando él se levantó, se puso unos pantalones y se quedó a su espalda, sin tocarla, mirándola.

—Diana, te aseguro que cuando llegamos aquí no tenía planeado que tuviéramos sexo. —Por primera vez lo llamó por su nombre—. Si yo no entro en tus planes, espero por tu bien que estés tomando precauciones porque si no es así, tal vez, para el próximo otoño tendrás que incluir a mi hijo en tus exclusivos planes.

Ella se giró hacia él y por la expresión de su cara supo que ni siquiera había pensado en ello.

—No tiene que ser así, necesariamente —le tembló la voz.

—Yo no apostaría lo contrario. Y como puedes ver, es algo que a mí no me ha importado. La primera vez que hicimos el am... que tuvimos sexo —rectificó— los dos nos precipitamos. Fue inevitable y me di cuenta demasiado tarde. —Diana recordó cómo murmuró algo parecido a una maldición cuando se hundió en ella—. Pero las demás veces no me ha importado contar con la posibilidad de que...

—¡Oh, déjalo! —soltó y le dio la espalda de nuevo—. Solo tratas de mortificarme. ¿Qué será lo siguiente? Imaginarme con un bebé regordete y mofletudo en los brazos y preparándote la comida.

—Sabes que no. Pero ¿qué se supone que tengo que esperar de nuestra relación? Dímelo tú, Diana, porque yo solo sé que te estás alejando de mí.

—Es que nosotros no tenemos ninguna relación. —Cruzó los brazos a modo de protección—. Y otra vez lo estás haciendo, Hugh.

—¿El qué? —Estaba perdiendo la paciencia y no era buena idea.

—Sin preguntas, sin presiones ni compromisos. Recuerda nuestro acuerdo.

—A la mierda con eso. —La cogió por los hombros y la giró para hablarle de frente—. No puedes poner tú todas las normas y pretender que los demás las acaten.

—Y tú no puedes pretender manipular mi vida. No dejaré que hagas como él.

Solo se dio cuenta de lo que había dicho cuando sintió su afilada mirada en ella.

—Yo no soy un asesino, Diana, nunca seré como Richard.

—Sabes que no me refería a eso... —lo dijo en un susurro.

—Pero lo has dicho; en realidad siempre me compararás con él, ¿verdad? Siempre tendré que pensar si estoy a su altura; si doy la talla...

Diana le dio una soberana bofetada. Él no se inmutó.

—Eres única hundiendo la autoestima a un hombre.

—Yo... lo siento... —Ahora sí se estaba alejando de él. Diana se cubrió la cara con las manos y deseó que todo estuviera como hacía unos minutos. Ellos dos, en la cama, bromeando después de hacer el amor, y nada más.

—Yo también lo siento. —La atrajo hacia él y abrazándola la besó en el pelo. Ella se aferró a sus caderas con los dos brazos.

—No quería pegarte.

—¿Por qué siempre terminamos discutiendo?

En lugar de contestar a eso, Diana se secó los ojos y lo miró a la cara. Odiaba llorar y no sabía por qué lo hacía, si por el pasado, si por el presente o por su incierto futuro.

—No era mi intención darte una bofetada, no sé lo que me ha pasado.

Hugh podía detectar la desesperanza en su voz y se sintió aliviado de que si se alejaba de él al menos también le doliera.

—Los dos llevamos muchos días encerrados y aislados, es normal que perdamos la paciencia. —La condujo hacia la mesa y la sentó cerca del fuego—. Avivaré el fuego y prepararé algo de cenar.

Ella quiso volver a sus brazos y decirle que lo olvidara todo, pero él ya se había alejado hacia la chimenea.

A pesar de haberle hablado con suavidad, Diana podía sentir su enojo.

En la cabaña se respiraba un ambiente bastante tenso y ambos lo sentían. Los músculos de sus brazos se movían mientras echaba unos leños y removía el fuego. Estaba de espaldas a ella y procuró no mirarla cuando comenzó a trastear en el armario de las provisiones. Sacó un par de latas de sopa, las vació en un cazo y encendió el hornillo. Se quedó quieto unos segundos, pensando en silencio. Después, se acercó a Diana y tiró de ella hacia su pecho desnudo.

—Maldita sea, Diana, deja de alejarme de ti. —La estrechó en sus brazos hasta que ella gimió—. Si lo único que quieres de mí es sexo, te daré sexo, pero no me excluyas de tu vida.

Ella respiró hondo y murmuró contra su pecho:

—No quiero alejarme de ti, Hugh, no quiero.

—Y yo no dejaré que lo hagas.

Aquel gesto de confianza, de necesidad, de rendición, lo dejó desarmado. Hasta ese momento no había sido consciente de lo importante que era para él que ella lo necesitara. Diana, a su modo, se estaba entregando por primera vez. No solo le había entregado su cuerpo, sino que sin saberlo le estaba ofreciendo todo su ser.

Hugh cerró los ojos y se juró a sí mismo que él se lo haría entender.

Roxana supo que ocurría algo grave cuando su padre le pidió que invitara a cenar a los Wildman en la casa familiar. No tendría nada de raro el hecho de compartir la mesa con unos viejos amigos, lo habían hecho muchas veces, pero que su padre se mostrara impaciente, y que Ronald lo acompañara en todo momento, eso sí resultaba sospechoso. Sobre todo porque el Ronald que los acompañaba a la mesa no era el montañero y amigo bromista de otras veladas; más bien era el impenetrable y severo fiscal del distrito.

Mientras cenaban, Roxana procuró entablar alguna conversación y dar un poco de sentido a la reunión, aunque después de varios intentos fallidos, guardó silencio. Su hermano Frank estaba a punto de llegar al valle, se lo había comunicado por teléfono cuando su padre le pidió que contactara con él a toda costa. Por otro lado, los Wildman se mostraban incómodos el uno con el otro, más que con el resto de comensales.

Robert, estirado y orgulloso, parecía un gallo de pelea, dispuesto a saltar sobre su hijo de un momento a otro. Y aquello era algo muy evidente para el resto de los asistentes. Richard, que normalmente solía ser bastante agradable y buen conversador, escarbaba en su plato repartiendo las verduras de un lado para otro. Y Tomas, que no permitía que nadie removiera su asado, estaba a punto de saltar en su silla.

La cena estaba llegando a su fin y Roxana se moría de curiosidad por saber qué estaría haciendo su esposo en el despacho de su padre. Antes de comenzar a cenar, Tomas se encerró allí, con Jeff y Ronald, y no salieron hasta que la cena estuvo lista. No le gustaba que la excluyeran de los asuntos familiares y estaba segura de que todo aquel alboroto se debía a algo relacionado con Frank, con Hugh y con Diana. Lo intuía.

Antes de encerrarse en el despacho, su padre le pidió que en ningún momento dijera que conocía a Diana. Tampoco debía comentar nada sobre el asunto de la medalla que pertenecía a los Wildman y que Diana trató de empeñar, ni cualquier otra

cosa que delatase que la joven había estado allí. Y mucho menos que se escondía con Hugh.

Si aquello no era para poner los nervios de punta a una mujer que se interesaba por todo, y cuyas hormonas andaban revueltas por el embarazo, que viniera Dios y lo viera.

Ella era una mujer inteligente y que estuviera preñada hasta los ojos no la hacía un poco más tonta. Su padre no tenía derecho a excluirla así de sus planes. De hecho todo aquel lío era más sencillo de lo que parecía. Ella estaba al tanto de lo que había ocurrido con Diana cuando se quedó apresada en la grieta. El nombre de Dick no dejaba de estar presente en todas las conversaciones que su padre, su esposo y el fiscal del distrito pretendían tener a escondidas. Pero había algo muy evidente y en lo que seguramente ninguno de ellos había reparado: Dick era el diminutivo de Richard. Dick estaba buscando a Diana y, al parecer, su padre, había venido a impedirlo.

Su familia no podía olvidar que ella adivinó, antes que nadie, que Diana era una presa de Lynwood.

En ese momento, Jeff entró en el comedor y Roxana lo fulminó con la mirada. Esta noche se iba a enterar, pensó apretando la boca, lo tendría hasta el alba haciendo viajes a la cocina a por frutas, zumos, pasteles y cualquier otra cosa que se le ocurriera, por no contarle lo que su padre y Ronald se traían entre manos.

Su esposo se dirigió directamente al minibar y, después de trastear con las botellas, se sirvió una generosa cantidad de *whisky* y se sentó frente a ella, al lado de los Wildman. Aquello era la gota que colmaba el vaso, pensó Roxana levantándose de la mesa. Jamás había visto a Jeff beber tal cantidad de alcohol antes de cenar. Si pensaba emborracharse hasta caer redondo, ella no estaría allí para recogerlo.

—Voy a ver cómo está Beth —se disculpó mirando fijamente a Jeff y retándolo a ignorar el mensaje de su mirada.

—Espera, cariño, te acompaño.

—¡No has cenado! —le acusó al salir del comedor. Sus ojos no se apartaban del enorme vaso de *whisky* que llevaba en la mano.

—He comido algo en la estafeta.

—¿Estás seguro de que no quieres terminar tu bebida?

—Vamos a ver a Beth. —La empujó con suavidad por el corredor y ella se mostró sorprendida por la urgencia.

Jeff la llevó del brazo hasta el despacho de su padre y se sentó detrás de la enorme mesa de roble oscuro.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Por qué estás enfadada?

—Dímelo tú, Jeff, todos os comportáis de un modo extraño...

La puerta del despacho se abrió, dando paso a su padre y a Ronald.

—Ha llegado el momento. —Tomas se dirigió hacia el acogedor saloncito frente a la chimenea.

Roxana se quedó mirando cómo los tres hombres parecían totalmente organizados. Era como si se hubieran olvidado de que ella estaba allí y sin hacer mucho ruido, por si volvían a excluirla, se sentó en el sofá. Su padre sacó el pequeño interfono infantil que Beth utilizaba cuando era bebé y lo dejó encima de la mesa. Comprendió que Jeff había dejado el otro aparato en el comedor, fingiendo que se servía una bebida, y comprobó cómo los tres se inclinaban hacia el juguete mientras la voz grave e irritada de Robert Wildman inundó el despacho.

—Ya estamos solos, no tenemos que seguir fingiendo más.

—Eso lo dirás por ti, padre. Yo nunca he fingido, si acaso he callado.

—Escúchame bien, Richard, he llegado a tiempo de impedir que cometas una locura. Sabía que vendrías a buscar a esa muchacha aquí, lo sabía.

—Pues podías haberme preguntado y así te habrías evitado el viaje.

—No comprendo cómo has podido enredarte otra vez con ella. —Estaba rabioso y su voz sonaba como un siseo—. Todo acabó hace seis años. Estuviste a punto de echar por la borda toda una generación d...

—Déjalo ya, padre.

—¿Sabes que se ha marchado con el menor de los Malloy? Es una puta que no merece que un hombre como tú ande detrás de ella.

—Déjalo ya, padre.

—¡No puedo dejarlo! Sabes que haré todo lo posible por impedir que esa... mujercita y tú os volváis a enredar. No consentiré que la hija de una puta y de un borracho se mezcle con nuestra sangre.

—¡Basta ya, padre! Diana es tan digna del apellido Wildman como lo puedo ser yo. Te aconsejo que no sigas por ahí...

—¿O qué? Siempre supe que andabas detrás de ella y no puede ser. ¿Me oyes? ¡No puede ser! —Sonaba desesperado—. Además, ella es una asesina.

—Los dos sabemos que Diana no mató a aquella mujer.

—Fue juzgada y condenada, no lo olvides.

—Sí, padre, y yo lo permití para proteger el apellido Wildman, pero tampoco olvidemos que aquel día tú y yo...

El ruido de una silla al arrastrarse les indicó que la conversación había terminado sin permitirles escuchar por el interfono el final de la frase.

—¿Y ahora, qué? —Roxana se había acercado hacia los tres hombres que se inclinaban hacia el aparato de color rosa.

—No hemos sacado nada en claro. —Ronald se frotó la barbilla, como siempre solía hacer cuando estaba deliberando.

—Yo creo que sí —dijo Jeff—. Ahora estamos seguros de que el hombre que persigue a Diana y el Dick al que ella acusó de asesinato en la grieta es Richard Wildman.

—¡No puedo creer que Richard esté mezclado en algo así! —Tomas movió la cabeza incrédulo—. ¿Y Frank? ¿Dónde se ha metido ese muchacho?

—Debe de estar a punto de llegar. —Jeff rodeó los hombros de su esposa con un brazo—. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos a dormir. Mañana a primera hora llamaré al *sheriff* de Mariposa Grove para que aclare esta situación. De una forma o de otra, podremos conseguir que Hugh y Diana terminen con su encierro en la montaña.

Ya estaba amaneciendo, cuando Richard Wildman supo que no podría conciliar el sueño. Se vistió y decidió ir hasta la cocina a tomar un vaso de leche. El hecho de encontrarse en el valle con su padre le había confundido, pero no dejaría a un lado sus planes. Llevaba demasiados años esperando a que ella hablara para aceptar la verdad y de una vez iba a terminar lo que nunca debió comenzar.

Estaba a punto de entrar en la cocina cuando alguien, que permanecía escondido en las sombras, lo llamó por su nombre.

—Necesito hablar con usted, señor Wildman.

—¿Usted y yo? ¿De qué? —Richard trató de ver su rostro en la penumbra del corredor.

—Usted busca a la chica y yo sé dónde encontrarla.

Richard lo agarró por la camisa y tiró de él hasta meterlo en la cocina de un empujón. Allí la luz de la lámpara incidió en sus sorprendidas facciones.

—¿Por qué harás una cosa así? ¿Quién eres?

—Mi nombre es Phil, trabajo para los Malloy desde hace unas semanas. Pero usted podrá pagarme este favor mejor que ellos, ¿verdad? Quiero marcharme de este agujero helado cuanto antes y necesito pagar la reparación de mi coch...

—¿Dónde está?

—¿Mi coche? ¡Ah, ella!... ¿Cuánto me pagará? —Los ojos de Phil brillaron ilusionados mientras se frotaba las manos manchadas de grasa de automóvil.

—Lo que quieras, pero vámonos ya. —Lo empujó fuera de la cocina.

—¿Cómo que vámonos ya? Hace falta un helicóptero, señor Wildman, tenemos que esperar a que...

—Tengo mi propio helicóptero, así que vamos —le ordenó indicándole la salida —, y espero que sepas decirme exactamente el lugar en el que están escondidos.

—Yo... prefiero no ir con usted. Levantaríamos sospechas. El viejo me envió a la montaña con el piloto, para llevarles provisiones, y si no aparezco por aquí como todas las mañanas, él podría sospechar.

—¿Dónde están? —Se inclinó amenazante hacia delante y Phil retrocedió unos pasos.

—¿Conoce un lugar llamado el Paso Tioga? En la cara norte, en un lugar llamado del Oso Escalador o algo así...

—El refugio de Oso Trepador. —Richard lo empujó fuera de su vista y se dirigió hacia la puerta.

Capítulo 25

Unos crujidos en el exterior la hicieron despertarse. Diana se envolvió en una manta y se acercó a la ventana. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de nieve blanca y, por primera vez desde que se encontraba en aquel lugar, el cielo se mostraba azul y limpio de nubes. Un sol brillante y luminoso comenzaba a ascender en el horizonte, arrancando destellos en los carámbanos que colgaban como diamantes de las ramas desnudas de los árboles.

Caminó hacia la lumbre que ardía en el hogar y se detuvo al volver a oír los crujidos. Esta vez no había duda. Eran pasos sobre la nieve y se dirigían a la puerta. Esperando encontrarse con Hugh, se giró rápidamente y abrió de golpe. Una ráfaga de aire helado la empujó hacia atrás, salpicándola de hielo pulverizado, pero cuando se limpió los ojos descubrió que no había nadie en el exterior. Cruzó la manta sobre su cuerpo y buscó a Hugh por los alrededores. No debía de andar muy lejos, pensó cerrando la puerta. Al entrar de nuevo en el refugio, se fijó en que su desayuno estaba sobre la mesa. Se detuvo al ver una extraña flor de color amarillo y enormes pétalos blancos que reposaba sobre su plato. Cerró los ojos y la llevó a su rostro mientras sonreía. Hugh no dejaba de sorprenderla y aquella vena romántica era otra de las cosas que nunca hubiera imaginado del montañero. No tenía ni idea de dónde habría sacado una flor en un lugar tan congelado, pensó mientras lo imaginaba arrancándola para ella mientras arriesgaba su vida en un cortado.

Diana nunca había sido soñadora y, sin embargo, de un tiempo a esta parte, desde que estaba día y noche con Hugh, era lo único que hacía, fantasear. Seguramente él conocía algún lugar donde podrían crecer aquellas flores, conocía el valle como la palma de su mano, pero el simple detalle de haber ido a buscarla para ella significaba mucho para alguien que hacía demasiados años que no recibía un regalo.

Apenas había comenzado a comer cuando Hugh entró en la cabaña.

—¿Todavía estás así? —Se quitó el anorak y frotándose las manos la besó en el pelo.

—Te estoy esperando —replicó ella cogiendo un trozo de bizcocho de nueces.

—Si quieres que demos un paseo tenemos que salir pronto. Creo que dentro de unas horas comenzará a soplar el viento y es mejor que para entonces estemos de vuelta.

—Primero desayuna conmigo. —Partió un trozo más pequeño y se lo acercó a los labios.

Él protestó y ella no lo escuchó; se inclinó sobre la mesa y la besó en los labios.

—Cuanto antes terminemos la comida, antes nos pondremos en marcha.

—Eres muy mandona. —Ella aprovechó para meterle otro trozo en la boca y sonrió complacida de saber que ejercía cierto poder en él, cuando quería.

—Gracias por la flor. Es preciosa.

—De nada. Tú también.

Devoraron el desayuno así, alternando bocados, uno para ella, uno para él; un trago de café; un beso largo, dulce y cálido. Diana disfrutaba dándole de comer y él le seguía el juego, aceptando cada bocado que ella ponía en su boca con exagerados gemidos de placer y esperando sus caricias a cambio.

Cuando terminaron todos los bizcochos de la bandeja, Hugh le indicó que la esperaba afuera y le aconsejó que se pusiera varias capas de ropa debajo de su chaquetón.

La nieve se agolpaba a los lados de las paredes de roca que protegían la cabaña y Hugh caminó por el estrecho camino que había abierto con una pala. El cielo resplandecía de azul que estaba y el viento helado agitaba su melena oscura sobre su cara. Observó a un lado las montañas quebradas, cuyas cumbres nevadas parecían arder por los destellos dorados que arrancaban los rayos del sol, y la amplia curva del valle al otro. Era una suerte que dentro del fuerte temporal que azotaba el Paso pudieran contar con un día para salir de excursión. Tanto Diana como él necesitaban aire libre, aunque se les helara el aliento. Él sabía que no había nada como una salida a la montaña para regresar a casa totalmente renovados y dispuestos a pasar otra larga temporada aislados.

El sonido inconfundible de un helicóptero le hizo girarse sorprendido. No esperaba que volvieran a traerles provisiones hasta una semana más tarde y solo se le ocurrió que algo malo podría haber ocurrido en el valle. Su padre... Roxana... o el bebé...

El aparato rodeó la montaña, subió mucho más alto de donde solía posarse el *ranger* que repartía los alimentos, y Hugh supo que la persona que pilotaba aquel helicóptero no solo pretendía acercarse lo máximo posible al refugio que solo conocía su familia, sino que sabía perfectamente dónde pararse.

A unos cien metros de distancia, en un pequeño saliente aunque lo suficientemente ancho, las hélices del helicóptero dejaron de dar vueltas.

A pesar de que iba fuertemente abrigado, y de que sus facciones estaban ocultas por unas gafas oscuras y un casco, Hugh lo reconoció. Richard le saludó con un brazo en alto y después de saltar al suelo, esperó a que su amigo llegara hasta él mientras se quitaba el casco.

—Lárgate de aquí, Richard —le gritó sin ocultar su furia.

—¿Dónde está Diana?

Su pregunta fue directa, como siempre solía ser Richard Wildman cuando sabía que nadie, ni nada, se interponía en su camino.

—Está conmigo, ¿no te basta?

—No, no es suficiente. Te agradezco que hayas cuidado de ella, pero voy a llevármela.

—¡Maldito hijo de puta! —Se abalanzó sobre él, derribándolo y rodando juntos por las rocas.

Durante unos segundos los dos hombres forcejearon en el suelo. Era difícil moverse sobre la montaña helada y Richard inmovilizó el cuerpo de su amigo mientras esquivaba sus puños.

—No quiero pelear contigo, Hugh. Escúchame...

—Escúchame tú a mí. —Le lanzó otro puñetazo y le dio de lleno en la cara.

Richard cayó hacia un lado y Hugh aprovechó para salir de debajo de su cuerpo y agarrarlo por las solapas del chaquetón, para después arrojarlo otra vez al suelo.

—¿Por qué no te defiendes? —le gritó furioso.

—No tengo nada contra ti, Hugh.

Richard se puso en pie mientras procuraba que su nariz dejara de sangrar y lo miró fijamente.

—Entonces, ¿a qué has venido? ¿A matarla?

—¿Eso te ha dicho Diana?

Ambos se miraban a los ojos y respiraban trabajosamente.

—Márchate, Richard. ¿O debería llamarte Dick?

—Ya lo sabes...

—Sí, y te haré un favor. Tienes seis días para abandonar el país. Durante ese tiempo seguiremos aquí, en la montaña, pero cuando vengan a traernos más provisiones te juro que si no has desaparecido te perseguiré con todo el peso de la ley. Eres un hombre con recursos, Richard, y no te costará mucho trabajo seguir ocultando tu crimen. —Sus facciones endurecidas corroboraban cada una de sus amenazantes palabras y su voz estaba llena de aversión—. Pero si te acercas a ella, te juro que te mato aquí mismo.

—Tío, Diana te tiene bien pillado. Nunca te he visto tan mal antes.

—Eso no te importa, pero no creas que podrás apartarme de su lado tan fácilmente como has hecho con los demás.

—Mira —caminó hacia él—, no sé qué te habrá contado tu hermano Frank...

—Frank no me ha dicho que eres un asesino. Ha sido ella.

—Diana no puede haberte dicho eso nunca. —Richard movió la cabeza incrédulo. Hugh se abalanzó sobre él, haciéndole caer de nuevo.

—¿Piensas llevártela para encerrarla otra vez?

—No sabes lo que dices, Hugh, te repito que solo quiero llevarla conmigo.

Forcejearon unos segundos. Hugh trataba de golpearle mientras que Richard solo procuraba escapar de sus golpes. Aun así, no pudo evitar que varios puñetazos volvieran a impactar en su rostro y finalmente tuvo que defenderse también.

—Esto puede durar eternamente, Hugh —resopló Richard clavándole un puño cerrado en el estómago y separándose de él.

—Solo hasta que uno de nosotros deje de respirar. —Se levantó y limpiándose la sangre que fluía de su boca, escupió en el suelo.

—Tú me conoces bien, eres mi amigo. Sabes que no soy ningún asesino, Diana no ha podido decirte esa barbaridad.

Se apoyó en las rodillas, inclinado hacia el suelo, y alzó la cara para mirarlo. Los dos estaban cansados y jadeaban por el esfuerzo de la pelea.

—Ella tiene una prueba que te acusa —le advirtió Hugh sacudiéndose la nieve que manchaba su anorak.

—Eso no puede ser...

—Mira, no sé por qué guarda lealtad a alguien como tú pero, si ella no quiere hacerlo, yo mismo usaré esa prueba contra ti. —Le resultaba muy doloroso aceptarlo.

—Entonces, será mejor que vayamos a preguntárselo. Lo más seguro es que ni siquiera haga falta que me digas cuál es esa prueba porque no existe. Ya habría hablado hace años si hubiera podido demostrar su inocencia.

—Ella es inocente.

—Yo también lo creo, pero tendrá que demostrarlo y nunca lo ha hecho.

—¿Cómo iba hacerlo, si la abandonaste junto al cadáver de aquella mujer? ¿Qué pretendes? —Hugh le sujetó por un brazo cuando este hizo ademán de caminar hacia la cabaña.

—Quiero hablar con ella. —Richard se liberó de su agarre con un estirón y continuó andando—. Si es cierto que tiene una prueba, podremos demostrar que ella no la mató.

—Estás loco si crees que voy a permitir que la asustes o que la obligues a decir más mentiras para protegerte.

—Si ella me acusa a mí de ese crimen, yo mismo me entregaré a las autoridades.

Decidido, Richard se adentró en el estrecho camino que su amigo había abierto en la nieve y Hugh le siguió tan de cerca que casi chocó con él cuando se detuvo ante la puerta cerrada.

—Espera —le llamó antes de que empujara la manija—, te estoy vigilando, Richard, un solo movimiento extraño por tu parte y te juro que t...

—Ahórrate las palabras. Ella vendrá conmigo sin que tú puedas evitarlo.

Diana estaba de espaldas a ellos, sentada en un pequeño taburete frente a la chimenea, y terminaba de ponerse una bota.

—He pensado en lo que dijiste ayer, Hugh. —Se giró hacia la entrada y sus ojos oscuros se abrieron sorprendidos—. Dick...

Fue solo un susurro.

—Diana, Richard ha venido a buscarte. Dile que se marche, solo un gesto tuyo, y lo tiraré montaña abajo. —Hugh se abrió paso hacia ella, quien retrocedió hasta chocar con el taburete.

—No hará falta, ¿verdad, cariño?

La voz de Richard sonó suave y susurrante. Los dos hombres se quedaron frente a ella que guardó silencio durante unos segundos.

Ambos parecían a punto de estallar. Altos, fuertes y enojados.

Hugh tenía los cabellos enredados y llenos de nieve. Sus ojos acerados la miraban sin parpadear y sus facciones estaban contraídas.

—¿Os habéis peleado?

Reparó en la sangre seca que manchaba el rostro de los dos hombres, pero no se acercó a ninguno de ellos.

—Hugh dice que tienes una prueba de que yo maté... a aquella mujer.

La mirada fija y penetrante de Dick la hizo retroceder en el tiempo. Como si de nuevo tuviera dieciséis años y fuera una muchacha desaliñada, hambrienta y necesitada.

—Díselo de una vez, Diana. —El tono severo de Hugh la hizo parpadear y regresar a la realidad—. Demuéstrale que siempre has sabido que él la mató. Dile que nunca más seguirás cubriéndole las espaldas.

—Déjalo, Hugh. —Rehuyó su mirada.

—No puedes pedirme eso, Diana. No, después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Qué hay entre vosotros?

La mirada inteligente de Richard fue de uno a otra, como si pudiera visualizar sus pensamientos, y ella detestaba aquella manera de escudriñarla; sobre todo porque sabía que al final, él siempre terminaba desnudando su alma herida.

—No hay nada entre Hugh y yo. —Alzó la barbilla al decirlo y se enfrentó a él.

Esta vez no permitiría que Dick lo apartara de ella. Esta vez no soportaría que Hugh también la abandonara cuando él se lo ordenara.

—Sabía que los Malloy cuidarían bien de ti, pero nunca imaginé que mi amigo Hugh y tú...

—Te repito que no hay nada entre nosotros.

Pudo sentir las ondas de rabia que emanaban de Hugh. Las lágrimas comenzaron a agolparse en sus ojos, de un manotazo se limpió la cara, y se enfrentó a Dick, que sonreía.

—Y no necesito que nadie cuide de mí. Márchate, marchaos los dos y dejadme en paz —replicó irritada consigo misma por el temblor en su voz.

—Diana, cariño, ¿cuál es esa prueba que puede incriminarme? —Se acercó y le tomó las manos entre las suyas.

—No creerás que la lleva encima —mintió Hugh—, y ya la has oído, aléjate de ella.

Richard cabeceó y a pesar de que sus atractivas facciones estaban doloridas, sonrió, otra vez.

—Estás tan equivocado conmigo.

—Yo he visto la prueba —añadió Hugh, para borrarle aquella estúpida sonrisa de la cara—. Es un alfiler de corbata que lleva tus iniciales. Será muy fácil probar que te pertenece. No hay muchos hombres que lleven joyas tan sofisticadas para sujetar una corbata y que ese día estuvieran en el lugar del crimen.

Complacido, comprobó cómo, por fin, el futuro senador palidecía.

Diana no podía creer lo que estaba ocurriendo. Ahora que se había descubierto su secreto, Dick estallaría en cólera. Él la quiso un día, la protegió. Si mató a aquella mujer debía de haber alguna razón. Aunque él la traicionó, también la había salvado. Miró a Hugh y negó con la cabeza. No podía creer que él también le hubiera fallado. Él no. Todo volvería a comenzar, pero esta vez en sentido contrario a las agujas de un reloj. Los días y las eternas noches, encerrada y asustada en una celda. Los castigos de aislamiento. Los espacios oscuros y lúgubres con olor a sangre, a sexo y a muerte. Los golpes y los gritos, mientras ella lloraba asustada y se escondía en un sucio armario de su casa. «Didí, pequeña zorra, ven con papá».

Richard la abrazó como si pretendiera consolarla y Hugh se acercó a ellos en el mismo instante, para dejar claro que estaba allí. Como una advertencia. Los dos hombres que un día fueron amigos se miraron a los ojos y ella comenzó a llorar, desesperada.

—Tú la mataste, Dick, después me abandonaste.

—Yo no la maté, ¿cómo has podido pensar todo este tiempo que yo podría hacer algo así? —La estrechó entre sus brazos, para hacerle entender.

Hugh estaba confuso; por un lado tenía la certeza de que Diana decía la verdad, pero por otro... sabía que Richard no mentía. Su amigo no era un asesino. Él lo conocía muy bien.

—Déjame a solas con ella —le pidió Richard.

—Ni loco. —Dio un paso adelante y cerró los puños.

—Esto es un asunto personal, Hugh, no te concierne.

Richard la abrazó más fuerte, le retiró los cabellos de la cara, y ella se apartó de su lado como si de repente se diera cuenta de que volvía a creer en él.

—Entre Hugh y yo no hay secretos. —Esquivó su mano cuando trató de sujetarla y se refugió en los brazos del montañero que la recibió con un suspiro y la besó en el pelo.

—Se trata de ti y de mí —repuso Richard exasperado—. ¡Vamos! —le apremió con suavidad, pero con firmeza.

—Ya la has escuchado, lo que tengas que decir, lo dirás delante de mí.

Los dos hombres intercambiaron una mirada hostil y ella pensó que no tardarían mucho más en abalanzarse el uno contra el otro. Salió de los brazos de Hugh y dándole la espalda se sentó frente a la chimenea. Él se situó tras ella y le colocó las manos en los hombros, para que supiera que estaba allí, a su lado.

El gesto le reveló a Richard más que mil palabras. «Se aman», pensó sorprendido. Y se preguntó si ella lo sabría.

—Aquel día te dejaste el teléfono olvidado en casa —comenzó Diana con voz impersonal. Hugh la animó a hablar, dándole un apretón en el hombro, y ella subió su mano hasta entrelazar sus dedos con los de él—. Fui a devolvértelo a la dirección que escribiste en un papel y que resultó ser mi antigua casa. Después, todo fue muy confuso. Alguien me golpeó y me arrojó por las escaleras. Cuando abrí los ojos, tú estabas allí. Me tomaste en brazos y me...

—No, Diana, no. —Richard se adelantó unos pasos.

—Sí, eras tú. Podría reconocer el aroma de tu perfume en cualquier lugar. No era la primera vez que me abrazabas. —Se giró hacia él sin ocultar las lágrimas que rodaban por su cara.

—Te juro que cuando llegué al callejón, todo estaba plagado de policías. Habían acordonado la zona y nadie podía entrar o salir.

—¿Y qué fuiste a hacer allí, donde justamente acababan de matar a una mujer? —inquirió Hugh con actitud defensiva.

Richard apretó los labios y cerró los ojos abatido. Sí, había llegado el momento de las confesiones por muy dolorosas que fueran.

—Aquella mujer me extorsionaba desde hacía varios meses. Cada vez me pedía más dinero a cambio de su silencio y discutí con ella. Tuve que volver a mi despacho para reunir el dinero que ella me exigía y te aseguro que cuando llegué al lugar de la cita, todo estaba rodeado por la policía.

—¿Por qué te chantajeaba? ¿Qué querías ocultar con su silencio? —Su amigo no comprendía nada.

—Ella me amenazaba con ir a la prensa y contarle a todo el mundo mi relación con Diana. Yo necesitaba tiempo para que todos aceptaran el vínculo que había entre nosotros dos. No era buena idea soltar una noticia de aquel calibre y sobre todo por medio de la prensa. Mi familia, y Diana misma, necesitaban tiempo para asimilar algo así. —Miró directamente a Hugh y añadió—: Por eso, cuando me contaron que una prostituta había sido asesinada en el edificio, me marché y no seguí preguntando más. En ningún momento imaginé que estabas allí. —Se acercó a Diana y ella se levantó de su asiento, quedando frente a él—. Tienes que creerme cuando te digo que yo solo quería protegerte. Creí volverme loco cuando leí los titulares de la prensa y vi las imágenes de los informativos, contigo saliendo esposada de aquel callejón. Cuando todo estaba en tu contra y no hacías nada por defenderte. —Suspiró, y bajó la cabeza, avergonzado—. Quiero ver ese alfiler de corbata.

Ella miró a Hugh que afirmó en silencio. Rebuscó en su mochila y le entregó a Richard el delicado broche. Él se mordió los labios mientras lo observaba en la palma de su mano. Las iniciales R. W. no dejaban lugar a dudas de a quién pertenecía aquella joya. Alguna vez, tuvo ligeras sospechas, pero siempre se decía que sus conjeturas eran demasiado exageradas. Ahora, sabía que no.

—¿Por qué no dijiste nada? —Se le veía muy afectado y Hugh no le quitaba ojo—. Todos estos años has creído que yo maté a aquella mujer y no me has delatado.

Hugh no comprendía cómo, a pesar de que todo estaba en su contra, él seguía negando lo evidente. Y lo peor era que creía a su amigo.

—Preferí pensar que no podías hacerme algo así. —Diana miró con aprensión cómo él cerraba la mano en un puño y apretaba el alfiler—. Esperaba que hubiera un motivo para que me abandonaras allí; estaba segura de que vendrías a buscarme y lo aclararías todo. Pero luego pasaron los meses y ya no sabía si las cosas habían ocurrido realmente como recordaba.

—¡Cómo he podido ser tan estúpido! —Había pasado del desconcierto a la rabia, en un segundo—. Tienes que creerme, cariño, yo no lo hice. Yo no maté a aquella mujer.

Ella afirmó en silencio. Él cerró los ojos, aliviado.

—Vamos, Diana, tenemos que regresar a Los Ángeles.

—Ella no irá contigo a ningún sitio —le recordó su amigo, interponiéndose entre los dos.

—Apártate, Hugh, no lo hagas más difícil. —Sus miradas se cruzaron. La de Richard impregnada de dolor y de coraje.

La mano de Diana buscó la suya y aquel gesto, que no se le escapó a Hugh, pareció atizar sus celos.

—Ya no tiene sentido seguir discutiendo sobre este asunto, Dick. Has solicitado un indulto presidencial y podré empezar de nuevo. Deja que me marche a cualquier lugar donde pueda comenzar una nueva vida, pero no me obligues a ir a Nuevo México. Cambiaré mi nombre, como dijiste, puedo ser cualquier persona que tú quieras, pero deja que sea yo quien decida mi futuro y cómo vivirlo... —Miró de reojo a Hugh y sintió sobre ella el peso reconfortante de su cálida mirada.

En realidad quiso decir junto a quién vivir su futuro, pero no añadió nada más.

Richard pareció desconcertado al escucharla y tomó su cara entre las manos.

—Tu sitio está a mi lado, cariño. Hace años que debí actuar y ahora serías para todo el mundo Diana Wildman.

—Pero no lo es —intervino Hugh antes de perder la paciencia.

—No te sientas atacado, Malloy. No soy tu rival.

—Pues apártate de ella.

—¡Oh!, basta ya —replicó Diana alejándose de los dos—. Parecéis dos perros peleando por un hueso.

Los dos hombres guardaron silencio y ella comenzó a recoger su ropa y a meterla en su mochila.

Capítulo 26

—¿Qué estás haciendo? —Hugh la observó con frialdad, reprobador, con la mandíbula contraída.

—Recojo mis cosas, ya lo has oído. Nos marchamos de aquí.

—No nos vamos. —Entornó los ojos desafiando a Richard que iba hacia la puerta.

Este los miró de hito en hito y decidió dejarlos solos.

—Esperaré afuera, no tardéis —dijo antes de salir al exterior. Sabía que su presencia en ese momento solo avivaría la discusión.

—Si te vas con él a Los Ángeles todo volverá a ser igual que antes —le advirtió sujetándole las manos para que dejara de meter prendas en la mochila.

—¿Y qué? No estaba tan mal —se encaró a él—. No me mires como si fuera una esclava sumisa y dócil, porque no lo soy. No puedo esperar que se cumpla mi destino porque Dick lo cambió hace años.

—No le debes nada. Tu destino no está a su lado, casándote con él, sino al mío.

—Y estar a tu lado es como vivir con la voz de mi conciencia.

Hugh soltó un grito de rabia y golpeó la pared, justo encima de ella.

Estaba dispuesto a luchar por ella. Era suya aunque ella no lo supiera. La forma en que respondía a sus besos, la forma en la que gemía su nombre cuando hacían el amor era toda la prueba que necesitaba para asegurarlo.

—Diana —la llamó controlando su voz y procurando que sonara suave.

Ella negó con la cabeza porque solo así derribaba sus barreras. Y él lo sabía.

—Algo en mi corazón me decía que él también era inocente —emitió un sonido que pareció un sollozo y añadió—: Dick no me traicionó, ¿comprendes?

Hugh notó cómo ella se alejaba tan abruptamente que sintió como si le cerraran una puerta en las narices.

—Y eso es muy importante para ti, ¿verdad? —Le cogió el mentón para obligarla a mirarle de frente. El corazón se le encogió de pena al ver tanto dolor en sus grandes ojos oscuros—. ¿Tan importante como para casarte con él?

Ella estuvo a punto de gritarle que era un estúpido si pensaba tal cosa. Le sorprendió su repentino deseo de explicarle que ella solo deseaba estar junto a él; ayudando a Tomas en la cocina del hotel, compartiendo el resto de sus días con la familia que él le ofrecía; amándolo por las noches y acunando contra su pecho a un bebé regordete y sonrosado. Pero la voz de Richard los llamó desde afuera.

—No puedes marcharte con él, Diana —le urgió en un susurro. Se lo pidió sin aliento, con la voz rota—. Prométeme que no dejarás que te ponga una mano encima.

Sus ojos grises se empañaron, y se cerraron a medias, y Diana sintió que su corazón se rompía en mil pedazos.

—No es como tú piensas, nunca lo fue... —Se aferró a él y su cuerpo comenzó a agitarse mientras sollozaba.

Otra vez volvía a llorar y llevaba muchos años sin hacerlo. Lloraba por ella y por él; por el futuro en común del que tanto le había hablado, y que nunca podrían tener. Dick no la había traicionado, pero ella seguía siendo una reclusa a la que le quedaba media condena por cumplir y dependía de lo que él quisiera hacer con su custodia.

—¡No llores, por favor! —susurró Hugh mientras acercaba su boca hasta la de ella para impedir que le temblaran los labios—. ¡Por favor, por favor, no...!

Richard los observó en silencio desde el exterior y sonrió. A pesar de que todavía estaba muy afectado por todo cuanto había descubierto, era la primera sonrisa distendida que mostraba en mucho tiempo. Ver a Diana en brazos de Hugh, y cómo él le susurraba palabras de amor, era toda una sorpresa. Pero una sorpresa muy agradable.

Diana siempre había sido una joven difícil de tratar, le había llevado mucho tiempo conseguir que confiara en él y al parecer otra vez volvía a hacerlo. Pero no podía dejar de sonreír como un tonto al ver cómo ella se aferraba al montañero con desesperación. No había duda, Diana amaba a Hugh tanto como él a ella. Solo la había visto llorar un par de veces desde que la conocía y esta era una de ellas. Sí, no había duda: de todos los hombres que había conocido en su vida, si había uno que mereciera estar junto a ella, ese era Hugh Malloy.

Sabía que no estaba obrando bien al no aclararle que sus celos no tenían sentido. Hugh le miraba como a un rival, como a un oponente que pretendía disputarle el amor de Diana, y nada más lejos de la realidad. Ella, sin embargo, jamás confundió o malinterpretó sus calurosos abrazos, ni sus besos castos y tiernos, ni sus caricias entrañables. Ella aceptaba aquel amor como lo que era sin saberlo. Un amor fraternal.

Pero antes tenía que solucionar otros problemas más graves; despejar secretos que se arrastraban desde hacía mucho tiempo y que estaban llegando a su fin. Ella era una Wildman, sangre de los Wildman, y como tal tenía que ser reconocida ante todo el mundo. Buscó el alfiler en el bolsillo de su chaquetón y lo apretó en la mano. Tantos años tratando de que el intachable apellido de los Wildman no se viera enturbiado por la aparición de Diana y finalmente sería lo que ocurriría. Solo que ella no era más que un pequeño instrumento en todo aquel entramado. Y él tenía la llave que lo abría.

Tomas colgó el teléfono y miró preocupado al fiscal del distrito.

—Era Hugh, llamaba desde el helicóptero de Richard Wildman. —Fruunció los labios y se pasó una mano nerviosa por la reluciente calva—. Diana y él regresan a

casa.

—¿Cómo ha sabido dónde localizarlos? —Miró por la ventana del despacho, esperando verlos aparecer en cualquier momento.

—No lo sé, Ronald, no lo sé...

Estaba afligido, ni él ni Roxana habían dormido en toda la noche. Ya era muy tarde, cuando Jeff recibió una llamada urgente desde la garita de entrada del valle. Lo único que les dijo era que tenía que marcharse con urgencia hacia allí y que Frank le estaba esperando con los *rangers*. De aquello, habían transcurrido casi nueve horas y no habían tenido más noticias de ninguno de los dos.

—Robert Wildman ha preguntado varias veces por su hijo, ahora podremos decirle que ya sabemos dónde está.

Ronald se apartó de la ventana y caminó hacia la enorme mesa de madera.

—Yo creo que lo imagina, no sé por qué, pero creo que entre padre e hijo ha ocurrido algo y Diana es la clave.

La puerta se abrió con ímpetu, Jeff y Frank entraron seguidos por su hermana y dos de los *rangers*. Roxana estaba pálida y no dejaba de pasarse la mano con gesto nervioso por encima de su abultada barriga.

—¡Gracias a Dios que estáis aquí! —Tomas se levantó del sillón giratorio y acudió a abrazar a su hijo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué te quedaste a la entrada del valle?

Frank resopló, sin saber por dónde comenzar.

—Por el principio, hijo, empieza por principio —le aconsejó Tomas, impaciente.

En pocas palabras, Frank les relató la trágica historia de Diana. De cómo creció en los suburbios, en el seno de una familia atípica, y de sus ingresos en centros de menores. Les contó cómo la conoció en Lynwood por recomendación de Richard Wildman, al que él creyó un hombre honorable y preocupado por una mujer indefensa e inocente. De cómo había descubierto que su madre no estaba muerta, sino que Robert Wildman le pagaba para que se ocultara y de que Richard Wildman y Diana eran hermanos.

Un silencio denso y pesado se instaló en el despacho. Tomas miró a su hijo como si acabara de darse cuenta de que estaba loco, aunque sabía que por su expresión, había algo más que todavía no había dicho.

—Todavía hay más... —soltó Jeff—. Anoche encontraron el cuerpo de una mujer asesinada en el maletero de un deportivo azul que pertenece a Robert Wildman. Al parecer llevaba varios días abandonado, a la entrada del valle, y uno de los *rangers* decidió abrirlo. El *sheriff* de Mariposa está en camino para hacerse cargo de la investigación.

—Sí. —Frank suspiró—. Es el mismo coche que aparece en la fotografía que tengo de Diana. El mismo deportivo azul que tantas veces usó Richard para llevarla a su casa y que ella y su novio, el muchacho de la pizzería, vieron aquel día cuando ocurrió el asesinato.

—¿Quieres decir que Robert ha matado a dos mujeres? —Tomas estaba sin aliento.

—Hasta ayer mismo creía que el asesino era su hijo, pero ahora no hay ninguna duda —repuso Frank, todavía incrédulo.

—¡Ahí está el helicóptero! —exclamó Roxana con voz estrangulada.

Diana miró por la ventanilla mientras el aparato se disponía a posarse frente al hotel. Hugh y Richard no habían vuelto a dirigirse la palabra desde el momento en el que abandonaron el refugio y ella tampoco hizo ningún comentario en todo el trayecto.

Los dos hombres, igual de altos y de parecida constitución, fuertes y atléticos, miraban al frente perdidos en sus pensamientos. Ella contempló el mismo paisaje que ellos y sintió que tenía la nariz y las manos congeladas. Había olvidado ponerse el gorro y los guantes, Hugh no se lo había recordado y su mentón tembló al descubrir que había empezado a depender de él en demasiadas cosas. Apretó la boca para no romper a llorar y estrujó entre sus manos la flor que le había regalado. No quería dejarla allí, con sus recuerdos y sus momentos felices, quería llevársela donde quiera que fuera.

Diana se quedó con los ojos clavados en su espalda. Hugh se había recogido la melena con la cinta de cuero y cuando el helicóptero comenzó a descender, él se giró para mirarla. Sus miradas se quedaron prendidas y la violencia de sus emociones la asustó hasta el punto de saber que ya no las controlaba. Sus ojos grises la empujaban hacia un laberinto del que no había salida, y lo peor de todo era que ella no deseaba salir.

Él alargó una mano y le tocó la mejilla.

—Estás helada —le dijo en un susurro.

El helicóptero se posó con suavidad y ella se sujetó a su mano para evitar que se alejara. Ahora que habían vuelto al hotel los recuerdos de sus caricias, de sus palabras de amor, los jadeos entrecortados, y los gemidos de placer mientras se derramaba dentro de ella, parecían muy lejanos y, sin embargo, todavía le ardía la piel por su contacto. Lo amaba tanto que el dolor que sentía por perderle era insoportable. Entonces se inclinó hacia delante y lo besó en los labios con suavidad.

—Yo también te amo —le confesó en un susurro.

Él le sujetó la cara entre las manos y allí estaba aquella mirada indescriptible que alcanzaba los lugares más oscuros y recónditos de su corazón.

Richard bajó del aparato y cuando lo rodeó para ayudarla a bajar, ella ya había saltado al suelo. Hugh, todavía permanecía sentado en su asiento. Quieto y mirando al frente. Richard la cogió del brazo y la condujo hacia el sendero. Ella se dejó llevar dócilmente, sabiendo que allí terminaba todo, como ocurrió una vez con Anthony.

Aunque lo que ella sentía por Hugh no se parecía en nada a lo que hubo en el pasado con su joven novio.

—Recoge tus cosas, Diana. —Richard le pasó un brazo protector por los hombros y caminó con ella—. Ve directamente a tu habitación y espérame allí.

—Me gustaría despedirme de Tomas... y de Roxana... Jeff también ha sido muy amable conmigo y... ¡Oh! me he dejado la flor en el helicóptero.

—Ya tendrás otras flores. —Y la obligó a seguir caminando a su lado con un suave apretón de su mano—. Estás enamorada de él, ¿verdad?

—A ti te da igual. Además, ya no importa.

Alzó la barbilla de forma altiva y con una extraña dignidad se adelantó, liberándose de su abrazo. Él la alcanzó.

—Esta vez es diferente, cariño. Claro que me importa. Hugh está dispuesto a luchar por ti, y creo que tú por él.

—¿Por qué no te vas al diablo? —replicó enfrentándose a él—. Sí, le amo. ¡Le amo! —gritó furiosa. Ahora que lo sabía necesitaba decirlo en voz alta—. ¿Qué harás, Dick? ¿Obligarle a alejarse de mí? ¿Amenazarlo como a Anthony?

—Me temo que eso no serviría con Hugh. —Movió la cabeza y le indicó que continuaran caminando.

Ella apretó los puños para no saltar sobre él y arañarle la cara.

—No solo eres el capullo más grande que he visto, eres el Premio Nobel de los capullos.

A pesar de las circunstancias, Richard no pudo evitar sonreír. Diana volvía a crecer. Nunca dejaría de asombrarle la capacidad de recuperación de aquella muchacha. Nadie podría decir que, minutos antes, estaba a punto de derrumbarse y, aunque sabía que toda aquella rabia era dolor enmascarado, él tenía que protegerla de su propio padre.

Después, cuando lo hubiera aclarado todo, la dejaría marchar libremente junto a su mejor amigo.

—Recuerda lo que te he dicho, Diana, no salgas de tu habitación hasta que yo vaya a buscarte. Tal vez...

—¿Qué? —le urgió ella con ojos desafiantes.

Richard iba a decirle que tal vez no tuvieran que marcharse del valle si su padre confesaba, pero prefirió guardar silencio.

—Nada, obedece. —Le indicó la puerta de entrada al hotel.

—Yo no vivo en el hotel, sino en la casa familiar. ¡No soy una huésped!

Diana comprendió en ese instante lo que ella había significado para todos, desde el principio, y salió corriendo hacia la casa para que él no volviera a verla llorar.

Richard se quedó quieto, lleno de impotencia y de frustración. Se sentía mal, muy mal por infligirle aquel dolor a Diana. Los Malloy habían llegado a ser como su familia, pensó con tristeza, y a él le odiaba tanto que no soportaba su presencia.

—Richard —le llamó Hugh que caminaba con las mochilas por el sendero. Llegó frente a él y las dejó caer entre los dos—. ¿Siempre es igual entre vosotros? ¿Diana grita, tú la amenazas y ella huye llorando? No me parece muy idílico.

—Ahora no, Hugh, ahora no... —Se pellizcó el puente de la nariz para mantener la calma y miró a su amigo. Tenía la cara amoratada y él no debía de tener mucho mejor aspecto. Le dolía la mandíbula y sentía la nariz inflamada—. Tengo que pedirte un favor —añadió después de un rato.

—Estás de guasa, ¿no?

—No. Si de verdad te importa Diana, avisa al *sheriff* de Mariposa.

Hugh entornó los ojos, solo dos rendijas grises lo miraban.

—Te creo cuando dices que tú no mataste a aquella mujer —se sinceró—. Pero ¿quién es el asesino? ¿Está aquí, en el valle? —No podía imaginar quién sería.

Tomas y Roxana llegaron hasta ellos y la conversación se interrumpió.

—¿Qué os ha pasado? —Le abrazó su hermana y él trató de tranquilizarla con suaves palabras.

Tomas no tuvo que preguntar para imaginar lo que había ocurrido. Ningún Malloy se dejaba arrebatar nada que fuera suyo y Diana ya era una de ellos.

—Tomas, necesito hablar con mi padre. Lo comprende, ¿verdad? —Richard parecía a punto de explotar.

—Supongo que sí. Frank ya nos contó que Diana y tú sois... —repuso el hombre cabizbajo. El asunto no era agradable ni para él ni para el muchacho. Y él apreciaba a Richard desde que era un niño.

—Frank hubiera sido un buen detective —dijo sonriendo con desgana—. Antes de que detengan a mi padre, necesito hablar con él.

—Lo comprendo, hijo. —Le dio una palmada en el hombro—. Le dijimos que te esperara en el comedor de la casa familiar.

—Dígale a Jeff que avise a Ronald. —Tragó saliva con dificultad—. Ha de detener a un asesino.

—¿Estás seguro de que quieres enfrentarte a él? Es arriesgado. —Tomas se sentía muy incómodo.

—¿De qué estáis hablando? —Hugh se acercó a ellos.

—Todo este tiempo, solo he tratado de protegerla. —Richard miró a su amigo y le sonrió, aunque apenas fue un amago de sonrisa.

Sin decir nada más, se metió la mano en el bolsillo, sacó el alfiler y lo observó en silencio. Después, se encaminó hacia la casa.

—¿Alguien me quiere explicar de qué va todo esto? —Hugh miró a su hermana y a su padre.

—¡Vamos! —Le empujó su hermana—. En el despacho te lo explicaremos todo.

—No puedo, tengo que ir a buscar a Diana. Ella cree que se tiene que casar con él, pero todavía no sabe que yo no lo permitiré.

Su padre cabeceó y lo condujo hacia la casa.

—Es mejor que nos acompañes al despacho. Creo que tú, más que nadie, necesita saber algunas cosas sobre Richard y Diana.

Cuando su hermana le invitó a entrar y encontró a Ronald y a Jeff inclinados sobre el interfono de color rosa de Beth, Hugh no supo qué decir. Enseguida la voz clara y grave de Richard inundó el despacho.

Capítulo 27

Richard cerró la puerta tras él y su padre ni siquiera se inmutó. Estaba de pie frente al ventanal desde el que se divisaba la entrada al hotel y el helicóptero quedaba en segundo plano.

—Al final no has podido resistir la tentación, ¿verdad, Richard? —No se giró para mirarle mientras le hablaba.

Sus cabellos grises brillaban por la luz del sol y estaba erguido y orgulloso, como solo un Wildman podía mostrarse ante la adversidad. En realidad, tenía tanto en común con su hija Diana que Richard solo pudo sentir pena por él.

—¿Qué pretendes, muchacho? ¿Hundirnos a toda la familia en el fango contigo?

—¿Y tú, padre? ¿Qué pretendías inculpando a Diana de aquel crimen?

Robert se giró y clavó sus ojos oscuros en los de su hijo.

—Lo único que deseaba era que te dejara en paz. Un hombre brillante como tú no puede mezclarse con una puta.

—Deja de fingir, padre. Sabes que entre Diana y yo nunca hubo nada censurable. ¿Cuándo descubriste que ella era tu hija? ¿Es por eso que mataste a aquella mujer y...?

—¡Basta! —gritó Robert, furioso—. No sabes lo que estás diciendo.

—Sí, lo sé. —Le mostró el alfiler de corbata y lo dejó sobre la mesa—. Tú estuviste allí aquella noche. Tú mataste a aquella mujer y procuraste que la policía llegara enseguida para inculpar a Diana.

—Sí, yo avisé a la policía, pero lo hice para protegeros a tu madre y a ti. Y a tu hermano Adam. —Alzó las manos con impaciencia—. No podía dejar que aquella gentuza echara por tierra el apellido Wildman. Ya me deshice de la madre y del padre de tu Diana —dijo con énfasis—. Solo faltaba quitarme de encima a aquella mocosa y la cárcel fue un buen remedio.

—¡Inculpaste a tu propia hija! —Richard se sentó en un sillón abatido—. ¿Mataste también a su madre?

La puerta del comedor se abrió. Ronald y Tomas, acompañados de Frank, entraron seguidos por el *sheriff* y dos policías.

—La madre de Diana no está muerta —dijo Ronald, parándose frente a su amigo de la infancia—. Sin embargo, Robert —y se dirigió hacia Wildman—, usted tendrá que dar cuentas ante la justicia de los otros dos asesinatos.

—¿De qué estás hablando? ¿Estás aquí en calidad de abogado? ¿De fiscal del distrito? ¿Qué significa esto? —Miró al *sheriff* extrañado—. ¿De qué crímenes me

acusan?

—¿Cómo que la madre de Diana no está muerta? Él acaba de decir que se deshizo de ella y de su marido. —Richard estaba confundido.

—No pienso seguir hablando. —Robert se dirigió hacia la puerta—. No soy un asesino, no me han leído mis derechos, y ninguno de los que estáis aquí tenéis autoridad para juzgarme sin que pueda defenderme.

—¡Habla, maldita sea! —Richard se abalanzó sobre su padre y Ronald y Jeff tuvieron que sujetarle para que no le golpeará—. He sido un imbécil. —Forcejeó para liberarse—. Todos estos años creyendo que debía ocultar la verdad hasta que Diana estuviera preparada para aceptarla, y para que no se sintiera desplazada por nosotros, para que tú vieras en ella a una hija digna de tus apellidos, y resulta que ya lo sabías. —Trató de llegar otra vez hasta su padre.

—¡Claro que lo sabía! —estalló Robert con rabia—. Cuando descubriste que esa muchacha existía y comenzaste a salir con ella y a meterle en la cabeza la idea de que se marchara a vivir contigo, ¿cómo crees que me sentía? ¡Era tu hermana! Sangre de tu sangre y no podía permitirlo. Por eso, traté por todos los medios que dejaras de verla, pero tú protegías su vida; no te dejabas ver en público con ella y solo la querías para ti... —Soltó una carcajada—. Y resulta que no era lo que parecía. Siempre supiste que era tu hermana.

Todos estaban callados.

Robert miró a su hijo y se fijó en que tenía la cara amoratada. Después miró a Ronald y a Frank y de nuevo a su hijo con actitud vencida.

—De todos modos, ¿qué más da? —Se acercó a la ventana y comenzó a declarar con voz clara—. En cuanto la conociste, no dejaste de perseguirla sin querer nada a cambio y su madre comenzó a sospechar y sacar conclusiones. Ella nunca supo con certeza quién era el padre de Diana, pero el parecido físico con los Wildman, y las pruebas de paternidad que solicitaste en privado por medio de tu bufete de abogados y que ella interceptó... Sí, no me mires así, Richard, cometiste muchos errores. Tuve que tomar cartas en el asunto y comencé a pagarles dinero a ella y a su chulo, aquel pedófilo borracho que siempre amenazaba con abusar de la niña y que estaba en la cárcel. Le ofrecí dinero, mucho dinero, y, a cambio, Janet desaparecería para siempre de aquel lugar. Aquel día, le di todo cuanto pidió, ella fingió su suicidio cuando llegó la muchacha e incluso avisó a una ambulancia para que todo pareciera más real.

—Por eso estaba el deportivo azul en la puerta. Cuando Diana llegó con su novio, pensaron que Richard estaba en la casa —intervino Frank.

—Puede ser... ¿Qué más da? —Robert se encogió de hombros—. Richard no hizo caso de mis consejos y se llevó a la muchacha a un apartamento, cerca de la playa. Era cuestión de tiempo que los chantajes volvieran a empezar.

—Y así fue —intervino su hijo—. A los pocos meses, me telefoneó una mujer que dijo saber toda la verdad y me amenazó con ir a la prensa a contarlo todo. Yo no podía permitir que mi familia fuera mancillada de aquella manera. Para entonces, yo

ya estaba metido en política, mi madre y mi hermano no comprenderían algo tan rastrero por parte de mi padre y, sobre todo, lo hice por Diana... sabía que ella no aceptaría saber que era la hija de Robert Wildman y que él nunca quiso saber nada de ella.

—Eso debería habérselo preguntado a ella, ¿no cree, Richard? —Frank no pudo callarse—. Seguramente, Diana preferiría saberse hija ilegítima de un hombre sin escrúpulos, pero que podría mejorar su calidad de vida.

—No conoces a Diana, Frank, no la conoces. Yo esperaba que con el tiempo ella encontrara en mí el amor que nunca había tenido. Era una niña salvaje, se había criado en las calles y era capaz de abrir una cerradura con los dedos; de robar una cartera con solo pasar por tu lado. —Negó con la cabeza—. Ni ella ni el resto de mi familia estaban preparadas para convivir y, si todo salía a la luz, en la prensa, no sería un buen comienzo.

—Y por eso le regalaste la medalla de Santa Bárbara. —Tomas se había sentado para poder escuchar tantas atrocidades y desafortunadas coincidencias de un solo golpe.

—Diana tenía tanto derecho a poseerla como mi hermano Adam, o yo mismo.

—¿Y qué paso el día del asesinato? —insistió Frank—. El coche de Robert Wildman estaba allí. —Señaló al hombre que se giró hacia él—. Diana y Anthony lo vieron aparcado en el callejón. Él mismo lo confesó hace unas semanas.

—Aquel día recibí un ultimátum de la mujer —relató Richard—. Pero no sabía que mi padre estaría allí —gritó con rabia—. Cuando llegué todo estaba rodeado por la policía, no pude llegar al callejón. —Negó en silencio. Agarró el alfiler que reposaba sobre la mesa y se lo mostró a su padre—. ¿Por qué la inculpaste, padre?

—Era la única manera de que te dejaran en paz. Aquella mujer estaba extorsionándote y tú cedías cada vez más. Ella era cómplice de la puta y de su chulo. Él había salido de la cárcel y necesitaba más, mucho más. Williams, el director del banco, me llamó preocupado porque habías dispuesto que te prepararan una cantidad desorbitada de dinero para recogerla en media hora. Supe que había llegado el momento de poner fin a toda la historia y procuré llegar antes que tú a aquel barrio miserable.

Hizo una pausa, como si recordara, y continuó:

—Cuando llegué a las escaleras encontré a la muchach... a Diana, tirada en el rellano. Comprobé que estaba viva y ella abrió los ojos. Estaba aturdida, la escalera estaba muy oscura y me confundió contigo. Se abrazó a mí y comenzó a llorar. En ese momento no supe qué hacer, tú estabas a punto de llegar, la mujer que esperaba el dinero estaba arriba y Diana se desmayó en mis brazos. Oí ruidos en la escalera y decidí subir al piso. Al llegar, la puerta estaba abierta, la luz encendida y ella... aquella mujer que te chantajeaba estaba muerta. Tenía un cuchillo clavado en el pecho y sangraba, pero ya estaba muerta.

—¿Qué insinúa con que ya estaba muerta? —Ronald no pudo seguir callado—. ¿Pretende que creamos que alguien más se adelantó y la asesinó?

—Pueden creer lo que quieran —contestó Robert con la sobriedad que le caracterizaba—. Aquella mujer estaba muerta, Diana seguía desmayada en mis brazos, y yo no encontré a nadie más por allí.

—¿Estás diciendo que Diana la mató y que después se arrojó por las escaleras? —Richard estaba a punto de saltar sobre su padre otra vez.

—Lo único que sé es que aquel problema se había resuelto. La prostituta que chantajeaba a mi hijo estaba muerta, la muchacha por la que mi familia estaba a punto de resquebrajarse era la culpable, y yo no me iba a quedar allí para solucionarlo. ¡Esa es la verdad! —aseveró mirando fijamente a Ronald—. Yo no he matado a nadie. ¡Jamás!

—Y ¿qué me dice de la mujer que ha aparecido asesinada a la entrada del valle? Esta vez, fue el *sheriff* de Mariposa Grove el que intervino.

—No sé de lo que me está hablando. —Robert negó con la cabeza y su hijo miró a Ronald y a Tomas sin comprender.

—Ayer encontraron a una mujer muerta en el maletero de un deportivo azul que le pertenece. El coche llevaba varios días abandonado a la entrada del valle, y cuando trataron de averiguar a quién pertenecía, encontraron el cadáver.

—¡Eso es absurdo! —Robert negó incrédulo—. Jamás conduzco cuando se trata de distancias largas. Puedo demostrarlo —aseveró mirando al *sheriff*—. Mi chófer me trajo hasta el valle cuando despejaron las carreteras, después del temporal, y regresó a Santa Bárbara.

—Se trata de un Shelby Mustang de color azul —le informó el *sheriff* con desgana.

—Mi padre colecciona coches —por primera vez, Richard salió en defensa de su padre—. Más de cinco deportivos son azules y solemos utilizarlos toda la familia. Yo mismo utilizaba el Shelby Mustang cuando iba a recoger a Diana.

—Si se trata de ese deportivo en concreto... —Robert se dejó caer en una silla, como si de repente comprendiera muchas cosas.

—¿Qué ocurre con ese coche? —Tomas no podía soportar la intriga.

Cada vez que las cosas parecían aclararse, se complicaban un poco más.

—No, nada, una tontería sin sentido.

—Cualquier tontería puede tener sentido, Robert —le advirtió Ronald—. Y no estás en posición de valorar la situación.

—Ese coche en concreto, ya no me pertenece. Hace años que me deshice de él.

—¿Puede demostrarlo? —le interrogó Frank con fiereza.

—¡Claro! Pregúntenle a la madre de Diana. Ella se encaprichó del deportivo. Se lo regaló a su marido cuando este salió de la cárcel hace unos años.

Diana tardó muy poco en guardar sus cosas, echó un vistazo al que había sido por un tiempo su cuarto, y pensó en cómo habían cambiado las cosas desde que llegó al valle con Frank. El recuerdo de la primera impresión que le causó Hugh, con su melena oscura cayéndole sobre los hombros y su cuerpo sexi y fascinante, la hizo sonreír. Reconocía que el montañero la había impresionado desde el principio, y a pesar de que él siempre la hostigaba constantemente, implacable, provocándola y enfureciéndola sin parar, había sabido colarse en su corazón. Todo había cambiado mucho, la situación, el entorno, Hugh y ella. Y también sus sentimientos, sus temores. Y sus anhelos.

Decidida a no martirizarse más, agarró la mochila y el chaquetón y se dirigió a la cocina. Tenía que encontrar a Tomas y al resto de la familia antes de abandonar el valle. ¡Cómo sonaba la palabra familia! Sabía que había sido una ingrata, y aunque no pretendía justificarse ante ellos, sí quería pedirles perdón. No podía marcharse sin decirles que había sido feliz ayudando a Tomas en la cocina, o haciendo los deberes con Beth mientras Roxana cerraba la contabilidad o discutiendo con Hugh.

Recorrió lentamente el vestíbulo del hotel, prefirió entrar por allí para despedirse de sus compañeros: de Joe, de Sue y Romina. De todos ellos. Los saludó con la mano y cruzó hacia la cocina.

Cada rincón, cada exquisito detalle del lugar se grababa en su mente y trató de retenerlos todos, de amarlos todos como se merecían. Como amaba a Hugh. Su corazón deseaba la vida que podrían llevar juntos, y de la que él siempre trataba de hablarle, los hijos que habrían tenido y las cosas que habrían compartido. Amaba todo eso, lo anhelaba, y le dolía perderlo sin haberlo alcanzado.

—¡Hola, Diana! —Beth entró corriendo y se detuvo a su lado—. ¿Buscas a mi abuelo? ¿Haréis esta noche asado con salsa de arándanos?

Diana se agachó hasta quedar a su altura y acariciándole los cabellos rubios, sonrió.

—Sí, en realidad estoy buscando a toda la familia para despedirme, ¿dónde se han metido?

La niña se encogió de hombros y comenzó a saltar a su alrededor. Una de sus coletas se deshizo y Diana recogió el lazo que había caído al suelo.

—Deja que te arregle el pelo.

—Da igual. —La niña siguió dando saltitos—. ¿Te marchas del valle?

Diana afirmó en silencio, su sonrisa se desvaneció, y Beth se quedó quieta. Como intuyendo que aquella noticia no era buena.

—¡Voy a buscar al tío Hugh! —Salió corriendo en dirección a la casa.

Sin saber qué hacer, porque lo último que deseaba era volver a despedirse de Hugh, recogió sus cosas y se dirigió al exterior. Al menos así, rodeados de gente, podría soportar el peso de su mirada gris. Y ella no se echaría en sus brazos rogándole que no la dejara marchar de su lado.

Se acercó al bar y Joe le sonrió desde lejos; rodeó la pequeña barra, pasó junto a la tienda de regalos, y observó a Sue riendo con su hija por algo que estaban empaquetando y que al parecer les hacía mucha gracia. Las saludó con la mano, y cuando traspasó las enormes puertas de madera de la salida, una ráfaga helada le golpeó en la cara. Todavía llevaba el lazo de Beth en la mano y se recogió el pelo con él. Se subió el cuello del chaquetón para protegerse del viento y caminó hacia el sendero que la separaba de la explanada que utilizaban como aparcamiento.

Estaba ensimismada en sus pensamientos, tratando de memorizar la bella imagen de las montañas nevadas con el Capitán sobresaliendo de entre todas ellas, cuando una mano enguantada le tapó la boca y algo frío y punzante se clavó en su garganta.

—No hagas ni un movimiento o te rajo, pequeña zorra.

Se le heló la sangre al oír aquella voz seca y desagradable. La había escuchado hacía poco tiempo, pero la inflexión de aquellas precisas palabras le resultó mucho más lejana. Casi olvidada.

Diana ahogó un grito, se giró hacia el hombre, que cubría su rostro con un pasamontañas, y afirmó con la cabeza. Él la empujó para que continuara caminando hacia el sendero y la sujetó por la cintura para que no se separara.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —No podía dejar de mirar el cuchillo de cocina pegado a su cuello.

—¿Es que no lo sabes?

—No... pensándolo mejor no quiero saberlo.

Él se quitó el pasamontañas y Diana sintió la boca seca, el pecho encogido, y comenzó a respirar desbocadamente. Phil la miraba de forma ominosa, aunque ella reconoció tras aquellos ojos vidriosos a otro hombre más aterrador.

—La pregunta exacta que deberías hacerte, mi pequeña Didí, es: ¿quién eres tú?

—Tú... estabas en la cárcel. —Nunca imaginó que volvería a verle. Ni a sentir aquella sensación de oscuridad que la asfixiaba.

Él soltó una carcajada hueca e hizo más fuerte su agarre. La punta afilada del cuchillo comenzó a penetrar en su piel.

—Sí, estuve encerrado por tu culpa, pequeña zorra. ¡Pedófilo! —escupió la palabra con rabia—. Así es como me denunció tu querido papaíto para quitarme de en medio. Pero los dos sabemos que es posible sobrevivir en el agujero, ¿verdad?

Ella no comprendió lo que quería decir.

—Por favor, déjame marchar, por favor...

Diana recitó mentalmente el fragmento de una misma plegaria que tantas veces había repetido cuando era una niña. Sintió que la presión del cuchillo aumentaba contra su cuello y la desesperación la hizo endurecerse.

—Ya no soy Didí, no puedes asustarme... —Levantó el mentón desafiándole y él clavó más el cuchillo. Un hilillo de sangre caliente corrió por su cuello.

—Mientes muy mal, pequeña Didí. Papá tendrá que castigarte en el cuarto oscuro —le siseó junto al oído.

—Diana, Diana —la vocecita de Beth los hizo girarse a medio camino hasta el aparcamiento.

La niña corrió hacia ella procurando no salirse del sendero limpio de nieve.

—Deshazte de esta mocosa —le ordenó bajando el cuchillo hasta el costado y ocultándolo tras el chaquetón.

Cuando Beth vio a la joven acompañada del señor Phil, el hombre raro que siempre la miraba enfadado, se abrazó a ella para buscar su protección.

—Tío Hugh te está buscando. —Beth tiró de ella hacia la casa sin querer mirar al hombre—. Vámonos, Diana, Phil no me gusta —le susurró ocultando la cara contra ella.

—Será mejor que vayas tú. —La niña negó con la cabeza y Diana se agachó hasta quedar a su altura. Phil no dejó de presionar en su costado con la hoja afilada.

—O se marcha, o la zorrita rubia se viene con nosotros —insistió con impaciencia.

—No, ella no —sollozó Diana, desesperada—. Cariño, escúchame bien. —Trató de aclararse la voz y que la niña no se asustara. Las lágrimas rodaban por su cara y Beth se quedó muy quieta, sin comprender muy bien lo que estaba ocurriendo, aunque percibía que no era nada bueno—. Ve con tío Hugh, yo iré más tarde.

—Quiero que vengas conmigo. —La niña hizo un puchero a punto de llorar.

Phil presionó el arma contra Diana y ella ahogó un grito para no asustar a la pequeña. Con dedos temblorosos, se quitó el lazo azul con el que había recogido sus cabellos y lo colocó en la mano de Beth.

—Anda, llévale este regalo a tío Hugh. —Trató de sonreír, la empujó lejos de ella y le susurró—: Dile que Didí ha mirado atrás.

Beth afirmó con vehemencia y se marchó corriendo hacia la casa familiar.

—¡Muy sentimental! —se burló él—. Ahora vamos, se hace tarde.

—¿Adónde me llevas? —Caminó dócilmente a su lado.

Phil no dijo nada. Llegaron al aparcamiento y ella observó varios coches de policía junto al todoterreno de Frank. Él también se fijó en los coches patrulla y la empujó salvajemente hacia delante, haciéndola caer al suelo.

—Nada de esto habría ocurrido si hubieras seguido en la cárcel. Todo iba bien hasta que ese listo de asistente social comenzó a hacer preguntas.

—No sé qué quieres decir... —Se levantó y él tiró de su brazo conduciéndola hacia el maletero del coche de Frank.

—Sube y calla.

—¡No!, ahí no... —se resistió al comprender las intenciones del hombre—. Papá, no...

—¡Yo no soy tu padre! —La golpeó con fuerza en la cara y ella se tambaleó aturdida.

No tardó ni dos segundos en meterla dentro del maletero, era espacioso y no tuvo ningún problema. Le ató las manos y los pies con una cuerda resistente que ya tenía

preparada y le tapó la boca con cinta aislante. Después, se sacudió las manos en el abrigo, se colocó el pasamontañas en la cara y, comprobando que no hubiera nadie por los alrededores, se subió al todoterreno. Abrió la guantera, guardó el cuchillo junto a una pistola y, tranquilamente, abandonó el aparcamiento y se dirigió a la carretera.

Capítulo 28

Ronald colgó el teléfono y con gesto serio se volvió hacia los demás. Después de la confesión de Robert Wildman, y de que padre e hijo contestaran algunas de las preguntas que ambos se hicieron, ni el *sheriff*, ni el fiscal del distrito, ni ninguno de los presentes tuvieron duda de que ambos eran inocentes.

Cuando llegaron al despacho, encontraron a Hugh y a Roxana en silencio, como si todavía estuvieran asimilando toda la información que habían recibido a través del interfono infantil. Tomas se acercó a su hijo menor y le palmoteó animosamente la espalda.

—Ha sido toda una revelación, ¿eh?

Hugh afirmó en silencio y observó a Richard que discutía algo con Ronald. Como si este adivinara sus pensamientos, el futuro senador alzó sus ojos oscuros y ambos se miraron fijamente. Ahora que sabía la verdad, Hugh tuvo que reconocer que el parecido físico que había entre Diana y él era muy evidente. Se fijó en los cabellos castaños y el porte aristocrático, así como el aire orgulloso de su padre, Robert, mientras observaba, mirando sin ver, el paisaje por los ventanales, altivo, arrogante. Sus ojos grandes y oscuros, llenos de secretos y de misterios, como los de sus hijos.

Wildman. Diana era una Wildman, pensó apretando los labios y mirando con rabia al hombre que tanto daño le había hecho desde el mismo momento en el que la engendró. Cerró los puños y se encaminó hacia él, cuando su padre le agarró por un brazo y se interpuso en su camino.

—No tiene sentido, Hugh. Ahora, lo importante es atrapar a ese asesino. Si está en el valle, puede que ande cerca.

—¿Y qué haría aquí? —No le quitaba los ojos de encima a Robert.

—¡Olvídate de él! —Le obligó a mirarle y lo llevó hacia la mesa del despacho, donde Ronald y Richard observaban fijamente el fax—. Ese hombre ha estado viviendo siempre a costa de los secretos de los Wildman. Supongo que cuando Richard sacó a Diana de la cárcel y Frank comenzó a remover el pasado...

—¿Quieres decir que el asesino ha venido a Yosemite a por Diana? —Hugh había estado tan obcecado en sus ridículos celos que no había contemplado esa posibilidad—. Estamos como al principio —bramó, furioso.

—Yo creo que estamos peor que al principio —intervino Ronald mirando el fax que acababa de escupir la máquina.

Beth entró corriendo en el despacho. Se abrazó a las poderosas piernas de su tío y lo llamó por su nombre varias veces.

—Ahora no, cariño, ahora no... —La apartó con delicadeza.

Roxana acudió a su lado y trató del calmar a la niña.

—Tengo que dárselo, tengo que darle el regalo —repetía ella sin cesar.

—La mujer que apareció asesinada en el maletero del coche se llamaba Emma Grant —Ronald comenzó a leer la información que acababa de llegar—, tenía cuarenta años, estaba fichada por extorsión, robo con intimidación, posesión de drogas... —Trató de aligerar el currículum de la fallecida y concluyó—: La última vez que fue vista, iba en compañía de este hombre. La fotografía fue tomada del vídeo de una gasolinera a la salida de Fresno, el mismo día que fue asesinada a la entrada del valle.

Arrojó sobre la mesa el fax con la imagen y todos se inclinaron para verla.

—¡Es Phil! —Tomas no pudo evitar un temblor en la voz.

—¿Quién? —Hugh le quitó la foto de las manos y frunció el ceño—. ¿No es el nuevo trabajador que acompañó al *ranger* cuando trajeron los víveres al refugio?

—Sí, lo recogimos a la entrada del valle —dijo Jeff.

Richard miró el fax por encima de su hombro y afirmó.

—Es el mismo hombre que me indicó dónde encontraros en la montaña.

Hugh arrugó la fotografía hasta formar una bola y la lanzó sobre la mesa.

—Beth insiste en que tomes este regalo de parte de Diana —le dijo su hermana.

Le entregó el lazo azul y él se quedó mirándolo sin comprender.

—Ese tal Phil dijo que su coche se había averiado frente a la caseta. —Jeff se había acercado a la mesa y descolgó el teléfono—. Conducía un deportivo, estaba cubierto de nieve, y se le había averiado. Seguro que es el mismo. Uno de los guardias se quedó con las llaves hasta que lo recogiera un mecánico, pero nadie podía imaginar que dentro habría...

—¡Dios mío! —Tomas también lo recordó al oír sus palabras—. Él iba acompañado de su mujer, eso dijo, y los *rangers* le aconsejaron que viniera con nosotros al hotel. Me extrañó la actitud de Diana en el helicóptero; él se sentó a su lado y ella se mostró extraña, como si intuyera algo al observar sus manos magulladas.

—Sí, el muy hijo de puta acababa de matar a su cómplice o lo que fuera. —Hugh fue hacia la puerta y volvió a mirar el lazo azul en su mano.

—Hugh, Beth está muy nerviosa, escúchala, por favor —le pidió su hermana bastante preocupada.

Se acercó a la niña, se agachó, y comprobó que era cierto.

—Dime, ¿qué te pasa, pequeña?

—Diana se ha marchado con él. —Su barbilla tembló y Hugh sintió un escalofrío—. Ella me dijo muy flojito que Didí ha mirado atrás —le susurró en el oído.

Entonces, todo ocurrió muy rápido. Hugh se puso en pie con brusquedad, mientras las últimas palabras resonaron en su cabeza. «Un día que mi padre se puso

pesado, conseguí llamar la atención de la vecina colgando en la puerta un precioso lazo azul que le robé a su hija».

—¡Maldito cabrón! —bramó con rabia—. ¡Se la ha llevado! Con grandes zancadas salió del despacho y, sin detenerse a buscar su anorak, corrió hacia el exterior. Robert, que hasta el momento había permanecido en silencio, se acercó a la mesa y observó la fotografía arrugada.

—Sí, este hombre es Philip Chase.

Diana apenas podía respirar. Le faltaba el aire y su cuerpo se tambaleaba sobre su estómago en aquel lugar oscuro y desconocido. Un grito de alerta sonó en su cabeza. Estaba dolorida, le escocía la garganta y sentía los ojos pesados, sobre todo uno de ellos que permanecía cerrado a pesar de que trataba de abrirlo. Procuró pensar con racionalidad. Ella ya había pasado por situaciones parecidas en su vida y no debía dejarse llevar por el horror. Comprendió que estaba amordazada, recordó que había sido golpeada en la cara, por eso no podía abrir uno de sus ojos, y entonces la imagen de su padre amenazándola con aquel cuchillo de cocina terminó por traerla a la realidad.

Otra vez volvía a pasar. Y esta vez, de verdad.

Gritó y gritó en su cabeza, sin poder oír su voz. El ruido incesante del motor del coche de Frank y los golpes de su cuerpo contra el suelo del maletero era todo el sonido que podía escuchar. Agotada por el esfuerzo, con el olor del miedo inundando sus fosas nasales, inspiró profundamente varias veces y se dijo que no estaba sola.

Por primera vez comprendió que desde hacía mucho tiempo no lo había estado. Dick seguiría buscándola como siempre. Dick no le fallaría. Pero sobre todo sabía que Hugh la seguiría para protegerla hasta el fin del mundo. Él comprendería el mensaje que le envió con Beth. Hugh siempre se adelantaba a sus pensamientos y la amaba. Aquella certeza la hizo fortalecer. Hugh le prometió que nunca la abandonaría y ella le creyó.

De repente, el coche se paró y Diana dejó de respirar.

El viento comenzaba a soplar con fuerza y los árboles agitaban sus ramas con furia, arrojando la nieve helada que se había acumulado sobre ellas durante días. Parecía que estaba nevando pero solo era una ilusión óptica, pensó Phil satisfecho con los resultados. Unos cuantos kilómetros más y estaría fuera del alcance de los *rangers*, de los Wildman y de los Malloy, pensó iniciando otra vez la marcha.

Todavía no se explicaba cómo había aguantado tanto tiempo ocultando su verdadera identidad delante de aquella familia. Los Malloy eran el repelente prototipo televisivo de la perfecta familia americana. ¡Pua, qué asco!

Varias veces, había estado a punto de vomitar delante de ellos después de escuchar tanto «cariño», «mami», «papi», «por favor»... Y todo por culpa de la pequeña zorra, aunque ya no era tan pequeña. Si hubiera seguido en la cárcel, él no tendría que haberse preocupado de nada. El viejo Wildman seguiría soltando la pasta amablemente, igual que el futuro senador. Tenían mucho por qué callar, sobre todo el estirado Richard Wildman. ¿Qué dirían sus votantes si se enteraban de que fornicaba como un cerdo con su hermana?

Las cosas no tenían que haberse estropeado así, la pequeña zorra iba a tener su merecido, de eso no había duda. Era una desagradecida, como su madre. Se desvivió por ella cuando era niña, le hubiera gustado saborear su piel tierna y suave pero la puta tenía razón: Janet siempre tenía razón. La nenita era muy valiosa.

Cuando repetía que sacarían una pasta con ella, él no le daba mucha importancia. Pero cuando un buen día se encontró preso en San Quintín y acusado de aquella palabra tan fea, comprendió que sí, que la puta era muy lista.

Diana era nada menos que hija del poderoso Wildman.

Janet había picado muy alto, sí, señor.

Pasó unos años encerrado, pero pronto fue liberado. Wildman lo encerró y él, sin saberlo, pagó a uno de los mejores abogados de Boston con su propio dinero. Para entonces, el futuro senador ya se había llevado a la muchacha a su casa. Le pagó un apartamento en la playa, la mimaba y se la tiraba diariamente. ¡El muy guarro!

Todo se fastidió cuando Janet fingió su suicidio, la muy avariciosa se llevó un buen pellizco por desaparecer. Pero él también era listo, pensó sonriendo, solo tuvo que buscar a otra puta y desplumar al hijo. Del padre ya se encargaba Janet.

Había perdido la cuenta del dinero que les habían sacado en estos años, pero era mucho. Mucho. Todas las mujeres eran iguales, todas querían mangonearle cuando ya estaba muy cerca de poseerlo todo. ¿Qué podía hacer él? Matarlas. ¿Qué otra cosa? Nunca le había quitado la vida a nadie hasta aquel día, pero sentir cómo sus gritos avariciosos e histéricos se ahogaban con su propia sangre fue bastante gratificante. Lástima que Didí llegó y no le dejó disfrutar del estimulante silencio que reinaba en la casa. Tuvo que lanzarla por las escaleras, le hubiera gustado crear otro silencio parecido. Las putas eran gallinas que nunca dejaban de cloquear. Co, co, co...

Y después, la calma.

Didí fue encerrada en la cárcel, no debía preocuparse por nada. Él le había enseñado a permanecer encerrada durante días. Era una chica fuerte, soportaba la oscuridad y el silencio como una Wildman: orgullosa y cagada de miedo.

¡Como una reina!

Y sus benefactores siguieron llenando sus bolsillos. El padre por un lado y el hijo por otro. Llenos de prejuicios y de secretos. Hasta que aparecieron los listillos de los Malloy. Aquel día, también tuvo que callar a Emma, la otra puta que le acompañó al valle. Cuando reconoció a Diana entre la gente que bajaba de aquel helicóptero y rodeada de *rangers*, tuvo que improvisar un plan. No podía llevársela allí mismo,

tenía que esperar el momento adecuado y entonces le daría su merecido a la pequeña zorra. Emma solo tenía que obedecer y fingir que el coche se había estropeado, pero no... tuvo que ponerse a gritar como una histérica. Y claro, él tuvo que hacerla callar.

Fue fácil convencer a todos de que era un buen hombre, que se había quedado sin dinero, y que deseaba trabajar en el valle hasta la primavera. Aunque hubo un momento en el que creyó que la pequeña zorra lo reconocería. Pero claro, eso era imposible. Solo tenía cinco años cuando lo encerraron la primera vez. Si el montañero no se hubiera encaprichado de ella y no la hubiera escondido en las montañas nevadas, ya lo habría solucionado todo.

Y ahora, ella estaba libre y todo se había descubierto por culpa del listillo del asistente social.

Ya casi estaba llegando a la entrada del valle cuando divisó una silueta en medio de la carretera. Al principio pensó que sería la sombra de un árbol pero a medida que se acercaba comprobó que era una persona.

Hugh estaba quieto en medio de la carretera, plantado sobre sus piernas separadas, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándolo fijamente. Sus cabellos se agitaban por el viento helado y sus ojos brillaban de cólera.

¡Vaya, el otro listillo!, pensó Phil disminuyendo la velocidad. Podría pasar sobre él y aplastarlo sobre el asfalto, pero entonces, ¿dónde estaría la gracia?

Miró a su alrededor y no vio a nadie más. El muy prepotente había venido solo a rescatar a su chica. Ah, claro, a un par de metros reconoció uno de aquellos cacharos que se usaban para deslizarse por la nieve y comprendió que había atravesado el bosque, ganándole mucho tiempo. Paró justo enfrente del montañero, vigilante de que no hiciera ningún movimiento extraño. Sacó la pistola de la guantera y le apuntó directamente a la cabeza. El cuchillo lo enfundó en su espalda, bajo el chaquetón.

—Deja a Diana y llévame a mí contigo —la voz de Hugh sonó seca y autoritaria.

Phil soltó una risita y, divertido por la situación, bajó del coche y se quedó ante Hugh. Solo unos metros los separaban.

—Tú no me sirves para nada, montañero. Vivo, quiero decir...

—El valle está cerrado y la única salida que hay es esta —le advirtió con los dientes apretados. El sonido de las aspas de un helicóptero comenzó a escucharse a lo lejos y él supo que Richard ya estaba cerca—. No tienes escapatoria. No podrás salir de Yosemite. Deja a Diana y yo te sacaré del valle.

Phil le hizo una señal con la pistola para que se acercara.

—Llevas razón, listillo. Tú conduces —le ordenó indicándole con la pistola que se sentara al volante.

—Antes deja libre a Diana. —Dio unos pasos y levantó las manos para demostrarle que no iba armado. Miró a través del cristal del coche y sus facciones se crisparon cuando observó los asientos vacíos—. ¿Qué has hecho con ella?

—Sube al coche —le indicó Phil de mala gana. El helicóptero volaba en círculos sobre sus cabezas y él no estaba para perder tiempo.

Hugh obedeció y el hombre se colocó tras él, en el asiento trasero, apuntándole con la pistola en la nuca.

—¡Vamos, salgamos de aquí!

—No, hasta que me digas qué has hecho con ella.

—Muerta no me sirve para nada. Está en el maletero. Y ahora, acelera —le urgió nervioso.

Hugh agarró el volante, y deseando que este fuera el cuello del hombre, lo retorció entre sus dedos.

—Ella tiene miedo a la oscuridad.

—¡No me digas! —Soltó una carcajada y movió la pistola en su cuello—. Conduce hacia la salida o te pego un tiro y después me la cargo a ella.

Hugh escuchó el martilleo del percutor del arma y soltó el volante.

—No hay trato. O la sacas del maletero y compruebo que está bien, o ya puedes rezar lo que sepas porque no voy a sacarte de aquí. Sabes que no irás muy lejos sin mí.

Phil valoró sus exigencias y reconoció que, en este momento, el montañero era más valioso que la bastarda. Sin él no podría atravesar la barrera que cerraba la entrada al parque y las carreteras estarían cortadas por la policía. Todo era culpa de aquella estúpida. Si no hubiera salido de la cárcel. Si la hubiera matado cuando tuvo oportunidad. Todavía podía hacerlo cuando estuviera a salvo.

Con un gesto, le indicó que bajara del coche. Sin dejar de apuntarle con el arma, abrió el maletero y Diana se agitó asustada en su interior. Estaba amordazada y tumbada sobre su estómago. Cuando giró la cabeza hacia él, sus ojos aterrados se abrieron mucho y comenzó a sollozar entre espasmos.

—Está viva, ya lo ves —gruñó Phil de mala gana. Fue a cerrar otra vez el maletero y Hugh se interpuso entre el coche y la pistola.

—Libérala y te sacaré del valle —exigió en un susurro.

—¿Piensas que estoy loco? ¿Es eso?

Diana movía la cabeza y pataleaba de forma frenética.

—Conozco un atajo a través de la montaña. Le diré a Wildman que se aleje con el helicóptero y que despeje la carretera, pero nosotros iremos por otro sitio.

Hugh trató de no mirar a Diana que seguía sollozando y moviéndose en aquel espacio reducido. Había visto su cara manchada de sangre, sus ojos horrorizados, y su llanto silencioso le desgarraba el alma. Pero sabía que si la miraba perdería los nervios y todo se iría al traste.

—Dile al helicóptero que se le aleje —le ordenó Phil, valorando la única opción que tenía de salir ileso del valle.

Hugh se giró de espaldas a él, alzó los brazos, y le indicó a Richard que se marchara. El aparato dio un par de vueltas más sobre sus cabezas y lentamente se distanció de ellos hasta perderse tras unas montañas.

Entonces, todo ocurrió muy rápido. Hugh se giró hacia Phil, con una mano lo cogió por el cuello y con la otra le apretó la muñeca derecha, obligándole a soltar la pistola, que cayó al suelo después de dispararse.

Diana se alzó lo suficiente como para apoyarse en la chapa del coche y poder comprobar que Hugh no estaba herido. Phil se llevó una mano a la espalda y ella observó atterrerada cómo sacaba el cuchillo. Gritó y gritó para avisarle, pero la mordaza que cerraba su boca solo le permitía dejar salir gemidos entrecortados. Y mientras los dos hombres forcejeaban a escasos metros de ella, el sonido del helicóptero le indicó que Richard estaba tratando de posarse en la carretera.

Phil profería toda clase de insultos y amenazas, se lanzó sobre Hugh que luchaba por esquivar el filo del cuchillo y ambos cayeron al suelo, rodando por la nieve y las rocas heladas. Diana sacó fuerzas de donde no imaginaba que las tenía e impulsándose hacia delante, consiguió salir del maletero y caer de bruces al suelo. La nieve estaba helada y el contacto fresco contra su cara la hizo reaccionar. Se puso de rodillas, con los tobillos atados y las manos sujetas a la espalda.

La pistola estaba a un par de metros de ella. Si conseguía arrastrarse no podría sostenerla entre sus manos, pero aun así trató de alcanzarla.

Hugh se revolvió con furia, todavía mantenía en alto la mano de Phil que cada vez estaba más cerca de su pecho. El hombre se había sentado sobre su estómago y ambos resoplaban por el esfuerzo: uno, para impedir que el cuchillo se hundiera en su garganta; y el otro, para clavárselo. En un segundo, el asesino le asestó un puñetazo en la cara, él aflojó su agarre y cuando levantó la otra mano para protegerse del golpe, la hoja del cuchillo cortó su palma abierta. Diana cerró los ojos para no ver nada más. Aquel era el final y ella no podía hacer nada para evitarlo. Nunca había tenido tantas ganas de vivir por alguien y, sin embargo, quería gritarle a su padre que no matara a Hugh, que lo dejara libre y que se marchara con ella.

Siguió escuchando los jadeos ásperos y entrecortados de los dos hombres que rodaron con furia hasta quedar casi ocultos por el coche. En algún momento, uno de ellos había conseguido coger la pistola porque, en ese instante, sonó un disparo y Hugh cayó pesadamente sobre el cuerpo del asesino.

Diana se quedó paralizada. Creyó que iba a morir de angustia. Sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas calientes que rodaron por su cara y se encogió en el suelo esperando su turno. De todas formas, ya nada merecía la pena si él no estaba junto a ella.

Ni siquiera se inmutó ante el sonido de unos pasos acelerados sobre la nieve. Unas manos la sujetaron por los hombros, intentando levantarla, y de un tirón le quitaron la mordaza de la boca. Richard le desató las manos y los pies, mientras ella tomaba aire ruidosamente. Desfallecida, se aferró a sus brazos deseando fundirse con la nieve para desaparecer junto a Hugh, sepultó sus sollozos contra el pecho de Richard y este no hizo otra cosa que sostenerla y acunarla.

—¡Eh, nena, menudo lío has armado! —jadeó Hugh, caminando con dificultad hacia ellos y apoyado en su amigo Ronald.

Diana se incorporó vacilante, sin poder creer lo que estaba viendo. Su mirada oscura se dirigió hacia él. Herida. Desesperada. Hugh se pasó la mano que no sangraba por la melena oscura, mostrando su perfil atractivo a pesar de todos los golpes que había recibido ese día, y le sonrió de aquella manera que le aceleraba el pulso. Ella lo miró sin poder articular palabra. La fiereza de sus ojos se suavizó bajo sus largas pestañas, se separó de Richard, y corrió a sus brazos como si fuera lo único real a lo que deseaba asirse.

—Pensé... creí...

—Sé lo que pensaste, preciosa. —La estrechó contra él, seguro de que nunca más volverían a separarse, y miró a Richard que los observaba pálido y callado.

—¡Oh!, Hugh, mi propio padre...

—Ahora no pienses en eso. —La besó en los cabellos y ella sollozó de nuevo.

—Yo... no puedo estar sin ti, no quiero estar sin ti —repetía una y otra vez.

—Será mejor que nos vayamos. —Richard se acercó a ellos y apoyó la mano en el hombro de su amigo—. Llevaremos a Hugh al hospital y después...

—Después iremos a casa —añadió Hugh con determinación.

—Sí, los dos iréis a casa.

Varios coches patrulla llegaron al mismo tiempo que el todoterreno de los *rangers*. En un minuto, aquel lugar se había llenado de policías y de hombres que corrían y acordonaban la zona.

Diana se dejó conducir hasta el helicóptero. Caminaba abrazada a Hugh y antes de subir al aparato echó un último vistazo al cuerpo sin vida que acababan de cubrir los policías.

Epílogo

El fuego ardía en el hogar y la tarde caía lentamente en el valle. El aroma del asado recién hecho inundaba la casa familiar y, poco a poco, las cosas regresaban a la normalidad, como decía Tomas Malloy. Ya habían transcurrido cinco días desde que se había desvelado el secreto de los Wildman. Cinco días desde que Diana había conocido por boca de su hermano Richard su verdadera identidad. ¡Su hermano! Qué extraño resultaba decir aquella palabra.

Cuando llegaron al hospital de Fresno, Hugh fue atendido de urgencia. Ella estaba algo mejor: solo tenía algunas contusiones y un ojo hinchado, que le aseguraron que vestiría diversos colores desde el morado al verde hasta desaparecer. Allí, fue interrogada por varios policías. Hugh fue trasladado al quirófano y Tomas, acompañado por Ronald en calidad de abogado, permaneció a su lado sin separarse de ella. Siempre pendiente de su declaración y haciendo algunas que otras aclaraciones que ella no podía ni imaginar.

Por alguna extraña razón, Richard se quedó apartado en un rincón, separado de ella, y observando con tristeza su cara de incredulidad.

Cuando todos se marcharon de la habitación que le habían asignado, ella se quedó quieta, esperando en silencio. Su hermano se acercó lentamente, se sentó a su lado sin mirarla y, como si estuviera hablando consigo mismo, comenzó a relatarle la verdadera historia de su vida. Diana escuchó atentamente todo cuanto él le explicó. Ni siquiera se inmutó cuando le contó que su madre estaba viva, aunque él no lo había sabido hasta ese día. Richard terminó de hablar y guardó silencio, esperando su reacción.

Después, llamaron a la puerta. Hugh tenía mal aspecto. Los golpes que había recibido le estaban pasando factura y se le notaba cansado, por lo que ella se levantó de la cama y se dirigió hacia él, quien la estrechó entre sus brazos.

Ahora, cinco días después, todavía se sentía vacía al recordar aquel momento. Su vida siempre había carecido de sentido, hasta que se enamoró de Hugh y supo lo que era una verdadera familia. Ella había querido a Richard como lo que era, como un hermano. Parecía que su sangre se lo hubiera gritado, porque siempre había sentido un vínculo especial con Dick. Pero, tener otra familia, pertenecer a los Wildman, ser una de ellos...

Tomas le dijo que necesitaba tiempo para asimilarlo y ella asintió.

Tomas era un hombre inteligente y no solía equivocarse nunca. Por eso, Diana regresó al valle con su verdadera familia, con los Malloy, y dejó a Dick en aquella

blanca habitación de hospital. Renunció a utilizar el apellido que por derecho le correspondía, jamás sería una Wildman, y sobre todo no quería ningún tipo de relación con su verdadero padre.

Dick le había contado que tenían otro hermano, Adam, un poco más joven que él y que ahora que sabía de su existencia, estaba deseando conocerla. Pero Diana le pidió tiempo. Por otro lado, Ronald demostró ser un buen amigo. Trató todo el asunto con una delicadeza extrema y siempre procurando dar los mínimos detalles sobre la verdadera identidad de Diana y protegiendo con esmero la reputación de su íntimo amigo Richard Wildman.

Aun así, no podía pensar con claridad sobre todo lo que había ocurrido en tan pocas semanas, lo único que sabía con certeza era que Hugh era todo lo que necesitaba en su vida para ser feliz. El resto tendría que cambiar como lo hacían las estaciones: siguiendo un orden, lentamente y dando tiempo a que se fortaleciera la savia nueva.

Al menos, eso decía Tomas.

Diana miró por los ventanales del comedor y se dio cuenta de que ya había anochecido. Se desperezó lánguidamente y se dijo que ya era hora de dejar de holgazanear. Jeff no tardaría en llegar a casa, Roxana estaría cerrando la tienda y, seguramente, Sue estaría echándole una mano a Tomas con la cena. Se preguntó dónde estaría Hugh y se dirigió a la cocina.

Cinco días eran suficientes para recuperarse de un ojo hinchado, y un pequeño corte en el cuello. Ya estaba aburrida de gandulear en el salón de la casa. Le apetecía cocinar con Tomas; le había prometido que le enseñaría una receta secreta que solo se pasaba de generación en generación. También le gustaba charlar con Joe, gastarle bromas a Ronald, y jugar a las cartas con él, mientras que Hugh se dedicaba a protestar porque no le dejaban participar en las tareas que necesitaban de su cuidado. La herida de la mano estaba cicatrizando bien pero todavía tenían que intervenirle quirúrgicamente otra vez y él no estaba dispuesto a permanecer callado. Solo dejaba de rezongar cuando Diana se tumbaba a su lado en el sofá, frente al fuego del hogar, y se dedicaban a hacer planes para los próximos cincuenta años.

Diana pasó a la cocina y Tomas la invitó a acercarse a su lado con un gesto.

—¿Dónde has dejado al pelma de mi hijo?

—Eso me pregunto yo. Hace casi una hora que no sé nada de él.

Tomas se inclinó y la besó en la mejilla. Tomó su cara entre las manos y sus ojos grises analizaron su bello rostro.

—Esto ya está de mejor color.

—Sí, hoy luce un bonito azul con iridiscencias amarillentas.

Tomas sonrió y continuó removiendo la salsa.

—¿Puedo ayudarte? Me aburro sin hacer nada.

Sus ojos oscuros le suplicaron en silencio, y cuando aquella muchacha lo miraba así, comprendía muy bien lo que sentía su hijo por ella. Era imposible negarle nada.

—Pues si te aburres, ¿por qué no aprendes a hacer punto de cruz? Dicen que es apasionante —les sorprendió la voz de Hugh desde atrás. Estaba apoyado en el marco de la puerta y con las piernas cruzadas por los tobillos—. Regresa al salón y acuéstate en el sofá.

—Eres un tirano —le reprendió Diana, cogiendo una cuchara de madera y amenazándole con ella.

—No lo soy. Solo me preocupo de que estés bien. —Sus ojos la miraron de aquella manera burlona que a ella le provocaba. Y él lo sabía.

—No necesito que me cuides tanto.

—Sí, ya sé que sabes cuidarte sola.

—Mírate tú, pareces un alma en pena, todo el día quejándote por la casa y murmurando entre dientes.

—Sabes perfectamente el motivo de mis protestas —replicó enfadado. Tomas soltó una risita y continuó con lo que estaba haciendo, como si tal cosa—. Pero eso se acabó —añadió mirando a su padre de reojo.

Tomas levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Me parece que no, muchacho. —Se giró hacia Diana con la cuchara de madera en la mano y le dijo—: Pruébalo. ¿Qué te parece? —Le introdujo el cacillo entre los labios y Hugh pudo sentir cómo su lengua tiraba de la cuchara hacia dentro.

Diana cerró los ojos y gimió.

¡Dios! Aquello era demasiado. Toda la sangre se le concentró en la polla y, sin que pudiera hacer nada para remediarlo, se le puso dura. Cinco días sin hacer el amor con ella y todavía pretendían que esperara más.

—¡Ya está decidido! —Su voz sonó ronca. Su padre lo miró extrañado—. He trasladado las cosas de Diana a mi cuarto.

—Pero hijo, si solo se trata de aguantar unos días, hasta que el sacerdote de Mariposa Grove pueda venir a celebrar la ceremonia.

—¿Es que no has salido afuera? Estamos en pleno temporal, papá, y este es de los gordos. Podríamos estar incomunicados... semanas.

—O meses —le advirtió su padre conteniendo una carcajada.

Hugh negó enérgicamente con la cabeza y su melena oscura ondeó sobre sus hombros.

—Ni hablar... de eso ni hablar. Me niego.

Diana reconoció que cinco días sin hacer el amor con él también le parecían una eternidad, pero procuró guardar la compostura.

—Tienes una mano herida, Hugh, no nos conviene dormir apretados. Podría hacerte daño sin darme cuenta.

Él la fulminó con la mirada.

—¡Bueno, esto ya está! —Tomas abrió la puerta del horno, miró a Hugh y a Diana y con autoridad les ordenó—. Avisad a todos; la cena está lista.

No acabó de salir de la cocina, cuando Hugh buscó la forma de abrazarla sin lastimarse la mano vendada y la besó con urgencia.

—¿Estás con el otro bando? —Le mordió los labios y ella jadeó.

—No, solo cuido de ti. —Ella enroscó sus brazos alrededor de su cuello y le besó apasionadamente—. No puedes imaginarte de qué manera te deseo.

—Pues eso no lo decías antes...

—Antes estaba tu padre delante.

—Pues me da igual. —Se frotó contra ella para que notara su erección y supiera de lo que le hablaba—. Esta noche, o vienes a mi cuarto, o voy yo al tuyo.

—¿Todavía estáis así? —Tomas regresó a la cocina y cogió la fuente con el asado. Meneó la cabeza y le indicó a Diana que llevara la salsera.

Hugh trató de agarrarla por la cintura y ella huyó corriendo hacia el comedor. Su padre, que todavía esperaba ante la puerta, se puso muy serio.

—Escucha, hijo, por esta noche olvidaré mis convicciones y haré como que no me entero. No quiero verte por ahí haciendo guarrerías, ni rascándote como un perro en celo. ¡Y tápate eso! —Le indicó señalando la bragueta abultada.

Una vez que todos estuvieron sentados a la mesa, Tomas comenzó a servir la cena. Diana observó, uno a uno, a todos los miembros de su familia.

Roxana, más embarazada que nunca, partía en trocitos la carne para su hija. Beth, que ya la llamaba tía Diana, lanzaba bolitas de pan a su tío Frank, que parecía más animado que nunca. Al parecer, había conocido a una chica que acababa de entrar a trabajar en Lynwood como secretaria, y todos se preguntaban si la traería algún día al valle. Después observó a Hugh, sentado a su lado. Su corazón se desbocaba cada vez que lo miraba. Jamás se imaginó que amar a alguien pudiera ser tan maravilloso.

Hugh la miró y le sonrió. Ella comenzó a partirle la carne en trocitos para que pudiera pincharlos con el tenedor y él deslizó su mano sana, bajo el vestido, haciéndola sonrojar y dar un salto.

—Hugh, no seas niño. O te comportas en la mesa o te mando a la cocina —le regañó Tomas, amenazándole con el cucharón.

Todos se rieron y él fingió que no sabía de qué hablaba su padre.

En ese momento llegó Jeff. Besó a su esposa y a su hija, y se sentó a su lado besándola a ella también en la mejilla. Todo era perfecto. Demasiado perfecto para alguien que había pasado más de la mitad de su vida sola. Y las cosas podían ser mucho mejor.

Alzó los ojos del plato y se encontró con la mirada cálida y afectuosa de Hugh. Él la conocía muy bien. Siempre sabía lo que pensaba con solo mirarla. Cubrió su mano con la suya, la besó en los labios suavemente y le susurró en el oído:

—No mires atrás.

—Tomas. —Diana lo llamó en un susurro. El hombre dejó de cenar y le sonrió—. ¿Podrías cocinar para cenar mañana asado con salsa de arándanos?

—Ese es el asado de los invitados —le advirtió, enarcando las cejas—. ¿Esperamos a alguien?

—Tal vez... —repuso con un suspiro.

Miró a Hugh y él le apretó la mano entre la suya, dándole ánimos.

Diana se levantó de la mesa y, ante la expectante mirada de su familia, cogió el teléfono. Esperó unos segundos y habló con cierto temblor en la voz.

—¿Richard? —Era la primera vez que lo llamaba así—. Sí, soy yo... tu hermana. ¿Te apetece venir a cenar mañana al valle?



ANA R. VIVO (Albacete, España). Nació en Albacete, donde reside actualmente.

Está casada y tiene dos hijos adolescentes. Cuando terminó sus estudios comenzó a trabajar como administrativo en la rama sanitaria y, hasta hoy, que compagina el tiempo para el trabajo, en un centro sociosanitario de su ciudad, con su familia, sus ratos libres para escribir y leer, y sus dos perras y su gata.

Comenzó a escribir a la temprana edad de trece años, aunque nunca imaginó que sus pequeñas historias pudieran ser publicadas. Más bien lo hacía para entretener a los amigos y pasar un buen rato leyéndolas. Pero solo hace unos años, adquirió la costumbre de escribir diariamente y decidió cumplir un sueño, que consiguió arañando tiempo a la familia, al trabajo y los amigos.

En febrero de 2011 vio todas sus ilusiones hechas realidad cuando la editorial El Maquinista publicó su primera novela, un *thriller* romántico titulado *No mires atrás*, a la que siguió *Un hombre solitario*, solo tres meses después.

En junio de 2012, ha publicado con Ediciones Éride la novela romántica con grandes dosis de suspense *Niebla en el pasado*.

También ha escrito bajo el seudónimo de Dana Jordan.

Una historia
de amor rodeada
de grandes dosis
de suspense
y engaños.

se
**NO
MIRÉS
ATRAS**

Ana R.Vivo